

A dark, atmospheric night photograph of a street. The scene is dimly lit by several streetlights, creating a moody and somewhat eerie atmosphere. A fence runs along the right side of the street, and a tall, thin tree is visible in the background. The overall tone is dark and mysterious.

Ursula Llanos

COMO EN UNA
PESADILLA

COMO EN UNA PESADILLA

Autora: Úrsula Llanos

libros@ursulallanos.com

Bemasof Ediciones S.L.

Ediciones@bemasoft.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier medio o forma.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código penal)

COMO EN UNA PESADILLA

ÚRSULA LLANOS

A MI CUÑADO SANTIAGO

—CAPÍTULO I—

Se despertó de pronto y se incorporó aturdida restregándose los ojos. ¿Dónde estaba?

Dirigió una mirada en derredor, intentando distinguir algo en la oscuridad que la envolvía y apenas si consiguió ver que se hallaba en un cuartucho que prácticamente encajonaba el colchón tirado en el suelo sobre el que estaba acostada. En la pared de su derecha se abría un ventanuco por el que se filtraba la luz mortecina del amanecer y a su incierta claridad trató de averiguar la hora que marcaban las agujas en su reloj de pulsera. Sorprendida, comprobó que eran las cinco de la madrugada. ¿Por qué no estaba en la cama de su dormitorio y por qué se encontraba en esa habitación desconocida?

En la boca tenía un sabor amargo. Lo notó, cuando a duras penas consiguió sentarse en el colchón y apartar de su rostro la revuelta melena que le caía sobre los ojos, tratando al mismo tiempo de despejar sus ideas. ¿Qué le había sucedido?, se preguntó. Estaba completamente vestida con un traje negro de encaje que se había comprado recientemente y con el que solía asistir a los eventos que requerían una indumentaria elegante. Al parecer, se había acostado en el colchón sin desnudarse y sin descalzarse tampoco, porque llevaba aún unos zapatos de tacón alto, que también eran nuevos. En el suelo, caído al pie de la ventana, vio la chaquetita de raso que combinaba con el vestido, formando un impreciso revoltillo desdibujado entre las sombras.

Fue la visión de su ropa la que la ayudó a recordar confusamente que había ido con ese traje, esa chaquetita y esos zapatos a la fiesta de Margarita, su mejor amiga desde que le alcanzaba la memoria, ya que habían sido compañeras de colegio y más adelante habían cursado juntas los estudios superiores en la facultad de Filosofía y Letras de la universidad complutense de Madrid. Celebraba Margarita su próxima boda, aunque no había sido propiamente una fiesta de despedida de soltera, pues había invitado a amigos de ambos sexos. Ella había llegado tarde al piso del novio, donde la pareja había organizado el evento, y se había presentado sola además, sin Horacio. Se había negado él a acompañarla pretextando que tenía mucho que estudiar. Una excusa inventada, como tantas otras, pues el primer ejercicio de la oposición que preparaba a cátedra, en la especialidad de griego clásico, no se había convocado aún. Pero probablemente era lo primero que se le había ocurrido oponer para no tener que acudir a esa fiesta cuando se lo comentó ella, días antes, porque a Horacio no le interesaba nada que no guardara relación con los cinco primeros siglos de la humanidad anteriores a Cristo, y concretamente los que guardaban relación con la civilización griega.

Había intentado Valeria convencerle de que no podían hacerle un feo a Margarita, que estaba muy ilusionada con los preparativos de su boda. Aunque verdaderamente de quien era amiga era de Valeria, con Horacio también había mantenido un trato asiduo durante los años de estudiantes en la misma facultad, pero pese a ello se había negado rotundamente él.

—Sabes que no me gustan las fiestas y menos aún las despedidas de soltero. Además, tengo mucho que estudiar y no puedo perder el tiempo con esas frivolidades que a ti te divierten tanto, así que, ¿por qué no vas tú sola y quedamos bien los dos?

Había pensado Valeria al oírle que el juicio que había formado Horacio sobre ella no podía ser más equivocado. A ella tampoco le divertían especialmente las celebraciones multitudinarias y

ruidosas. El alcohol le sentaba mal y, como no solía beber más que lo imprescindible, no se integraba por esa razón en el jolgorio general de los que habían tomado más de una copa. Se quedaba al margen, sin alcanzar la deshibición de que disfrutaban los demás, con una sonrisa con la que pretendía disimular que estaba analizando fríamente el motivo de sus risas, que en su mayoría le parecían simplezas. Prefería las reuniones tranquilas y más reducidas en las que podía conversar con los asistentes o salir a practicar deporte, pero en los festejos en los que se aglomeraban los invitados se sentía de más.

No obstante, no tenía alma de ermitaña como él, que vivía solo para sus libros y para sus papeles y disfrutaba relacionándose con personas de su edad. Además, Margarita era su amiga. Convencer a Horacio de que debería dejar de estudiar por unas horas los temas de esa oposición para cumplir con el deber que le imponía una amistad de muchos años, era una tarea prácticamente imposible, por lo que finalmente había decidido acudir sola a la fiesta con el traje que en esos momentos llevaba puesto. ¿Pero qué hacía allí, en aquel cuartucho, con ese vestido, calzada con los zapatos de tacón y tumbada en un colchón en una habitación desconocida?

De la fiesta apenas si recordaba otra cosa que la bulliciosa algarabía de los presentes, que se reían sin venir a cuento y que se embromaban a gritos unos a otros. No eran muchos, solo cinco parejas y Valeria, porque el saloncito de la casa de Ricardo, el novio de Margarita, en el que celebraban la próxima boda, era de dimensiones reducidas. Pero le dio a ella la impresión de que esas diez personas se habían multiplicado cada una de ellas por otras tantas cuando hizo acto de presencia. Había llegado la última y su entrada en el saloncito fue coreada por todos con una ruidosa algazara, como si fuera Valeria una estrella de cine a la que acabaran de concederle un Óscar.

Y no recordaba mucho más. Había rechazado sistemáticamente las copas que le ofrecían y se había movido de grupo en grupo fingiendo interesarse por lo que le comentaban. Solo conocía a una de las chicas, pero también con las restantes le había resultado sencillo entablar conversación, porque llevaban ellas la voz cantante y se había limitado a intercalar algún que otro monosílabo. Con los chicos le había parecido más difícil. No les había visto en su vida y al parecer ninguno trabajaba ni estudiaba. Únicamente se interesaban por los veleros con los que participaban en regatas de competición, los automóviles de alta gama y los caballos de carreras, temas que Valeria ignoraba por completo. Ni siquiera había coincidido anteriormente con Ricardo, el novio de Margarita, porque desde que Valeria y Horacio se habían casado salían en raras ocasiones y en cambio su amiga llevaba ahora, desde que habían muerto sus padres dos años antes, una vida loca con su nueva pandilla de la que Ricardo formaba parte. Habría sobrepasado él los treinta años y era un par de centímetros más alto que Valeria y de complexión fuerte. Probablemente hubiera sido guapo de muchacho, pero en el presente le sobraba peso. A Margarita en cambio le sacaba él la cabeza, porque era bajita, aunque bien proporcionada, con una melena corta y negra y unos ojos del mismo color. Habían bebido mucho los dos, sobre todo Ricardo, que al término de la noche se tambaleaba un tanto y hablaba con voz pastosa.

No había retenido la fisonomía de ninguno de los restantes. Debían mantener una relación especial con las chicas a las que acompañaban, pero no por ese motivo habían dejado al margen a Valeria, sino que, por el contrario, la habían constituido en el centro de la reunión e incluso todos habían relegado momentáneamente a sus respectivas parejas para bailar con ella.

Pero había habido uno que... No conseguía recordarlo con claridad, porque a media noche ya estaba cansada, tenía sueño y estaba buscando la manera de despedirse. Pero sí, ese chico se había empeñado en brindar con ella con una copa de cava y se había puesto tan pesado que no había sabido negarse. Para colmo, todos los demás habían levantado las suyas para desearles a

los novios un matrimonio feliz y en apurar a continuación lo que quedaba en las botellas y ella se había visto obligada a secundarles. Y después... no sabía qué había sucedido a continuación. Solo que había amanecido en el colchón en el que había estado tumbada y que le dolía espantosamente la cabeza.

Con un esfuerzo ímprobo consiguió ponerse en pie y aproximarse a la ventana tambaleándose sobre sus altos tacones. El cristal estaba tan sucio que tuvo que abrirla y se restregó los ojos, aún cargados de sueño, para tratar de averiguar dónde se encontraba. La claridad rosada del amanecer, que se abría paso en la oscuridad, le permitió ver que la habitación en la que se había despertado se hallaba a la altura de un segundo piso y distinguió a sus pies el campo yermo y solitario que se extendía hasta lo lejos. No reconoció el entorno. Estaba en pleno campo, en un lugar en el que no había estado nunca anteriormente y en la planta superior de una casa que no conocía.

Tenía que marcharse y volver a su casa, se dijo, encaminándose hacia la única puerta que distinguía a su izquierda. Tropezó con el colchón, pero consiguió salvarlo sin caerse y aproximarse a la hoja de madera que intentó abrir. Estaba cerrada con llave por fuera y aunque tiró del picaporte con todas sus fuerzas no se movió del quicio en el que estaba ensamblada. ¿La habrían encerrado? ¿Pero quién y por qué?

Se lanzó contra la puerta con el hombro y, aunque en las películas había visto que se desplomaban bajo los impactos del protagonista, resistió sus acometidas sin ceder ni un ápice. Lo intentó de nuevo con el mismo resultado negativo, por lo que desistió acariciándose el miembro dolorido y pasó a analizar su tosca superficie buscando un resquicio que le permitiera salir de la pequeña habitación en la que se hallaba. Tan solo localizó un agujerito redondo, a la altura de la mirilla de una puerta y atisbó por él lo que pudiera haber al otro lado. Solo una oscuridad densa e insondable. Aplicó entonces el oído. Nada. Un silencio absoluto, Como si el edificio en el que se había despertado estuviera enclavado en medio de la nada.

Por primera vez fue consciente de lo que le estaba sucediendo y somatizó el pánico que sentía en un invisible cinturón de hierro que le oprimía las costillas y que disparó su ritmo cardíaco. ¿Qué podía hacer?, se preguntó. Estaba encerrada en una casa desconocida y en pleno campo. Nadie la oiría, aunque gritara. ¿Pero quién podía haber sido el que la llevara hasta allí? ¿Algún bromista que asistiera a la fiesta? No podía precisar cómo había salido del piso en el que se celebraba ni mucho menos cómo había llegado hasta la calle. Sus recuerdos finalizaban bruscamente en el momento en el que levantó con los restantes asistentes a la fiesta la copa de cava y brindó por la felicidad de los novios.

Sentía además la cabeza tan pesada que no conseguía razonar con claridad y a punto estuvo de dejarse caer en el colchón y empezar a llorar a gritos. Pero no podía perder el tiempo en desahogarse. Tenía que llamar por el móvil a Horacio y él acudiría en el acto y la sacaría de allí. ¿Pero cómo podría encontrarla si no sabía ella donde estaba? Desconocía la dirección de aquella casa, porque podía estar en cualquier lugar, a cinco kilómetros de Madrid o a doscientos. Podría, eso sí, llamar a la policía y ésta lo localizaría por el móvil que tenía dentro del bolso.

Lo recogió del suelo y volvió a sentarse en el colchón para extraer el teléfono con más comodidad, pero aunque lo rebuscó en su interior e incluso vació su contenido sobre su falda, no dio con él. Notó que le faltaba también su monedero. Alguien le había quitado las dos cosas antes de encerrarla allí para que no pudiera salir ni avisar a nadie.

Tardó algo más de unos segundos en comprender el alcance de lo que acababa de averiguar y una angustiada sensación de impotencia la acometió. Podían pasar días o incluso semanas hasta que la persona que la había encerrado en ese cuartucho decidiera volver a comprobar si seguía

viva o se había muerto ya de hambre. No sabía cuánto tiempo podía resistir un ser humano sin comer ni beber, pero suponía que no mucho y Horacio era tan terriblemente distraído que no caería en la cuenta de su ausencia hasta que transcurriera mucho tiempo. A esas horas de la madrugada estaría durmiendo y cuando se despertara...

Descorazonada se reconoció a sí misma que era posible que no advirtiera al levantarse que esa noche no había regresado de la fiesta y que dejara transcurrir toda la mañana antes de caer en la cuenta de que ella no había regresado a casa, porque su trabajo le absorbía hasta el extremo de hacerle perder la noción del tiempo. Probablemente se despertaría con la llegada del nuevo día, desayunaría solo, pensando que ella había salido al jardín a pasear o a sentarse en un banco de madera que se hallaba junto a la fachada posterior a disfrutar del aire fresco, sin que se le ocurriera que en el mes de marzo la temperatura ambiente no invitaba a arriesgarse a enganchar un catarro a horas tan tempranas. Después, con la mente en otra parte, se encerraría en la especie de guarida que era su despacho para continuar embebido en sus papeles, sin preguntarse dónde podría estar ella. Era ya domingo, por lo que no tendría que acudir a la universidad donde como profesor adjunto daba clases de griego clásico. Dispondría de toda la mañana para él y quizás, cuando al mediodía le entrara hambre, se preguntara por el motivo por el que no estaba preparada la comida.

No podía esperar a que cayera él en la cuenta de que la habían secuestrado y llamara a la policía. Tenía que salir de allí. No podía contar con que bajara de las nubes y la echara de menos. Aunque corría el mes de marzo y la primavera estaba próxima, hacía frío en el antro en el que se hallaba. Del techo creyó ver que colgaba un casquillo sin bombilla, de lo que dedujo que no había luz eléctrica ni por supuesto radiador de calefacción, por lo que recogió la chaquetita de raso del suelo, se la puso y se arrebujó en ella dando diente con diente. Empezaba a experimentar una espantosa claustrofobia a la par que la angustiada convicción de que no podía esperar que acudiese nadie en su ayuda, por lo que, angustiada, se dejó caer sentada en el colchón intentando razonar.

No tardó más de unos segundos en ponerse nuevamente de pie y con un par de tropezones más consiguió llegar hasta la ventana para otear el exterior, donde no vio un alma por los alrededores. Era estrecha, pero podría pasar su cuerpo por el hueco, porque afortunadamente seguía estando tan delgada como cuando era una estudiante. Lo peor era la altura en la que se hallaba y la falda estrecha de su traje que le impedía realizar cualquier movimiento que requiriese separar las piernas, además de la dificultad añadida que le imponían los zapatos de tacón. Se restregó nuevamente los ojos para fijarlos en la cañería que ascendía por la fachada a un palmo de la ventana y calibrar su resistencia. Estaba oxidada y quizás no soportara su peso, pero tenía que intentarlo.

Abrió la única hoja de cristal y alargó la mano para tantearla. No se movió, por lo que pensó que posiblemente aguantaría. Pero con el traje que llevaba no podría realizar esa proeza, porque la falda no le permitiría ni tan siquiera subirse al alféizar. La helada brisa del amanecer se le caló hasta los huesos, pero no se entretuvo en considerar que en ropa interior podría enganchar un buen catarro, porque era la única opción de la que podía disponer. Se bajó la cremallera que cerraba el vestido a su espalda, se lo quitó, sacó el brazo al exterior y lo arrojó al suelo al pie de la ventana, una planta más abajo. Hizo lo mismo luego con los zapatos y con el chal. El bolso tenía una correa larga y solía llevarlo en bandolera, por lo que se lo colgó del cuello, y con toda suerte de precauciones logró sacar su cuerpo por el hueco de la ventana alargando un pie y las dos manos para agarrarse a la cañería y bajar por ésta. No era la primera vez que realizaba una hazaña similar. De niña se escapaba a menudo por la noche de la casa de su abuela, para reunirse con

unas amigas que vivían cerca. Sus padres y sus hermanos vivían en Albacete y se había marchado a Madrid a estudiar cuando empezó a estudiar la carrera, alojándose en casa de su abuela, que la acogió con los brazos abiertos. El dormitorio que le destinó ésta estaba en la segunda planta y utilizaba para descender hasta el suelo las ramas de un peral que crecía cerca.

Pero eso pertenecía al pasado. Cuando su abuela falleció, le había legado esa casa, un viejo chalé en la Ciudad Lineal donde vivía ahora desde que se había casado con Horacio, pero no había vuelto a sentir la necesidad de realizar esa clase de alardes y utilizaba la puerta de la casa para salir y entrar como todas las personas que estaban en sus cabales.

Afortunadamente el gimnasio en el que se entrenaba todas las mañanas antes de acudir al colegio en el que impartía clases de latín la mantenía en forma, pero pese a que sus músculos respondieron, no tardó en darse cuenta de que había sido más sencillo descender hasta el suelo en la casa de su abuela ayudándose del peral, que en aquel edificio desconocido. La cañería chirrió bajo su peso en cuanto se colgó de ella y las medias que llevaba crujieron deshaciéndose en mil carreras cuando comenzó a bajar apoyando los pies en los soportes del conducto. Para colmo se había desprendido aquella de la pared cuando se encontraba a punto de rematar el descenso y se cayó de espaldas en el suelo, pero no se hizo demasiado daño, aunque sí se llenó de barro. Helada de frío se vistió de nuevo, se abotonó la chaquetita hasta el cuello y se calzó los zapatos. Luego dirigió una mirada a su alrededor. Se hallaba en pleno campo y el edificio que acababa de abandonar parecía ser una nave que llevara tiempo deshabitada. Quizás se hubiera utilizado tiempo atrás para guardar el ganado o la cosecha, pero las inclemencias del tiempo habían dejado una huella inexorable en la fachada, desconchada y cubierta de goterones. Le faltaban los cristales a las ventanas de la planta baja y la puerta que le daba acceso estaba medio caída y entreabierta. El terreno que lo rodeaba parecía extenderse hasta el infinito, pero a lo lejos creyó ver una carretera vecinal y echó a correr hacia allí. Al poco notó que se le partía un tacón y se vio obligada a amainar el paso, pero siguió andando y andando hacia lo que había identificado como una meta salvadora.

Una media hora más tarde, helada y jadeante, alcanzaba ese camino y se detuvo en el arcén con los zapatos rotos, sin medias, y con unas espantosas ganas de llorar. Comprobó en su reloj que eran los seis de la madrugada. ¿Quién iba a pasar por esa desempedrada vía a esas horas? No sabía dónde se hallaba, pero supuso que a considerable distancia del pueblo más cercano, por lo que probablemente no iba a aparecer en las próximas horas ningún automóvil a quien pudiera pedirle ayuda y no se sentía con fuerzas para dar un paso más. ¿Qué iba a hacer ahora?

Se sentó en la cuneta y con una tonta reacción que ni ella misma se explicó se levantó antes la falda de su vestido de encaje para que no se le manchase de tierra, aunque ya se le había embarrado cuando lo arrojó por la ventana. Luego intentó pasar revista a su situación. Estaba helada, había perdido los dos tacones de los zapatos y los soportes de la cañería le habían destrozado las medias que había llevado y le colgaban ahora sobre los zapatos convertidas en dos pingajos. Notaba además el estómago revuelto, le dolía la cabeza y no conseguía razonar. Hubiera podido llamar a un taxi por el teléfono móvil si no se lo hubiera quitado el desaprensivo que la había encerrado en la nave de la que acababa de huir. En cualquier caso, no le hubiera servido el móvil para salir de la situación en la que se hallaba, porque no hubiera podido darle al taxista la dirección en la que tenía que recogerla, ya que la ignoraba. Pero quizás sí hubiera podido avisar a la policía, se dijo a continuación. Tenía entendido que ésta sí la hubiera podía localizar por la situación del teléfono y esa posibilidad se había esfumado también, por lo que se vería obligada a pasar las próximas horas en la cuneta del camino aterida de frío, temiendo además que su raptor regresara a la nave y al no encontrarla la buscara por las inmediaciones.

Y entonces sucedió el milagro. A lo lejos, a una distancia que le pareció infinita, creyó percibir el sonido inconfundible del motor de un coche y después de que transcurriera lo que sintió como una eternidad lo vio aparecer en lontananza como un puntito que fue agrandándose conforme se acercaba. Se levantó en el acto Valeria del suelo y en el arcén levantó una mano indicándole al conductor que parase, ya que no sabía la dirección que debería tomar para volver a Madrid, por lo que no podía indicársela con un dedo. Por fortuna el automóvil se detuvo. Solo llegó a fijarse Valeria en que era un vehículo gris bastante polvoriento y que al volante iba un tipo de aire desaseado, que no debía de haberse afeitado al menos en tres días y que cubría sus ojos con unas gafas oscuras, pese a que el sol aún no se había asomado por el horizonte y la luz diurna comenzaba a despuntar. Se aproximó ella a la ventanilla de la que ese hombre había bajado el cristal.

—Por favor... tengo que volver a mi casa. ¿Podría llevarme? —consiguió articular histéricamente con una voz que no se parecía a la suya.

El conductor la analizó de arriba a abajo durante unos segundos sin decir palabra, desde su desgreñada cabeza a sus destrozados zapatos, fijándose especialmente en sus medias colganderas.

—No lo sé. Depende de a dónde vaya. ¿A dónde va?

—Quiero ir a Madrid —balbuceó angustiada, temiendo que el hombre se negara—. Pero si usted va en otra dirección le agradecería que me dejara en una gasolinera o en otro lugar donde pueda tomar un taxi, aunque no podría pagarlo porque me han robado el monedero. Es que no sé dónde estoy.

La examinó nuevamente el desconocido, antes de decidirlo.

—Está en el término municipal de Aravaca, a unos quince minutos de la capital. Suba, que la llevaré.

No tuvo Valeria que hacérselo repetir. Se introdujo en el acto en el asiento del copiloto, se puso el cinturón de seguridad, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos con la sensación de que empezaba a despertar de una horrorosa pesadilla. Cuando los abrió notó que él la estaba mirando de reojo.

—¿Has estado en una fiesta? —le preguntó él.

—¿En una fiesta?

—Sí, en un botellón. Hay por aquí cerca un descampado donde se reúnen los jóvenes los fines de semana para empujar el codo y para ponerlo todo perdido. A muchos hay que ingresarles después en un hospital por intoxicación etílica y a otros que han bebido menos, pero que también han pimplado de lo lindo, es necesario llevarles a sus casas porque no saben dónde están, como tú. ¿Puedo preguntarte qué placer encuentras en enganchar una moña los fines de semana?

Aún con lo pesada que sentía la cabeza, le entendió. ¿La habría confundido con una adolescente borracha tras una noche de jarana? Su aspecto debía ser lamentable. Acababa de pasarse una mano por la frente y la había retirado pegajosa de barro. Debía de tener también las mejillas plagadas de churretes, pero hacía muchos años que había dejado atrás la facultad y creía representar la edad que tenía.

—Yo... yo no bebí nada —consiguió replicar—. Solo una copa de cava y no soy una chica de botellón. Tengo treinta y dos años. Me licencié en latín y doy clase en un colegio. Soy una persona seria.

—¡Ah! —murmuró él con nuevo respeto, examinándola de reojo para comprobar si podía ser cierto que hubiera cumplido la edad que le había dicho tener. No debió de llegar a una conclusión al respecto, porque obvió la cuestión y comentó con aire intrascendente—: Del latín recuerdo el rosa rosae y poco más. ¿Qué te ha sucedido entonces para que hayas empezado el día sentada en

una cuneta y embarrada de los pies a la cabeza? —Interrumpió lo que iba a decir para dirigirle otra rápida mirada y preguntarle— ¿O debo llamarte de usted? Es que tu aspecto difiere poco del de esas chicas que te he comentado. Me refiero a las del botellón.

Se preguntó Valeria si ella seguiría aparentando ser una adolescente y si esas chicas recibirían el alba en el estado lamentable en el que la había dejado el descenso por la cañería y su aterrizaje en el suelo embarrado. Dudó en aclararle lo que había motivado el suyo. Incluso llegó a pensar que no la creería si se lo contaba, pero incomprensiblemente se lo resumió en pocas palabras, o al menos lo intentó, sintiendo una especie de liberación al compartir con otra persona el horror que había vivido. Necesitaba tanto desahogarse...

—No lo sé. No sé cómo he llegado hasta allí ni quién ha sido el que me ha secuestrado. Cuando me he despertado me he encontrado encerrada en una habitación de la planta superior de una nave abandonada y...

—Pero sí estuviste anoche en una fiesta— insistió él como si ese tema le tuviera obsesionado—. ¿Cuánto bebiste?

Trató ella de calcular el tamaño de la copa con la que había brindado.

—Solo una copita de cava con la que brindé por los novios.

—¿En una despedida de soltera?

—Sí, pero no participábamos en la fiesta solo chicas —repuso rememorando la algarabía del evento y el escaso espacio del que disponían sus asistentes para moverse en aquella estancia. Los recuerdos iban acudiendo a su memoria conforme los iba exponiendo como si recuperara los retazos de un sueño que se había disipado de su mente al despertar, pero no por esa razón se iba tranquilizando, sino al contrario —. Nos reunimos en el salón de la casa del novio cinco parejas y yo —le aclaró.

—¿Tú no tenías pareja?

Evocó ahora a su marido que probablemente dormiría a pierna suelta sin imaginar siquiera donde se encontraba ella en ese instante ni en qué estado, y mucho menos el motivo.

—Sí la tengo, estoy casada, pero mi marido no había podido acompañarme. El caso es que de lo que sucedió después de la copita de cava no recuerdo nada.

Le había dirigido él una rápida mirada de soslayo, pero no consiguió Valeria ver sus ojos, ocultos tras las gafas oscuras, ni consiguiendo adivinar lo que pudiera estar pensando.

—¿Y solo te tomaste una? —inquirió él con un tonillo que traslucía una velada acusación.

—Sí, de eso estoy segura. Y no sé cómo salí a la calle después. Había ido en un taxi, pero ya le he dicho que me he despertado en esa nave deshabitada, en una habitación en la que solo había un colchón en el suelo y que estaba cerrada con llave por fuera.

En lugar del comentario que esperaba, le oyó decir;

—Puedes tutearme también. No te llevo tantos años. Solo dos.

—Vale.

Como le dio la impresión de que él no tenía intención de seguir preguntándole por el tema, añadió:

—Me han robado además el móvil y el monedero.

Le pareció a Valeria que la sustracción de esos objetos había despertado en aquel desconocido cierto interés, aunque permaneció impassible mirando fijamente la carretera y se limitó a preguntarle:

—¿Y no tienes idea de quién ha podido ser?

—No, no. Supongo que alguno de los que estaban en la fiesta.

—¿Y cómo has salido de esa habitación?

Regresó ella con la mente al instante de su accidentada escapada descolgándose por la cañería y se la refirió. La escuchó él en silencio y con el ceño fruncido. Luego replicó:

—Por lo que me acabas de contar, cabe suponer que alguno de los hombres con los que estuviste en la fiesta se ofreció a llevarte a tu casa y que en lugar de hacerlo así te llevó a esa nave abandonada de la que me has hablado. ¿Lo crees posible?

Se encogió Valeria evasivamente de hombros, antes de responderle en un tono que pretendió ser normal:

—Podría ser, pero no estuve con ninguno en particular. Todos tenían pareja, pero procuraron que no me sintiera como un número impar y me atendieron como si fuera yo la reina de la fiesta. No he retenido la cara de ninguno y no estoy segura de si les reconocería por la calle si me los encontrara. Mi último recuerdo de esa fiesta finaliza en el momento en el que brindamos por los novios. Y fue solo una copa. Después... no sé lo que ocurrió después.

Se quedó callado él con la mirada fija en la carretera. Luego le preguntó:

—¿Quieres que te lleve a una comisaría para presentar una denuncia?

—¿Una denuncia? —se inquietó Valeria—. Podría denunciar que me han secuestrado y que me han robado el móvil y el monedero, pero no podría darle el nombre del autor a la policía.

Volvió a mirarla, como si estuviera evaluando si debajo de las greñas y del barro se escondería una muchacha atractiva.

—¿Te... te han hecho algo?

Al oírle, dejó de autocompadecerse para indignarse y replicarle airadamente:

—¿Cómo que si me han hecho algo? Ya te he dicho que me han encerrado en ese cuarto donde hacía un frío espantoso y se han largado. ¿Te parece poco? Podría haberme muerto de hambre, de frío, de miedo o de las tres cosas a la vez.

—Lo que le te preguntado es si, quien haya sido, ha abusado de tí de alguna forma —repuso él en un tono deliberadamente neutro—. En ese caso te llevaré a una comisaría, aunque no sepas quién ha sido.

Le entendió ahora e inconscientemente palpó su cuerpo sobre el enfangado traje negro que llevaba.

—No lo sé, no recuerdo nada. Cuando me he despertado estaba completamente vestida sobre el colchón y ni siquiera me había descalzado. Yo supongo... que de haber sucedido lo que has insinuado me habrían quitado la ropa.

Esbozó él un gesto displicente. Las primeras luces de la ciudad se veían ya a lo lejos y ante su proximidad debió de pensar que tenía que tomar una decisión.

—¿Estás segura de que no te han hecho nada?

Volvió a palparse ella y terminó por encogerse de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Ya te he dicho que me quedé dormida con la copa de cava en la mano y que me desperté después en ese antro, acostada en ese colchón. No me acuerdo de nada.

—Podría haberse tratado de una broma —consideró él.

—¿De una broma?

—Sí, de una broma de muy mal gusto. Sé de algún caso en el que en una fiesta de despedida de soltero se la gastaron algunos de los asistentes a los novios, que se vieron obligados como consecuencia a retrasar la ceremonia de la boda.

—Pero es que lo que me ha sucedido a mí no tiene nada de cómico— objetó furiosa, con un lagrimón resbalándole por la mejilla.

—No, ni esas bromas a las que me he referido lo eran. Y tampoco la tienen la mayoría de las novatadas de los estudiantes al comienzo del curso, pero en la duda te llevaré a una comisaría

para que presentes una denuncia. Más adelante puedes tratar de averiguar quién ha sido el que se ofreció anoche a llevarte a tu casa y con qué finalidad te encerró en esa nave. Aún en el caso de que tu secuestro hubiera obedecido a una apuesta, el bromista merece un escarmiento. Además, en el caso de que cambies de opinión siempre puedes retirar esa denuncia.

Reflexionó ella con la mirada fija en el panorama que distinguía a través del cristal de la ventanilla. Podía ver ya a corta distancia y a su derecha los primeros edificios y se los señaló a él con un dedo.

—¿Dónde estamos?

—En la nacional VI, a pocos kilómetros de Madrid. ¿Has tomado ya una decisión?

—Sí, tienes razón y haré lo que me has aconsejado. Mañana llamaré a la amiga que daba la fiesta y por ella sabré si ha consistido todo en una gamberrada y quién ha sido el autor, pero ahora denunciaré a la policía lo que me ha pasado y a ese tipo se le quitarán las ganas de repetir lo que ha debido de considerar una genialidad, si es que no se ha tratado de una apuesta, lo que también es posible.

En la comisaría les atendió un policía muy joven que fue escribiendo en un ordenador lo que ella le iba refiriendo, interrumpiéndola de cuando en cuando para que le aclarase algunos puntos.

—Así que lo último que recuerda de la fiesta es que se tomó una copa de cava, ¿es así?

—Sí.

—¿Y cabe en lo posible que alguna de las personas que tenía cerca le echara algo en la copa? Me refiero a una pastilla. Es relativamente frecuente.

—Pues... podría ser. El salón del novio de mi amiga es pequeño y estábamos todos de pie y bastante apretados en tan escaso espacio. ¿Cree que puede haber sido ese el motivo de que recuerde nada a partir de ese momento?

Se rascó pensativamente el policía el cogote.

—Podría ser y creo que sería conveniente que se dirigiera usted inmediatamente a un hospital para que la examinen y le hagan un análisis. Esas sustancias se suelen eliminar por la orina y el análisis serviría para averiguar el sedante que han utilizado. El forense determinará también si han abusado de usted y en caso positivo y mediante las pertinentes pruebas podremos identificar el agresor, si es que lo hubo. Firme usted la denuncia —le dijo señalándole el papel que acababa de extraer de la impresora— y dígame al médico forense que la reconozca que nos envíe a esta comisaría el resultado de la exploración que le haga. A la vista de su informe actuaremos.

Volvieron los dos al coche que había aparcado él al final de la calle y se dirigieron al hospital más cercano, donde le hicieron a ella un examen ginecológico y una analítica. Cuando nuevamente salieron a la calle había amanecido ya y le pareció a Valeria que estaba abusando del desconocido que la había rescatado de madrugada de la cuneta de aquella carretera tan estrecha, por lo que se detuvo indecisa en la acera.

—Te agradezco mucho tu ayuda, pero creo que no debo darte más la lata. Tomaré un taxi y volveré a mi casa.

Sonrió él bajo la barba que le ocultaba el rostro, como si le divirtiera lo que acababa Valeria de decirle.

—¿No me has dicho antes que te han robado el monedero? ¿Cómo piensas pagar el taxi?

Cayó ella en la cuenta de que tenía razón y vaciló nuevamente.

—Sí... bueno... sí. Le pediré al taxista que espere en la puerta de mi casa mientras entro a pedirle el dinero a mi marido. Saco en el cajero siempre lo justo y...

—Te llevaré, si te callas y dejas de decir tonterías. ¿Dónde vives?

—En el otro extremo de Madrid, En un chalé en La Ciudad Lineal.

—Pues sube.

El trayecto desde el hospital al edificio en el que vivía Valeria lo recorrieron en silencio y poco después detenía él el coche delante de la valla del jardín de un hotelito de tres plantas y se volvía hacia ella.

—Me alegro de haberte rescatado de la cuneta de ese camino. Comprendo que ese tipo que debe de creerse muy gracioso te ha hecho pasar a usted unas horas horribles y espero que se lo hagas pagar. Y por cierto, me llamo Dan. Dan Anaya.

Enarcó Valeria las cejas interrogativamente creyendo haberle entendido mal.

—¿Adán?

—No, Adán no. Dan. Así se llamaba uno de los doce hijos del personaje bíblico llamado Jacob y consecuentemente también fue el nombre de una de las tribus de Israel. Lo eligió mi madre a quien le interesaba mucho la historia del pueblo judío.

—Ya sé quién era Jacob —replicó picada en su amor propio, pues se consideraba una persona culta y conocía la biblia al dedillo—. Es solo que me ha extrañado.

—Sí, es poco corriente —admitió él—. Es más frecuente el nombre de Rubén, que era otro de los hijos de Jacob y que mis padres se lo pusieron a mi hermano mayor, pero a mí me gusta más el mío. Es original. Y, por cierto, ¿cómo te llamas? Desde que ha amanecido no hemos parado de dar tumbos y ni siquiera sabemos ninguno de los dos cómo debemos dirigirnos al otro.

—Me llamo Valeria Salcedo. No es tan original como el tuyo, pero tampoco está mal. Y muchas gracias por todo.

Hizo intención de salir del coche, pero él la retuvo por un brazo.

—Espera, puede que me necesites como testigo si lo que te ha sucedido esta noche llega a juicio, por lo que deberías apuntar mi número de teléfono y darme el tuyo.

—Ya te he dicho que me han robado el móvil —replicó Valeria experimentando nuevamente la angustia que sintió en el instante en el que, tiritando de frío en aquel antro, lo buscó dentro de su bolso sin hallarlo—. Me compraré uno mañana, que será lunes y estarán las tiendas abiertas, pero por si acaso te daré el del aparato fijo de mi casa. Apuntaré el tuyo.

Tomó nota en un cuadernito que llevaba en el bolso conforme se lo fue dictando Dan y se bajó del coche aproximándose a la ventanilla de él.

—Te repito las gracias. No sé qué habría hecho si no llegas a asomar en lontananza por aquella carretera, cuando estaba pasando un frío de mil demonios, mientras rezaba todas las oraciones que sabía para que apareciera un coche que me recogiera. Mil gracias y... ya te llamaré.

—CAPÍTULO II—

Horacio estaba durmiendo cuando Valeria llegó a la vieja casona en la que vivían. Atravesó el vestíbulo dejando a su paso pegotes de barro, subió apresuradamente la escalera y entró en la habitación. Con un brazo bajo la cabeza y los ojos cerrados respiraba apaciblemente él, ajeno por completo a la pesadilla que había vivido durante esa madrugada, por lo que le zarandeó, con suavidad en un primer momento y con mayor energía después.

—Horacio —le gritó.

Se limitó él a darse la vuelta y a esconder el rostro bajo la almohada, por lo que sacudió por los hombros.

—¡Horacio! Estoy aquí. Me ha sucedido una cosa horrible.

Sobresaltado, abrió él los ojos restregándose los con las manos. Tenía la misma edad que Valeria, pero en esos momentos, adormilado y con su liso cabello castaño resbalándole sobre la frente, parecía un chiquillo.

—¿Qué... qué pasa? ¿Por qué gritas? Calla y déjame dormir.

Se había puesto boca abajo dispuesto a reanudar el sueño que ella había interrumpido y exasperada, encendió la luz de la lamparita que tenía él sobre la mesilla de noche.

—¡Horacio! Tengo que contártelo. Ha sido espantoso. No sé cómo llegué hasta allí, pero me he despertado en una nave abandonada que estaba en mitad del campo. Me he escapado de milagro. ¿Pero quieres despertarte de una vez?

Había ido elevando la voz conforme hablaba y finalmente consiguió lo que pretendía, porque se sentó él de golpe en la cama e intentó peinarse el revuelto cabello con los dedos. Parpadeó, intentando enfocarla, pero al darse cuenta de que no llevaba puestas las gafas las buscó en la mesilla de noche y, al distinguirla y reparar en el lamentable aspecto que presentaba, respingó sobresaltado.

—¿Pero ¿qué... qué te ha pasado?

Sin acabar de reaccionar la recorrió con la mirada de arriba abajo. Desde su lacia melena, impregnada de barro, hasta sus irreconocibles zapatos, sin tacón, pasando por lo que había sido un traje de fiesta y se había convertido en un astroso pingo, sin olvidar las medias que pendían sobre sus tobillos como dos colgajos embarrados.

—¿Qué... dónde te has caído? ¿Por qué vienes así?

No solía llorar Valeria, pero no pudo evitar que se le escapara un sollozo.

—No lo sé. No sé qué me ha pasado.

—¿Que no lo sabes? ¿No fuiste ayer a la estúpida despedida de soltera de Margarita, a la que pretendías que te acompañara?

—Sí, sí fui.

—¿Y qué te hicieron esos cretinos que tiene por amigos? ¿Te tiraron vestida a la piscina?

Meneó ella negativamente la cabeza y con su ademán salpicó de barro la tarima del pavimento.

—No, no. La fiesta era en casa de Ricardo.

—¿Y quién es Ricardo?

—El novio de Margarita. Y vive en un piso.

Apoyó él la espalda en el cabecero de la cama y se acarició el codo manifestando su absoluta incompreensión.

—No entiendo lo que me cuentas. ¿Cómo has podido ponerte así de sucia y de desastrada en un piso? ¿Es que jugasteis a alguno de esos juegos estúpidos que están de moda?

Volvió a negar Valeria con la cabeza.

—No, no. Ya te he dicho que me he despertado en una nave abandonada en mitad del campo.

—Porque acabasteis la fiesta allí, ¿no?

—No... no lo sé. Cuando me he despertado, estaba tumbada sobre un colchón que olía a rayos y que estaba en el suelo de una habitación en la que me habían encerrado con llave.

Se la quedó mirando fijamente como si le costara entender lo que le estaba refiriendo.

—¿Y por qué no me has llamado al móvil para que fuera a buscarte?

—Porque me lo habían quitado. El móvil y el monedero. Además, no sabía dónde estaba.

Aturdido, consiguió echarse hacia atrás los mechones de cabello que le caían sobre las cejas y se sujetó las gafas sobre el puente de la nariz.

—No me hace ninguna gracia lo que me estás contando. Deduzco que, por alguna razón que no se me alcanza, terminasteis la fiesta allí. Que acabasteis todos borrachos como cubas y que, cuando de madrugada decidieron volver a sus casas esos imbéciles, se olvidaron de ti y te dejaron encerrada sin darse cuenta.

Al evocar ella al pánico que había sentido al darse cuenta de que no podía salir de aquella habitación, estuvo a punto de echarse a llorar, pero consiguió controlarse a tiempo recordando que Horacio odiaba las lágrimas. Reaccionaba torpemente ante esa clase de manifestaciones y lo que necesitaba en ese momento era su apoyo, sentirle tan angustiado por lo que pudiera haberle sucedido como se sentía ella.

—¿Sin darse cuenta? No lo creo —le rebatió—. Me encerraron con llave desde fuera, por lo que estoy segura de que lo hicieron premeditadamente. ¿Crees que ha podido tratarse de una broma, muy poco graciosa por cierto?

Lo consideró Horacio con el ceño fruncido y ese aire intelectual tan suyo con el que afrontaba cualquier disquisición por nimia que fuera, para terminar haciendo un gesto de asentimiento.

—Podría ser. Esa panda de analfabetos con los que se relaciona Margarita nos considera unos pedantes a ti y a mí. No recuerdo sus nombres ni sus caras, pero sí el aburrimiento con el que en algunas de las reuniones de tu amiga recibían mis explicaciones sobre cualquier asunto en las escasas ocasiones en las que hemos coincidido. ¿Conozco yo a los asistentes a la fiesta?

—No y yo no los conocía tampoco.

—¿Y les dijiste que eres profesora de latín?

Trató Valeria de recordar la conversación que había mantenido con ellos, pero solo logró traer a la memoria el ambiente de jolgorio que reinaba en el piso, las carcajadas de los presentes y el humo de los cigarrillos que fumaban.

—No lo sé. Creo que hablé con todos ellos, pero no me acuerdo de qué. Sabes que fui a la fiesta por compromiso y estaba deseando que se hiciera la hora de despedirme sin quedar mal. Pero... es posible que sí, que le dijera a alguno o a todos que era profesora de latín.

—Y entonces propuso alguno salir del piso para continuar la juerga en otra parte —apuntó Horacio.

—Sí, creo que sí. El caso es que solo tomé una copa de cava cuando decidieron brindar por los novios y creo que nos marchamos a continuación, pero apenas si recuerdo qué sucedió después. Solo que en la calle hacía frío y puedo ver aún, como si se me hubiera grabado en la retina, la luz de una farola que me dio en la cara cuando alguien me sostenía por debajo de los

brazos, porque me estaba durmiendo de pie. Tenía un sueño espantoso. Supongo que luego me subiría a un coche.

—Y en lugar de ir a un bar os dirigiríais a esa nave de la que me has hablado y que será propiedad de alguno ¿no?

—No lo sé. Recuerdo que al despertarme miré por la ventana y no vi más que una gran extensión de terreno alrededor. Luego comprobé que estaba muy lejos de la carretera, pero no sabría volver a ese lugar.

—¿Y cómo te escapaste de esa habitación, si te habían encerrado con llave?

—Por la ventana. Cerca pasaba una cañería y agarrándome a ella bajé por la fachada hasta el suelo, que estaba húmedo de barro. Luego anduve y anduve hasta que llegué a una carretera y detuve a un coche que pasó. Lo conducía un tipo con una barba de una semana y parecía estar bastante sucio, pero se portó bien.

Hizo Horacio un gesto de aprobación, antes de iniciar el movimiento de salir de la cama.

—Voy a vestirme ahora mismo. Iremos a una comisaría a denunciar a los amigos de Margarita y a un hospital a que te reconozcan. Si te han hecho algo, nos ocuparemos de que vayan a la cárcel y de que se pudran allí. Así aprenderán las consecuencias de gastar cierta clase de bromas. ¿Se pasó alguno de la raya contigo?

Desvió ella los ojos hacia la ventana del dormitorio. Tenía la persiana bajada, pero entre las lamas de madera penetraba algo de luz. Intentó entresacar algún detalle del que hubiera sido consciente y que le permitiera contestarle, pero la luz de la farola de la calle en la que vivía Ricardo era lo último que lograba traer a la memoria antes de caer en un sueño profundo.

—Pues tampoco lo sé, pero me ha reconocido el forense del hospital al que me ha llevado Dan Anaya y ha dicho que no presentaba yo signos externos de que me hubieran forzado, pero que lo determinaría la analítica de las muestras que me han tomado. Aún no lo sé.

—¿Y ese Dan quién es?

—El barbudo del que te he hablado. El que ha aparecido con su coche por la carretera y que me ha recogido de la cuneta donde estaba acurrucada. Me ha llevado él a la comisaría y al hospital y luego me ha traído a casa.

La había escuchado Horacio en silencio y cuando terminó levantó exasperado ambos brazos.

—Ya te dije ayer que no debíamos acudir a esa despedida de solteros de Margarita y de su novio, pero como tú te empeñaste... Alguna vez me darás la razón y no darás lugar a que te sucedan esas cosas.

Algo parecido le había dicho el tipo que la había recogido en la carretera y que se llamaba Dan, pero no le había sonado tanto a incomprensido sermón como el que le estaba dedicando Horacio.

—Margarita es amiga mía y aceptar su invitación era lo procedente —replicó empezando a irritarse—. Por tu gusto nos aislaríamos de todo y de todos y viviríamos como ermitaños, pero no cuentas conmigo para conseguir esa meta. No estamos tú y yo solos en el mundo, gracias a Dios. Hay muchas más personas con las que podríamos relacionarnos, si hicieras un alto de cuando en cuando en tus estudios sobre la antigüedad y vivieras en el presente.

Parpadeó desconcertado ante su explosión de ira y se la quedó mirando como si no la conociera.

—¿Que me olvidara de mis estudios? —repitió en tono interrogante como si la sola idea le resultara incomprensible—. Sabes que estoy preparando una oposición y sabes también que no tengo nada en común con esos tipos tan bromistas con los que estuviste anoche en una juerga, de cuya asistencia supongo que te habrás arrepentido. No tengo inconveniente en relacionarme con

otras personas, pero pido al menos que sean capaces de hablar de algo coherente, sobre lo que yo tenga opinión. Los descerebrados me aburren soberanamente.

También le aburrían a Valeria, pero a diferencia de Horacio, no había dado ella por hecho que lo serían los amigos de Margarita antes de aceptar su invitación ni había imaginado que fueran capaces de gastar bromas tan pesadas, si es lo que le había ocurrido la noche anterior había sido una broma.

Margarita había cambiado mucho desde que fallecieron sus padres en un accidente dos años antes. Había sido antes una chica tímida y callada, pero desde que a la muerte de sus progenitores había heredado una fortuna, había hecho nuevas amistades y se había convertido en una muchacha alocada que solo hablaba de desfiles de modelos, de excursiones a los lugares más ignorados del planeta y de tratamientos de belleza carísimos. No se había planteado trabajar cuando ambas terminaron los estudios, pero entonces nada permitía adivinar la metamorfosis que experimentaría. Viajaba continuamente con un grupo de jóvenes tan adinerado como ella misma y sustituía un novio con otro. Ricardo era el quinto que le había conocido Valeria y había decidido casarse con él de repente. No había llegado a saber ella si era tan insustancial como los anteriores, porque solo recordaba que en la fiesta le había parecido que comía y bebía demasiado y que se reía ruidosamente celebrando cualquier comentario por insípido que fuese. Llegó en ese momento a la conclusión de que sin duda a Horacio le habría parecido un idiota.

Habían coincidido su marido y ella en la facultad y en el mismo curso y también entonces, cuando eran estudiantes, devoraba libros él en la biblioteca y traducía del griego clásico al español todo lo que caía en sus manos, pero no se hubiera imaginado ella que la devoción por el pasado, que ya experimentaba de muchacho, se convertiría en una obsesión, que parecía irse acrecentando conforme iban transcurriendo los años de casados. A Valeria al menos se lo parecía.

Habló con él por primera vez una mañana. A diferencia de ella, Horacio no frecuentaba la cafetería de la facultad, donde pasaba Valeria con Margarita y con un grupo de amigos un gran número de las horas en las que debería asistir a clase, pero se había fijado en él porque se desprendía de su persona un aire erudito que le hacía diferente a los demás. De estatura corriente, muy delgado, de cabello y ojos castaños cubiertos éstos últimos por unas gafas de concha, desdeñaba cualquier clase de deporte, pero era el primero de la clase en todas las asignaturas, fundamentalmente en las que versaban sobre lenguas muertas. Quizás porque admiraba la soltura con la que respondía a las preguntas de los catedráticos sobre cualquier materia, fue por lo que aquella mañana en la que se lo encontró solo en una mesa, con una gruesa tratado de Plutarco entre las manos, escrito en griego clásico, se le acercó para preguntarle:

—¿Puedo sentarme contigo?

Apenas si había levantado él la mirada hacia su rostro y parpadeó para enfocarla con unos ojos cansados por el estudio. Valeria se sabía atractiva. Más bien alta que baja y con una figura estilizada, poseía una bonita melena castaña que le llegaba hasta los hombros y que se le rizaba hacia afuera en las puntas, gracias a sus esfuerzos. La movía con gracia y los chicos solían seguir con la vista el vaivén que le imprimía acompañando a sus gestos. Realzaba también sus ojos color ámbar ennegreciendo sus pestañas y su boca, más bien grande y bien dibujada, con un lápiz rosado. Era en conjunto una de las chicas más bonitas de la clase y sus compañeros se la disputaban. Todos menos Horacio, a quien parecía tenerle sin cuidado que se paseara contoneándose delante de él y que agitara su melena riéndose demasiado alto cuando le veía cerca. Esa mañana introdujo él en el libro una servilleta de papel como señal para no perder la página que estaba traduciendo y se encogió de hombros.

—Vale, siéntate— fue todo lo que se sintió capaz de decirle.

No se arredró Valeria ante su ausencia de interés. Acodó en la mesa su brazo derecho para apoyar en la mano su mejilla y le sonrió.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó sin olvidar agitar cadenciosamente su melena.

—Las “Vidas paralelas” de Plutarco —repuso él con una amorosa ojeada al libro que sostenía entre las manos.

—Te gusta mucho el griego clásico, ¿verdad? —insistió ella.

—Sí, claro —repuso él como si el dudarle fuera una ofensa.

—¿Y el latín? —inquirió Valeria sintiendo que empezaban a faltarle temas de conversación.

—También, pero el griego tiene para mí una cadencia especial. ¿No te parece a ti que participa de una armonía que podría calificarse de musical?

Nunca se le hubiera ocurrido a ella algo similar, pero se apresuró a afirmar lo contrario, pensando que si se especializaba en latín ganaría muchos puntos a sus ojos, porque se consideraba incapaz de interesarse por el griego.

—Claro, claro, desde luego.

—Estuve el verano pasado en Atenas —continuó Horacio—. Estuve haciendo turismo durante una semana en la que me gasté todo lo que había ahorrado durante el curso. Y cuando visité el ágora... no puedo traducirte en palabras lo que sentí. Allí, en cada una de sus piedras se ha gestado la historia de la humanidad.

Había desviado la mirada hacia un punto indefinido que solo él parecía ver y dedujo ella que estaba rememorando extasiado el recuerdo que sus viejas piedras habían grabado en su retina. También ella había visitado Atenas dos años antes, durante unas horas, en las que el crucero, en el que navegaba con unas amigas y que le habían pagado sus padres, había hecho escala en El Pireo, pero no había experimentado la emoción que traslucía él. Había tomado el sol en cubierta, eso sí y también se había bañado en la piscina y bailado en la discoteca, pero había tenido la ocurrencia de bajar a tierra con unos zapatos que tenían algo de tacón y apenas si había conseguido dar dos pasos seguidos sin tropezar con alguna reliquia del pasado.

Ajeno por completo a lo que pasaba por la mente de ella, le preguntó:

—¿Conoces Grecia?

—Algo, sí. Atenas, Delfos...

—¿Y no te pareció... increíble?

—Bueno sí —admitió Valeria para no desilusionarle.

—¿Y te gusta el griego clásico?

Le hacía sentirse a ella torpe esa antigua lengua cuando se enfrentaba a la traducción de un párrafo cualquiera, en el que de antemano tenía que adaptarse a un alfabeto muy distinto, pero asintió, sonriéndole además para que en sus mejillas se marcaran dos hoyuelos que en los chicos producían un efecto fulminante, pero en los que Horacio ni tan siquiera se fijó.

A partir de esa mañana empezaron a salir y aunque él no era un buen conversador ni se interesaba por ninguna de las cosas que le gustaban a Valeria, cuando se licenciaron los dos, Horacio con matrícula de honor y ella con un aprobadillo raspado, y obtuvieron un puesto de trabajo, se casaron. Hubiera preferido a ella convivir con él antes de decidirse a dar el paso, pero él se negó rotundamente y celebraron su boda con la pompa y el boato tradicionales. Para darle gusto a él, fueron de viaje a Atenas y permanecieron durante horas en el ágora, él extasiado y Valeria aburrida.

Se preguntó poco después ella si no se habrían equivocado. Vivían ahora en la casa que le había legado a Valeria su abuela y las escasas horas en las que no estaba dando clase de griego como profesor adjunto en la facultad, las pasaba en un despacho que se había instalado en la

tercera planta del anticuado edificio, devorando libros polvorientos. Ni tan siquiera los fines de semana hacía un alto para ir al cine, al teatro, reunirse con amigos ni para salir a pasear y Valeria, que también por darle gusto a él, se había especializado en el conocimiento del latín y que daba clase en un colegio, se moría de aburrimiento, por lo que tomó la costumbre de quedar con sus amigas, incluyendo a Margarita en los escasos intervalos en los que ésta última no tenía novio.

Por esa razón no había acabado de perder el contacto con la otra, que había sido compañera de curso de los dos y con la que habían compartido muchos años de estudio, pero cuando le planteó Valeria a Horacio que no podían rechazar la invitación que les había enviado al móvil, se había limitado él a menear negativamente la cabeza con una expresión que no hubiera mejorado un condenado a trabajos forzados.

—No, no. No puedo soportar el ruido ensordecedor de lo que esa gente llama música y la algarabía de todos ellos bailando y chillando. Tengo además que preparar la oposición, ya que el primer ejercicio está al caer.

Estaba segura Valeria de que esa oposición no se había convocado todavía, pero como solía ser su excusa habitual cuando por una razón o por otra pretendía ella salir de casa los días de fiesta, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Te importa que vaya yo? —le preguntó—. No es que me apetezca mucho. Margarita y sus amigos lo celebran todo bebiendo y a veces se ponen muy patosos, pero...

—Ve tú —la interrumpió Horacio—. Pasarás un buen rato y yo necesito mucho silencio para estudiar.

Se dio cuenta Valeria de que incluso agradecía la soledad que disfrutaba cuando ella se marchaba de casa por unas horas y le irritó profundamente una vez más lo que acababa de decirle. Quizás, si no la hubiera conocido y viviera solo ahora como un ermitaño en el caserón en el que habitaban, o en un apartamento cualquiera, se sintiera mucho más feliz, porque no parecía necesitarla para nada, sino al contrario. Y ella... y ella se aburría mortalmente. Apenas si salía Horacio de su adorada guarida y cuando lo hacía para comer con ella en el comedor de la planta baja, solo hablaba de la materia que impartía en la facultad o de los legajos que estaba traduciendo. Y eso que los dos acababan de cumplir treinta y dos años. ¿Cómo sería su convivencia cuando alcanzaran los sesenta?

En ese momento, despeinado y en pijama, su expresión era la de un sabio distraído al que acabaran de apartarle de la resolución de un interesante y complicado teorema para que afrontara un asunto trivial y ajeno a sus conocimientos, por lo que Valeria lamentó haberle despertado, buscando un apoyo que no era capaz de darle de la forma que ella hubiera deseado. Se levantó por tanto de los pies de la cama donde se había sentado y murmuró:

—Voy a ducharme. Después llamaré a Margarita y trataré de averiguar cuál de los cinco hombres que estuvieron anoche en la fiesta pudo llevarme a esa nave, acostarme sobre el colchón y encerrarme luego con llave. Después cogeré el coche e iré a la comisaría, donde he presentado la denuncia para aportarle ese dato a la policía. ¿Qué has pensado hacer tú?

Se la quedó mirando a través de las gafas de concha con expresión de niño desvalido.

—¿Yo? Pensaba aprovechar el día para estudiar, pero si necesitas que te acompañe...

No era eso lo que le hubiera gustado que le respondiera en unos momentos en los que se sentía tan mal y con unas ganas tan espantosas de llorar. ¿Cómo no lo entendería?

—No te preocupes. Ya sé que no puedes perder mi un minuto de tu tiempo —repuso, como si verdaderamente lo comprendiera y considerara natural que para él lo primordial fuera su dichosa oposición.

Seguidamente salió al pasillo, largo y oscuro, en el que se ubicaban cuatro dormitorios más,

todos cerrados, y el único cuarto de baño completo de la vivienda, y en cuanto se duchó lavándose también la cabeza y se vistió con ropa de casa, bajó al salón y trans consultar la hora, marcó el número del móvil de Margarita. Tardó ésta en atender la llamada y su voz sonaba pastosa cuando lo hizo.

—¿Valeria? Tengo un trancazo monumental— Y sin dejarla intervenir, añadió—: Me he tomado ya dos cafés, pero no me han hecho ningún efecto. Lo malo de haber bebido es la resaca del día siguiente. ¿Estás mejor tú?

—¿Mejor de qué? —replicó Valeria agriamente.

—Pues no lo sé. Supongo que engancharías también una buena cogorza. No debimos salir de la casa de Ricardo para continuar la juerga en aquel local de la calle Huertas que estaba tan abarrotado.

Luchó Valeria por entresacar algo de la niebla que invadía su mente. ¿Es que habían salido de casa de Ricardo para dirigirse a un bar? Había dado por hecho que se habían encaminado todos hacia aquella nave abandonada en medio del campo.

—¿Es que fuimos a un bar?

—¿No te acuerdas? A La Pianola. El bar se llama La Pianola

—No, no me acuerdo.

—Pues creo que unos fuimos en nuestros coches y otros en taxi.

—¿Y me viste en el local?

Pareció dudar la otra, porque tardó en responderle.

—No sé si te vi. Había mucha gente y una música muy alta, es todo lo que recuerdo. Yo llevé a Ricardo a su casa, cuando decidimos que era hora de dormir, porque enganchó una cogorza de cuidado, pero tampoco lo tengo muy claro. ¿Se te ha pasado ya a tí?

—No —replicó furiosa—. Y no se me ha pasado ni se me va a pasar. He presentado esta madrugada una denuncia contra el imbécil que debió de drogarme cuando brindamos con cava en casa de Ricardo y que, en lugar de llevarme a ese local de la calle Huertas a donde os dirigisteis los demás, debió de cargar conmigo y me encerró en una nave abandonada que estaba en mitad del campo para soltarme sobre un colchón que estaba en el suelo de un antro oscuro que olía a demonios. Además, me robó mi móvil y mi monedero con el dinero y las tarjetas de crédito que llevaba y que voy a dar ahora mismo de baja.

La voz de Margarita le sonó atónita.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído.

—¿Te robó el móvil y el dinero que llevabas?

—Sí.

—¿Y... y ese idiota te hizo algo además?

—No lo sé, porque no recuerdo nada en absoluto, pero, si me lo hizo, lo va a pagar muy caro, porque en la comisaría me han mandado a un hospital y allí me han hecho también las pruebas que ha dictaminado el forense para comprobarlo.

Se hizo un silencio al otro lado del hilo. La voz de Margarita traslucía ahora la más absoluta consternación.

—¿Qué horror! ¿Y cómo has salido de ese lugar en el que te habían encerrado? ¿Has echado la puerta abajo?

—No, lo he intentado, pero era una puerta tosca, aunque muy resistente. Me he escapado por la ventana utilizando una cañería de desagüe que se ha desprendido de la pared cuando estaba yo a metro y medio del suelo. Me he puesto pérdida de barro.

—¿Y el vestido? —se interesó tontamente la otra—. Habrá quedado inservible.

—No lo sé. Lo llevaré a la tintorería y allí me dirán si tiene o no solución, pero lo importante es que me han secuestrado y que me han robado y... y puede que algo más. ¿No puedes acordarte tú de quién fue el que salió conmigo de la casa de Ricardo?

Transcurrieron otros segundos de silencio en el que sin duda su interlocutora intentaba hacer memoria y concretar cómo se habían producido los últimos minutos de la celebración en casa de su novio, pero debió de termino por desistir, porque sus palabras lo denotaron.

—Lo siento Valeria, pero no sé lo que pasó cuando dejamos el piso de él, Estábamos eufóricos... creo que cantábamos a gritos y... no sé más. Ricardo me ha recordado esta mañana que le había sentado mal el alcohol y que en aquel bar tuvo que ir a vomitar al cuarto de baño y los demás... No sé qué hicieron los demás porque yo, después de la botella y media de cava que me bebí en su casa y lo que pimplé después en el bar, me balanceaba tanto sobre los pies, como un barco a la deriva que ha perdido el norte. He amanecido vestida en la cama de mi casa, pero es todo lo que sé. Me acabo de duchar para despejarme, pero tampoco me acuerdo de nada. ¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho. He presentado una denuncia en una comisaría y me ha reconocido el forense en un hospital, que podrá averiguar si alguno de tus amigos me violó aprovechando que estaba inconsciente. Mañana buscaré a un abogado para que me aconseje y para que se ocupe de que mi secuestrador tenga su merecido. Quiero que le condenen a cadena perpetua.

—¿A cadena perpetua? —Se alarmó Margarita.

—No sé si existe la cadena perpetua en este país y tampoco sé con cuantos años está penado el delito que cometió anoche ese cretino. ¿Por cuál de tus cinco invitados te inclinas tú?

—¿Yo? —volvió a asustarse la otra—. No tengo la menor idea. Son amigos míos desde hace tiempo, pero no he intercambiado con ellos más que comentarios sin trascendencia entre risas, juerga y alcohol. En cualquier caso, no les considero capaces de hacerte la barbaridad que me has contado. Cuenta conmigo. Lo averiguaremos entre las dos. ¿Se lo has dicho a Horacio?

—Sí.

—¿Y cómo ha reaccionado?

Estuvo a punto Valeria de contestarle que no había reaccionado de ninguna manera. Le había dedicado un sermoncito, ya que estaba claro que para él era una alocada que iba a fiestas poco recomendables y le había recordado después lo mucho que tenía que estudiar, pero ni una palabra de comprensión ni de apoyo. Debió de leer sus pensamientos Margarita porque intentó paliar la sensación de vacío que experimentaba ella, de absoluta incomprensión.

—Bueno, no se lo tomes a mal si no ha estado a la altura. Horacio es... es un cerebro, pero dudo mucho que sea capaz de ponerse en tu caso y no debes pretenderlo. Sería un hombre perfecto en ese caso y son como son. Muy listos para algunas cosas, pero incapaces de entendernos, aunque a mí me parece que no somos tan complicadas. Te repito que, si necesitas ayuda, cuentas conmigo.

Pasó el resto del día Valeria anulando por el teléfono fijo de la casa las tarjetas de crédito que llevaba en el monedero cuando se lo habían sustraído y paseando luego como un león enjaulado por el jardín. Estaba éste muy descuidado, pues Horacio no salía apenas de su despacho cuando estaba en casa y ella volvía muy cansada de su trabajo por lo que le prestaba poca atención. Los rosales que crecían en los arriates cuando su abuela vivía, hacía tiempo que se habían secado y la pradera de césped que había cubierto como un manto verde el terreno en derredor del edificio presentaba ahora un color amarillento y mustio. En la parte posterior de la casa había pensado ella construir una piscina, pero Horacio había puesto el grito en el cielo al evaluar el gasto que supondría. Tenían los dos un sueldo decente, pero no les sobraba el dinero y le recordó él que

había otros arreglos a los que debían darle prioridad antes que plantearse la instalación de un capricho tan superfluo. No se lo discutió ella entonces, porque pensó que efectivamente el viejo edificio necesitaba de reformas más urgentes, como por ejemplo modernizar los dos cuartos de baño, el que utilizaban ellos, al que se accedía desde el pasillo, y el otro aseo que estaba en la planta baja, pero repentinamente echó de menos esa piscina. Aunque la fría temperatura reinante no se lo hubiera permitido, le hubiera gustado poder zambullirse en ese mismo instante en sus aguas azuladas y realizar varios largos con los que hacer trabajar a sus músculos para recuperar mediante el ejercicio físico algo del sosiego que había perdido la noche anterior y que no había conseguido aún recuperar. Seguía sintiendo los nervios a flor de piel y se sobresaltaba ante cualquier sonido próximo. Le obligó incluso a dar un respingo el rumor que la brisa producía en el seto cubierto de hiedra que tenía a su espalda y que separaba su jardín de la parcela colindante.

Ya en los tiempos en los que vivía su abuela la habían puesto sus dueños a la venta sin haber encontrado comprador. Era un caserón enorme el que se levantaba en el centro de un jardín con mucho arbolado y pertenecía a un matrimonio de edad avanzada que habían decidido mudarse a un piso de un barrio bien comunicado donde no necesitaran utilizar el coche. Se marcharon un buen día a ese piso y el caserón seguía deshabitado desde entonces acusando el paso de los años. Algunas de las tejas que habían cubierto el porche se habían caído al pie de éste y se confundían ahora con las matas que crecían por doquier y que habían sustituido al césped. El canalón del tejado se había descolgado parcialmente y resonaba con un tañido agudo en cuanto llovía golpeando contra la fachada y en ésta se marcaban con unos surcos oscuros las goteras que se filtraban por el tejado y se deslizaban por los muros.

Pero era cómodo no tener vecinos que rompieran con el sonido del televisor o de la radio el silencio que allí se respiraba, pensó Valeria. Aunque su jardín estuviese tan descuidado, le gustaba sentarse en aquel banco de madera a la sombra de un árbol con la mente en blanco y no pensar en nada. Acostumbraba a acomodarse allí al término de la jornada, cuando empezaban a sentirse los primeros calores del verano, y a adormilarse, pero esa tarde estaba demasiado inquieta. Soplaban un viento helado y el casi inaudible crujido del seto a impulsos de las ráfagas de aire que recorría el jardín rompía la sensación de aislamiento que buscaba. Repentinamente aguzó el oído y se incorporó en el banco sobresaltada, porque había oído algo diferente al otro lado de la valla. Creyó percibir distintamente que alguien se acercaba de puntillas y que intentaba atisbar por los intersticios de ese seto el jardín vecino y concretamente a ella. En otra ocasión cualquiera se hubiera encogido de hombros. Estaba acostumbrada a que la mirasen por la calle y no le molestaba, pero esa mañana sintió que un escalofrío le recorría la espalda y echó a correr hacia la casa, mirando a su espalda como si se sintiera perseguida. Subió luego los tres escalones del porche y entró como un ciclón en el vestíbulo cerrando la puerta después. Luego se apoyó en la hoja de madera respirando entrecortadamente. ¿La estaban vigilando?

—CAPÍTULO III—

Descolgó Noelia el auricular del teléfono fijo de su despacho al oír el timbrazo de llamada y al llevárselo al oído reconoció la voz de la secretaria.

—Te llama doña Daniela, Noelia. Y no parece que esté de muy buen humor esta mañana, así que ve inmediatamente a su despacho. No sé qué es lo que le pasa, pero me temo que no quiere verte, precisamente para felicitarte, así que prepárate para capear el temporal.

Esbozó ella un gesto desdeñoso dedicado a su jefe, ya que el malhumor de ésta no era algo nuevo. Repasó en su mente los últimos asuntos que había defendido en los juzgados y como no se le ocurrió ningún motivo para que Daniela deseara dedicarle una bronca, replicó:

—Le habrá parecido que mis últimos clientes no eran lo bastante distinguidos para ser recibidos en este prestigioso bufete o puede que me haya visto una mota de polvo en la falda de mi traje de chaqueta. Me pregunto qué pasaría si le contestara yo en el mismo tono que emplea ella para dirigírseme, cuando algo le molesta.

—Que te despediría —repuso Flor en el acto, sin necesidad de plantárselo—. Por si acaso, no pruebes. Ve ahora mismo a su despacho y aguanta el chaparrón. Tiene su carácter, pero es una de los mejores abogados del momento y tú yo somos unas privilegiadas. Tú por aprender de ella, ya que aún eres muy joven y necesitada por tanto de experiencia, y yo por el sueldo que me paga por ser su secretaria, así que será mejor que no nos quejemos.

—Y que la aguantemos con paciencia —terminó Noelia por la otra—. Voy para allá.

Salió al pasillo, tras pasar revista al traje de chaqueta de cuadritos blancos y negros que vestía, ya que Daniela era muy exigente con el aspecto que presentaban sus empleados, se atusó luego su rizada y oscura melena, comprobó luego que sus zapatos brillaban limpios y que sus medias enfundaban sus piernas sin una sola carrera. En cuanto tras ese examen se dio a sí misma su aprobación, recaló en la antesala, donde Flor escribía en el ordenador y tras dedicarle un guiño llamó a la puerta de cristales del despacho de su jefe, ubicado enfrente de la mesa de ésta. Creyó oír un gruñido como respuesta y entró en una amplia habitación con un ventanal al fondo y las paredes recubiertas de librerías de madera de nogal con los volúmenes del Aranzadi ordenadamente dispuestos. Daniela estaba sentada tras su mesa y vestía un traje de chaqueta azul marino y una blusa del mismo color, aunque de una tonalidad más pálida, a juego con el de sus ojos. Su rubia melena formaba una onda muy pronunciada sobre su frente, ahora que mantenía la cabeza inclinada sobre unos papeles que parecía hojear.

—Ya era hora de que aparecieras —refunfuñó a modo de saludo, sin mirarla— Siéntate.

La obedeció Noelia en silencio, tomando asiento en una de las dos butaquitas que tenía la otra frente a la mesa y se arrellanó en ella apoyando la espalda contra el respaldo para darle a entender que ya no la asustaba ni se sentía disminuida en su presencia, como le sucedía cuando entró a trabajar en el bufete un año y medio antes, lo que había conseguido gracias a la influencia de un tío suyo. Consideraba que se había ganado a pulso la consideración en la que la tenía su jefe en el presente, aunque no solía manifestarle ésta lo mucho que la valoraba, y aguardó en silencio. Daniela seguía revolviendo los papeles con pausados y elegantes movimientos de sus manos, con las uñas pintadas de un rojo intenso, y tardó en levantar la mirada hacia ella. Cuando lo hizo, no le dio a Noelia la impresión de que estuviese enfadada, pero sí que sentía en ese momento un

profundo hastío.

—Te he llamado para encargarte un asunto —le dijo con su armoniosa voz de mezzo soprano—. La abuela de esa chica fue mi cliente. Era una señora muy adinerada, que ocupó un puesto importante en el Ayuntamiento. Murió hace unos años y le legó el chalé en el que vivía a esa chica, que era su nieta y que se alojó en su casa mientras fue estudiante. Debía de ser su preferida, ella sabría por qué, porque yo creo que no está muy bien de la cabeza. Se siente perseguida por unos fantasmas que se inventa. Como comprenderás, no estoy dispuesta a soportar sus desvaríos y a cargar con una cliente que, en lugar de un despacho de abogados, debería buscarse un psiquiatra. Pretende nada menos que querellarse contra un desconocido que dice que cree que la ha violado, aunque no lo recuerda. No puedo perder el tiempo en escucharla, ni tan siquiera en memoria de su abuela que era una persona sensata, así que he pensado que esta tarde la vas a recibir tú. Florencia le ha dado cita a eso de las siete —le explicó, llamando a la secretaria por su nombre completo, pese a que a ésta le gustaba más el apelativo por el que era conocida entre sus allegados—Es la hora en la que esa chica ha terminado de dar clase de latín en un colegio, así que la recibes, aguantas con paciencia lo que se empeñe en contarte y la convences de que lo mejor que puede hacer es marcharse a su casa y tomarse un tranquilizante. ¿Me has entendido?

—Perfectamente —repuso Noelia aparentando una absoluta seguridad—. ¿Y cómo sabes que no la han violado y que se ha inventado a ese individuo desconocido al que acabas de aludir y contra el que se quiere querellar?

Esbozó Daniela un gesto desdeñoso dedicado a la futura cliente.

—Por el informe del hospital donde la reconocieron. Lo ha traído esta mañana y Florencia ha hecho una fotocopia que me ha enseñado, mientras la chica aguardaba en la sala de espera. La conclusión de ese informe dice que no se han detectado en su orina rastros de la burundanga que dice que le echaron en una copa de cava ni de ninguna otra droga, ni tampoco huellas de semen en su cuerpo. En una palabra, que debió de enganchar una borrachera y que se ha imaginado toda esa historieta. Como a ti se te dan muy bien las chaladas, he pensado que eres la persona indicada para atenderla. Procura quitártela de encima cuanto antes y, ya sabes, esta tarde a las siete.

—De acuerdo —repuso Noelia sin ganas de discutir—. La recibiré a las siete.

Su visitante se presentó puntualmente en el despacho a la hora en la que había sido citada y Flor la acompañó hasta el despacho de Noelia, que analizó disimuladamente a la muchacha de una edad similar a la suya propia, que entró detrás de Flor. Su bonita melena castaña enmarcaba un rostro muy atractivo en el que destacaban sus ojos de color ámbar y su boca bien dibujada, bajo una nariz recta. Vestía un pantalón color arena, una blusa blanca y una chaqueta marrón y su figura era estilizada y firme, lo que parecía indicar que practicaba algún deporte. No tenía aspecto de chiflada ni tampoco parecía desvariar cuando, tras sentarse frente a ella sin la menor timidez, la miró de frente para formular una objeción.

—Creía que sería usted mayor. Llevó los asuntos de mi abuela durante muchos años y hace bastante que murió.

Se dio cuenta Noelia de que su interlocutora había dado por hecho que iba a ser recibida por su jefe y se apresuró a aclarárselo.

—Doña Daniela tiene una agenda muy ocupada, por lo que, dada la urgencia que ha manifestado usted en que se la atendiera cuando ha pedido una cita a la secretaria, me ha pedido que escuchara yo su problema.

—¿Y después se lo trasladará a ella? —insistió su interlocutora, para quien la juventud de Noelia le ofrecía pocas garantías.

—De eso hablaremos más tarde —repuso para no comprometerse—. Cuénteme primero qué

fue lo que le sucedió.

Hizo la chica un gesto de asentimiento.

—Sí, fue el sábado pasado. Asistí a la fiesta de despedida de soltera de una amiga. Mi marido no pudo acompañarme y me presenté con la intención de marcharme temprano. Quería quedar bien con esa amiga, pero su fiesta no me apetecía nada y menos aun yendo sola. ¿me comprende?

—Sí, sí, perfectamente. Siga usted.

—Solo bebí una copa de cava cuando alguno de los presentes propuso brindar por los novios y... no recuerdo más.

—¿No recuerda nada de lo que ocurrió después?

—Pues creía que efectivamente había sido así, pero luego... he creído recuperar algunos retazos y... Sí, el viento frío que me dio en la cara al salir de la casa y llegar a la calle. He entrevisto algo muy borroso, similar a lo que retienes en la mente cuando despiertas de un sueño. Unas imágenes vagas, muy confusas, que se desvanecían enseguida, pero... pero sí. Puedo asegurarle que cuando llegué a la calle estaba aún semi inconsciente.

—¿Sabe con quién salió a la calle?

—No, aunque tuvo que ser con alguno de los asistentes a la fiesta, porque he podido rescatar de mi semi inconsciencia mucho jaleo a mi alrededor y un brazo bajo mis hombros antes de perder por completo el sentido.

—¿Y qué pasó después?

—Que me desperté de madrugada en una habitación de la planta superior de una nave abandonada, a varios kilómetros de Madrid. En una habitación en la que me habían encerrado con llave.

—¿Estaba usted sola?

—Sí, y completamente vestida con el traje que había llevado a la fiesta.

—¿Y con ropa interior?

—Sí, sí. Y calzada con unos zapatos de tacón alto. En esa habitación, que era muy pequeña y olía mal, había un colchón en el suelo donde me habían acostado, pero ya le he dicho que estaba vestida y... y al parecer y según el informe médico del hospital en el que me reconocieron unas horas más tarde no me habían violado ni tampoco me habían dado antes de encerrarme allí una droga de esas que llaman de sumisión química.

—Quizás el alcohol que bebí le produjo un efecto fulminante— sugirió Noelia.

—No, ya le he dicho que solo tomé una copa de cava. No suelo beber, pero en las escasas ocasiones en las que lo he hecho, no se me ha subido a la cabeza.

—¿Y qué hizo después?

—Probé a tirar la puerta abajo al darme cuenta de que me habían encerrado. Era muy tosca, con tablones de madera atornillados, o eso me pareció, porque no la vi con claridad, ya no había luz eléctrica en la habitación y aún era de noche. Lo que sí recuerdo, es que esa puerta tenía un agujerito en la madera a la altura de una mirilla y que intenté atisbar por ese agujero lo que pudiera haber al otro lado. Empezaba a amanecer y a la claridad que penetraba por la ventana distinguí esa especie de mirilla.

—¿Y qué vio?

—Nada, nada en absoluto. Solo oscuridad. Entonces decidí escaparme por la ventana. Soy una buena deportista y hace años me descolgaba en casa de mi abuela por la ventana de mi dormitorio, que estaba en la planta superior. Me ayudaba con las ramas de un peral que crecía cerca. Ahora vivo con mi marido en esa casa.

—¿Y había algún árbol cerca de la ventana de esa habitación? —inquirió Noelia, que la

escuchaba interesada a pesar suyo.

—No, pero sí pasaba cerca una cañería por la fachada, así que me quité el vestido y los zapatos y los arrojé al suelo, al pie del edificio para poder moverme con libertad. Conseguí descolgarme agarrándome a esa tubería. Volví a vestirme y a calzarme cuando aterricé abajo y luego anduve y anduve hasta que llegué a una carretera donde al cabo de un rato, que se me hizo eterno, pasó un coche que me recogió y que me llevó a mi casa. Antes nos acercamos a una comisaría a presentar una denuncia. Me aconsejaron que fuera a un hospital a que me reconocieran. Esta mañana he recogido una copia del informe y en él se dice que ni del examen ginecológico ni del análisis que se me practicó podía inferirse que hubiera sido agredida sexualmente. Que tampoco había rastros de las drogas llamadas de sumisión química en mi orina ni en mi sangre— Se interrumpió para tratar de averiguar por la expresión de Noelia lo que pudiera estar pensando ésta y como su interlocutora permanecía impassible, le preguntó—: ¿Me cree usted?

Se apresuró Noelia a darle una respuesta afirmativa.

—Por supuesto. Lo que me acaba de contar tiene varias explicaciones posibles y ningún ser humano que esté en sus cabales se va solo y por su gusto a encerrarse por fuera en la habitación de una nave abandonada en mitad del campo para descolgarse luego por la fachada valiéndose de una cañería. Y menos aún con un traje de fiesta y con zapatos de tacón. Y, por cierto, ¿en qué medio de locomoción fue usted a la casa donde se celebraba la fiesta?

—En un taxi. El novio de Margarita vive en la plaza de Cristo Rey. Resulta muy difícil aparcar por esa zona, por lo que, tomé un taxi al ir y pensaba tomar otro al volver. ¡Ah!, se me ha olvidado decirle que el tipo que me llevó hasta la nave abandonada me robó el móvil y el monedero y que esa nave tenía un letrero sobre el portón metálico de entrada en el que ponía “Las Gavillas”.

—Ya.

La chica se mordió los labios y luego cruzó las manos haciendo crujir los dedos, evidentemente nerviosa.

—No imagina el miedo que pasé y el que aún siento. Me sobresalto en cuanto oigo el menor sonido a mi alrededor si estoy sola y cuando voy por la calle me parece que me siguen. He sido una persona segura de mí misma y quiero volver a serlo, pero también quiero que el culpable de lo que me ha pasado pague por lo que me ha hecho. En la comisaría dejé el nombre de este bufete para que se pusieran en contacto con doña Daniela en cuanto averigüen algo. Si le parece bien, llamaré por teléfono a la comisaría, cuando llegue a casa para darle el suyo y que se entiendan con usted.

—Me parece bien.

—Y cuando hayan encontrado al que me llevó hasta esa nave, quiero que se querelle usted contra él para que le caigan todos los años de cárcel previstos en nuestra normativa. ¿Cuál es la pena prevista para ese delito?

Vaciló Noelia. La muchacha la miraba atentamente, esperando su respuesta con auténtico interés y temió decepcionarla.

—No me ha dicho aún como se llama—le dijo con la intención de ganar tiempo.

—Valeria. Me llamo Valeria Salcedo. ¿Y usted?

—Noelia Villarroel. Puedes tutearme, si te sientes más cómoda. No tengo tanta experiencia como Daniela Rivero ni soy tan conocida, pero me estudio a conciencia los asuntos de mis clientes y suelo ganar los juicios en los que son parte. Mi jefe se reserva los más peliagudos y...

Se apresuró Valeria a interrumpirla.

—Me estás diciendo que te ha derivado ella mi caso y que consecuentemente lo vas a llevar tú, ¿no es eso?

—Sí, si estás de acuerdo.

Fruunció Valeria el ceño meditándolo. Obviamente no esperaba esa respuesta, pero terminó por darle su conformidad.

—De acuerdo. Ser joven profesionalmente no siempre es un defecto. Pero no me has contestado aún. ¿Cuántos años podrían caerle al imbécil que me encerró en aquella nave?

Lo consideró Noelia y terminó por encogerse de hombros.

—Depende.

—¿Cómo que depende?

—Depende de cómo pueda calificarse el delito que hubiera cometido. Por el informe del forense cabe deducir que ese tipo no te violó, aunque puede que cometiera otros abusos que no dejan señal en unos instantes en los que habías perdido la consciencia. También es posible que lo que pretendiera fuera secuestrarte y en ese caso...

Se apresuró nuevamente a interrumpirla.

—No, no. ¿Para qué iba a secuestrarme uno de los asistentes a la fiesta? Horacio y yo tenemos el dinero que ganamos dando clase, él de griego y yo de latín, pero vivimos prácticamente al día, por lo que hay que descartar que pretendiera pedir un rescate. Vas a pensar que soy una pretenciosa por lo que voy a decirte, pero lo cierto es que noté que todos los amigos de Ricardo me encontraban atractiva y que hasta se peleaban por bailar conmigo, así que vamos a centrarnos en que uno de ellos me echó una pastilla de burundanga o de otra droga similar en la copa de cava y en que cuando salimos de la casa me subió a su coche y me llevó a esa nave a varios kilómetros de Madrid.

—¿Y los demás no os echaron de menos a él y a tí?

—Estaban todos como cubas, incluyendo a Margarita, a la que ya le he preguntado y que ni siquiera se dio cuenta de que había desaparecido y de que no había llegado yo al bar de la calle Huertas, donde terminaron la juerga. Pero dime, ¿qué pena podría caerle al que me echó la pastilla en la copa?

Respiró hondo Noelia antes de contestarle, esperando la reacción de la chica que se avecinaba.

—El uso de las drogas de sumisión no está penado, aunque supone una agravante en el caso de que se haya utilizado para la comisión de otro delito.

Se la quedó mirando Valeria con sus ojos ambarinos agrandados por la sorpresa.

—Eso quiere decir...

—Que si no te agredieron sexualmente cuando estabas inconsciente ni te la suministraron para abusar de ti ni para secuestrarte, no constituiría un delito.

Abrió Valeria la boca hasta formar con ella un círculo como si la sorpresa le impidiera acabar de entender lo que la otra le había dicho.

—Pero eso no es posible. Anular la voluntad de una persona debería serlo en todo caso y constituir además un delito muy grave

—Sí, debería serlo, pero hoy por hoy no lo es. En tu caso, el informe del reconocimiento que te hicieron en la urgencia del hospital ha diagnosticado que no fuiste agredida sexualmente y que tampoco se ha encontrado en tu sangre ni en tu orina rastro de ningún tipo de esas drogas, así que me temo que el cretino que te llevó a esa nave... no sabemos para qué, saldría absuelto por falta de pruebas.

Pasó Valeria una mano por su frente, al tiempo que parpadeaba incrédulamente, como si la

noticia que acababa de recibir le hubiera producido un impacto del que no lograra reponerse. Luego musitó débilmente:

—Pero ese hombre me robó el móvil y el monedero. ¿No supondría esa pastilla que me echó en la copa una agravante del robo?

Volvió a inspirar aire Noelia antes de contestarle.

—Sí, en el caso de que se hubiera detectado la droga en el análisis, pero no ha sido así. En cuanto a la sustracción de que has sido objeto, ¿cuánto dinero llevabas en el monedero y cuánto podía valer el móvil?

—Estás pensando que si no alcanzara la cuantía de 400 euros su sustracción no pasaría de ser un hurto, ¿verdad? —inquirió Valeria anonadada.

—Efectivamente.

—Pues no me parece justo. No puedes imaginar la angustia que sufrí al darme cuenta de que me habían encerrado en un lugar desconocido y en lo que de mí dependa el que lo hizo no se va a quedar de rositas. Vamos a esperar a ver qué resuelve la policía y después actuaremos. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

La observó atentamente Valeria con la cabeza ladeada y, como si necesitara que Noelia se lo confirmara nuevamente, insistió:

—Porque tú me crees, ¿verdad?

—Desde luego. Supongo que la policía habrá ido uno de estos días a inspeccionar esa nave abandonada que en sus buenos días se llamaba “Las Gavillas” y en la que te encerraron. Encontrará huellas del que lo hizo y en cuanto le detengan actuaremos en consecuencia.

Dejó escapar Valeria un suspiro de alivio.

—Gracias, Noelia. Tengo la sensación de que todos los que me rodean piensan que me lo he inventado. Que esa noche enganché una cogorza mayúscula y que me fui de juerga con uno de los asistentes a la fiesta a darnos unos revolcones en una nave que él conocía, ubicada a varios kilómetros de Madrid. A lo que probablemente no le han encontrado explicación es a que ese tipo no me hiciera nada, a que me dejara sola en ese cuarto y a que se marchara cerrando antes la puerta de la habitación con llave. ¿No crees que es bastante absurdo?

No se atrevió ella a formular una opinión y se levantó detrás de su mesa para darle a entender que la entrevista había finalizado.

—Será mejor que no nos adelantemos a los acontecimientos y que esperemos el informe de la policía.

—Sí, tienes razón —convino Valeria poniéndose también en pie—. Ya te he dicho que voy a llamar a la comisaría para darles tu nombre y tu teléfono para que se pongan en contacto contigo y... —se interrumpió para mirarla con los ojos húmedos—. Y... gracias otra vez por creerme. Tengo la sensación de que eres la única persona que piensa que es cierto lo que me ha sucedido.

Salió apresuradamente del despacho y volvió a sentarse ella en su butaca preguntándose si verdaderamente el relato de Valeria tendría visos de verosimilitud o sería producto de su imaginación.

Esa noche lo comentó con Alex cuando llegó a su casa y le encontró en la sala de estar leyendo una revista de medicina. Llevaban unos seis meses viviendo juntos y se estaban planteando casarse, sobre todo para darle gusto a la madre de ella que valoraba en grado sumo a su futuro yerno y temía que se cansase él de Noelia por el explosivo carácter de ésta.

Alex era médico y la escuchó en silencio. Cuando terminó ella de contárselo hizo un gesto ambiguo.

—En mi opinión, el informe del servicio de urgencias del hospital no es determinante —le dijo—. Las drogas de sumisión química no son fáciles de detectar en el organismo, porque su rastro desaparece rápidamente al poco tiempo de haber sido suministradas. Si esa cliente tuya se despertó varias horas después de haberla ingerido con una bebida alcohólica y transcurrieron otras cuantas hasta que se dirigió al hospital, es muy posible que no hallaran de ella la menor huella.

—Así que podría haberme dicho ella la verdad tal y como ocurrió, ¿no es eso? —inquirió Noelia.

—Sí, ¿es que no la crees?

—No lo sé. Tengo que esperar a que me llamen de la comisaría para asegurarme, porque me parece muy raro que el tipo que coincidió con ella en la fiesta se molestara en recorrer quince kilómetros para encerrarla en un edificio abandonado y que no le hiciera nada antes. ¿No te parece muy raro a ti?

—¿Qué aspecto tiene esa chica? —le preguntó divertido—. Si es un horror...

—No es un horror. Es joven y guapa. Por su figura podría pasar por una estudiante universitaria muy deportista, lo que ha demostrado además descolgándose por la cañería que bajaba por la fachada. Aparenta además ser muy decidida y por lo que me ha dicho no suele beber alcohol y esa noche se limitó a brindar por los novios con una copa de cava, pero no sé, hay algo raro en todo esto.

La reafirmó en esa opinión la llamada que recibió unos días más tarde de una comisaría, que le pidió que se presentara en sus dependencias en cuanto le fuera posible para ser informada de las investigaciones que habían realizado a raíz de la denuncia formulada por doña Valeria Salcedo.

A última hora de esa misma tarde se presentó Noelia en la comisaría en la que había sido citada y fue recibida por el comisario en un despacho de la primera planta. Era un hombre grandote y corpulento al que parecía quedarle estrecha la butaca en la que estaba sentado y que le señaló una de las dos que tenía enfrente de su mesa.

—Le agradezco que haya venido tan pronto —le dijo con una voz muy profunda, inclinándose hacia ella como si le estuviera haciendo partícipe de un secreto—. He preferido contactar con usted antes que con su cliente ya que...

—¿Qué iba usted a decir? —le animó ella a continuar cuando se convenció de que él no iba a acabar la frase.

—No voy a realizar juicios de valor —repuso él pasando una mano por su frente con gesto cansado—. Es solo que no estoy seguro de que esa chica recuerde lo que verdaderamente le sucedió. Estaba preocupado por si se trataba de un caso más del indeseable al que aún no hemos conseguido detener, pero parece que no, que no tiene nada que ver.

—¿A qué indeseable se refiere? —inquirió ella sin comprender.

—A uno que al parecer es el autor de la desaparición de una chica joven que vivía con sus padres en una finca cercana a “Las Gavillas”.

Parpadeó Noelia intentando captar el sentido de lo que acababa de decirle.

—¿Pensó que podría haber secuestrado a mi cliente la misma persona?

—Sí, cuando esa chica presentó la denuncia el otro día, pensé que podía tratarse de un caso similar. Por lo que me explicó el agente que tomó nota de los hechos, es una joven bastante guapa, de pelo castaño y ojos color ámbar, con buena figura y aspecto deportivo.

—¿Y responde a la misma descripción que la chica desaparecida?

—No, la única coincidencia es que la primera también era guapa, aunque tímida y retraída.

—Pero no la han encontrado —afirmó Noelia más que preguntó.

—No.

—¿Me está hablando de un secuestrador en serie?

—No lo sabemos. Por fortuna, hemos llegado a la conclusión de que el caso de su cliente no guarda ninguna relación. Aunque la zona sea la misma en los dos casos, a su cliente no la ha secuestrado nadie. Simplemente se emborracharon los que participaron en la fiesta a la que ella asistió, terminaron en la nave de una finca que se llama “Las Gavillas” y a ella la olvidaron en esa nave cuando los demás regresaron a Madrid.

—¿Y cómo ha llegado a esa convicción? —le preguntó ella empezando a irritarse.

—Porque lo hemos investigado.

—¿Quiere decir que cree que doña Valeria Salcedo se inventó los hechos que ha denunciado? —inquirió hoscamente Noelia.

—No creo que se los haya inventado— protestó rápidamente el comisario—. O al menos, no he querido ser tan tajante. Pero está claro que debió de beber más de la cuenta porque el escenario en el que denunció que se produjeron esos hechos no concuerda con lo que hemos podido constatar.

—Me gustaría que se explicase mejor. ¿Han inspeccionado la nave de esa finca que se llama “Las Gavillas” y que se encuentra a unos quince kilómetros de Madrid por la carretera de la Coruña?

—Sí, sí.

—¿Y qué pasa? ¿No existe esa nave?

—Claro que existe, lo que no concuerda es todo lo demás.

—¿Y qué es todo lo demás? —insistió ella a punto de perder la paciencia.

Lo consideró él dubitativamente al tiempo que decía:

—Verá. Efectivamente existe esa nave y está emplazada en un lugar que coincide con el paraje que ella nos describió. Lleva muchos años abandonada y encima de la puerta de entrada tiene el letrero de “Las Gavillas”. Queda en pie aún una escalera metálica que lleva a la planta superior en la que hay únicamente una habitación que probablemente se utilizaría para llevar la administración del negocio y en la que no hay ningún colchón. Está completamente vacía.

—Sí ¿y qué?

—Que la puerta de esa habitación no tiene cerradura.

Creyó Noelia haberle entendido mal e insistió:

—¿Cómo dice?

—Que es imposible que la encerraran con llave por fuera, ¿comprende? Tiene un picaporte bastante oxidado y nada más.

—Eso es imposible— farfulló a duras penas Noelia.

—No, no lo es.

—¿Y no podría tratarse de que se hayan confundido ustedes con la edificación y de que haya otra con el mismo nombre?

—No, lo hemos comprobado. Y eso no es todo.

—¿No?

—No. Ella nos aseguró que se había descolgado por la ventana de esa habitación utilizando una cañería que bajaba por la fachada.

—Sí.

—Pues esa ventana tiene reja y no hay ninguna cañería vista en la fachada ni visos de haber existido, ¿me comprende? No ha podido escaparse por esa ventana, por lo que deduzco...

Aún no había conseguido Noelia reaccionar y observaba al comisario con los ojos muy abiertos, sin querer creer lo que acababa de decirle.

—¿Qué deduce usted?

—Pues... ¿qué quiere que piense? Que la única explicación posible es que esa chica, con la cogorza que llevaba encima, se fue con otro a pasar en esa nave una noche loca y que, como está casada, se inventó el cuento de que la habían drogado y de su posterior agresión sexual para que su marido no sospechara la verdad. ¿Sabe qué le digo? Que a este asunto le hemos dado carpetazo y que usted debe hacer lo mismo con esa cliente.

—CAPÍTULO IV—

A la mañana siguiente le comentó Noelia a Miriam su entrevista con el comisario, que ésta escuchó sin interrumpirla. Era una compañera de despacho, varios años más joven y con escasa experiencia profesional, así como la mejor amiga de la otra. Le había facilitado Noelia que fuera admitida en el bufete y por esa razón le estaba profundamente agradecida.

—¿Y dices que la puerta de la habitación donde tu cliente dice que la encerraron no tiene cerradura?

—Eso es lo que me aseguró anoche el comisario. Tengo que llamar ahora a Valeria para informarla del resultado de las investigaciones de la policía. Y Tengo que hacerlo con tacto. Que no pueda pensar ella que no creo la versión de los hechos que me ha dado.

—Porque opinas que lo que te ha contado ella es cierto ¿no? —insinuó Miriam con precaución, ya que como sabía que Noelia se alteraba con facilidad, temía recibir un exabrupto por su parte.

—No sé si me ha dicho la verdad —consideró ella llevándose inconscientemente un dedo a un rizo que le caía sobre la frente para enrollárselo en él, además al que acudía inconscientemente como válvula de escape cuando se encontraba en situaciones que no sabía cómo resolver—. Me dio la impresión de que estaba absolutamente convencida de que los hechos habían ocurrido tal y como me los refería. Lo que no sé es si realmente son ciertos y me los relató fidedignamente o si Valeria pertenece al gremio de las personas que se convencen a sí mismas de que sus propias invenciones son reales. Es lo que cree Daniela, probablemente el médico que la reconoció en el hospital, y la policía. Todos ellos coinciden en que las cosas no pudieron ocurrir como ella las ha referido. No hay rastros en su cuerpo de drogas de sumisión química ni de que haya sido objeto de una agresión sexual y ahora la policía ha averiguado que en esa nave no pudieron encerrarla porque la puerta de la habitación no tiene cerradura. Para colmo, me dijo ayer el comisario que tampoco pudo escaparse por la ventana porque está provista de una reja. ¿Qué pensarías tú?

Se ahuecó Miriam su rubia y lisa melena al tiempo que reflexionaba con la cabeza baja y expresión dubitativa.

—¿Yo? No lo sé. Quizás exista otra nave parecida a no mucha distancia en la que se den todas esas circunstancias y que haya sido ésta última la que ha inspeccionado la policía.

—¿Con el mismo nombre?

—Sí, ¿por qué no?

—El comisario me ha asegurado que no existe esa otra nave y que el paraje es el que Valeria describió. No sé. Hablaré con ella, le diré que la policía ha archivado su denuncia y que trate de olvidar lo que cree que pasó. Es lo único que se me ocurre. Y como los malos ratos conviene pasarlos pronto, la voy a llamar ahora mismo. Se ha comprado ya un móvil nuevo y me ha dado el número. A estas horas estará dando clase de latín en el colegio de Majadahonda en el que está contratada como profesora. Podré así citarla para esta tarde a última hora, con lo que me quitaré un peso de encima.

Pasó de la palabra a los hechos y le contestó Valeria al primer timbrazo de su móvil. Su voz denotaba lo nerviosa que se sentía.

—Noelia, ¿eres tú?

—Sí, ¿te llamo en un buen momento?

—Sí, no te preocupes. Los chicos están en el recreo y yo estoy preparando la próxima clase. Podemos hablar, dime.

Inspiró aire Noelia antes de comentarle con voz clara:

—Te llamo para decirte que ayer me llamaron de la comisaría en la que presentaste la denuncia pidiéndome que me personara en sus dependencias para que me informaran sobre los resultados de su investigación y que me recibió el comisario.

—Sí, ¿y qué?

—Era un hombre grandote y amable —le comentó ella, deseando posponer con esos detalles nimios el momento de comunicarle la información que había recibido de aquél.

—Sí. ¿pero qué te dijo?

—Me dijo que habían inspeccionado el granero del que me hablaste. Una nave agrícola que se encuentra semi en ruinas en una finca denominada “Las Gavillas” y que debes de estar confundida.

La voz de Valeria resonó en su oído más aguda que la suya habitual.

—¿Cómo que debo de estar confundida? Cuando fui con Dan a presentar la denuncia, me dolía la cabeza y tenía la boca seca y con un sabor amargo. No podía razonar. Notaba la mente tan espesa como si la hubiera invadido una nube de algodón, pero le describí el lugar a la policía con todo lujo de detalles. ¿No han encontrado esa nave?

—Sí, sí.

—¿Entonces...?

—El comisario me dijo anoche que ese silo estaba en muy mal estado y que efectivamente tenía una sola habitación en la planta superior en la que, según lo que declaraste, te habían encerrado, pero que eso era imposible porque la puerta carecía de cerradura.

—¿Qué? —gritó incrédulamente la otra.

—Lo que has oído. Puntualizó también que está enrejada la ventana de esa habitación, por lo que no es posible que te escaparas por ella y que no existe la cañería de desagüe por la que les aseguraste que te habías descolgado.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea y al cabo de unos segundos que parecieron alargarse hasta el infinito, insistió Noelia:

—¿Me has oído?

—Sí— musitó débilmente Valeria, que seguidamente añadió—: O sea, que la policía no cree que sean ciertos los hechos que denuncié y no va a proseguir con la investigación, ¿no es eso?

Volvió a inspirar aire Noelia.

—Me temo que no, que no la va a proseguir.

Se produjo otro silencio más largo si cabe que el anterior.

—¿Puedes recibirme esta tarde? —le preguntó al fin—. Será solo un momentito. Solo necesito sentir que hay alguien que me cree. Porque tú me crees, ¿verdad?

Dudó Noelia sobre lo que debería contestarle, pero finalmente se decidió por darle la respuesta que necesitaba oír la otra en esos momentos.

—Por supuesto que sí. Tiene que haber incurrido la policía en un error, porque su informe no tiene ni pies ni cabeza. Ven a eso de las ocho y charlaremos un rato.

Cortó Valeria la comunicación y se acodó anonadada con ambos brazos sobre la mesa tras la que estaba sentada en el aula de profesores, para cruzar las manos bajo su barbilla, como si las noticias que acababa de recibir la hubiesen dejado sin fuerzas y su cuello no fuese capaz de sostener su cabeza. Luego trató de reproducir en su mente el escenario en el que se había despertado aquella madrugada. No le cabía la menor duda de que la puerta estaba cerrada con

llave e incluso recordaba el ojo de la cerradura por el lado de la hoja de madera en cuya estancia se encontraba. La había palpado en la oscuridad y pudo distinguirla gracias a la luz del amanecer que entraba por la ventana. Y esa ventana no tenía reja. Era un ventanuco estrecho, con unos cristales muy sucios y unos maderos viejos y astillados y ella había podido introducir su cuerpo por el hueco y había conseguido bajar hasta el suelo asiéndose a una tubería vista que corría a lo largo de la fachada y que la policía decía ahora que no había existido. ¿Se habrían confabulado todos contra ella?

Pasó revista a las personas a las que les había referido la pesadilla que había vivido esa madrugada y llegó a la conclusión de que la única que creía su versión de los hechos era Noelia. Margarita la había escuchado sin mucha atención, ocupada como estaba con los preparativos de su próxima boda. Horacio con cierta incredulidad, culpándola por lo que consideraba una consecuencia lógica de la noche de borrachera en la que había consistido la alocada celebración de la despedida de soltera de Margarita, que en su opinión no era más que una inconsciente. Y la policía... Las conclusiones de la policía eran absolutamente absurdas y carecían de toda lógica. La única explicación posible era que hubieran estado inspeccionando otra nave similar, que se hallase por las cercanías de la finca que se denominaba “Las Gavillas”. Se lo explicaría a Noelia esa tarde, le daría todos los detalles que recordaba sobre el lugar en el que la habían encerrado y juntas acordarían lo más conveniente.

Pero no estaba segura ni mucho menos de convencer a la otra de que era la policía y no ella la que se había equivocado por muchos pormenores que le diera sobre el escenario en el que había vivido momentos tan penosos. Aunque era una chica animosa que rara vez se deprimía ni se dejaba achantar por las situaciones adversas que tuviera que afrontar, en esa ocasión no fue capaz de encontrar un argumento al que agarrarse para recuperar la confianza en sí misma y en los demás. Incluso llegó a preguntarse si la droga que creía que le habían suministrado no le habría producido las alucinaciones que le habían hecho imaginar unos lugares que no existían y unas circunstancias que no se habían producido en realidad. ¿Y si fuera así?, se preguntó.

Pero entonces sonó su móvil. Lo llevaba dentro del bolso y había colgado éste del respaldo de la silla en la que se había sentado tras una mesa, donde había colocado el papel que contenía un texto en latín que sus alumnos deberían traducir durante la siguiente clase. Se volvió a medias para extraer el aparato telefónico y consultó en su pantalla quién pudiera ser el autor del mensaje que acababan de enviarle, lo que le provocó un doloroso respingo y un tremendo sobresalto. El mensaje procedía del móvil que le habían robado.

Con los ojos agrandados por la estupefacción intentó leer el texto sin conseguirlo. Le pareció que las letras que veía nítidas en la pequeña superficie iluminada bailaban ante sus ojos como si tuvieran vida propia por lo que dejó el móvil sobre la mesa, respiró hondo, pasó una mano por su frente y lo intentó de nuevo. En esa ocasión sí lo consiguió y fue deletreando dificultosamente el único renglón:

“La otra noche no pudo ser, pero la próxima vez será distinto”.

Lo releyó dos veces antes de comprender su significado. Luego fue procesando en su cerebro, confusamente al principio y con más claridad conforme lo repetía en voz alta lo que el hombre que la había secuestrado aquella noche le había querido decir.

Porque no cabía duda de que el mensaje se lo había enviado esa misma persona, ya que había utilizado para ponerse en contacto con ella el aparato telefónico que le había robado. Y tampoco cabía interpretar algo distinto a lo que le exponía. Estaba claro que esa persona pensaba repetir su rapto, aunque en esta nueva ocasión con peores consecuencias.

Sintió un escalofrío y miró a su alrededor con los ojos agrandados por el miedo. En el aula destinada a los profesores, en la que se hallaba, el único mobiliario lo constituían varias mesas con sus correspondientes sillas y una pizarra colgando de la pared del fondo, así como una máquina expendedora de café. A su espalda y a través de los cristales del ventanal podía ver a sus alumnos jugando en el patio e incluso oía sus gritos y sus risas, pero en ese instante se sintió sola, vigilada por alguien a quien no podía ver, pero que notaba próximo. ¿Cómo habría averiguado el número de su nuevo móvil? Tenía que tratarse de alguno de los amigos que habían asistido a la fiesta de Ricardo y de Margarita y probablemente se habría enterado de ese nuevo número a través de ésta, a la que se lo habría pedido con cualquier excusa. Y la muy tonta se lo habría dado, porque seguramente tampoco la había creído a ella cuando le había referido los sucesos de aquella madrugada. No la había creído Margarita, ni la policía, ni Horacio, ni nadie. Incluso dudaba de que Noelia no hubiese fingido admitir el horror que había vivido aquella noche tal y como se lo había referido, pero que en realidad sintiese dudas más que razonables al respecto.

De improviso se le ocurrió una idea que fue desvaneciéndose paulatinamente el pánico que sentía para dar paso a un cierto optimismo. En su mano y en la pantalla de su móvil tenía la prueba que acreditaba que lo que había denunciado en la comisaría y había relatado a los más allegados de su entorno respondía a la verdad más absoluta. Recuperaría el mensaje en el despacho de Noelia y se lo mostraría a ella esa tarde. Juntas irían a continuación a la comisaría y se lo restregarían por las narices al incrédulo del comisario, que no tendría más remedio que reconocer que se había equivocado al conceptuarla como una visionaria. Y esa noche se lo enseñaría también a Horacio que tendría que olvidarse por un ratito de las guerras médicas y de la batalla de las Termópilas para descender al siglo veintiuno y enfrentarse al peligro que corría la mujer con la que se había casado.

Pero aún tuvo que esperar una hora, cada vez más impaciente, a que transcurriera la única clase que impartía esa tarde a unos adolescentes bastante revoltosos y a los que el latín les tenía sin cuidado, para salir del colegio, sito en Majadahonda, a doce kilómetros de Madrid, y regresar en su coche a su casa para dejarlo en el garaje y tomar después el Metro que la llevaría hasta el despacho de su abogado.

En el barrio de Argüelles donde se encontraba éste y concretamente en la calle de la Princesa, estacionar un automóvil era una hazaña poco menos que imposible, por lo que no se planteó siquiera esa posibilidad, máxime cuando le sobraba tiempo para llegar a la cita y para arreglarse cuidadosamente, con la intención de que su aspecto no desmereciese en un bufete tan prestigioso como el de Daniela Rivero. Eligió por esa razón un traje de chaqueta de color gris marengo y con unos zapatos a juego de tacón alto subió en el ascensor hasta la cuarta planta y llamó al timbre a la hora exacta. Le abrió la puerta la secretaria y tuvo que esperar unos minutos en la lujosa sala en la que la introdujo aquella, donde bostezaba un matrimonio, unas señoras encopetadas y unos ejecutivos que parecían muy nerviosos.

Pero al fin reapareció la secretaria en el umbral de la estancia y le anunció que podía pasar al despacho de su abogado, donde se encaminó ella apresuradamente. Noelia le sonrió al verla entrar, pero le dio la sensación de que le dedicaba ese gesto por compromiso, con la intención de que se sintiera mejor tras el desconcertante informe de la policía, por lo que con aire victorioso y mientras se sentaba frente a ella le comunicó, antes de que la otra tuviera tiempo ni tan siquiera de

saludarla:

—Lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes? —le preguntó Noelia desconcertada.

—Tengo la prueba de que todo lo que me sucedió esa noche es la pura verdad. El tipo que me robó el móvil lo ha utilizado para enviarme un mensaje. Me dice algo así como que la otra vez no llegó a pasar nada, porque le surgió algo que desbarató sus planes, pero que la próxima vez será distinto. Toma.

Torpemente rebuscaba en el interior de su bolso y cuando encontró el móvil se lo tendió por encima de la mesa.

—Míralo. Es un mensaje, un WhatsApp.

Lo recogió Noelia y pulsó la tecla correspondiente con la mirada fija en la pantalla. Repitió la operación un par de veces más y finalmente se lo devolvió a Valeria.

Búscamelo tú, porque no lo encuentro.

Con un nerviosismo creciente lo tomó la otra de su mano e intentó recuperar el mensaje que había leído y releído en el colegio, sin hallarlo. La pantalla de los WhatsApps estaba en blanco.

—No lo entiendo —balbuceó—. No sé cómo ha podido borrarse ese mensaje, porque te aseguro que lo he recibido.

Le pareció que la expresión de Noelia había cambiado y que la observaba ahora resignadamente, como si se le estuviese agotando la paciencia para soportarla.

—Te aseguro que lo he recibido —repitió abochornada, experimentando de pronto unas espantosas ganas de llorar— No entiendo lo que me está ocurriendo. La única víctima he sido yo y sin embargo todas las personas a las que les he pedido ayuda me miran como si estuviera loca. Nadie me cree.

—No digas eso— protestó Noelia interrumpiéndola—. Puede que no sepamos ninguna de los dos manejar bien tu móvil nuevo. Reconozco que yo soy bastante torpe con los aparatos que no conozco.

—Pero yo no— farfulló Valeria—. Sé manejar perfectamente todos los modelos.

—Pues entonces habrá otra explicación.

La observó Valeria con los ojos relampagueantes.

—Claro, lo dices para que me calle y para que te deje en paz, pero te aseguro que cuando me ocurra algo irremediable sentirás remordimientos por no haberme escuchado. Puede que lo que ese tipo haya proyectado sea abusar de mi o asesinarme y entonces me daréis la razón, pero ya no tendrá remedio. Díselo de mi parte a ese inútil del comisario que se cree tan listo.

Se levantó indignada de la butaca y salió del despacho dando un portazo.

—CAPÍTULO V—

Se arrepintió Valeria de su brusca despedida en cuanto salió del portal del edificio y la fresca brisa le dio de lleno en el rostro. Le revolvió los cabellos y agitó también las ramas de los árboles que crecían en la acera con un rumor sordo. Había anochecido ya y la antes concurrida calle de la Princesa, en la que Daniela Rivero tenía el bufete del que era titular, se alargaba ahora solitaria hacia la Plaza de España, donde se hallaba la boca del Metro que pretendía tomar. Parecía otra calle, tristonamente iluminada tan solo por la luz de las farolas y sin el bullicioso roncar de los motores de los automóviles por la calzada.

Caminó unos pasos, disgustada consigo misma, y estuvo a punto de regresar al portal que había dejado atrás para subir hasta la planta cuarta y disculparse con la abogada a la que acababa de dejar con la palabra en la boca. No tenía la culpa Noelia de que su presente fuera tan absurdo, porque cualquiera al que le refiriera los contrasentidos que estaba padeciendo en los últimos días pensaría de ella que estaba loca. Se tenía Valeria por una chica racional que no se dejaba guiar por fantasías, pero en los últimos días había llegado a preguntarse si el mundo entero no se habría confabulado contra ella. Porque era absolutamente ilógico que el mensaje que había recibido, procedente del móvil que le habían robado, y que acreditaba la verosimilitud del secuestro de que había sido objeto unos días antes, se hubiese desvanecido de la pantalla de su aparato sin dejar rastro alguno. Y también lo era que la policía pusiese en duda tras su investigación los hechos que había denunciado, alegando que la puerta de la habitación en la que ella decía que la habían encerrado carecía de cerradura. Estaba segura de haberla palpado angustiada con las manos, antes de llegar al convencimiento de que alguien había echado la llave desde el otro lado de la hoja de madera y de que la habían encerrado. Conservaba también grabados en su retina los perfiles del estrecho ventanuco que se abría en el muro frente a esa puerta y lo difícil que le había sido encoger su cuerpo para que cupiera por el hueco, y alcanzar luego la cañería por la que luego había descendido hasta el pie del edificio haciendo equilibrios. Esa ventana no tenía reja. ¿Cómo hubiera podido en caso contrario escaparse por ella?

Podía rememorar también cómo se filtraba a través de los sucios cristales de esa ventana la macilenta luz del amanecer, cuando se despertó y se levantó del colchón. Se le había aproximado para otear el exterior y tratar de averiguar dónde se hallaba. El frío la había obligado a tiritar bajo el vestido de fiesta que llevaba y a la pálida claridad que iluminaba a trechos el firmamento había podido distinguir una inmensidad yerma de terreno sin árboles, sin casas, sin nada. Sin saber por qué se había fijado en un rayo de esa luz que penetraba por el ventanuco para posarse en el astroso colchón que se hallaba en el suelo y que ocupaba casi todo el espacio disponible de aquel antro. ¿Y opinaba la policía que no era cierto que durante unas horas hubiese estado allí, recluida entre aquellas cuatro paredes?

¿Por qué o para qué habría de haberse inventado ella lo que le había aecido esa noche, si no hubiera sido verdad?, se preguntó. Sabía ahora por el mensaje que había recibido en su móvil que su secuestrador no había llegado a agredirla sexualmente, porque así se lo había hecho saber, pero que ese propósito no lo había descartado y que proyectaba realizarlo en un futuro inmediato, por lo que debería planear cómo defenderse si llegaba el caso. Porque no podía contar con nadie que la ayudara. La policía no la había creído. Había achacado los hechos que había denunciado a los

delirios del alcohol, del que había supuesto que había abusado ella en una noche de jarana y, como consecuencia, había archivado su denuncia. Margarita no había llegado a tanto o al menos no se había atrevido a cuestionar abiertamente su relato, pero estaba a punto de casarse y los preparativos de su boda la absorbían por completo. Y Noelia, en quien tanto había creído poder confiar, la había mirado a ella y a la pantalla de su móvil con la conmiseración propia del que escucha a un chiquillo fantasioso que contra todas las evidencias se cree perseguido.

¿Y qué podía hacer ahora? Había pensado pedirle a Margarita que la informara sobre los antecedentes de los asistentes a la fiesta, pero había contado con que la policía efectuase el seguimiento de esos muchachos y constatare si alguno de ellos había estado implicado en algún asunto similar. Ese plan se había venido abajo y ahora no sabía qué hacer. Solo le quedaba Horacio y con él sí se atrevería a volver a la nave abandonada de donde se había escapado, para comprobar por sí misma que ese escenario era real y que no había desvirtuado ninguno de sus elementos. Que la cerradura de la puerta existía y que la ventana de la habitación permitía el paso de su cuerpo, porque carecía de reja. Que hubiera desaparecido la cañería de la fachada por la que había bajado era irrelevante, porque recordaba haberla arrancado de la pared con el peso de su cuerpo, cuando se encontraba a metro y medio del suelo. Seguramente se hallaría ahora a los pies del edificio, rebozada en barro, por lo que los agentes no la habrían visto.

Le preocupaba, no obstante, que Horacio no estuviese dispuesto a acompañarla, porque no estaba segura de que la entendiera, de que consecuentemente descendiera de las nubes y de que se prestara a vivir, aunque fuera tan solo por unos minutos, en la misma época que ella. Le explicaría a él las conclusiones a que había llegado la policía sobre el caso, archivándolo a continuación, y que el mensaje que había recibido en su móvil y que le había sido enviado por el individuo que le había robado el que tenía anteriormente, incomprensiblemente se había borrado del aparato. Un mensaje que había deletreado varias veces y cuyas palabras se destacaban nítidas en la pantalla iluminada. ¿Cómo era posible que hubiera desaparecido de improviso sin dejar rastro?

Se detuvo al llegar a un paso de peatones con el semáforo en rojo, antes de cruzar una calle para acceder a la plaza de España. Empezaba a chispear y los escasos transeúntes que podía ver a lo lejos subían apresuradamente la cuesta de la Gran Vía, buscando un taxi o algún portal en el que guarecerse. Una gélida ráfaga de viento recorrió la calle de extremo a extremo y se le caló hasta los huesos obligándola a arrebujarse bajo la chaqueta del traje que llevaba puesto. Debería haberse puesto ropa de más abrigo, pensó, porque sabía que el mes de marzo era así, impredecible. Podía lucir un sol radiante por la mañana y despacharse por la tarde con un aguacero torrencial.

Fue entonces cuando notó algo a su espalda. Un transeúnte se había detenido un par de metros más allá, en lugar de situarse a su lado y aguardaba como ella a que el semáforo cambiara de color. ¿Por qué no avanzaría hasta el borde de la acera como haría cualquier otra persona en su caso? Giró a medias la cabeza para verle, pero a la luz de la farola más próxima solo logró distinguir una silueta masculina con la cabeza cubierta por la capucha de un impermeable. Había algo en su figura que le resultó familiar, pero su rostro quedaba en sombras. El color rojo del semáforo dejó paso al verde en ese instante y se apresuró Valeria a cruzar la calle para, asustada, echar a correr a continuación hacia la boca del Metro. La lluvia arreciaba y temió resbalar con los zapatos de tacón que llevaba. Era una buena deportista y, además de practicar running muy temprano por las cercanías de su casa, participaba también en la mayoría de las carreras que se organizaban en la capital en favor de alguna causa benéfica. Solía quedar entre los diez primeros corredores que alcanzaban la meta, pero en esas ocasiones calzaba zapatillas de deporte, a diferencia del calzado que llevaba en ese momento. Lo había elegido para estilizar su figura y

porque era el adecuado para presentarse en el bufete. Se había arreglado además especialmente ese día para causar una buena impresión en ese despacho y ahora lamentaba no haberse vestido con ropa más informal y haberse calzado con unos zapatones bajos que le permitiesen aumentar la distancia que la separaba de aquel hombre. El tipo del impermeable corría también detrás de ella y le oída jadear cada vez más próximo.

Alcanzó la boca del Metro antes que él y se lanzó escaleras abajo como una exhalación sorteando a dos jovencitas que momentáneamente se interpusieron entre ella y el tipo de la capucha. Le oyó cuando dejó escapar una imprecación y la respuesta de las chicas cuando le contestaron a lo que debieron considerar una grosería, pero no se detuvo a comprobar lo que podía haberles respondido él, sino que siguió corriendo a toda velocidad, se detuvo apenas un segundo para introducir el bonobús en la máquina automática instalada en la estación que le impedía el paso al pasillo que conducía al andén, y luego corrió por él y desembocó en éste al tiempo que el tren hacia su entrada en el mismo con su ríspido rugido y su olor característico a aceite quemado. La puerta del convoy se abrió en ese instante y se introdujo ella en el abarrotado vagón empujando a la gente para esconderse tras un opulento viajero que iba asido a una correa que colgaba del techo. En ese momento y asomando la cabeza sobre el hombro del gordo, vio recalar en la estación y a la carrera al tipo del impermeable con la capucha bien calada que ocultaba por completo sus facciones. Se detuvo un segundo desorientado, intentando localizarla, pero con otro ríspido pitido se puso en marcha el tren antes de que aquel hombre hubiera podido entrar en uno de sus vagones.

Dejó escapar Valeria un suspiro de alivio al tiempo que se preguntaba dónde podía haberle visto antes. Solo había podido apreciar que era de estatura mediana, pero el amplio impermeable que flotaba alrededor de su cuerpo, no le había permitido hacerse una idea de si se trataba de un hombre corpulento o de si por el contrario era un alfeñique. Le hubiera inspirado un miedo atroz también en este último caso, por lo que, cuando al fin llegó a su casa hecha una sopa, cerró con llave el portón de entrada, echó después todos los cerrojos que en su día había instalado su abuela y luego cruzó el vestíbulo y se lanzó escaleras arriba en busca de la guarida de Horacio, donde esperaba hallarle. Efectivamente se encontraba éste en su despacho, sito en la última planta del edificio, que era una habitación abuhardillada con una claraboya en el techo. Se accedía a esa guarida subiendo el último tramo de la escalera de madera que comenzaba en el vestíbulo. Las paredes de esa habitación estaban materialmente cubiertas por estanterías metálicas abarrotadas de libros y de papeles y estaba sentado él tras una vieja mesa de madera, abismado en la lectura de unos folios escritos a mano. Apenas si le dirigió una distraída mirada cuando la vio entrar, mojada de los pies a la cabeza.

—¿Está lloviendo? —le preguntó tan solo.

Por la expresión de su rostro dedujo Valeria que ni tan siquiera había reparado en el repiqueteo del aguacero sobre el cristal de la claraboya que tenía sobre la cabeza ni probablemente se habría preguntado si habría vuelto ya ella a casa o si andaría todavía por la calle, por lo que le dedicó un exasperado resoplido.

—Vengo del despacho de la abogado que te comenté.

—Sí, ¿y qué? —inquirió, no sin dirigir una añorante mirada a sus papeles, antes de levantar una impaciente mirada hacia ella.

—Que no ha creído lo que le he contado. He recibido cuando todavía estaba en el colegio un WhatsApp del tipo que me robó mi móvil anterior amenazándome con repetir su jugada y he intentado enseñárselo para que comprobara así que le había dicho la verdad sobre lo que me ocurrió esa noche.

—¿Y qué le ha parecido? —le preguntó distraídamente a la par que, bajaba la cabeza para apuntar algo en un folio.

—Nada, porque no he conseguido recuperar ese mensaje en la pantalla de mi móvil. Se había borrado.

Parpadeó él cansadamente como si no le interesara lo que le estaba contando y pretendiera abreviar cuanto antes la conversación.

—Bueno, sí, lo habrás eliminado sin darte cuenta.

—No, no lo he eliminado. He recibido el mensaje cuando estaba en el aula de profesores del colegio y ya te he dicho que quería enseñárselo a Noelia, puesto que probaba que lo que le había contado sobre lo que sucedió la noche de la fiesta era verdad—. Se sentó de medio lado en la única silla que había delante de la mesa con la intención de continuar explicándoselo—. Es que la policía no cree que sean ciertos los hechos que consigné en la denuncia, ¿sabes? El comisario le ha dicho a ella que la puerta de la habitación donde me desperté no tiene cerradura, por lo que es imposible que me encerraran en ese antro y que la ventana por la que me escapé tiene reja, por lo que consecuentemente no pude salir por ella. Tengo que demostrarle a ese comisario que está equivocado, por lo que quiero volver a esa nave, pero no me atrevo a ir sola.

Se apartó él el mechón de cabello castaño que le resbalaba sobre la frente y enarcó interrogativamente las cejas, al tiempo que se colocaba las gafas sobre el puente de la nariz.

—Sí, ¿y qué? —repitió.

—Que quería pedirte que me acompañaras. Mañana es sábado y no tienes que dar clase en la universidad. Podríamos ir por la mañana.

—¿Ir por la mañana? —repitió en tono interrogante Horacio, con evidente desgana.

—Sí, perderías solo unas horas de estudio y yo, una vez que inspeccionara el escenario donde pasé aquella noche y tomara unas fotos, podría demostrarles a todos que les he dicho la verdad.

—¿Perdería solo unas horas de estudio? —farfulló aturdido— No puedo perder unas horas de estudio en estos momentos —replicó como si le hubiera propuesto realizar un imposible—. Espera un par de meses y cuando haya superado los cuatro ejercicios de la oposición, iremos a donde quieras.

Se le quedó mirando Valeria sin entenderle.

—¿Cómo que espere un par de meses? Es ahora cuando ese individuo me ha amenazado con repetir su fechoría. No puedo esperar a que tú te examines de esa dichosa oposición, que no se convoca nunca, para que me eches una mano, porque no sé si has entendido que me encuentro en peligro. Me pregunto por qué decidiste hace tiempo casarte conmigo. ¿Para que tradujera al latín tus traducciones de griego?

La envolvió Horacio en una mirada de perplejidad.

—Eres injusta. No he pretendido nunca que hicieras ninguna clase de traducción. Te he concedido siempre una amplia libertad, pero creo que merezco que respetes mi profesión y mi razonable ambición de prosperar en mi trabajo. No sé para qué quieres ir a esa nave, pero me parece bien que lo hagas siempre que no entorpezcas mis estudios.

Comprendió ella que no se había enterado de nada de lo que había tratado de explicarle y su irritación creció de punto.

—O sea, que quieres que te deje en paz. Que para ti lo más importante y yo diría que lo único importante es tu oposición y que lo que me estás diciendo es que yo me las apañe, ¿no es así?

Levantó él una mano pálida, como pidiéndole que bajara la voz.

—Por favor, no grites. Me duele la cabeza. No sé qué esperas averiguar yendo a visitar esa nave en la que acabasteis de celebrar la despedida de soltera de Margarita. Bebiste demasiado y

lo que te sucede es que no recuerdas lo que pasó, porque la policía no se suele equivocar. Solo te pido que esperes unos meses. Después te acompañaré a donde quieras.

—¿Y si para entonces me han asesinado o me han hecho cualquiera otra barbaridad? —farfulló descompuesta levantando la voz.

Volvió a pedirle que bajara el tono, empezando a impacientarse también.

—Deja de decir tonterías. Te repito que me duele la cabeza. No consigo retener en la memoria el tema quince de la oposición que estoy estudiando y lo que quisiera es poder intentarlo de nuevo antes de la cena. ¿Es mucho pedir?

Se quedó atónita mirándole sin pestañear.

—No, no es mucho pedir— masculló cuando consiguió recuperar el habla—. Descuida, que no te molestaré más.

Salió del despacho de él dando un portazo y bajó la escalera para dirigirse a la sala de estar y dejarse caer en el sofá. ¿Cómo era posible que Horacio no fuera capaz de entender el peligro que corría?, se preguntó. ¿O sería que lo único que le importaba de verdad eran las andanzas de los griegos en la época clásica y que como ella no encajaba en esa época le importunaba?

Pero tenía que hacer algo, pensó. No creía que pudiera contar con Noelia para que la acompañara a “Las Gavillas”. Lo consideró con el ceño fruncido y llegó a la conclusión de que tampoco se sentiría mucho más segura recorriendo aquel antro con la otra, ya que su edad y su complexión eran muy similares a la suya propia y probablemente no sería capaz de enfrentarse a ese desconocido, en el supuesto de que se lo encontraran allí y las atacara. ¿Qué podía hacer entonces?

De pronto se le ocurrió. Llamaría a Dan Anaya. Él la había recogido aquella mañana de la cuneta de la carretera en un estado lamentable y no le extrañaría que quisiese volver a ese escenario para comprobar con sus propios ojos lo que había de verdad en el atestado policial. No lo dudó dos veces. Extrajo su móvil del bolso y marcó el número que le había dado él. Tras un par de timbrazos, oyó su voz.

—¿Sí?

—Dan, soy yo, Valeria. Valeria Salcedo. ¿Me recuerdas?

Se produjo un silencio y le imaginó con el ceño fruncido, con el rostro semi oculto por las gafas oscuras y la barba, tratando de recordar quién pudiera ser la chica que respondía a ese nombre. Fue solo un instante, porque a continuación le pareció que se alegraba de que le hubiera llamado.

—¿La jovencita de la cuneta? Claro que me acuerdo de ti, ¿Cómo va todo?

—Mal. Muy mal —repuso, preguntándose por qué se empeñaría en asignarle los años que le había calculado él aquella madrugada, máxime porque le había precisado la edad que tenía y opinaba que a los treinta y dos que había cumplido no merecía ya la consideración de jovencita.

La voz de él sonó extrañada.

—¿Cómo que muy mal? ¿Qué es lo que te sucede?

—Que la policía no ha creído ninguno de los hechos que denuncié y necesito volver a aquella nave a comprobar la existencia de la ventana por la que me escapé y la de la habitación en la que me encerraron.

—Sí, ¿y qué?

—Que no me atrevo a ir sola. Quería pedirte que me acompañaras. ¿Tienes ideas de dónde puede ubicarse esa nave? Desde luego yo no sabría volver.

Se hizo un silencio al otro lado del hilo, pero no tardó en contestarle.

—Por supuesto que sé dónde está y no tengo ningún inconveniente en acompañarte. De hecho,

paso cerca de ese lugar casi todos los días. ¿Pero no preferiría ir contigo tu marido?

Rememoró ella la escena que había tenido lugar poco antes en el despacho de Horacio y sintió una indignación creciente contra él, aunque trató de no dejarla traslucir en las palabras que pronunció a continuación.

—No, porque tiene que estudiar. Está preparando una oposición muy importante. Una oposición a cátedra. ¿Cuándo te vendría bien? Me gustaría solucionarlo cuanto antes.

Le pareció que él se lo estaba planteando, pero enseguida replicó:

—¿Te vendría bien mañana por la mañana?

—Sí, sí. ¿Cómo quedamos?

—Te recogeré en tu casa. ¿Te acuerdas de mi coche?

Recordaba un polvoriento automóvil, pero no había retenido la marca ni el modelo.

—Pues... pues no sé.

Oyó la risa de él.

—Es un Opel gris claro. Estaré a las nueve de la mañana delante de la cancela de tu jardín. Sé puntual.

—CAPÍTULO VI—

A la mañana siguiente y desde la ventana de su dormitorio vio llegar Valeria el coche del hombre que la había rescatado de la cuneta aquella madrugada y detenerse ante la cancela del jardín a las nueve en punto. Había dormido mal, había dado vueltas y más vueltas en la cama sin conseguir conciliar el sueño y en cuanto amaneció se había levantado de la cama y había bajado a la sala de estar a leer un libro. Cuando volvió a subir una hora antes, Horacio seguía durmiendo y para no despertarle había caminado de puntillas hasta el cuarto de baño, sito en el largo pasillo, para ducharse. Esperaba encontrarle todavía en el lecho cuando regresó al dormitorio a vestirse, pero ya no estaba él. Sin duda habría bajado al otro cuarto de baño, que se encontraba en la planta baja, para no perder un segundo y empezar a estudiar de inmediato.

Con seguridad aprobaría esa dichosa oposición cuando se convocase y probablemente llegaría a ser un catedrático eminente, pensó. ¿Pero por qué no la entendería a ella, que era una chica normal y mucho más sencilla que sus enrevesados textos griegos? No solía importarle, pero necesitaba en la situación en la que se hallaba sentirse apoyada, comprendida. Se había visto obligada a buscar a un extraño para que la acompañase al lugar en el que se había despertado aquella madrugada, porque no se atrevía a ir sola. Quería inspeccionarlo, comprobar que los datos que había consignado en su denuncia eran exactos y rebatir así el atestado policial para que se reabriera el caso. Y él debería haberse ofrecido a prestarle ayuda, aunque hubiera tenido que desplazarse para ello hasta el fin del mundo. No necesitaba tanto. Solo que fuese con ella a aquel lugar solitario en el que tan solo existía una edificación ruinoso, sobre todo porque aquello podía volver a ocurrir. ¿Sería realmente pedir demasiado?

Pero ninguna de esas consideraciones le había pasado a Horacio por la cabeza. Sin duda se había sentido aliviado al perderla de vista esa mañana para que no le distrajesen con lo que debía considerar que eran manías y simplezas de ella y poder así abismarse sin molestas interrupciones en el glorioso pasado del país que tanto admiraba.

Intentó despedirse de él cuando descendió la escalera, ya arreglada con un pantalón vaquero, un jersey color fresa y un chaquetón anudado a la cintura y propinó unos golpecitos en la puerta del baño para llamar su atención. Desde el pasillo en el que se hallaba podía percibir el ruido de la ducha de él, pero no debió de oírla Horacio, porque no le contestó.

Se encogió Valeria de hombros y continuó camino hacia el vestíbulo. Ya le referiría a su regreso cómo le había ido, pero no debía hacer esperar a Dan, que se había molestado en ir a recogerla, pese a que no era más que una desconocida, y en acompañarla a un lugar que carecía de todo aliciente para él, máxime siendo sábado.

El cielo presentaba un aspecto plomizo cuando salió al jardín y recorrió el sendero de piedras desiguales que llevaba desde el porche a la cancela de la valla que circundaba la parcela. Amenazaba con empezar a llover en cualquier momento, pero no retrocedió sobre sus pasos para coger un paraguas en el vestíbulo por no hacerle esperar más, sino que empujó la puertecilla y salió a la acera. Allí se detuvo indecisa al ver al conductor del automóvil. Había permanecido hasta entonces él dentro del vehículo, pero, cuando salió de éste, no identificó en el muchacho de una edad similar a la suya que avanzaba unos pasos hacia ella al tipo barbudo que la había recogido de la cuneta unos días antes. No llevaba tampoco gafas oscuras y parpadeó desorientada

preguntándose si sería el mismo. Él se echó a reír, observándola con curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿En solo unos días se te ha olvidado la cara que tengo? Tampoco tú pareces la misma. Veo que te has quitado el barro que te chorreaba por las mejillas y por el pelo, y que te has quitado las medias que llevabas colgando por las piernas como dos pingajos. Se te ve muy aseada.

Se lo decía con ironía, pero parecía que se alegraba de haberla reencontrada sana y salva.

—¿Eres Dan? —le preguntó, sorprendida por el aspecto tan distinto que ofrecía.

Porque no parecía tener nada en común con aquel tipo de edad indefinida y aire de vagabundo, ya que éste aparentaba ser además mucho más joven. Andaría por la treintena y no era mal parecido. De tez muy bronceada, ojos oscuros y cabello corto del mismo color, tenía aspecto de deportista y vestía como ella un pantalón vaquero y un jersey azul eléctrico.

—Sí, claro que soy Dan y he venido a buscarte, porque me has pedido que te lleve a “Las Gavillas”. ¿No es eso lo que querías?

Se apresuró a admitirlo, aún desconcertada.

—Sí, claro que sí, es solo que esperaba a un tipo distinto. Creía que eras diferente, como... como polvoriento. El otro día me pareció que tu coche había escapado de una tormenta de arena y que tú no habías salido mucho mejor librado.

—Pues no te voy a decir yo lo que me pareciste tú —replicó él con guasa—. Me quedé muy satisfecho de mi buena obra, porque afortunadamente no encuentro todas las mañanas en la carretera a una chica en la cuneta y en el lamentable estado que presentabas. ¿Pero qué te parece si nos ponemos en marcha?

Le indicaba el coche aparcado junto a la acera y Valeria se introdujo en el asiento del copiloto, abrochándose a continuación el cinturón de seguridad. Cuando él arrancó el motor, le dijo:

—No sabes cómo te agradezco que te hayas molestado en venir a buscarme para acompañarme hasta el lugar donde me encerraron. Es que no sé qué hacer y tengo miedo.

Le dirigió él una rápida mirada de soslayo.

—¿De qué tienes miedo?

—Del tipo que me encerró allí. Ya te dije que me robó el móvil y me ha enviado un mensaje al nuevo que me he comprado diciéndome que piensa repetir lo que realizó esa noche. La policía no me cree, mi abogado tampoco, mi mejor amiga está a punto de casarse y tiene la cabeza en las nubes y mi marido... mi marido está preparando una oposición.

—¿Y qué?

Como no entendió la pregunta giró extrañada la cabeza hacia él.

—¿Qué de qué?

—Lo que te he preguntado es qué tiene que ver que tu marido esté preparando una oposición con que crea o no lo que te ha ocurrido y que se preste a echarte una mano.

Esbozó ella un gesto vago.

—Lo que he querido decir es que está tan absorto con el estudio de sus temas que no ha prestado atención a la historia que le conté. Se lo he explicado varias veces, pero está convencido de que terminamos la fiesta de despedida de mi amiga en “Las Gavillas”, que bebí mucho y que me quedé dormida allí, aprovechando que encontré un colchón tirado en el suelo.

—¿Y cuándo te despertaste...? ¿Cómo ha interpretado que estuvieras sola en la habitación donde estaba ese colchón cuando te despertaste? —le preguntó con un tonillo irónico.

—La explicación que le ha encontrado al caso es que los demás se habían marchado de madrugada y que se habían olvidado de mí.

—¿Y al estado en el que llegaste a tu casa, llena de barro y con las medias hechas jirones...?

Fue a decirle Valeria la verdad, que no podía competir ella con la historia antigua de Grecia ni mucho menos con su idioma clásico, pero se sintió obligada a defender a Horacio y replicó:

—Eso es lo único comprensible. Tuve que caminar por mitad del campo un largo trecho hasta que llegué a la carretera y es natural que destrozara el traje de fiesta y los zapatos de tacón que llevaba, de modo que no le pareció extraño que apareciera en casa hecha un asco.

—Ya— murmuró Dan sin expresión.

—¿Te parece raro?

No le contestó. Había fruncido el ceño con los ojos fijos en el trayecto que recorrían. Le pareció incómodo a Valeria el silencio que reinaba ahora dentro del vehículo y para romperlo le preguntó:

—¿Y qué hacías a esas horas de la madrugada por aquella carretera vecinal tan estrecha y tan desempedrada dónde me encontraste?

Sonrió él y repuso sin mirarla:

—Soy propietario, mejor dicho, copropietario junto con un hermano, de una finquita cercana a “Las Gavillas”, que se llama “Los Abedules”, donde criamos caballos. Esa noche nació un potro. El encargado que los cuida me había avisado y estuve con él, con mi hermano y con el veterinario que asistió a la yegua, hasta que terminó felizmente el parto. El veterinario y mi hermano vigilaron a la yegua desde detrás de un árbol para que Deborah no les viera y yo eché una cabezada dentro de la casa.

—¿Deborah es la yegua?

—Sí, las jacas son unos animales muy particulares y si se sienten observadas se hacen las distraídas y no paren.

—¿De verdad?

—Y tan de verdad.

—¿Y qué hicisteis después?

—Estuvimos esperando a que el potro se pusiera en pie. No sé si sabes que tardan aproximadamente una hora en conseguirlo, porque les cuesta al nacer controlar sus patas, tan largas.

—¿Y vives en esa finca?

—No, la heredamos ese hermano y yo de mi padre, que sí se dedicaba exclusivamente a la cría de caballos de carreras. Yo vivo y trabajo en Madrid. Soy biólogo, especializado en genética, pero voy muy a menudo allí. Es uno de mis hermanos el que ocupa la casa de esa finca, que por cierto está muy cerca de “Las Gavillas”.

Sufrió Valeria un vuelco al recordarla.

—Entonces quizás conozcas a sus dueños.

Meneó Dan negativamente la cabeza.

—A las actuales las conocí de niño, pero en el presente no las reconocería si me las encontrara. Recuerdo a sus padres y cómo eran entonces sus dos hijas, que estaban en edad de merecer cuando nosotros éramos unos chiquillos. Los padres cultivaban trigo que almacenaban en la nave en la que estuviste encerrada, hasta que lo vendían. Cuando murieron los dos, las hijas ya se habían casado y sus maridos ni entendían de agricultura ni les interesaba, por lo que dejaron la finca en total abandono.

—¿Y por qué no la vendieron?

—Sí la vendieron, aunque les costó encontrar comprador. Está alejada del núcleo urbano más próximo y es difícil en la actualidad que alguien esté dispuesto a ocuparse de las faenas del campo. A mi hermano, en cambio, le parece el lugar perfecto para vivir. Sin ruido, sin gente, en la

más absoluta soledad.

Le pareció extraño a Valeria que a un joven le gustase aislarse como un ermitaño en mitad del campo, pero en lugar de comentárselo, le preguntó:

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Simeón, como otro de los hijos de Jacob. Somos cinco hermanos, todos varones y como ese personaje bíblico fue padre de doce, tuvieron mis progenitores donde elegir.

—Pues vaya por Dios— masculló Valeria entre diente.

—¿Decías algo? —inquirió amoscado, pues, aunque no la miraba, oyó su tono de espanto.

—No, nada, que después de todo has tenido tú más suerte con el nombre que él. Dan es original. ¿Tienes algún hermano que se llame Neftalí?

—No, pero al menor le pusieron Benjamín. Por fortuna fue el último y cuadra con el pasaje de la Biblia, porque también fue el más pequeño de la prole de Jacob.

—Pues menos mal, porque a mí lo de Neftalí me suena a naftalina. ¿Y está casado tu hermano Simeón?

—No. Tuvo una novia durante muchos años, pero cuando ella le dejó por otro no consiguió reponerse. Abandonó los estudios y siguió la tradición familiar dedicándose de lleno a la cría de caballos. Es un alma solitaria que no parece necesitar el contacto humano.

Pensó Valeria que, aunque con aficiones muy distintas, tenía el tal Simeón mucho en común con Horacio, que tampoco necesitaba a nadie, pero no efectuó a ese respecto el menor comentario. En su lugar le preguntó a su interlocutor:

—¿Y conociste en sus buenos tiempos el silo donde vuestros vecinos almacenaban el trigo?

—Sí, pero ya te he dicho que era entonces un chiquillo. Ahora Simeón tiene intención de comprar esa finquita. Linda con la nuestra y podría arreglar por poco dinero esa ruinosa construcción y ampliar así nuestras cuadras. El potro del que te he hablado es una preciosidad. Si tienes tiempo y te apetece te lo puedo enseñar luego.

—Pues... no sé— vaciló ella—. No sé si podré, porque tengo que volver a casa antes de la hora de la comida.

Le dirigió él otra rápida mirada y le preguntó con un tonillo especial:

—¿Para qué?

—Obviamente, para comer con Horacio —repuso muy digna.

—¿Entre tema y tema de la oposición?

Reconoció Valeria en su interior que su marido preferiría incluso que no apareciera hasta que llegara el momento esa noche de irse a la cama. Últimamente se llevaba unos cuantos folios a la mesa y repasaba los temas mientras engullía lo que ella le hubiera puesto en el plato, sin saborearlo ni fijarse en lo que comía. Probablemente se alegraría de su ausencia, incluso si como consecuencia se veía obligado a prepararse un bocadillo.

La ciudad había quedado ya atrás y circulaban ahora por una carretera bajo un cielo que iba oscureciéndose por momentos. Oteó Valeria a través del cristal de la ventanilla el panorama que discurría ante sus ojos, pero no consiguió recordar ningún detalle que pudiera asociar con el trayecto que habían recorrido aquella madrugada.

—¿Vamos bien? —le preguntó inquieta.

—Sí, claro que sí. Dentro de unos dos kilómetros tomaremos una desviación que nos llevará directamente al lugar del crimen.

Había pretendido tomarlo a broma, pero al notar el respingo de ella motivado por el sobresalto que experimentó, rectificó de inmediato su manera de expresarse.

—Quiero decir que nos llevará directamente a “Las Gavillas”.

—Pero no recuerdo que hubiera una carretera próxima a la nave— objetó nerviosa—. Tuve que caminar bastante hasta aquella por la que apareciste tú levantando una polvareda.

—Pues existe una, pero probablemente no la viste, porque aún había poca luz. Está abandonada también y llena de baches y termina en a la fachada posterior del granero. Comunica también esa finca con la nuestra, aunque nosotros solemos utilizar otra que está en mejor estado. Mira, ahí está la desviación.

Le señalaba una vía estrecha que arrancaba a su derecha y que tomó con precaución levantando una nube de polvo. Giraba luego y tras varias vueltas y revueltas cuesta arriba entre peñascos y pinos descendía a una llanura yerma, que parecía extenderse hasta el infinito sin un solo árbol. A lo lejos y aislada de toda edificación, distinguió la nave que aún veía en sus pesadillas. Pero no era como la recordaba. A la luz del día y con otra persona a su lado, parecía inofensiva. Constaba de una sola y alargada planta con la fachada de ladrillo visto y el tejado hundido en algunos puntos. En uno de sus extremos se elevaba sobre la cubierta lo que aparentaba ser una habitación cuadrada, que Valeria examinó atentamente y que Dan le señaló.

—¿Fue allí arriba donde te despertaste?

—Sí, creo que sí— musitó con la garganta seca.

En silencio, recorrieron el trayecto que discurría hasta la nave, entre la polvareda que provocaba el vehículo y que difuminaba borrosamente la visión del exterior. No le pareció a Valeria que le impactara a él la cercanía de la edificación a la que iban aproximándose, pero a ella sí. Cuando estacionó él el coche frente a lo que en su día debió de ser un portón metálico sobre el que aún podía leerse el nombre con el que sus dueños habían llamado en su día a la finca: “Las Gavillas”, sintió como si se hubiera tragado una bola de plomo que le rebotaba en el estómago y le comprimía los pulmones. Con los ojos muy abiertos contempló la hoja entreabierta y oxidada, que colgaba sobre sus goznes. La abrió Dan de un empujón, con un desagradable chirrido y le siguió dentro. En el interior hacía frío y olía a algo que Valeria no logró identificar, pero que hedía a humedad entremezclada con algo rancio, como podrido. Estaba vacía. La plomiza luz del día entraba por las zonas en las que el tejado se había derrumbado y le produjo a ella la sensación de que se encontraban en una construcción en ruinas que en cualquier momento se pudiera desplomar. Los cristales habían desaparecido de las ventanas que se abrían en el muro a intervalos regulares y también los maderos que los habían cubierto, pero todas estaban enrejadas. Sobre el suelo de cemento que estaba cubierto de inmundicias, quedaban aún algunos oxidados aperos de labranza y adosados a las paredes vio los pesebres en los que antaño se almacenaba el grano. Frente al portón, los restos de una letrina sin puerta parecían sostenerse en pie de milagro y en el extremo izquierdo de aquel antiguo silo, una escalera metálica a la que se dirigió Dan, ascendía hasta la planta superior, donde se hallaba la habitación en la que se había despertado aquella madrugada.

—¿Vamos?

—Sí, sí— murmuró ella con la garganta seca, escudriñando los rincones más alejados, por si pudiera haber alguien escondido que les estuviera vigilando.

Le siguió escalones arriba, tanteándolos cuidadosamente con los pies. Terminaban estos en una meseta, también metálica, que daba paso a lo que parecía ser la única estancia a la que daba acceso la escalera. La puerta de madera por la que se entraba a esa habitación estaba abierta de par en par y pendía desvencijada de sus bisagras, inclinada hacia un lado, como una vieja encorvada, y rozando el suelo. Intentó cerrarla Dan sin conseguirlo, mientras Valeria la observaba fijamente no queriendo creer lo que veían sus ojos.

—¿Era ésta? —le preguntó él.

Palpó ella con las manos su tosca y sólida superficie evocando la angustia que experimentó al darse cuenta de que estaba sola y encerrada y que no podía salir de aquel antro y se preguntó en ese momento por el motivo por el que lo habría creído así, ya que, efectivamente, la hoja carecía de cerradura. Tenía tan solo un oxidado picaporte que colgaba de un tornillo y que amenazaba con caerse al suelo en cualquier instante.

Lo examinó en silencio experimentando una ansiedad creciente. Dan le cedía el paso para que entrara en la habitación y le precedió para, dentro de la misma, dar una vuelta sobre sí misma, intentando reconocerla y recuperar las impresiones que había sentido durante los minutos que había permanecido allí. Estaba completamente vacía. En el suelo, de losas rojas y cuadradas, no había nada, ni el astroso colchón en el que había estado acostada cuando se despertó, ni un papel, nada. Se dirigió entonces hacia la ventana. Se abría en el muro en el mismo lugar que recordaba, pero constaba el hueco de unos sólidos barrotes que aquella noche no existían, ¿cómo era posible?

También los tanteó él sin hacer el menor comentario y Valeria se sintió obligada a intentar explicarse.

—Pensarás que vi visiones esa noche, pero puedo asegurarte que la puerta estaba cerrada con llave por fuera y que me escapé por esta ventana. Yo... no lo puedo entender.

Se volvió Dan hacia ella con el semblante sin expresión.

—Bueno, tendrá una explicación, como todo. Lo más probable es que el mejunje que te dieron distorsionara tus ideas y el escenario que creíste ver y en el que te sentiste encerrada. Sin duda te escapaste por la puerta en lugar de por la ventana. Pero lo único importante es que te trajeron aquí en contra de tu voluntad.

Meneó ella negativamente la cabeza y con ella su bonita melena castaña. Era tan importante que alguien la creyera...

—No, no, estás equivocado. Si hubiera bajado por esa escalera metálica que se tambalea cuando alguien pone el pie en sus peldaños, lo recordaría y sé que no la había visto anteriormente. Estoy segura de que la puerta estaba cerrada e incluso de que tenía un agujero a la altura de una mirilla, por la que estuve intentando escudriñar el exterior. No vi nada, porque era de noche y la nave de abajo estaba en completa oscuridad.

Se aproximó Dan a la puerta y estuvo palpando la madera.

—¿Dónde dices que estaba ese agujero?

Hizo intención ella de señalarle, pero retiró el dedo al comprobar que la puerta que tenía delante no presentaba ningún orificio a esa altura.

—Bueno, déjalo. Ese boquete ha desaparecido también— murmuró anonadada, apoyándose en la pared al sentir las piernas flojas—. Repito que no lo entiendo. No sé por qué está todo tan distinto y... y tampoco sé que voy a hacer ahora.

Le dedicó Dan una sonrisa comprensiva. No le pareció a Valeria que le hubieran impactado los evidentes desajustes en los que había incurrido ella al describirle el lugar de su encierro. Ni tan siquiera que dudara de los hechos que le había referido. La estancia en la que se hallaban no podía haber servido de encierro para nadie con aquella desvencijada puerta que no se ajustaba al quicio, por lo que consiguientemente no cabía cerrarla sobre sus goznes, pero no parecía importarle. Simplemente se le acercó para darle unas palmaditas en el hombro.

—No vas a hacer nada. Vas a seguir con tu vida de siempre y a procurar olvidar como terminó la nefasta despedida de soltera de tu amiga.

—Pero es que se casa el próximo sábado— se lamentó Valeria como si fuera una desgracia irremediable— Dentro de una semana.

—¿Y qué? Pues deséale que sea muy feliz —replicó él que evidentemente no entendía el

problema.

Esbozó ella un ademán de exasperación.

—Se casa y me ha invitado a la boda, ¿no comprendes? Es una amiga de toda la vida y no puedo faltar. A la celebración irán las mismas personas que asistieron a la fiesta de su despedida y entre ellos el cretino que me trajo hasta aquí y que me encerró, aunque esa puerta no tenga cerradura —terminó incoherentemente.

—E irás sola, porque tu marido se quedará en tu casa empollando sus temas, ¿verdad? —terminó por ella, sin disimular su sarcasmo—. Con lo que es posible que ese, al que has llamado cretino, repita su proeza, ¿no es eso?

—Me temo que sí —admitió Valeria con un hilo de voz.

—¿Y por qué no se lo explicas a tu marido y le exiges que deje sus temas ese día y se ocupe de tí? Estoy seguro de que nadie se los va a robar.

Notó Valeria que algo húmedo le ascendía hasta los ojos e hizo un esfuerzo por reprimir las espantosas ganas de llorar que sentía. Se consideraba una persona fuerte y le irritaban además las lloronas, pero en ese momento, de haberse encontrado sola, se hubiera desahogado con una buena llantina

—Ya se lo he explicado —repuso a media voz.

—¿Y no lo ha entendido?

—No.

—Pues entonces no vayas a la boda. Discúlpate con tu amiga y dile que has enganchado una gripe colosal.

—¿Con Margarita?

—Sí, claro, si tu amiga se llama Margarita, pues con Margarita.

Volvió Valeria a menear negativamente la cabeza para hacerle entender que la cosa no era tan sencilla como la veía él.

—¿Y con eso estaría todo solucionado? No lo creas. Ayer fui a ver a mi abogado y cuando salí de su despacho me siguió por la calle un tipo que llevaba un impermeable con capucha. Corro bastante, he ganado incluso algunos campeonatos, y le despisté cuando entré en el Metro, pero lo que quiero es que la policía le detenga, que le juzguen y que lo recluyan en la cárcel durante muchos años. No quiero pasar el resto de mi vida jugando al ratón y al gato con él.

—¿Y qué dice tu abogado?

Lo consideró Valeria con la cabeza baja y acabó por esbozar un puchero.

—Pues... una serie de absurdos incomprensibles. Dice que drogar a alguien contra su voluntad no está penado más que cuando constituye el agravante de otro delito y en mi caso el informe médico es negativo. No se hallaron esa noche huellas de ninguna droga en mi organismo ni de que me hubieran agredido sexualmente y la policía, después de inspeccionar esta nave, ha archivado mi denuncia, porque ha considerado que los hechos que declaré son falsos y que lo que debió de suceder es que estaba borracha como una cuba.

—Ya— murmuró él.

—Y eso no es todo —continuó Valeria, exaltándose conforme hablaba—. Para colmo, ese imbécil no se contentó solo con robarme el móvil. Ahora lo utiliza y ayer me envió un mensaje en el que me decía que iba a volver a drogarme y a repetir lo que hizo aquella noche, pero con mayor éxito. Le llevé el móvil a mi abogada para enseñarle el mensaje ¿y sabes lo que sucedió?

—No, ¿qué sucedió?

—Que la pantalla de mi aparato estaba en blanco cuando quise recuperarlo. No había recibido ningún mensaje desde que me lo he comprado. ¿Qué te parece?

Enarcó Dan interrogativamente las cejas, pero luego se echó a reír.

—Bueno, eso último tiene una explicación más fácil.

—¿Qué explicación?

—Que el tipo que te ha robado el móvil haya utilizado una aplicación de Kaboom, que permite a los usuarios de WhatsApp enviar mensajes que se autodestruyen pasado el tiempo establecido por el emisor. Probablemente sea la razón por la que no pudiste enseñarle el mensaje a tu abogado.

—¿Porque se autodestruyó pasado unos minutos?

—Sí, al cabo del tiempo que hubiera programado el que te lo mandó.

La acongojada expresión de Valeria fue aclarándose conforme le escuchaba.

—Pero en ese caso... en ese caso podría solucionarlo haciéndole una foto a la pantalla la próxima vez en la que ese hombre se ponga en contacto conmigo, ¿no? Aunque se autodestruya, quedará constancia.

—Sí, claro.

—Pues me compraré una máquina de fotos pequeñita que me quepa en el bolso y tendrán todos que creerme cuando les enseñe el mensaje que ese tipo me mande. ¿Cómo sabes tanta informática? —le preguntó admirada.

Se encogió Dan de hombros evasivamente.

—No creas que sé mucho. Me gusta, pero en el laboratorio es otro compañero el experto—. Consultó su reloj y le propuso a continuación—: ¿Qué te parece si salimos ahora de este antro inmundo, nos olvidamos de tus problemas y nos acercamos a saludar al potro recién nacido? Cumple hoy una semana y creo que deberíamos felicitarle.

Comprobó también ella la hora y aunque pensó que si aceptaba su proposición no llegaría a tiempo de regresar a su casa a preparar la comida, hizo un gesto de asentimiento.

—Vale, vámonos de aquí. Y, sí, me gustaría conocer a tu potro. ¿Cómo le habéis llamado?

—Le ha bautizado Simeón y le ha puesto de nombre Aser.

Parpadeó Valeria intentando hacer memoria.

—Me suena ese nombre. ¿No era el de otro de los innumerables hijos de Jacob?

Se echó a reír Dan con ganas.

—Sí, ¿pero a que es bonito?

—Bueno, sí —admitió dudosa, mientras le precedía hacia la puerta de la habitación. Una vez allí se volvió hacia él para preguntarle con curiosidad—: No me has dicho si estás casado y si lo estás y tienes algún hijo, si has seguido la tradición de tus padres en cuanto a los nombres.

—No, no estoy casado y no me gusta esa clase de tradiciones. Yo he tenido más suerte, pero imagina la de Simeón. Es horrible llamarse Simeón, ¿verdad? Le he animado a que se lo cambie por otro más corriente, pero no he conseguido convencerle. En cierto modo participa de la afición que tenían nuestros padres por los nombres bíblicos, lo que podrás constatar por los que le ha puesto a sus caballos. La madre del potro se llama Deborah.

—¡Ah! —murmuró Valeria, a la que no se le ocurrió otra cosa que decir.

—¿Y qué tal es la abogado a la que le has encomendado el asunto? —le preguntó cambiando de tema.

—Guapa, joven e incrédula —resumió Valeria—. La titular de ese bufete llevaba los asuntos de mi abuela y por esa razón pedí una cita, pero al parecer mi caso no era lo bastante importante como para que me lo llevara Daniela Rivero y me derivó hacia esa chica, que se llama Noelia Villarroel. Me he informado y las referencias que he recibido sobre ella no pueden ser mejores. Suele ganar todos los pleitos, pero me da la impresión de que, como los demás, no acaba de creer

lo que le cuento —. Le observó atentamente antes de hacerle la siguiente pregunta—: Y, por cierto, ¿me crees tú?

Recorrió Dan con la mirada la habitación en la que se hallaban y la desvió luego hacia la enrejada ventana.

—Recuerda que te recogí de la cuneta de la carretera y que daba pena verte, así que podría considerármeme un testigo cuasi presencial. De lo que estoy seguro es de que un desaprensivo te trajo drogada a esta nave y de que tuviste suerte y te escapaste, aunque no sé por dónde —resumió sin terminar de comprometerse—. ¿Te vale así?

—Sí, gracias.

—¿Y qué vas a hacer?

—El lunes llamaré a Noelia para decirle que he estado aquí contigo, que esta habitación es diferente a la que tengo grabada en la memoria y...

—¿Y qué?

—Que he decidido asistir a la boda de Margarita, sola o acompañada por Horacio. No quiero pasar el resto de mi vida asustada, temiendo ver aparecer por cualquier esquina al tipo que me trajo hasta aquí y que la cosa se repita.

—¿Quieres ir para averiguar quién fue?

—Sí, pero en esta ocasión fingiré que tomo una copa de alcohol y vigilaré a los que se me acerquen.

—Me parece demasiado arriesgado —consideró Dan con el ceño fruncido—. Sobre todo, si vas sola.

—Le exigiré a mi marido que me acompañe. No creo que sea demasiado pedirle teniendo en cuenta que su oposición no se ha convocado todavía —repuso iniciando el descenso por la escalera metálica.

La siguió él en silencio y cuando salieron al exterior se dirigió en línea recta hacia su automóvil que ostentaba ya una espesa capa de polvo y en el que se introdujeron los dos a la vez. Arrancó Dan el motor y dando la vuelta al edificio tomó una carretera estrecha y mal asfaltada que les condujo tras tomar un par de curvas cuesta arriba a un paraje totalmente distinto, a una zona montuosa y con una espesa vegetación entre la que apenas si podía distinguirse una casa rural de dos plantas con unos edificios anejos de madera.

Aunque la finca lindaba con “Las Gavillas”, no se distinguía la nave desde allí. Un hombre salió a recibirles, del que supuso Valeria que sería el hermano de Dan. Tendría una edad similar a la de ellos, y se le parecía mucho, pero era de menor estatura, aunque mucho más fornido, con una ancha espalda y unos brazos sumamente musculosos, que asomaban bajo las mangas cortas de su camisa. Pese a que la temperatura era más bien fresca, su indumentaria respondía más bien a la adecuada para la época estival, aunque aún no se hubiera batido el invierno en retirada. Se la quedó mirando desconfiadamente con unos ojos hundidos bajo unas cejas muy espesas y ni tan siquiera le sonrió cuando los dos se bajaron del coche y se le acercaron.

—Esta es Valeria, Simeón —le dijo Dan presentándosela—. Ha venido a felicitar a Aser, ya que hoy cumple una semana. ¿Está en la cuadra?

—Sí —repuso el aludido, impasible, sin dejar de observarla.

Solo cuando su hermano le empujó delante de él, desvió la mirada hacia las edificaciones de madera y les precedió por un pasillo enlosado que discurría entre la casa y las cuadras. Cuando ya se hallaban cerca volvió la cabeza hacia ella para preguntarle:

—¿Te gustan los caballos?

—Claro —repuso Valeria algo intimidada por el recelo con el que la había recibido—. Me ha

dicho Dan que es precioso. ¿Y Deborah está bien?

Por primera vez se distendió la expresión de su rostro en un conato de sonrisa.

—¿Conoces el nombre de la yegua?

—Sí, y que el parto del potro tuvo lugar el sábado pasado.

—En la madrugada del sábado al domingo— puntualizó Simeón caminando a su lado y dejando a Valeria entre él y su hermano, como si la afición que compartían por esos animales fuera suficiente para que la mirara con otros ojos —Estuvimos despiertos toda la noche. Bueno, estuvimos despiertos el veterinario y yo— se corrigió—, porque a Dan le perdimos de vista, cuando, durante un par de horas, echó un sueñecito. Y también los de “Las Gavillas” tuvieron a bien aparecer por su finca, aunque no suelen prodigar sus visitas. Vienen de cuando en cuando.

Se detuvo en seco Valeria con el corazón en la garganta.

—¿Viste a sus dueños esa noche?

Se volvió hacia ella Simeón, parpadeando sorprendido por el interés con el que ella le había hecho la pregunta.

—Verles lo que se dice verles, no les vi, pero sí oí el motor de su coche. Debieron entrar en la nave, pero se marcharon enseguida. Regresaron unas horas después. Aquí, en el campo, se oye todo.

Dan que caminaba algo rezagado, se le acercó.

—¿Les oíste llegar el domingo? ¿Qué hora sería?

—Pues era muy temprano. Acababa de levantarme yo y estaba dándoles de comer a los caballos, así que serían las seis de la mañana.

Recordó Valeria que a esa hora estaba acurrucada en la cuneta dando diente con diente, esperando a que apareciera algún coche que la recogiera para regresar a Madrid. Sus ojos se encontraron con los de Dan y leyó en su mirada que estaba pensando lo mismo que ella. Que había estado a punto de reencontrarse en la carretera con su agresor y que hasta hubiera sido posible que, ignorándolo, se hubiera subido a su coche. Al imaginarlo experimentó un frío intenso y un escalofrío la recorrió de arriba a abajo.

—CAPÍTULO VII—

Margarita estaba muy bonita con su traje blanco de novia. Aunque de corta estatura, poseía una figura bien proporcionada y un expresivo semblante, siempre risueño. Personificaba la imagen de la felicidad cuando del brazo de Ricardo salió de la iglesia y se encaminó hacia el claustro del templo, donde se celebraba la boda con un coctel.

Desde uno de los bancos había seguido Valeria la ceremonia y en otra circunstancia cualquiera en la que no se hubiera sentido tan inquieta se hubiera emocionado. Su mejor amiga parecía haber encontrado al fin su media naranja y lo manifestaba en todos y cada uno de sus gestos y de sus ademanes, pero esa tarde en la que ella debería de haber compartido la alegría que traslucía, apenas si fue capaz de prestarle atención. Con el rabillo del ojo observaba recelosamente a los presentes, tratando de identificar a los amigos del novio que habían asistido a la fiesta de despedida de solteros de los recién casados.

Ignorante por completo de lo que pasaba por la mente de Valeria, Horacio, a su lado, muy elegante con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata de seda natural, disimulaba su fastidio, ajeno al lugar y a los presentes. Reflexionaba sobre lo pesada que se había puesto Valeria últimamente, rumiando en silencio las duras palabras con las que le había reprochado ella la nula atención que le prestaba. Desde la noche de la fiesta de su amiga Margarita, se empeñaba en referirle una historia absurda de drogas y secuestros, con la que sin duda trataba de encubrir que se sentía culpable por haber bebido demasiado en esa fiesta. Desaprobaba él que frecuentase la compañía de los irresponsables juerguistas con los que se relacionaba la recién casada, que todo lo celebraban empinando el codo, pero le exasperaba todavía más la incipiente paranoia de Valeria. Sin razón aparente, desde esa noche parecía sentirse perseguida. Atrancaba las puertas de la casa antes de acostarse, conectaba la alarma, cerraba a cal y canto todas las ventanas y se sobresaltaba en cuanto, ya en la cama, se oía el crujido del pavimento de tarima del pasillo o de cualquiera de las habitaciones de la casona que había heredado de su abuela y en la que se habían instalado cuando se casaron. Él se había resistido al principio. Las reparaciones que requería aquel caserón sobrepasaban con mucho los ingresos que percibían los dos, pero ahora se alegraba de haber cedido a ese capricho, porque le permitía aislarse por completo de todo lo que le rodeaba, encerrándose en el despacho que se había instalado en la tercera planta.

Y que crujiere la tarima no tenía nada de extraño. Habría crujido siempre, cuando vivía la abuela de Valeria, que había fallecido a los noventa y cinco años y a la que no había llegado a conocer, y también después, por lo que la absurda forma de reaccionar de ella ante esos familiares sonidos carecía de toda justificación.

Había regresado Valeria tarde a casa el sábado anterior y debía de haber ido por la mañana a visitar una cuadra en la que había pasado el día, porque había comido solo él en su leonera tras prepararse en la cocina un enorme bocadillo de queso y lo cierto era que había disfrutado indescriptiblemente de su soledad. Durante el tiempo en el que Valeria había estado fuera, se había repantingado en su despacho, en la buhardilla, sin ruidos, sin el molesto sonido del televisor proveniente de dos plantas más abajo, y sin que nadie interrumpiera sus estudios. Pero al volver ella de esa excursión, había roto el escaso lapso de felicidad del que le había permitido disfrutar. Se había empeñado en contarle una historia interminable y al darse cuenta de que no la estaba

escuchando, se había enfadado, desproporcionadamente en su opinión. Incluso había ido levantando el tono de su voz, insistiendo en que se sentía perseguida, aunque no había llegado a decirle por quién o al menos él no lo había entendido, para terminar recordándole que la boda de Margarita se celebraría el próximo sábado y que estaba obligado a asistir.

Había estado a punto Horacio de gritarle también. No le interesaba la boda, ni Margarita ni el miedo tan irracional que la había acometido de repente, porque cuando la conoció era una chica sensata y segura de sí misma, que no le incordiaba con simplezas. Precisamente lo que le había gustado de ella era que fuese tan independiente y lo único que deseaba era que volviera a ser la que había sido y que le dejara en paz, pero explicárselo le suponía un esfuerzo considerable y se avino a lo que le pedía con tal de no discutir. Había llegado a pensar que quizás conviniera buscar un psiquiatra competente que se ocupara de tratar el trastorno mental que padecía y que esperaba que fuera transitorio.

Ahora contaba los minutos que aún tendrían que transcurrir para que se hiciera la hora de volver a casa. Tendría que padecer antes el martirio de saludar a los conocidos y de charlar con ellos de banalidades que le aburrían profundamente.

Resignadamente se puso en pie cuando terminó la ceremonia y los novios encabezaron la marcha hacia la puerta de la iglesia con la marcha nupcial de Mendelssohn como música de fondo y salió con Valeria al pasillo central que separaba las dos hileras de bancos y en el que ya se aglomeraban desordenadamente los invitados que seguían a los recién casados. Vestía Valeria un traje de color champagne bajo una chaqueta de terciopelo negro y, aunque distraídamente, advirtió él que debía de estar muy bonita, porque atraída todas las miradas.

En el claustro, donde el sol que ya se batía en retirada caldeaba la larga galería porticada, unos camareros ofrecían a los grupos que iban formando en pie los asistentes las copas, las bebidas y los canapés que portaban en unas bandejas. No tardó en reparar Horacio en un hombre de cierta edad, de cabello y barba blanca al que no esperaba encontrar allí. Le había conocido tiempo atrás, cuando aún no era un famoso historiador, y al verle olvidó todas las objeciones que se le habían ido ocurriendo para negarse a acompañar a Valeria a la boda. Al fin había encontrado un interlocutor de altura, por lo que se la dejó, estrujada entre unos desconocidos, para abrirse paso hacia el prestigioso escritor y saludarle.

Valeria ni se dio cuenta. Había aceptado un vaso de limonada que le había entregado un camarero y luchaba por hacerse un hueco entre unos jóvenes que brindaban ruidosamente por los novios, con la intención de apartarse hacia una de las columnas que soportaba la arquería, a través de la cual podía verse el patio con un pozo en su centro. Estaba a punto de alcanzarla, cuando oyó una voz a su espalda.

—Valeria, cuánto me alegro de verte. Qué bien lo pasamos la otra noche, ¿verdad?

Sobresaltada se giró hacia el joven que la había seguido y parpadeó intentando identificarle. Reconoció en él a uno de los amigos de Ricardo que habían participado en la fiesta de aquella noche, pero no consiguió recordar su nombre y su interlocutor se dio cuenta.

—¿No te acuerdas de mí?

—Pues...

—Soy Julián. ¿No te acuerdas de que estuvimos hablando de tu profesión entre risas y bailoteos? Tú me contaste que dabas clase de latín en un colegio de Majadahonda y yo te describí punto por punto la última regata en la que había participado y en la que mi velero y yo quedamos los segundos. ¿Cómo has podido olvidarte tan pronto de mí?

Recorrió Valeria con la mirada la fisonomía de su interlocutor intentando hacer memoria. Andaría por la treintena y era de estatura mediana y algo cargado de hombros. Poseía un rostro

alargado, con una nariz grande y una calva incipiente. Sonreía, encantado de habérsela encontrado entre aquellas apreturas.

—¿Qué? No me digas que me has olvidado en solo unos días— insistió, bromeando—. ¿Me has olvidado?

Se lo preguntaba como si esa noche hubiera sido un acompañante asiduo, que debiera significar algo importante para ella, pero lo cierto era que no conservaba de él más que un recuerdo vago y la sensación de que se había empeñado en referirle algo durante la fiesta que a ella no le interesaba, pero que se había esforzado en escuchar.

—Claro que no te he olvidado— mintió—. Es que hay aquí demasiada gente y estoy un poco aturdida. ¿Cuándo tienes previsto participar en otra competición similar?

Se echó a reír él, pero era obvio que lo que debía considerar un lapsus de Valeria le resultaba incomprendible.

—Me parece que has olvidado también lo que te dije, que tenemos prevista una, Óscar y yo, en el Mar Menor de Murcia, dentro de unos días —le recriminó como si fuese un sesudo profesor que le hiciera notar a su alumna que acababa de decir una tontería—. ¿Tampoco te acuerdas de lo que te comenté sobre el viaje que tenemos proyectado para la primavera? —le preguntó con el ceño fruncido—. Queremos realizar un safari en Kenia. ¿No es fenomenal?

Levantó Valeria los ojos hacia su rostro intentando entresacarle de entre las imágenes borrosas de aquella fiesta y apenas si consiguió desglosar su silueta y sus carcajadas del abigarrado grupo que se apiñaba entre la mesa del comedor y el sofá de la sala de estar de la casa de Ricardo, cuyas estancias estaban separadas tan solo por un arco. Debería recordar con claridad quien era él, pero al rememorarle le veía envuelto en una nebulosa, como al resto de los presentes. Se preguntó si podía haber sido él el que, con un brazo bajo sus hombros, la había ayudado a subirse a un coche, cuando alguien decidió acabar la juerga en un bar de la calle Huertas y los demás le secundaron. Porque esa circunstancia sí la recordaba, aunque no a quién pertenecía el brazo que la sostenía. Podía evocar en cambio la pálida luz de una farola, cuando, al salir del portal, le había dado de lleno en el rostro y la ráfaga de viento que le había revuelto la melena conforme iba cerrando los ojos y se dejaba conducir, vencida por el sueño.

—¿Con quién has venido? —le preguntó a él, con la intención de averiguar quién podía haber sido su pareja aquella noche y de situarle así entre los ruidosos asistentes de esa fiesta.

—Con Vicky, naturalmente, debe de andar por ahí.

Supuso Valeria que la aludida sería su pareja, su mujer o su novia y que había ido con ella a aquella celebración. Se preguntó cuál sería la forma más adecuada de enterarse, pero como no se le ocurrió, inquirió sin más preámbulos:

—¿Estáis casados?

—No, no. Solo salimos, pero sin ningún compromiso. Es estilista y una chica muy divertida, pero de las que no están dispuesta a atarse. La recordarás, ¿verdad?

De Vicky sí se acordaba, porque había mantenido con ella una larga conversación sobre moda y le había parecido una chica insustancial que solo se preocupaba por banalidades y por mantener en forma su figura. No era muy alta, pero estaba bien formada y vestía a la última, aunque su forma de arreglarse le había parecido un tanto extravagante. Poseía un semblante redondeado en el que destacaban sus ojos por lo mucho que los sombrea y sus labios que se pintaba de un color morado oscuro. Aunque no era fea, el calificativo que le cuadraba para describir su aspecto era el de que resultaba rara.

—¿Y tú? —le preguntó Julián.

—¿Yo qué?

—Que con quién has venido tú. Porque tu marido no se deja ver. Me ha dicho Vicky que es un intelectual que solo sale de casa para dar clase en la universidad. ¿Es cierto?

Era absolutamente exacto, pero abrió la boca con la intención de desmentirlo para que no pudiera él forjarse la idea de que estaba casada con un bicho raro. La aparición de la aludida impidió que llegara a contestarle la mentira que estaba hilvanando ya en su mente. Llevaba la recién llegada un vestido rojo de tirantes con una chaquetilla de la misma tela e iba encaramada a unos tacones gigantescos sobre los que caminaba con dificultad. Al ver a Valeria le estampó dos sonoros besos en las mejillas y celebró su presencia como si la conociera de toda la vida y haberla encontrado en la boda fuera lo más agradable que le hubiera podido suceder.

—¡Valeria!, qué alegría. Vamos de fiesta en fiesta, ¿verdad? La despedida de solteros de Margarita y de Ricardo fue sensacional. Lo único malo fue la resaca de la mañana siguiente. ¿Cómo te levantaste tú?

Estuvo tentada de contestarle que se había despertado en un colchón que olía a demonios y en una habitación desconocida, cuya ventana y cuya puerta no guardaban punto de contacto con las que tenía esa misma estancia una semana más tarde, pero como no podía decirle la verdad, esbozó un gesto vago.

—Mal, me levanté mal. El caso es que no recuerdo haber bebido tanto.

Frunció la otra sus pintadísimos labios.

—Es natural que no lo recuerdes. Todos nos excedimos y en el bar al que fuimos después a alguno incluso se le estropeó el estómago con tanto alcohol. Ricardo estuvo vomitando en el aseo del bar y Margarita tuvo que llevarle a su casa conduciendo el coche de él. Lo había aparcado encima de la acera y cuando salieron del bar estaba la grúa a punto de llevárselo.

—¿Y qué hicieron?

—Pagar la multa. La pagó Margarita, que cuando le dejó a él, luego tuvo que irse a su casa en un taxi, pero esa chica se lo toma todo con buen humor y me lo contó a la mañana siguiente riéndose, como si hubiera sido lo más divertido que les hubiera podido ocurrir. Tú la conoces mejor que yo, ¿no?

Rememoró Valeria su infancia, en la que habían ido juntas al colegio, y luego los años de facultad en las que se reunían a estudiar en casa de su amiga y los exámenes, en los que habían compartido los mismos nervios. Entonces era completamente diferente, sensata y estudiosa. ¿Cómo podría haber cambiado tanto después de morir sus padres y heredar una fortuna?

—Sí, claro que sí, la conozco de toda la vida.

—¿Y conoces también de toda la vida a Ricardo?

—No, no, le vi por primera vez en su despedida de soltero.

Habían salido las dos con muchos jóvenes cuando eran estudiantes y Margarita sustituía a un novio por otro, con el que también terminaba al poco tiempo. Ricardo hacía el número cinco, pero desde que se había casado ella, solamente veía a la otra de tarde en tarde. Daba clase Valeria en el colegio todos los días de la semana y en los de fiesta no conseguía hacer salir a Horacio de la casa en la que vivían ambos, pero como no quiso que Vicky supiera lo aburrida que era su vida desde entonces, se limitó a añadir:

—Últimamente veo poco a Margarita. Creo que conoció a Ricardo en un crucero por el Caribe y que empezaron a salir enseguida.

—Pues ella y yo iniciamos nuestra amistad en Egipto —les comentó Julián—. Es una chica tan alegre y tan divertida que intimamos enseguida. En la sala mortuoria del faraón Keops empezamos a charlar y no dejamos de hacerlo hasta que aterrizamos en Madrid quince días más tarde. Y aquí, quedamos un día a tomar algo y me llevé a Vicky y se la presenté.

—Trabajo para una tienda de modas —le explicó ésta interviniendo—. Pero por libre, ¿sabes? Nada de un horario ni de una atadura parecida, qué horror. Diseño los vestidos en un estudio que comparto con otros estilistas en la calle de Serrano y se los llevo cuando me viene bien. A partir de ese día, al que Julián se acaba de referir, empezó ella a frecuentar la tienda y me pedía que le aconsejara yo sobre el modelo que más podía favorecerle. Como es una chica muy abierta también intimamos enseguida.

No era Margarita ni donde se habían conocido el tema sobre el que le interesaba indagar a Valeria, por lo que trató de dirigir la conversación a la noche de la fiesta del sábado anterior.

—¿Y decías que Ricardo se puso malo en aquel bar? —inquirió con aire indiferente, disimulando la ansiedad que sentía por obtener alguna pista sobre quién hubiera podido ser el que la había montado a ella en su coche y la había llevado unos diez kilómetros más allá para encerrarla en una nave en mitad del campo—. Pues tampoco lo recuerdo. Debía de estar muy amonada en esos momentos. ¿Os acordáis de en qué estado me encontraba?

Intercambiaron sus interlocutores una mirada interrogante y Vicky terminó por negar con la cabeza.

—Yo creo que no viniste al bar con nosotros. Me parece que nos dijiste que no te encontrabas bien y que te ibas a tu casa en un taxi.

—¿Y me fui?

—Pues...

—¿Me fui sola?

Lo consideró Vicky con la cabeza ladeada y el entrecejo fruncido.

—Claro que no —repuso al fin—. Ibas dando tropezones. Yo me monté en el coche de alguno, con varios más. No sé quiénes eran, pero recuerdo que estábamos muy apretados. ¿No fuiste tú el que la llevaste a su casa, Julián?

Se había vuelto hacia él y le observaba sonriente con sus ojos ribeteados con un lápiz negro. Julián se apresuró a negarlo.

—Claro que no. Fui al bar en mi coche, con Margarita, contigo y con otros cuantos. o eso creo.

—Pues yo creo que no— protestó Vicky—. Aunque de lo único que estoy segura es de que, al subirme al automóvil del que me llevó, que creo que fue Ricardo, se me engancharon las medias y me hice una carrera todo a lo largo de la pierna. Tiré esas medias a la basura a la mañana siguiente.

Se volvió Valeria hacia Julián para observarle con nuevos ojos. ¿Habría sido él el que la llevara hasta “Las Gavillas”, cargara con ella por la escalera metálica, que parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento, y la depositara sobre el colchón, para encerrarla luego en aquel antro, ¿echándole la llave a una puerta que carecía de cerradura?

Pero si había sido él, ¿por qué se había largado a continuación? Probablemente para volver al bar con los demás y que ninguno de sus amigos pudiera sospechar que la había drogado a ella ni cuáles eran sus propósitos a ese respecto. Porque por lo que les había comentado Simeón a Dan y a ella el sábado anterior, estaba claro que su secuestrador había regresado a la nave unas horas más tarde. Qué sorpresa se habría llevado al darse cuenta de que ella se había escapado por una ventana, aunque al parecer estaba provista de unos sólidos barrotes, a través de los cuales a lo sumo podría pasar un pájaro. ¿Cómo habría reaccionado? ¿Furioso? ¿Sorprendido?

Le imaginó en el umbral de la puerta, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el colchón que aún conservaría el hueco que había dejado ella, preguntándose cómo podría haberse evaporado en el aire. Y, por cierto, ¿qué habría sido de ese colchón?, se preguntó. Porque no estaba ya en esa habitación cuando había vuelto a la nave con Dan. ¿O lo habría imaginado

también y se habría despertado tirada sobre el duro suelo?

Por si hubiera sido Julián su captor y dado que por el mensaje que había recibido en su móvil sabía que tenía previsto repetir el intento, se bebió de un trago la limonada que le quedaba en el vaso y luego lo depositó en la bandeja de un camarero que pasó cerca. Julián siguió su movimiento con la mirada y se ofreció solícito a traerle otra bebida.

—No te molestes, gracias —replicó ella— No quiero nada por el momento.

—Pues entonces os conseguiré a las dos unos canapés. Me he fijado en los que llevaba un camarero en una bandeja y tenían una pinta estupenda.

No sabía Valeria si sería posible inyectarles alguna droga con una jeringuilla o con un instrumento similar y decidió no arriesgarse, por lo que, aunque tenía hambre, intentó denegar su proposición, pero se le adelantó Vicky, que aceptó en el acto.

—Sí, haznos ese favor. Me he tomado ya dos cubas libres con el estómago vacío y estoy empezando a marearme.

—Pues no os mováis de aquí, que enseguida vuelvo —les recomendó Julián.

Desapareció entre la gente, al tiempo que otra pareja se abría paso hacia ellos. La chica era alta, rubia, guapa, y de movimientos cadenciosos. La conocía Valeria de la facultad, ya que había sido compañera de Margarita y de ella en el primer curso, aunque luego la habían dejado atrás cuando ellas lo aprobaron y pasaron al siguiente, mientras que la otra, que se llamaba Mariló, lo repetía. Y también recordaba a su acompañante, a Óscar, porque era un hombre que llamaba la atención por lo atractivo. Alto, rubio y con los ojos azules, parecía extranjero, y creía recordar que aquella noche, durante la fiesta, había dejado a Mariló cotorreando con otras dos en el sofá para traerle una copa a ella y apoyarse a su lado en la pared. La había envuelto en una mirada lánguida al tiempo que iniciaba una larga conversación en la que también se había interesado por su profesión. Ciertamente era muy guapo, pero a Valeria le dio la impresión de que lo sabía y de que lo explotaba.

Se reunieron los dos con ellas y él se ofreció también a traerles unas copas, lo que aprobó Mariló. No necesitó alejarse mucho, porque un camarero pasó cerca en esos momentos y tuvo la oportunidad de cogerle dos vasos al vuelo, que les entregó.

No le pareció a Valeria que hubiera hecho sobre el suyo ningún movimiento sospechoso, pero no se lo llevó a los labios. Con una sonrisa fingida escuchaba a las otras dos que comentaban la fiesta de despedida de los recién casados.

—No imagináis el dolor de cabeza con el que me desperté a la mañana siguiente— se lamentaba Mariló, ahuecándose su melena rubia—. Esos excesos estaban bien para nuestra época de estudiantes, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces y yo ya no me lo puedo permitir. ¿Verdad Valeria que nosotras dos somos ahora unas señoras respetables?

Se echó a reír Vicky al oírla.

—Cualquiera diría al oírte que el matrimonio envejece y que convierte a las mujeres en unos seres aburridos. Sois muy jóvenes aún y como ninguna de las dos tenéis hijos todavía, no necesitáis tener que dar buen ejemplo a nadie.

Dedujo Valeria que Mariló estaba casada con Óscar, lo que no dejó de extrañarle, porque creía recordar que él había ignorado a su mujer durante toda la velada y que en cambio sí había manifestado cierto interés por ella. Lo mismo que Julián, que había pretendido acapararla y que regresaba ya, acalorado, y con dos vasos. Uno se lo entregó a Vicky y el otro se lo quedó él al advertir que otra persona se le había anticipado y que Valeria ya tenía uno en la mano.

—Nos preguntaba Valeria hace un momento a Vicky y a mí que quién la había llevado a ella en el coche al bar en el que terminamos la juerga —les comentó Julián a los recién llegados.

—Y yo le he contestado que tú —afirmó la aludida—. Ya he dicho antes que creo que fuiste tú.

—Pero no fui yo— insistió Julián—. Creo que ella se subió contigo, Mariló, en el de tu marido.

Óscar protestó en el acto.

—Desde luego que no. Tampoco lo recuerdo muy bien, ¿pero no paramos un taxi y nos montamos cuatro o cinco dentro?

Le envolvió Mariló en una mirada desdeñosa.

—Claro que no, fuimos todos en nuestros propios automóviles. En cualquier caso, ¿a quién le importa cómo nos trasladamos de la casa de Ricardo al bar? Lo que importa es que llegamos a las nuestras como unas cubas cuando ya estaba amaneciendo. Nosotros dos dormimos la mona durante todo el domingo y el lunes aún no había conseguido recuperarme yo. ¿Qué hiciste tú, Valeria? —le preguntó dirigiéndose a ella—. ¿Se enfadó tu marido al verte llegar en ese estado?

Notó ella la mirada de Óscar fija en su rostro. La observaba con una atención excesiva y durante una décima de segundo le imaginó entrando apresuradamente en la nave con ella a cuestas, subir la escalera ruinoso con ella al hombro y depositarla luego en el colchón que también había desaparecido. ¿Habría sido él?

Dudó Valeria al escoger la respuesta más adecuada. Al fin inquirió impasible:

—¿En qué estado?

—Pues en el que estabas. Aguantas mal el alcohol y cuando salimos de casa de Ricardo no podías dar un paso. Creo que tuvimos que ayudarte entre los dos.

—¿Y que me introdujisteis en un coche? ¿En el coche de quién?

Se miraron los dos indecisos y terminaron por encogerse de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —protestó Óscar—. No sé ni en cual me subí yo...

Pero su tono le sonó raro, como calculado. Intentaba abrirse paso entre Vicky y su mujer para acercársele e instintivamente dejó su vaso en la bandeja de un camarero que pasó cerca.

—¿Qué te traigo? —le preguntó.

Un griterío que se expandió por el claustro en ese momento la ayudó a manifestar curiosidad y a apartarse de él sin contestarle. Los recién casados acababan de hacer su aparición y todos los presentes intentaban acercárseles para felicitarles. El grupito que ellos formaban se disgregó también al aproximarse a los novios y Valeria consiguió llegar hasta Margarita para estamparle dos besos en las mejillas. Su amiga estaba radiante y la abrazó cariñosamente.

—Nos vamos una semana de viaje a La Habana —le dijo emocionada—. Saldremos mañana temprano.

Le extrañó a ella que hubieran acortado tanto el viaje de novios que tenían proyectado y le preguntó:

—¿Una semana? Creía que habías previsto recorrer toda la isla durante un mes. Tú no trabajas, así que te puedes permitir el lujo de prolongar ese viaje todo lo que te apetezca.

—Yo sí, pero Ricardo no —replicó señalándole a él que recibía los parabienes de unos desconocidos de espaldas a las dos—. Ricardo no puede dejar sus negocios durante mucho tiempo y hemos cancelado la reserva que teníamos para sustituirla por un viajecito de una semana. Durante el mes de agosto nos resarciremos. Quiero conocer la isla Margarita.

—¿Porque se llama igual que tú?

—Claro.

Aunque por la algarabía reinante no podía haber oído Ricardo lo que decía la que ya era su mujer, se volvió hacia las dos y le sonrió a Valeria. La tarde era fresca, pero se dio cuenta Valeria de que le brillaba la frente de sudor y el chaqué parecía quedarle estrecho. Creía recordar ella

que la noche de la fiesta le había dado la impresión de que bebía y de que comía demasiado lo que podía justificar el sobrepeso de que adolecía. Se reía también ruidosamente y algunas veces a destiempo, pero miraba con adoración a Margarita y era ese un motivo más que suficiente para que a ella le hubiese caído bien.

Otro grupo se abrió paso en ese momento hacia los novios y les rodearon alejándolos de Valeria y apartándola de los jóvenes con los que había estado hasta ese momento. Les perdió de vista cuando se la llevaron a ella por delante y se rebulló incómoda entre unas personas a las que no conocía. Le costó librarse de ellas y alcanzar un hueco junto a una columna de la arquería que estaba libre. Allí se empinó sobre sus tacones intentando localizar a Horacio entre la multitud. ¿Dónde se habría metido? Le había pedido que permaneciese a su lado durante toda la velada y que procurase que ninguno de los amigos de Margarita se le acercase demasiado, pero al parecer lo había olvidado.

De improviso sintió una mirada fija en ella, aunque no consiguió averiguar de dónde procedía. Unas señoras de mediana edad cotorreaban cerca. Algo más allá y en el centro de un corro, los recién casados recibían abrazos y parabienes. Los camareros deambulaban de un lado para otro con sus bandejas en alto sorteando a los asistentes y éstos formaban grupos que tan pronto se ensanchaban desmesuradamente como se disgregaban para saludar a otros conocidos. ¿Quién la estaba observando con tanta fijeza?

Paseó sus ojos por el claustro sin dar con el causante del escalofrío que acababa de experimentar y decidió asustada que debía ir en busca de Horacio. ¿Dónde estaría?

Al fin le distinguió. Estaba al fondo de la larga portería porticada charlando animadamente con un señor de cabello y barba blanca, que habría traspasado ya la barrera de los setenta años. Hasta allí no debía llegar el bullicio de los asistentes ni los camareros con sus bandejas. Enfrascados en el tema que comentaban, permanecían ajenos por completo a lo que allí se estaba celebrando. Probablemente les molestaría verse interrumpidos, sobre todo Horacio, pero le dio igual. Sorteando a los invitados que se interponían en su camino, se dirigió hacia ellos, pero antes de que lograra traspasar la especie de muralla humana que le entorpecía el paso y le impedía reunirse con los dos, se sintió retenida por un brazo.

—¡Valeria!

Se volvió con un respingo hacia el joven que la sujetaba. Tendría unos treinta y tantos años, le sacaba a ella unos centímetros de estatura, y poseía una rizada pelambreira pelirroja que formaba una especie de aureola en torno de su cabeza. Aunque aturdida, le reconoció en el acto, porque en el piso de Ricardo se había empeñado en bailar torpemente el charlestón con una chica que le secundaba y que se reía con cada tropezón que daba él. Acabó tirado en el suelo entre carcajada y carcajada y sin poderse levantar. La chica estaba a su lado en ese momento. Era tan alta como él y llevaba un entallado traje verde. Aunque no recordaba el nombre de ninguno de los dos, mantenía grabados en su retina las contorsiones que realizaban sobre la alfombra del salón de Ricardo y... sí. También podía ver, como si se tratase de una foto fija y a la luz azulada de la farola de la calle, los rizos rojizos de él muy próximos a su cabeza, cuando salieron a la calle para dirigirse a aquel bar.

—¡Hola! —les saludó escuetamente, para no tener que pronunciar sus nombres, que en esos momentos ignoraba por completo—. Estoy buscando a mi marido —les dijo, con la intención de continuar hasta el fondo de la galería y reunirse con Horacio.

—¿Y cuál es tu marido? —le preguntó la chica recorriendo con la mirada a los presentes más cercanos—. Tengo entendido que es una especie de genio y me gustaría que nos lo presentaras, ¿verdad, Amadeo? —le preguntó al de los rizos rojizos.

—Desde luego —afirmó él—. Vicky va a celebrar su cumpleaños el próximo sábado y tenemos que convencerle para que se apunte también y para que vaya contigo.

—No creo que lo consigáis —replicó Valeria—. Como habéis dicho, es un estudioso de la época clásica griega y está preparando una tesis sobre la materia, a la vez que una oposición a cátedra y ambos asuntos le ocupan todo su tiempo.

—¡Bah! —protestó la chica con un mohín pícaro—. Si fuera un hombre muy mayor entendería que viviera desligado de toda clase de diversiones, pero tengo entendido que es de nuestra edad. ¿Cuántos años tiene tu marido?

—Treinta y tres. Seis meses más que yo. Los ha cumplido el mes pasado.

—Pues si tiene treinta y tres, lo que necesita es animarse— dedujo ella, optimistamente en opinión de Valeria.

Trató ésta última de imaginar a su marido en una juerga de las características de la del sábado anterior a la que había asistido ella y creyó ver su expresión horrorizada cuando sus contertulios se revolcaron por el suelo, tras un fallido paso del charlestón.

—No le gusta trasnochar, porque madruga mucho —alegó ella, con un nuevo intento de dejarles para reunirse con Horacio y con el barbudo.

—Pero espera un poco y tómate una copa con nosotros— insistió Amadeo que la miraba complacido—. La otra noche te acaparó por completo Óscar y no te dignaste bailar conmigo ni una sola vez.

—¿De veras? —se extrañó Valeria que solo recordaba y muy borrosamente la mirada lánguida de los ojos azules del aludido.

—Y tan de veras —corroboró rencorosamente él— No sé si Mariló llegó a molestarse cuando al salir del piso, la montó a ella en el coche de Julián y se ofreció a llevarte a ti a “La pianola”.

Al oírle, experimentó ella la sensación de que los pies se le habían clavados en el suelo y que los latidos del corazón incrementaban su marcha.

—¿Se ofreció Óscar a llevarme a “La pianola”? He estado con ellos hace un ratito y ha dicho que él había ido en un taxi con Mariló, porque estaba tan borracho que no se había atrevido a conducir su coche.

Se echó a reír Amadeo como si acabara de escuchar una cosa muy graciosa.

—¿Has oído, Merche? Lo que inventa Óscar para que Mariló no se dé cuenta de que pretende ligar con otra. Aunque hay que reconocer que las mujeres se le dan de miedo y que ella no se suele enterar.

Se reía también la aludida.

—Bueno, hay que reconocer que el chico es muy guapo. Con esos ojos tan azules y ese pelo tan rubio. Y sí que estaba muy borracho —admitió tras reflexionar durante unos segundos con el ceño fruncido. Luego se volvió hacia Valeria para preguntarle—: ¿Y por qué no fuiste a “La pianola”? Terminamos allí la fiesta y lo pasamos de miedo.

—¿Te diste cuenta de que no fui con vosotros hasta ese bar? —le preguntó Valeria, que en ese momento se había olvidado por completo de Horacio y de su propósito de no apartarse de él por miedo al autor de la mirada que había sentido poco antes y que no había llegado a localizar.

—Sí, claro. Alguien dijo que no te encontrabas bien y que te habías ido a tu casa en un taxi.

—¿Y quién lo dijo? —inquirió ella ansiosamente—. ¿Fue Óscar?

—¿Óscar? Pues no lo sé —reconoció dubitativamente— Estaba tan borracho que no se tenía en pie.

—¿Quién fue entonces el que me llevó a mi casa? —insistió ella empezando a impacientarse.

Intercambiaron los dos una mirada interrogante.

—¿No fuiste tú, Amadeo?

—¿Yo?, no, claro que no. Yo diría que fue Ricardo.

—Qué tontería —refunfuñó Merche—. En el coche de Ricardo se montaron Margarita y unos cuantos más. Aparcó luego su trasto encima de la acera y le pusieron una multa. ¿Es que no te acuerdas?

Negó él con la cabeza, agitando sus pelirrojos rizos.

—Pues no, no me acuerdo, pero eso da lo mismo, porque veo que ya estás estupendamente —le comentó a Valeria—. Se te pasó ya la moña que cogiste, ¿no?

La interrumpió Merche antes de que pudiera contestarle.

—Llegué a pensar que te ibas a acostar a dormir sobre la alfombra del salón de Ricardo. En nuestra boda, si llegamos a casarnos, procura ser más comedida —le aconsejó riéndose.

—¿Es que os vais a casar pronto? —le preguntó Valeria, que no había llegado a saber si eran un matrimonio, novios o solamente amigos.

—No, que va, por el momento estamos muy bien viviendo juntos y no nos planteamos pasar por la vicaría ni por el juzgado —repuso Amadeo, sin advertir que Merche torcía el gesto.

—Claro, claro— dijo Valeria, lamentando que se hubieran desviado del tema que le interesaba. Sin que llegara a intervenir para recuperarlo, lo hizo Merche por ella.

—Juan y Carmen no han podido venir a la boda, porque él sigue estando malo —le comentó.

—¿Sí?, ¿qué es lo que la pasa? ¿Un catarro?

—No, que va, un pedrusco en el riñón. Cría pedruscos de cuando en cuando y se queda doblado por la mitad hasta que los expulsa. No sé si recordarás que el sábado pasado no bailó ni bebió ni se levantó de la butaca, porque ya los estaba incubando. Cuando nos levantamos para marcharnos a “La pianola” nos dijo adiós y se marchó a su casa. Amadeo se ofreció a llevarle, pero Juan había ido al piso de Ricardo en su coche y no podía dejarlo toda la noche en el aparcamiento subterráneo, porque cuesta un ojo de la cara. Así que hizo de tripas corazón y se fue conduciéndolo él. Carmen estaba muy animada y se vino con nosotros.

Hizo un esfuerzo Valeria por tratar de deslindar a los aludidos del conjunto de los asistentes de aquella noche y aunque muy borrosamente creyó recordar a un joven que no se levantó del sillón en el que estaba sentado durante toda la velada y que la miraba a ella fijamente con aire doliente. Era muy moreno, con el pelo negro y rizado y los ojos negros como dos tiznones. Podía pasar por marroquí, aunque había nacido en Madrid.

—¿Te acuerdas de ellos? —le preguntó Merche.

—Sí, creo que sí. Él parece árabe y ella...

—Carmen es profesora de piano —la interrumpió la otra—. Ha hablado Amadeo con Juan antes de venir y le ha dicho que se iba a tomar un analgésico y que si se le pasaba el dolor vendrían a la boda, pero no ha debido de mejorar porque no les he visto.

—¿Están casados? —se interesó Valeria.

—No, pero hace años que son pareja de hecho. Puede que se animen también, como nosotros, a formalizar la relación.

Había buscado Merche los ojos de Amadeo al decirlo, pero él se hizo el desentendido. Al notar lo intentó disimular Valeria una sonrisa socarrona, pero se le quedó congelada en los labios al sentir en su espalda la misma mirada que antes la había sobresaltado. Le pareció tan tangible como si un rayo se la hubiera traspasado y giró la cabeza buscando entre la multitud a su autor. Nadie la observaba o eso le pareció. Hablaban los unos con los otros y cambiaban constantemente de interlocutores con una copa en la mano.

Debió de notar Amadeo lo mucho que había empalidecido, porque le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué?

—Porque me ha parecido... —. No terminó la frase. Había desviado los ojos hacia lo lejos al ver por encima del hombro de Valeria algo que había despertado su interés y luego se lo señaló a su pareja—: Mira Merche, están allí. Han venido Juan y Carmen— Incluyó seguidamente a las dos en lo que iba a proponerles—: Vamos a saludarles y así recordarás quienes son, Valeria. Nos preguntabas antes que quién había sido el que te llevó el sábado a tu casa y... sí, creo que fue Juan.

Sintió ella que le flojeaban las piernas, pero hizo un esfuerzo por mantenerse sobre sus altos tacones y negarse.

—No, no. Tengo que ir a buscar a Horacio. Hasta luego.

—Pero...

Dejó a Amadeo con la palabra en la boca y se abrió paso entre los invitados para echar a andar apresuradamente hacia el fondo de la galería, donde Horacio la acogió con escaso interés.

—Vámonos a casa —le dijo por lo bajo.

Se empeñó él en presentarle al barbudo que debía de estar agotado tras haber mantenido una conversación tan larga y tan sesuda con el otro durante toda la tarde, porque aprovechó la oportunidad para escabullirse.

—Perdonadme, pero tengo que ir a buscar a mi mujer. No sé dónde se ha metido—les dijo.

Se marchó a toda prisa, quizás temiendo que Horacio le retuviera y éste le dirigió a ella una mirada de reconvención.

—Podías haber sido más amable con el profesor. Lo estábamos pasando tan bien...

No se dio Valeria por aludida, aunque le había dado a entender claramente él que había interrumpido una interesante conversación disolviendo la reunión que mantenía con el barbudo. Lo único que deseaba era marcharse cuanto antes, llegar a su casa, encerrarse dentro y sentirse a salvo.

Consiguió despedirse de Margarita y de Ricardo y ya en el taxi que tomaron para regresar a su casa respiró más aliviada. No obstante, en cuanto entró en el caserón, echó la llave a la puerta de la entrada principal y a la de la cocina y conectó la alarma sin que Horacio se percatara. Parecía abstraído cuando subieron a su dormitorio a cambiarse de ropa. Se estaba poniendo el chándal con el que acostumbraba a vestir en casa, cuando le preguntó:

—¿Has tomado algo en la boda? He estado tan entretenido con el profesor que se me han pasado las horas sin darme cuenta y noto ahora que tengo hambre. Me gustaría cenar algo antes de subir a mi despacho a preparar la clase del lunes.

Tampoco había probado Valeria los canapés, aunque por distinto motivo. Aún creía sentir en la espalda aquella mirada que parecía taladrarle las costillas y que creía poder atribuírsela a Juan, el amigo de Ricardo y de Margarita que tenía aspecto de ser oriundo del Magreb. ¿Cómo habría podido echarle la pastilla en la copa de cava si no se había levantado en toda la noche de la butaca en la que estaba sentado?

—Pero hoy es sábado— objetó ella, mientras se preguntaba si debería comentarle a Horacio sus sospechas— Puedes dejarlo para otro momento. ¿No te gustaría que nos sentáramos un ratito en el salón? —le sugirió pensando que podía ser el momento propicio.

Desde la puerta del dormitorio, volvió hacia Valeria la cabeza, escandalizado de que le propusiera algo, a su modo de ver tan absurdo, como departir unos minutos con ella, en lugar de aprovecharlos para enfrascarse en sus libros y en sus papeles.

—¿Pero no comprendes que he perdido todo el día con la boda de Margarita? —se lamentó—.

Tengo que recuperar al menos los minutos que me quedan antes de que nos vayamos a dormir para hacer algo útil y es lo que voy a hacer. Tú puedes ver la televisión, pero, por favor, baja al mínimo el volumen. No soporto el ruido.

Con un desalentado suspiro se dirigió Valeria a la cocina. Horacio había bajado al comedor y estaba sentado a la mesa leyendo un grueso volumen, cuando ella se presentó allí poco después portando una bandeja en la que llevaba una ensalada, unas tortillas y fruta. Ni tan siquiera levantó él la cabeza del libro mientras cenaban. Se tomó en silencio todo lo que ella le sirvió, devorando las páginas, y en cuanto terminó, cogió el libro con las dos manos, dado que debía de pesar lo suyo, y se encaminó escaleras arriba, hacia la tercera planta donde se hallaba su despacho.

Se quedó Valeria sentada a la mesa diciéndose que debía de recoger los platos y llevarlos a la cocina, pero no se sintió con ánimos. Se notaba como desmadejada, sin ganas de nada. A través de los cristales de la ventana se filtraba la oscuridad de la noche por lo que apenas si podía distinguir el jardín que rodeaba la casa, descuidado y lóbrego. La abuela la habría recriminado de estar viva por mantenerlo así y ella misma se había repetido a menudo que debería devolverle el aspecto de antaño, en el que el terreno plantado de césped relucía de verdor y los rosales y los geranios de los arriates estaban cubiertos de flores, pero su abuela tenía un jardinero que se ocupaba de cortar la hierba una vez a la semana, de arrancar las malas hierbas y de regar las plantas y ellos no podían permitirse ese gasto.

Ni tan siquiera habían podido aún, con los ingresos de que disponían, acometer el cambio de decoración de la casa para adecuarla al presente. Por esa circunstancia, en la estancia en la que se encontraba, de muebles pesados y oscuros, que parecía haber sido diseñada para comedor de unos encopetados señores con rizados bigotes y de unas damas encorsetadas, la imagen de una chica joven, con pantalones vaqueros y un amplio jersey que le llegaba hasta media pierna, resultaba incongruente y ponía una nota discordante en un escenario que correspondía claramente a otro siglo.

Hasta la fecha, habían tenido que limitarse a actualizar su dormitorio y habían instalado la cama en la que dormían en la habitación que había ocupado ella cuando era estudiante. El de la abuela, con su colcha y sus cortinajes morados, permanecía cerrado, lo mismo que las restantes alcobas de la casa. Conservaba ésta, por tanto, el aspecto trasnochado e incómodo que había sabido imprimirle su anterior propietaria, con sus techos demasiado altos, sus visillos de encaje y ese ambiente rezumante de nostalgia que caracterizaba la decoración imperante en la época en la que había vivido aquélla.

Con un esfuerzo ímprobo se puso en pie, recogió la cena llevándola a la cocina y después se dirigió al salón con la intención de ver un rato la televisión. Acababa de sentarse en el sofá, cuando sonó la musiquilla que anunciaba la recepción de un mensaje en el móvil que llevaba en el bolsillo y sin fijarse en que se lo enviaban desde el aparato que le habían robado aquella noche, lo abrió. Contenía solamente tres líneas que leyó con los ojos desmesuradamente abiertos.

“Estabas preciosa esta tarde. La otra noche me puse malo y por esa razón tuve que marcharme y dejarte sola, pero la próxima vez será distinto”.

—CAPÍTULO VIII—

Había pedido cita con Noelia a la secretaria y en cuanto salió del colegio esa tarde y dejó el coche en el garaje de su casa, tomó el Metro y se presentó en el bufete, donde la recibió la abogada poco después. Estaba impaciente Valeria por informarla de las novedades que se habían producido en las últimas horas y no perdió ni un segundo en divagaciones. Mientras tomaba asiento frente a ella, se apresuró a comentárselas.

—Tengo que contarte muchas cosas y espero poder disipar tus dudas sobre lo que me sucedió.

Enarcó Noelia interrogativamente las cejas, sin que su semblante denotase si efectivamente las sentía o había sido una apreciación de Valeria que no obedecía a ninguna causa real.

—¿Mis dudas?

—Sí y comprendo que las conclusiones de la policía tras su investigación se presten a que hayas pensado que me había inventado lo que me ocurrió aquella noche, pero todo tiene explicación. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio —le aconsejó la otra riéndose—. ¿Qué has averiguado?

Se retrepó Valeria en la butaca antes de comenzar a explayarse.

—Verás. Creo haber averiguado quién fue el tipo que me llevó a esa nave. Asistí el sábado a la boda de Margarita y...

—¿Quién es Margarita? —la interrumpió la otra.

—Es una amiga de toda la vida. La que con su novio nos invitó a la fiesta de despedida de solteros, ¿recuerdas?

—Sí, sí, sigue. -

—Pues a la boda de Margarita y de Ricardo estaban invitados todos los que participaron en esa fiesta. Ninguno recordaba con claridad quién me había llevado en su coche cuando salimos del piso de Ricardo para continuar la fiesta en un bar que se llama “La pianola”, pero poco antes de que hiciera intención de despedirme de los novios para marcharme a mi casa, me encontré con una pareja que fue la que me dio una pista sobre la identidad de ese chico.

—¿Y quién fue?

—Creo que uno que se llama Juan. No bailó en toda la noche ni se levantó de la butaca en la que estaba sentado, porque estaba hecho polvo a consecuencia de un cálculo en el riñón. Había comenzado a notar los síntomas un par de días antes, pero para no perderse la fiesta se tomó un analgésico, que al parecer no le hizo demasiado efecto. El caso es que, cuando decidieron los demás cambiar de escenario para seguir haciendo el loco, bajó con todos a la calle, pero una vez allí les dijo, o nos dijo, porque no lo recuerdo, que se marchaba a su casa, ya que no se encontraba bien.

—Sí, ¿y qué?

—Que, por lo que he oído, se ofreció a llevarme antes a la mía.

Pestañeó Noelia interesada y apuntó lo que consideró que habría sido una consecuencia de lo anterior.

—Ya. Y entonces, como te había drogado, te dormiste como un ceporro dentro del coche, te llevó a “Las Gavillas”, te tumbó en el colchón y se marchó a su casa— Se interrumpió al perder el hilo lógico de la narración e inquirió—: ¿Y por qué se fue a su casa?

—Es obvio que porque no se tenía derecho por el dolor que le producía el pedrusco del riñón. Además, me lo ha explicado así.

Se enderezó Noelia en la butaca por la sorpresa y se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—¿Lo ha reconocido? ¿Ha reconocido haber sido el autor de tu secuestro?

Vaciló Valeria, pero terminó por decidirse a puntualizar con mayor exactitud la secuencia de los hechos.

—No, no exactamente. Digamos que me lo ha dicho, aunque sin aclararme su identidad, en el mensaje que me ha enviado a mi móvil utilizando como emisor el que me robó.

—¿En un mensaje?

—Sí, en un WhatsApp.

Alargó Noelia hacia ella su mano.

—A ver. Déjame el móvil.

—No, no— se defendió ella—. Ya sé por qué no queda constancia en el mío de esos mensajes que me envía. Utiliza al parecer una aplicación que los autodestruye en el plazo de los pocos segundos, tal y como él lo programa. Me he comprado una máquina de fotos pequeña, que llevo en el bolso, para fotografiar la pantalla antes de que transcurra ese lapso de tiempo y desaparezca el mensaje, pero el sábado me cogió de improviso. Acabábamos Horacio y yo de regresar de la fiesta y estábamos muy cansados. Me había sentado en el salón para ver un ratito la televisión en el salón y él había subido a su despacho. Es que mi casa tiene tres plantas —le aclaró—. Me la legó mi abuela y es un edificio de finales del siglo diecinueve que necesita muchas reformas. De momento, Horacio y yo vamos arreglando lo más imprescindible.

—Bueno, sí —la apremió Noelia, a quien le impacientaban las divagaciones—. Pero me estabas contando que te había mandado un WhatsApp ese tal Juan.

—Sí, ya te he dicho que iba a poner en marcha la televisión, cuando sonó mi móvil. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón y como una automática, sin acordarme de la máquina de fotos, lo abrí y leí el mensaje.

—¿Y que te decía?

—Que esa noche, la de la fiesta, se había puesto malo y había tenido que marcharse dejándome sola, pero que la próxima vez sería diferente.

Se enrolló Noelia en un dedo el rizo que le caía sobre la frente como si el gesto le ayudara a aclarar su mente y murmuró como para sí misma:

—O sea, que piensa repetir su hazaña.

—Sí, eso parece. Por eso he venido a verte. Para que hagamos algo.

Desvió Noelia la mirada hacia un punto indefinido, para terminar clavándola en la librería de nogal que cubría la pared de enfrente y en los lomos de los Aranzadis, ordenadamente dispuestos en sus baldas, que comprendían la normativa vigente y la jurisprudencia del Tribunal Supremo. Ya le gustaría encontrar en sus páginas la solución a la cuestión que le estaba planteando la muchacha que tenía enfrente, pensó. La policía había archivado el caso y aunque ella fuera a repetirle al comisario lo que Valeria acababa de contarle no la creería, ya que en su denuncia había reseñado unos hechos que se contradecían con los que los agentes habían constatado.

Estudiaba esperanzada Valeria su expresión e insistió:

—¿Qué te parece que debemos hacer? ¿Solicitar una Orden de Alejamiento?

—¿De ese chico que se llama Juan, respecto de ti?

—Sí.

Esbozó Noelia un ademán negativo.

—¿En base a qué? Lo que me has contado no son más que conjeturas. Ese chico no te ha

agredido ni te ha amenazado. ¿Estás segura además de que fue al coche de él al que te subiste al dejar el piso en el que se celebraba la juerga?

Lo consideró Valeria con el ceño fruncido.

—No, claro que no estoy segura, porque no recuerdo nada. Es lo que me ha dicho Amadeo, que es un tipo pelirrojo con la cabeza llena de rizos. Tampoco estaba seguro de eso ni de nada, porque había bebido mucho. Ni tampoco los demás. Ninguno con los que he hablado sabe con seguridad con quién me fui yo. Algunos ni tan siquiera se dieron cuenta de que no había llegado con los otros a “La pianola”.

—¿Qué es eso de “La pianola”?

—El nombre del bar de la calle Huertas en el que remataron la juerga. Estaban tan borrachos que tampoco recuerdan nada con claridad.

—Ya—murmuró escuetamente Noelia.

La observó Valeria preocupada e insistió:

—¿No me crees?

—Yo sí, pero lo que hace falta es que te crea la policía y el juez, no yo. ¿Y ese Juan quién es?

—Es un chico de una edad similar a la nuestra, muy moreno, con el pelo rizado y los ojos muy negros. Parece moro, pero no lo es. Es español. Noté que me miraba fijamente esa noche, pero en ningún momento llegamos a hablar ni mucho menos a bailar. Ya te he dicho que estuvo toda la noche arrellanado en una butaca con expresión doliente y un vaso en la mano.

—¿Que contenía una bebida alcohólica?

—No. Fue el único que no bebió. Contenía agua y un analgésico efervescente que se tomaba a sorbitos y que no le produjo ningún efecto.

—¿No se levantó en ningún momento del sillón?

—No. Yo llegué la última y ya estaba él repantingado en su asiento. Incluso se disculpó conmigo por no levantarse a saludarme.

—¿Y tampoco se te acercó en toda la noche?

—No, me miraba fijamente cuando estaba yo hablando con Óscar, que es un tipo alto y rubio, con los ojos azules. Es muy guapo y lo sabe. Está casado con una chica que fue compañera de Margarita y mía en el primer curso y que se llama Mariló. Es alta, rubia y llamativa. Forman una pareja muy decorativa.

Empezó a tablear Noelia sobre la mesa con un bolígrafo que tenía en la mesa como si estuviera atando cabos. Luego clavó sus ojos en ella para preguntarle:

—¿Y cuándo brindasteis por los novios tampoco se levantó?

—No, tampoco. Levantó el vaso del analgésico y les deseó que fueran muy felices. Eso fue todo.

—Pero en ese caso no pudo echarte la pastilla en la copa, porque no tuvo esa oportunidad—objetó Noelia— ¿No lo comprendes?

Lo consideró Valeria, cerrando los ojos para concentrarse mejor. En el instante del brindis todavía estaba lúcida, por lo que podía reproducir en su mente el momento en el que todos los asistentes rodearon la mesa del comedor, donde había colocado Margarita una tarta que iba a cortar con un cuchillo enorme. Ricardo había descorchado una botella de cava y fue llenando las copas de todos los presentes. Ella tenía a su izquierda a Julián, el navegante regatista, y a su derecha a Óscar, el de los ojos azules y la mirada lánguida, pero Juan seguía sentado en su butaca del salón a algunos metros de distancia.

La conclusión a que había llegado la desmoralizó y abrió los ojos para contestarle a Noelia:

—Tienes razón. No se me acercó en ningún momento. Fue Ricardo el que nos llenó las copas y

estábamos rodeando la mesa todos los demás, incluyendo a Carmen, que es la pareja de Juan, pero él siguió sentado y tampoco se movió después, cuando Amadeo y Merche se empeñaron en hacer el ganso y en bailar un charlestón. Acabaron tirados sobre la alfombra.

—¿Y solamente bebiste esa copa de cava?

—Sí, nada más. El alcohol no me sienta bien, pero me pareció que hubiera sido una descortesía no brindar por los novios, por lo que acepté la copa de cava y la levanté en alto, igual que los demás.

—Y luego te la bebiste.

—Sí.

—Me temo que en ese caso vamos a tener que descartar a Juan —concluyó Noelia pensativa—. A no ser, claro está, que se hubiera compinchado con otro.

—¿Y para qué habría de haber hecho eso? —le preguntó Valeria desconcertada.

—Pues... no lo sé. Para gastarte una broma... para ganar una apuesta... Qué sé yo. ¿Qué opinión tienen esos jóvenes de ti?

Se encogió vagamente Valeria de hombros.

—No lo sé. Mariló me debe de considerar una empollona, porque fuimos compañeras en el primer curso de la facultad y Margarita y yo la dejamos atrás, pero a los demás no les conocía. Me dio la impresión de que ellos me encontraban atractiva, pero es posible que esté equivocada y que tengas razón. Horacio opina que nos consideran a los dos unos pedantes, aunque yo he procurado no referirme al tema de mi licenciatura en las dos ocasiones en las que he coincidido con ellas y hablar de trapos y de moda. A ellos tampoco les conocía. Pertenecen al gremio de personas a las que se les han concedido todos los caprichos antes de desearlos y que lo único que saben hacer es divertirse. Ninguno trabaja. Viajan, asisten a fiestas y uno participa en competiciones de vela. Van todos de juerga en juerga.

—¿Tampoco trabaja el marido de tu amiga?

—¿Ricardo? Creo que sí, que dirige una empresa de su padre, pero no estoy muy segura.

—Ya.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Valeria al verla enrollarse en un dedo el rizo que le caía sobre la frente—. Noto que se te acaba de ocurrir algo.

—No lo creas. Sigo sin tener las ideas muy claras. Es que acabo de recordar una cosa que me comentó el comisario cuando fui a verle para que me informara del resultado de la investigación.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Que hace cosa de un año tuvieron que abrir una investigación en la misma zona en la que está enclavado el granero, porque desapareció una chica de la noche a la mañana.

—¿Y la encontraron?

—No, pero si hallaron restos orgánicos de ella en la habitación en la que estuviste encerrada.

—¿Solo de ella?

—Sí, había vomitado, pero ahí perdieron su pista. Me preguntó el comisario por tu aspecto físico por si pudiera tratarse de un psicópata que se sintiera atraído por un determinado aspecto de mujeres jóvenes y las persiguiera.

—¿Para qué? —inquirió Valeria casi sin voz.

—Eso no lo sé. Cuando den con ella... En un primer momento pensó el comisario que el tuyo podría ser un caso similar.

La había escuchado Valeria con sus ojos ambarinos muy abiertos.

—¿Y se parecía a mí esa chica?

—No. Me dijo que era menudita, introvertida y tímida, con el pelo y los ojos muy oscuros. O

sea, todo lo contrario que tú.

—Bueno, sí —admitió Valeria—. Tiro más bien a alta que a baja y no soy menudita ni especialmente tímida.

—No eres tímida en absoluto —la corrigió Noelia—. Vas pisando fuerte como si te encontraras siempre en terreno conquistado.

—¿Tú crees? —se sorprendió la otra.

—Desde luego, salta a la vista.

Se quedaron las dos calladas, barajando en su mente lo que pudiera haber de común en el caso al que Noelia se acababa de referir y el de Valeria. Fue ésta la primera en presentar una objeción.

—Supongo que el comisario pensó que yo era la segunda muchacha que secuestraba ese tipo, puesto que el lugar en el que nos había encerrado a las dos había sido el mismo, pero hay una diferencia sustancial entre ambos casos. Esa chica vivía por las inmediaciones de “Las Gavillas” y no debió de resultarle difícil al psicópata asaltarla por las cercanías y llevarla al granero para encerrarla en la habitación de su planta superior. A mí, en cambio me llevó allí uno de los amigos de Margarita.

—Que conocía la existencia de ese granero, porque se dirigió sin dudarle a ese lugar.

—O sea, que tú crees...

—No creo nada, porque no lo sé, pero cabe en lo posible que Juan te llevara a “Las Gavillas”, te bajara del coche, el pedrusco del riñón le atizara un retortijón que le dejara doblado y le impidiera dar un paso más y volviera renqueando a Madrid para que le atendieran en un hospital.

—Y que se hubiera olvidado de mí, me dejara tirada en la nave o por las cercanías y que el psicópata me encontrara y me subiera por la escalera a la habitación de arriba para dejarme encerrada —terminó Valeria por ella. Se retiró mecánicamente la melena del rostro y se preguntó a sí misma—: ¿Pero por qué entonces no me hizo nada?

Se encogió Noelia de hombros.

—No lo sé. ¿Qué clase de persona es ese Juan?

—Tampoco lo sé yo —reconoció—. Me parecieron todos unos alocados y unos gamberros, capaces de hacer cualquier estupidez con una copa de más encima, pero el que me subió a su coche cuando salimos de la casa de Ricardo era consciente de lo que hacía, porque en caso contrario no me habría amenazado con repetirlo, ya sobrio. ¿Qué podríamos hacer?

—Podríamos contratar a un guardaespaldas para que se convirtiera en tu sombra— sugirió Noelia— pero son bastante caros.

—Y Horacio pondría el grito en el cielo, porque está convencido de que son manías mías y que además soy una despilfarradora— objetó Valeria—. ¿Qué otra cosa se te ocurre?

—También podría llamar a un detective para que les siga la pista a todos ellos y averigüe sus antecedentes —le propuso la otra—. ¿Qué te parece?

Se apresuró Valeria a aceptar.

—Bien. Preferiría la protección de la policía, pero si no es posible, porque no se van a creer mis “conjeturas”, optaremos por el detective.

Había recalcado la palabra con evidente sarcasmo y Noelia se sintió obligada a dulcificarle su significado.

—Tienes que comprender, Valeria, que la policía se basa en hechos objetivos y la descripción que le diste del lugar en el que te encerraron no concuerda con lo que comprobaron con sus propios ojos, ya que en su atestado consta que la puerta de la habitación no tiene cerradura y que la ventana está provista de unos barrotes muy sólidos. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí y de eso quería hablarte también. Volví la semana pasada a “Las Gavillas” con

Dan.

—¿Y quién es Dan? ¿Tu marido?

—No, mi marido se llama Horacio y ya te he dicho que está convencido de que estoy chiflada, porque no escucha nada de lo que le digo y mucho menos cuando le pido ayuda. Dan Anaya es el tipo que me recogió de la cuneta aquella madrugada. Le pedí que me llevara a “Las Gavillas”, porque no me atrevía a volver sola y porque además no hubiera encontrado el lugar donde está esa nave. Afortunadamente la conocía él, porque es copropietario junto con un hermano de una finca colindante. Aunque soy una desconocida para él, tuvo el detalle de aceptar y de llevarme.

Se inclinó Noelia hacia ella, interesada.

—¿Y qué encontraste en la nave? ¿Tiene razón la policía en lo que se refiere a la cerradura de la puerta y a los barrotes de la ventana?

Meneó afirmativamente la cabeza Valeria y con ella su bonita melena castaña, que osciló a su compás.

—Sí. Aunque no consiga explicármelo, la puerta no es como la recordaba. Pende de sus goznes como si le quedara grande al quicio y no fuera posible encajarla en él y la de aquella noche... La de aquella noche era una puerta como todas. De madera tosca, pero muy sólida y con un agujero a la altura de una mirilla.

—¿Y tenía un agujero la que has visto esta última vez?

—No.

—Ya— musitó Noelia.

—El hermano de Dan, que se llama Simeón cría caballos— siguió explicándole Valeria— y Dan fue tan amable que me enseñó las cuadras para que viera a un potrito que había nacido la semana anterior, precisamente la noche en la que me encerraron en esa habitación en la que no se puede encerrar a nadie, porque además de que la puerta no tiene cerradura, la hoja no encaja en el quicio.

Frunció el ceño Noelia nada más oírlo y permaneció durante unos segundos como en suspenso. Luego dio un ligero respingo en su butaca al caer en la cuenta de algo que no se le había ocurrido anteriormente.

—¿Y si no fuera la misma puerta, Valeria? —le preguntó como si estuviera recapacitando en voz alta y se lo estuviera explicando a sí misma—. Es posible que el que te llevó allí la haya cambiado después. Eso explicaría que no se pueda ensamblar en el quicio a la actual y que cuelgue sobre sus goznes como si estuviera a punto de derrumbarse.

La había escuchado Valeria con sus ojos ambarinos muy abiertos y expresión de desconcierto.

—Claro— murmuró en un susurro—. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí. Ese tipo la cambió para que cuando fuera la policía a investigar lo que había denunciado yo, archivara el caso, ya que no coincidía el escenario con ninguno de los hechos que yo había declarado. No cabe recluir a una persona en una habitación cuya puerta no se puede cerrar. ¿Pero y los barrotes de la ventana? —le preguntó a la otra—. Puedo asegurarte que no existían cuando me desperté esa madrugada y que me escapé descolgándome por la tubería de la fachada.

—La reja la ha podido instalar después —repuso Noelia—. ¿Te fijaste en si el marco de la ventana estaba húmedo?

Se lo preguntó a sí misma Valeria. Le pareció volver a ver a la macilenta luz del amanecer los goterones de la fachada y lo embarrado que estaba el terreno cuando se cayó de espaldas en ropa interior al desprenderse la cañería de la fachada al descolgarse por ella.

—No me fijé. Supongo que la policía sí lo haría, pero había llovido mucho los días anteriores, por lo que todo el edificio rezumaba humedad.

Se quedó pensativa, como si estuviera luchando por reproducir en su mente la imagen del edificio. Debió de llegar a una conclusión a los pocos segundos, porque fue lo que tardó en levantar la mirada hacia ella.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a llamar a Dan otra vez y a pedirle que me vuelva a acompañar a “Las Gavillas”. No creo que le moleste, porque va a menudo a visitar a su hermano y a ver los caballos que crían en la finca. Revolveré la nave de arriba abajo y encontraré la puerta que sustituyó ese desaprensivo descerebrado por la actual y la fotografiaré. Examinaré también el marco de la ventana. No sé cómo no se me ocurrió, pero tienen que quedar huellas de que los barrotes se han recibido recientemente en la pared.

—¿Y qué sabes de ese tal Dan? —le preguntó desconfiadamente Noelia.

—Que fue el que me ayudó esa madrugada —replicó rápidamente Valeria—. Apareció con su coche como caído del cielo cuando me estaba congelando en la cuneta, me recogió, me llevó a una comisaría, luego a un hospital y después a mi casa.

—Pero no le conoces de nada —apuntó Noelia con una voz que traslucía claramente el recelo que sentía.

—No, no le conocía antes, pero no tengo ningún motivo para sospechar de él. Yo diría que es una de esas almas caritativas, que siempre están dispuestas a ayudar al prójimo y que abundan muy poco. Es biólogo y trabaja en un laboratorio, pero parece encontrarse en su elemento en mitad del campo. Además, es alto y fornido, por lo que le considero capaz de enfrentarse con cualquiera de los que asistieron a la fiesta de Margarita si nos los encontráramos, porque hubiera vuelto al granero a preparar el escenario para la próxima vez. Aunque si la policía cree que hay un psicópata suelto por ese paraje...

Se apartó la melena del rostro con un gesto maquinal y luego se acodó pensativa en los brazos de la butaca como si hubiera recordado algo que la intranquilizase. Al fin se decidió a comunicárselo a Noelia.

—En cambio, su hermano me produjo una impresión muy distinta. Físicamente se parece mucho a Dan, aunque es más bajo y mucho más corpulento. Tiene unas cejas muy espesas y unos ojos oscuros y hundidos, con los que te mira de una forma muy especial, como si le desagradaras profundamente. No sé si me entiendes.

—Por supuesto que sí. ¿Te dijo alguna grosería?

—No. Dan me había hablado sobre él y me había dicho que sigue soltero y que rehúye a las mujeres desde que una novia le dejó hace cosa de un año. Desde entonces lleva una vida de ermitaño, en mitad del campo y con la única compañía de los caballos. Por fortuna, y gracias a que aquella noche nació el potro, fue por lo que Dan me encontró de madrugada en la cuneta de aquel camino vecinal. Él vive en Madrid y regresaba a su casa poco después del parto de la yegua. Debimos cruzarnos con el tipo que me secuestró, porque Simeón oyó el motor de un coche que se dirigía a “Las Gavillas” a eso de las seis de la mañana.

—Pero no conoces de nada a esos dos hermanos —alegó Noelia—. Debemos ser prudentes.

—Pero es que no me atrevo a ir sola a esa nave —replicó Valeria.

—Pues lo mejor será que no vayas sola ni acompañada— decidió rotundamente la otra —. He pensado que lo mejor es que no intervengas para nada en este asunto y que me dejes hacer a mí. Conozco un detective bastante competente y podemos encargarle que investigue los antecedentes de los asistentes a la fiesta de tu amiga y de esos dos hermanos de los que me has hablado. Le voy a pedir también que averigüe quienes son los propietarios actuales de “Las Gavillas.”

—¿Por qué? ¿Es que piensas que han podido tener algo que ver?

—Cabe dentro de lo posible. Y mientras tanto tú te vas a estar quietecita. Del trabajo a tu casa

y de tu casa al trabajo. ¡Ah! Y ten a mano la máquina de fotos para que fotografíes los mensajes que ese tipo te envíe. ¿De acuerdo?

—Bueno... sí. Pero yo había pensado...

La interrumpió Noelia antes de que hubiera terminar la frase.

—Habías pensado volver con Dan a “Las Gavillas” a revolver la nave de arriba abajo, ¿verdad? Pues no. Deja que averigüe primero los antecedentes de todos esos hombres y después hablaremos. Hay que extremar las precauciones y lo que sería un disparate es que te arriesgues a que te den otro susto y éste con peores consecuencias.

—Vale, de acuerdo —convino desganadamente Valeria poniéndose en pie—. Te mandaré un correo con los datos que pueda averiguar de todos los sospechosos posibles, incluyendo a los dos hermanos Anaya, de Dan y de Simeón. Sus padres, que debían ser muy originales les pusieron a sus cinco hijos los nombres de los hijos de Jacob. ¿Qué te parece?

No llegó a oír la respuesta de Noelia, porque ya había salido al pasillo cuando ésta le contestó. Caminó luego apresuradamente hacia la antesala, le dijo adiós a la secretaria que tecleaba en el ordenador que tenía sobre la mesa y después de bajar en el ascensor hasta el portal salió a la calle.

Había anochecido ya, pero la calle, iluminada por las farolas de las aceras y por los escaparates de las tiendas, se extendía abarrotada de transeúntes y de automóviles que discurrían por la calzada hacia la Plaza de España. Nada tenía en común el ambiente que se respiraba allí y a esas horas con el de aquella noche en la que la había perseguido un desconocido con un impermeable y la cabeza cubierta con una capucha. Sin embargo, miró recelosamente a su alrededor cuando salió del portal, sin ver ni una sola cara conocida. Un grupo de estudiantes la adelantó y continuó su camino sin volver la cabeza. Comentaban algo que debía de ser muy gracioso porque todos se reían, a la par que una señora con una niña de la mano tropezó con ella y tras una disculpa se alejó apresuradamente.

Dejó atrás a unos turistas que con un plano en la mano miraban desorientados en todas direcciones y en ese momento sonó su móvil.

Lo llevaba en el bolso y dio un respingo sobresaltada al oír la musiquilla que indicaba que tenía una llamada. Lo extrajo con unas manos tan temblonas que estuvo a punto de caérsele al suelo y tuvo que apoyarse en una farola para sostenerlo y a la vez buscar la minúscula máquina de fotos que llevaba, con la intención de hacerle una fotografía a la pantalla. Fue una precaución inútil, porque no se trataba de que le hubieran enviado un mensaje ni tampoco de que intentara comunicar con ella un desconocido. Tal y como pudo comprobar, la llamaba Dan, por lo que volvió a sepultar la máquina de fotos en las profundidades de su bolso y se llevó el móvil al oído, donde le llegó distintamente la voz de él.

—Valeria, ¿te llamo en un buen momento?

—Sí, sí, dime— se apresuró a responder ella— Estoy en la calle de la Princesa y voy camino del Metro.

—¿Y me oyes bien?

—Sí, sí. Hay mucho ruido de coches, pero te oigo, dime.

—Te llamo para darte una buena noticia. Una noticia con la que creo que te vas a llevar un alegrón.

Aunque Dan no podía verla, enarcó ella interrogativamente las cejas, diciéndose que no se le ocurría nada en ese momento que pudiera considerarse una gran noticia. Bueno, quizás sí. Sería digno de celebrarse que la policía hubiera identificado al tipo que la había drogado por sus huellas dactilares y lo hubiera encarcelado o que, arrepentido por la fechoría de que había sido

autor hubiera decidido suicidarse y se hubiera arrojado al vacío desde el último piso del rascacielos de la Plaza de España. No tardó en comprobar que no se trataba de ninguna de las dos cosas.

—Pues verás, he ido esta tarde a visitar a Ares, el potrito. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, claro, ¿pero ¿cuál es la noticia? —se impacientó Valeria—. ¿Qué ha echado ya el primer diente?

Le oyó reír a través del hilo.

—No, no, no tiene nada que ver con el potro. Es que esta tarde he ido a verlo y antes de regresar a Madrid me he acercado a la nave de “Las Gavillas”. ¿Y a que no sabes lo que he encontrado?

—¿A un imbécil durmiendo dentro sobre el colchón en el que me acostaron y que se esfumó en el aire?

—Nada de eso —replicó volviendo a reír—. No te lo vas a creer, pero he encontrado la puerta. La puerta que tenía cerradura y un agujero a la altura de una mirilla.

De la sorpresa se tambaleó ella y para recuperar el equilibrio se apoyó de espaldas en la farola.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Y dónde estaba?

—En un sótano al que se accede por una trampilla que se encuentra bajo el hueco de la escalera. He cargado con ella por esa escalera metálica que se tambalea y he comprobado que encaja perfectamente en el quicio. ¿Y a que no adivinas qué otra cosa había en el sótano?

—No.

—Bueno, había toda clase de porquerías, pero el descubrimiento que puede importarte a ti es el de un colchón, que olía a húmedo queapestaba.

—¿Has encontrado el colchón? —se emocionó ella.

—Sí, y además los restos de hormigón todavía fresco que había en una cubeta y una paleta de albañilería que estaba tirada en el suelo.

Frunció Valeria el ceño sin comprender.

—¿Y por qué tiene que importarme que hayas encontrado cemento y un apero de albañil? No lo entiendo.

—Pues está muy claro —le aseguró muy satisfecho—. La noche en la que te drogaron, la ventana de la habitación donde te encerraron no tenía reja y pudiste escapar por ella. Sin embargo, cuando la policía inspeccionó esa ventana estaba provista de unos sólidos barrotes, ¿me sigues?

—Sí, sí, continúa.

—Pues que es obvio que tu agresor cambió la puerta e instaló una reja que no existía en la ventana, además de hacer desaparecer el colchón, para que ni la policía ni nadie pudiera creer tu versión y que lo que le sobró del cemento que utilizó lo escondió en ese sótano.

Tardó Valeria unos segundos en comprender lo que le estaba diciendo, pero cuando logró procesarlo en su mente experimentó una incommensurable euforia.

—Pero eso es estupendo, es fenomenal. Quiero comprobarlo con mis propios ojos para asegurarme de que la puerta es la misma que palpé aquella noche, antes de volver a la comisaría para conseguir que reabra la policía el caso. ¿Cuándo te vendría bien acompañarme a ese horrible lugar? Porque, como imagino que supondrás, no quiero volver sola.

—Cuando quieras. Termino de trabajar por las tardes a eso de las seis.

—Yo, depende del día, pero mañana tengo dos clases y terminaría a esa hora. ¿Podrías

recogerme? El colegio está en Majadahonda, así que pilla relativamente cerca.

—De acuerdo. Dime dónde está ese colegio.

Le dio la dirección y se despidieron luego hasta el día siguiente. Cuando cortó Valeria la comunicación, guardó el móvil en el bolso y reanudó su camino hacia el Metro como si tuviera alas en los pies. Solo entonces recordó las recomendaciones de Noelia y su insistencia en que se mantuviera al margen hasta que el detective que iba a contratar hiciera las averiguaciones oportunas sobre los amigos de Margarita y sobre los hermanos Anaya. ¿Qué pensaría la abogada si se enteraba de que había hecho caso omiso de sus palabras y de que había vuelto con Dan a “Las Gavillas”? Con seguridad se enfadaría y no quería que se molestase con ella.

Pero no tenía por qué enterarse, se dijo. Podía decirle que había sido Dan el que había descubierto donde se hallaba la puerta auténtica de la habitación, el colchón y los aperos de albañilería, lo que por otra parte era la verdad, y que la había informado a ella después por teléfono del lugar donde los había encontrado.

Y tampoco tenía por qué esperar a que el detective que iba a buscar Noelia investigase los antecedentes de Dan, porque estaba segura de que no tenía nada que ocultar y que era totalmente ajeno a lo que le había acaecido aquella noche. Sí, estaba completamente segura.

—CAPÍTULO IX—

Estaba el automóvil de Dan estacionado frente a la puerta principal, cuando a la tarde siguiente salió del colegio a la hora en la que habían quedado. Se había vestido ella con unos pantalones que se había comprado el año anterior, un jersey azul que tenía también varias temporadas, un chaquetón y unos zapatos bajos, para sentirse cómoda durante la inspección de la nave que tenían previsto realizar, en la que suponía que se le pondría perdida de suciedad la ropa, pero se había peinado y arreglado concienzudamente ante el espejo del cuarto de baño del colegio antes de reunirse con él, en un raptó de coquetería que no acababa de comprender.

Con los nervios en tensión había dado las dos clases de latín que tenía programadas para esa tarde, dándole vueltas en la cabeza al hallazgo que Dan le había comunicado por teléfono. Corroboraba la versión que le había dado ella a la policía y a Noelia y había estado a punto de llamar a continuación a ésta última que no siempre parecía creerla, pero había optado por no decirle nada hasta que regresara esa noche a su casa. Estaba segura de que pretendería disuadirla del plan que se había trazado para esa tarde y necesitaba comprobar que la puerta que había encontrado Dan era la misma que había palpado ella en la semi oscuridad aquella madrugada.

Se bajó él del coche al verla aparecer entre una multitud de chiquillos de ambos sexos que salían del edificio a la vez que ella y cuando los dos se introdujeron en el vehículo le preguntó él:

—¿Son esos los críos a los que das clase?

—Sí, ¿qué te parecen?

Esbozó él un gesto guasón.

—Que son muchos. ¿Te respetan?

—Sí, pero algunos se duermen mientras escribo en la pizarra el texto de la traducción que les mando como deberes. Solo hay una niña a la que le interesa el latín y, aunque no lo creas, comprendo que a los demás les aburra.

Había arrancado Dan el motor y sin mirarla enarcó interrogativamente las cejas.

—¿Les comprendes? Si elegiste licenciarte en lenguas muertas, sería porque te gustaba el latín.

Hizo Valeria un gesto evasivo para no tener que confesarle la verdad. Que si lo había decidido así había sido para impresionar a Horacio y para poder asistir a las mismas clases que él. Le gustaba más la historia, pero de haber optado por esa licenciatura le habría perdido de vista y por aquel entonces ocupaba él todos sus pensamientos. Para ella, irradiaba de Horacio en aquella época un magnetismo especial, aunque no hubiera sabido explicar en qué consistía, porque apenas si pronunciaba dos palabras seguidas. Vivía abstraído en un mundo que no compartía con nadie, porque, a la manera de ver de Valeria, estaba por encima del resto de los mortales por la circunstancia de poseer una inteligencia superior. Daba por hecho que Einstein o Darwin habrían tenido una personalidad similar y que tampoco habrían sido personas extrovertidas que compartiesen sus sentimientos ni sus ideas con los que les rodeaban. Y le había admirado profundamente. No sabía nada de la vida de esos genios ni si se habían casado. Y tampoco si, en el caso de que la respuesta a esa pregunta fuese afirmativa, su matrimonio había funcionado, pero sí le preocupaba no estar ella a la altura de lo que deseaba Horacio.

Suponiendo que deseara algo que la incluyera a ella, se dijo desalentada mirando por la

ventanilla cómo iban dejando atrás el edificio del colegio. Porque había llegado a la conclusión de que a él le estorbaba más que otra cosa, y de que no la necesitaba para nada, pero como Dan parecía estar esperando su contestación y no podía decirle la verdad, repuso en tono ligero:

—Por supuesto que sí, que el latín me interesa mucho, pero comprendo que soy una excepción entre una inmensa mayoría y que en el presente es menos útil que la física o que las matemáticas. A los chiquillos de ahora les apasionan las nuevas tecnologías y el latín les parece bastante trasnochado.

Por su expresión le pareció que él compartía el punto de vista de sus alumnos. Le veía de perfil y, aunque vestía ropa informal: un pantalón vaquero y un jersey azul marino bajo una cazadora de piel negra, le dio la impresión de que también se había preocupado de su apariencia. Iba bien afeitado y se había cortado el pelo, por lo que su aspecto difería por completo del que mostraba la madrugada que la había recogido en la cuneta, en la que cabía confundirle con un polvoriento pordiosero.

Para que no siguiera indagando sobre las razones que habían motivado que eligiera el estudio del latín, pero sobre todo porque sentía verdadera impaciencia por conocer los pormenores del hallazgo que había realizado el día anterior, le preguntó:

—¿Qué has hecho con la puerta auténtica de la habitación en la que me desperté? ¿La has vuelto a instalar sobre sus goznes?

Le dirigió él una rápida mirada de soslayo. Acababan de salir a la carretera y mantenía los ojos fijos en el trayecto que recorrían entre un tráfico intenso, cuando replicó:

—No. Quise comprobar ayer que encajaba en el quicio y que coincidía con total exactitud con la me describiste. Por esa razón cargué con ella por la escalera, aunque pesaba como el plomo, para colgarla en su lugar, donde encajaba perfectamente. Pero después la descolgué de sus goznes y volví a bajarla al sótano, para dejarla en el mismo lugar en el que la encontré. Es posible que el tipo que te secuestró frecuente esa nave de las “Las Gavillas” y creo que debemos darle la impresión de que no sabemos a qué está jugando.

Su último comentario la desazonó y se rebulló inquieta en el asiento que ocupaba.

—¿Piensas acaso que aparece por allí a menudo? —le preguntó con una voz tan temblona que no se parecía a la suya.

—No lo sé. Tiene que tratarse de alguien que conociera ese granero con anterioridad, porque te llevó a tiro hecho y luego se presentó en ese bar, en “La pianola”, sin que los demás se hubieran dado cuenta de su ausencia. En llevarte hasta allí y en regresar, después de dejarte acostada en el colchón que también está ahora en el sótano, invertiría por lo menos tres cuartos de hora.

—Sí —admitió Valeria— pero si fue Juan, no se dirigió al bar a continuación. Se marchó a su casa por el dolor que le producía el cálculo que tenía en el riñón. Estuve comentándolo ayer con mi abogado y ella opinó que deberíamos descartarle, porque no se levantó de la butaca en toda la noche y no se me acercó en ningún momento. Me comentó Valeria una cosa que me ha dejado muy preocupada.

—¿Qué cosa?

—Que la policía anda investigando la desaparición de una chica que vivía cerca de “Las Gavillas” y a la que encerraron también en esa habitación del granero antes que a mí. Ahí se perdió su paradero, porque aún no han dado con ella.

—¿Te refieres a Inés? —le preguntó él con voz ronca.

—No lo sé, ¿quién es Inés?

—La chica que fue novia de Simeón. Sabía que había desaparecido de la noche a la mañana hace más de un año, pero mi hermano no me ha comentado que la policía hubiera hallado rastros

de ella en ese granero. Mi familia y la suya nos conocíamos desde siempre. Vivía Inés con sus padres, que son labradores, en una finca cercana a la nuestra y jugaba con nosotros cuando éramos niños. Estudió enfermería en Madrid y se colocó después en el hospital Doce de Octubre. Todas las mañanas tomaba el autobús en la carretera para ir a trabajar. Simeón y ella iban a casarse, pero de repente y sin previo aviso se marchó de su casa sin despedirse de nadie, o eso creía yo, y sus padres denunciaron su desaparición. Le preguntaré a Simeón, que, como es natural, no ha vuelto a ser el que era.

—Pero tú me habías dicho que habían roto los dos, poco antes de casarse— objetó extrañada.

—Es lo que yo creía.

Contrariado, había fruncido el ceño y no se atrevió Valeria a insistir sobre el tema. En su lugar, volvió a comentarle la boda de Margarita y lo insustanciales que eran los amigos de ésta, con los que había coincidido en el claustro de la iglesia donde se había celebrado la boda.

—Ninguno ha ido a la universidad, aunque sus familias son muy pudientes, ni se han molestado en adquirir ningún tipo de formación—le dijo, aún perpleja—. Lo único que saben hacer es divertirse. Julián viaja y participa en regatas. Ricardo, es director de la empresa de su padre, que es un hombre muy acaudalado que fabrica electrodomésticos, pero por la manera de comportarse dudo que se tome muy en serio sus obligaciones laborales. Y no sé a qué se dedican Amadeo, Óscar y Juan, si es que se dedican a algo.

—O sea, que son unos irresponsables hijos de papá y unos juerguistas —resumió Dan—. ¿Y cómo es que tu amiga Margarita se reúne con esa clase de gente?

Rememoró Valeria a la niña junto a la que había crecido y a la joven que había estudiado a su lado años más tarde. Entonces era una persona muy juiciosa, pero había cambiado al abandonar la facultad. También Margarita tenía unos padres muy pudientes y al morir éstos y heredarles se había aficionado a la buena vida y a coleccionar novios, con los que terminaba uno tras otro. Conocía ella a Ricardo de una sola noche, pero no le había parecido que fuese muy distinto a los que le habían precedido.

Para no contestarle sobre ese particular, le formuló a su vez otra pregunta.

—¿Crees posible que, como ha considerado Noelia, fuera obra mi encerrona de un extraño que viva por las cercanías o que frecuente por alguna razón “Las Gavillas”? Quizás algún posible comprador. Vuestra finca está muy cerca y podéis haberos tropezado con alguna de las personas que tenían intención de adquirirla.

Con los ojos fijos en la carretera, reflexionó Dan sobre ese tema con la cabeza ladeada. No debió de llegar a una conclusión certera, porque esbozó un ademán dubitativo.

—No lo sé. Simeón me ha dicho que en los últimos tiempos aparecían de cuando en cuando por allí los actuales dueños cuando contactaban con algún interesado en comprar la finca, pero que él no había conseguido todavía ponerse en contacto con ellos para hacerles una oferta.

—¿Pero sabe quiénes son?

—No, porque las hermanas a las que conocimos las vendieron hace años a unos extraños de los que desconocemos el nombre.

Desalentada, meneó ella negativamente la cabeza, pero recordó la conversación que había mantenido con Noelia la tarde anterior y su agraciado semblante se iluminó.

— Pues de averiguarlo se va a ocupar mi abogado —le manifestó—. Ya te he dicho que fui a verla ayer a su despacho y me propuso contratar a un detective para que investigue los antecedentes de esos chicos. De todos los posibles implicados— se corrigió.

El rostro de él reflejó cierta extrañeza.

—¿Es que hay más implicados? ¿Quiénes?

Se mordió los labios Valeria, fastidiada por haber dejado escapar que Noelia no se fiaba tampoco de Dan ni de su hermano Simeón y trató de arreglarlo.

—Se refería a los dueños de “Las Gavillas”, claro.

Habían dejado atrás la autovía y recorrían ahora una carretera vecinal que, atravesando los campos, terminaba en la parte posterior de la nave y al contemplarla a lo lejos experimentó de nuevo la misma incontrolable desazón. Hacía tiempo que el sol se había batido en retirada y a la grisácea luz del crepúsculo el panorama que podía ver ahora a través de la ventanilla parecía otro al que se ofrecía a sus ojos durante la semana anterior. No tardaría en anochecer y al caer en la cuenta de que cuando llegaran a “Las Gavillas” la oscuridad envolvería por completo el granero, se inquietó.

—¿Has traído una linterna? —le preguntó a él.

—Sí, claro. En ese silo no hay luz eléctrica. Hace tiempo que se arrancaron los cables y que se rompieron las bombillas a pedradas.

Lo decía como si hubiera sido testigo presencial del hecho, por lo que experimentó Valeria un súbito sobresalto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Participaste tú en ese acto de vandalismo?

Se echó a reír Dan como si lo estuviera rememorando.

—Pues no lo sé, porque no me acuerdo, aunque supongo que sí. Cuando éramos unos críos jugábamos a polis y cacos y una de nuestras aficiones era acabar de destrozar las construcciones ruinosas de los alrededores, en las que solíamos escondernos del bando enemigo. Imagino que “Las Gavillas” no se libraría de nuestros instintos destructivos.

—¿Y quiénes jugabais? ¿Tus hermanos y tú?

—Sí, y los amigos de nuestra edad que vivían por los alrededores.

—¿Y por esa razón conocías el sótano que has encontrado bajo el hueco de la escalera?

—Sí, claro. Me acordé ayer de su existencia, porque no queda a la vista la trampilla que lo cubre. En una ocasión en la que jugábamos con los hijos del veterinario, con los del médico y con los sobrinos del cura, nos escondimos allí abajo Rubén y yo, a oscuras, porque el día anterior nos habíamos cargado la bombilla, y nos salió una rata que intentó mordernos.

—¿Qué horror! —se alarmó Valeria, a la que se le encogió el estómago con solo imaginarlo—. ¿Y qué hicisteis?

—Yo, nada, pero Rubén acabó con ella.

—¿Y quién es Rubén?

—Es mi hermano mayor. Se casó hace años con una andaluza y ahora vive en Córdoba.

No había imaginado Valeria que el lugar al que se dirigían pudiera albergar esa clase de bichos y se preocupó seriamente.

—¿Y crees que puede haber ratas todavía en ese antro que quieres enseñarme?

Se encogió él de hombros despreocupadamente.

—No lo sé. Ayer no vi ninguna.

Le miró ella con nuevos ojos. Parecía tenerle sin cuidado la posibilidad de que las ratas corretaran por el sótano y lo que era peor, ni siquiera se le había ocurrido que no estuviera ella dispuesta a arriesgarse a toparse con alguna.

—Pues me parece que yo no voy a bajar. Hazle una foto a la puerta con el móvil y me la enseñas.

Giró él a medias la cabeza para observarla divertido.

—¿Qué no vas a bajar? ¿Hemos recorrido doce kilómetros para que te contentes con mirar una foto? No seas absurda. Tienes que asegurarte de que es la misma puerta de la habitación en la que

te despertaste y yo me ocuparé de las ratas.

Sin saber por qué su tono le sonó extraño. Le sonó como si manifestara un interés excesivo en que descendiera a aquel recinto y le miró con nuevos ojos. ¿Qué sabía de Dan a fin de cuentas? Que la había recogido de madrugada en una carretera vecinal, que tenía un hermano muy parecido a él, aunque con una mirada desagradable y que Dan, por el contrario, era muy atractivo. ¿Tendría razón Noelia al advertirle que no se fiara de ninguno de los dos?

El edificio al que se dirigían parecía irse agrandando conforme se le aproximaban y se destacaba bajo un firmamento que se iba oscureciendo por momentos. Estuvo tentada ella de pedirle que diera media vuelta y que se olvidara de lo que ahora le parecía un arriesgado plan, pero no tuvo tiempo. El camino finalizaba junto a la fachada posterior y había bordeado él la nave con el coche para estacionarlo frente al ruinoso portón de entrada. Sin advertir que Valeria había palidecido ostensiblemente, bajó del automóvil y lo rodeó para abrirle la portezuela.

—Vamos —le dijo ayudándola a salir del vehículo—. Se está haciendo de noche y tenemos que aprovechar la poca luz que nos queda.

Pensó que debía negarse. Le aterrorizaba aquel lugar y los recuerdos que volvían a su mente y que le provocaban la sensación de estar reviviendo una pesadilla, pero no quería hacer el ridículo y quedar como una tonta asustadiza, cuando se encontraban ya a unos pasos de lo que habían ido a averiguar, por lo que le siguió hasta la puerta metálica, que seguía colgando de sus goznes como si un vendaval la hubiese arrancado de cuajo de las bisagras que la sostenían y la traspasó, siguiéndole.

En el interior hacía un frío intenso y se arrebujó Valeria en su chaquetón. Apenas pudo distinguir nada a su alrededor. La oscuridad del crepúsculo que penetraba por las ventanas sin cristales se había adueñado ya del alargado recinto poblándolo de sombras imprecisas. Creyó distinguir que era diáfano si se exceptuaba lo que quedaba de una ruinoso letrina sin puerta frente al portón y con un sumidero en el suelo del que procedía el rumor del agua. Adosados a las paredes vio los pesebres en los que antaño se almacenaba el grano, en un estado tan lamentable como la letrina. Aquel granero podía haber servido de escenario para una película de miedo, pero no le pareció que le impactara a Dan. Se dirigía en línea recta hacia la escalera, como quien se halla en terreno conocido. Proyectaba aquella unos trazos negros sobre el desempedrado pavimento por el que iba dando tropezones ella y encendió él la linterna que llevaba en la mano para enfocar con el haz de luz los restos de unos sacos que estaban tirados bajo el hueco de aquella y dejar al descubierto una oxidada trampilla metálica. Con una sonrisa se la mostró.

—Mira. Por ahí se baja al sótano. No hay una escalera propiamente dicha, sino unos pates de hierro adosados a la pared. Supongo que no te supondrá ninguna dificultad descender por ellos.

Por supuesto que no tenía problema alguno en bajar por esos pseudo peldaños. Acudía al gimnasio a diario y se mantenía tan ágil como cuando era una chiquilla, pero le observó a él con los ojos agrandados por el miedo cuando le vio agacharse para levantar la trampilla y dejar un oscuro rectángulo al descubierto.

—Baja tú primero y yo te alumbraré con la interna —le indicó Dan.

—Pero... —trató ella de objetar.

—Tenemos que darnos prisa, porque apenas si queda luz del día —replicó enfocando el haz de luz hacia los pates de hierro y animándola con un gesto a bajar por ellos— Vamos, no es tan difícil.

No se trataba de que no fuese capaz Valeria de utilizarlos para alcanzar el suelo del sótano. Le gustaba hacer deporte y consideraba que estaba en forma, pero, aunque no se atrevía a reconocerlo, temía lo que pudiera encontrarse abajo en aquella densa oscuridad.

—¿Y si aparece una rata? Deberías bajar tú delante— protestó, aún a riesgo de que Dan ridiculizara la aprensión que le inspiraban esos roedores.

—No veo ningún bicho allí abajo —comentó él tras escudriñar las tinieblas a la tenue claridad de la linterna— pero si no te atreves a utilizar los pates para bajar, lo haré yo y fotografiaré la puerta con el móvil. No sé cómo no se me ocurrió ayer que era esa la solución más sencilla. Seguramente porque pensé que eras todo lo contrario a una chica melindrosa.

La ofendió ese último comentario. Aunque sin entender el motivo, deseaba quedar bien a sus ojos y le pareció que era un calificativo demasiado desdeñoso para dedicárselo a una persona normal, que, como ella, se resistiese a inspeccionar el antro que tenía a sus pies. Era más de lo que estaba dispuesta a admitir y retadoramente se despojó del chaquetón, lo depositó en el borde de un pesebre junto con su bolso, y luego se aproximó a la abertura que había dejado al descubierto la trampa para introducir una pierna hasta que su pie palpó el primer pate. Luego bajó ágilmente por los restantes hasta que tocó la dureza del pavimento. Había estado Dan iluminando su descenso y levantó Valeria la cabeza hacia él, cuyo rostro no consiguió distinguir, ya que quedaba envuelto en la oscuridad tras el foco de luz de la linterna.

—Ya puedes bajar tú —le comunicó, con la voz más firme que fue capaz de emitir para hacerle notar que era capaz de realizar proezas como esa todos los días sin que se le alterase el pulso.

En ese preciso instante sucedió algo que no llegó a determinar con claridad. Un ruido seco y de procedencia indeterminada que retumbó en sus oídos, al tiempo que la trampa se cerraba de golpe sobre su cabeza sumiéndola en la más absoluta oscuridad.

—¿Qué... qué ha pasado? —gritó, asida al pate que quedaba a la altura de su cabeza por miedo a desorientarse si lo soltaba y se encontraba perdida en la negrura que la envolvía— Abre la trampa, Dan, e ilumina esto. No veo nada.

El silencio más absoluto fue la única respuesta y sintió que un escalofrío la recorría entera, a la par que un hilillo de sudor le bajaba por la espalda. ¿Sería una broma que le había gastado él para que no presumiese de valiente? Si lo era, no tenía ninguna gracia.

—Dan— volvió a gritar—. Abre esa dichosa trampa. Quiero salir de aquí. ¿Pero es que no me oyes?

Al no obtener contestación, trepó nuevamente por los pates hasta que su cabeza chocó con la tapa metálica que cubría la trampa y la empujó con ambas manos sin conseguir levantarla.

—¡Dan! —chilló— Sácame de aquí ahora mismo.

Nuevamente la envolvió un silencio opresivo, por lo que estuvo a punto de sufrir un ataque de histerismo. Si horrible había sido despertarse encerrada en la habitación de la planta superior de la nave, al menos disponía ésta de una ventana a través de la cual podía distinguir como la rosácea claridad del amanecer teñía con sus apagados colores la inmensidad de terreno yermo que rodeaba el edificio en el que se hallaba e idear una huida. Pero en aquel sótano su situación era mucho peor, era angustiada. A oscuras, en un antro hediondo del que desconocía sus dimensiones y su contenido, no había escapatoria posible o al menos no se le ocurría como podría salir de allí.

Le pareció oír que arriba arrastraban algo que iba a caer finalmente sobre la trampa, que rechinó horriblemente, y volvió a gritar:

—¡Dan!, ¿Es que no me oyes? Sácame de aquí de una vez. Me estoy ahogando.

No percibió el menor sonido a continuación y volvió a gritar angustiada. ¿Se habría marchado él dejándola encerrada allí?

Cuando se cansó de llamarle, se dejó caer sentada en el suelo al pie de la escalera y trató de mantener la cabeza fría. No serviría de nada que empezara a llorar a gritos, que era lo que el

cuerpo le pedía. Aunque trató de poner oídos sordos, le pareció escuchar la voz de Noelia, aconsejándola que se mantuviera al margen de los acontecimientos hasta que el detective que iba a contratar indagara sobre los antecedentes de los amigos de Margarita y también sobre los hermanos Anaya. ¿Por qué no le habría hecho caso? Ignoraba por completo quién era Dan y cuales habían sido sus intenciones al llevarla esa tarde a inspeccionar el sótano en el que se encontraba. Quizás fuera mentira que había encontrado la puerta de la mirilla que ella les había descrito a la policía y a él y su propósito fuera encerrarla allí abajo. Por esa razón la había animado a que bajara delante de él, sabiendo que no podía escaparse de aquel antro, ya que carecía de ventanas y de cualquier otra salida que no fuera la trampilla. ¿Pero por qué?

Se abrazó las rodillas con las manos e intentó razonar. No tardó en llegar a la conclusión de que podía haber sucedido todo como Noelia le había insinuado. Era más que posible que uno de los amigos de Margarita, borracho como una cuba, la hubiera llevado hasta “Las Gavillas” la noche de la fiesta y que la hubiera olvidado allí, regresando a Madrid sin ella. Y también era posible que Dan, mientras paría la yegua en la finca contigua, la hubiera encontrado al pie del silo, hubiera cargado con ella por la escalera metálica hasta la estancia de la planta superior, la hubiera echado sobre el colchón que había desaparecido sin dejar rastro, y que luego le hubiera echado la llave a la puerta con la intención de volver más tarde a buscarla. Y que precisamente y ante su sorpresa hubiera vuelto a encontrarla en la cuneta de la carretera, cuando, tras el alumbramiento de la yegua, regresaba a Madrid él. Todo encajaba entonces. Ante aquel secuestro fallido, había ideado este otro. Le había comunicado que había encontrado la puerta auténtica, la que ella le había descrito a la policía y que demostraba que la habían retenido en contra de su voluntad, para que volviera con él al mismo lugar y encerrarla de nuevo en un lugar del que le fuera imposible escapar. Y ella había picado como una estúpida.

¿Y por qué no había hecho caso a Noelia y a las consideraciones que le había recomendado? Tuvo que reconocerse a sí misma que la explicación era muy simple. Porque Dan era un tipo muy atractivo y parecía mirarla de una forma muy distinta a como lo hacía Horacio, aunque, a decir verdad, justo era reconocer que éste último no la miraba de ninguna manera. Lo analizó con tanta frialdad, que estuvo de nuevo a punto de echarse a llorar, aunque por otros motivos, pero se convenció a sí misma de que debía posponer ese desahogo para más adelante, para cuando volviera a respirar al aire libre, porque antes tenía que salir de allí. ¿Pero cómo?

Había dejado el móvil dentro de su bolso y había colgado éste de uno de los pesebres de la nave. Hubiera podido llamar a la policía, a Horacio e incluso a Noelia de haberlo llevado encima, pero como no lo tenía no podía pedir ayuda. Solo podía contar con ella misma.

Vacilante se puso en pie. Recordó el ejercicio que hacía a diario en el gimnasio, mediante el que levantaba una pesada barra metálica con los pies y se dijo que podía funcionar. Luego se asió al pate que tenía a la altura de sus hombros y empezó a subir por él hasta que su cabeza chocó con la trampilla. Se agarró entonces con ambas manos al peldaño de hierro con los brazos muy separados y levantó las piernas para introducirlas entre ellos y presionar la trampilla con los pies para alzarla. Lo intentó una vez y luego otra. Fue a la tercera y con un esfuerzo sobrehumano cuando consiguió levantarla con un chirrido horrisono que retumbó en el silencio de la noche, pero que a ella le sonó a música. Recuperó entonces la posición vertical y trepó ágilmente hasta que su cabeza sobresalió por la abertura.

Había anochecido ya y no vio en derredor suyo otra cosa que oscuridad. Por la puerta entreabierta de la nave penetraba la macilenta luz del crepúsculo y distinguió colgado del pesebre su bolso y su chaquetón, que intentó recuperar para dirigirse seguidamente hacia la salida, pero tropezó antes con unos aperos de labranza que estaban en el suelo, junto a la trampilla, y en los

que no había reparado cuando bajó al sótano. Sabía lo suficiente de agricultura para reconocer a los dos pesados maderos que se hallaban ahora a pocos pasos de la abertura del suelo y a los que aparentemente había desplazado ésta cuando sus pies obligaron a levantarse a la tapa metálica que la cubría. Eran unos tableros gruesos, hechos con varias tablas, de forma rectangular, con la parte frontal algo más estrecha y curvada hacia arriba y con su parte inferior provista de sierras metálicas. Los identificó en el acto como los trillos que había visto en el pueblo de Extremadura donde veraneaba de niña con sus padres. Eran arrastrados por dos bueyes sobre las mieses extendidas en la era y al moverse en círculos las cuchillas cortaban la paja y la espiga, separando la semilla sin dañarla. La primera vez que había visitado la nave con Dan esos dos trillos estaban en el rincón opuesto, al pie de un pesebre que conservaba restos de trigo podridos por la humedad, por lo que cabía suponer que alguien los había trasladado hasta allí para colocarlos sobre la trampilla e impedir con su peso que desde el sótano pudiera ella izarla.

Tenía que haber sido entonces Dan el que, tras animarla a bajar al sótano antes que él, la había cerrado después amontonando sobre ella esos pesados tableros para que no pudiera salir, ya que el rectángulo metálico que cubría la abertura por la que se bajaba al sótano carecía de cerradura.

El descubrimiento la privó momentáneamente de la facultad de razonar. Se quedó mirando incrédulamente los tablones, aunque apenas si los distinguía, mientras una vocecilla interior le gritaba que debía escapar de allí cuanto antes. ¿Pero cómo?, se preguntó cuando consiguió que su cerebro volviera a funcionar. Había ido a “Las Gavillas” en el coche de Dan y él debía de estar por las inmediaciones, aunque no logró divisarle cuando paseó su mirada en derredor. Quizás si hubiera dejado puesta la llave del contacto en el automóvil...

Y si no la había dejado, volvería a Madrid como aquella madrugada, decidió tiritando de miedo mientras corría de puntillas hacia la desvencijada puerta, sintiendo que el corazón le latía desacompañadamente y toda velocidad dentro del pecho. Tropezó entonces con algo que estaba en el suelo y que se asemejaba a un alargado fardo. Debía de tratarse sin embargo de un cuerpo humano, porque intentaba enderezarse. Lo consiguió al fin y cuando se sentó en el suelo reconoció a Dan, que parpadeaba desorientado.

Retrocedió Valeria de espaldas e inició luego el movimiento de echar a correr hacia la salida, pero en ese instante una silueta negra se perfiló en el umbral de la puerta obstaculizándole el paso. Portaba una linterna y la enfocó con el haz de luz.

—¿Qué ha pasado aquí? —tronó una voz conocida—. He oído ruido dentro de esta nave y luego el motor de un coche que se marchaba.

Reconoció ella la voz de Simeón que seguidamente reparó en el hombre que a pocos pasos de ella luchaba por ponerse en pie y al que ayudó a recuperar la posición vertical. Luego le iluminó con la linterna y le sostuvo cuando notó que se tambaleaba ligeramente al soltarle.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó a su hermano.

La voz de Dan le sonó distinta a la suya. Le pareció a Valeria que intentaba hilar sus recuerdos y que no acababa de conseguirlo, cuando repuso vacilante:

—No lo sé— murmuró acariciándose el cogote—. Estaba iluminándola a ella dentro del sótano con mi linterna, cuando... De pronto lo he visto todo negro y... no sé qué más.

Le examinó Simeón la sien donde campeaba ya un chichón del que manaba un hilillo de sangre.

—Te has dado un golpe con algo que te ha privado momentáneamente de la consciencia. ¿No has visto tú cómo le ha ocurrido? —le preguntó a Valeria.

Se preguntó ésta si no le habría golpeado la tapa de la trampilla, cuando la impulsó ella con los pies para abrirla. O podría haber sido también con alguno de los trillos que también había

desplazado ella al levantarla. Pero tenía que fingir que no se había dado cuenta de las intenciones de Dan. O quizás de lo que habían planeado los dos hermanos, si se habían puesto de acuerdo, se dijo. Tenía que conseguir que la devolviera sana y salva a su casa y después... después ya decidiría Noelia lo que debían hacer.

Simeón esperaba su respuesta por lo que se esforzó porque asomara a su rostro una expresión de ignorancia.

—No. Yo había bajado al sótano y ha debido de entrar alguien en la nave cuando acababa de pisar el suelo, porque he oído un estrépito horroroso y luego cómo se cerraba la trampa sobre mi cabeza.

Hizo intención Simeón de apartar con los pies los trillos que rodaban por el suelo. No lo consiguió, pero se los señaló a los otros dos.

El intruso habrá tropezado con estos aperos de labranza que andan tirados por aquí cuando ha atacado a Dan —les dijo, sin apartar la mirada de esos aperos como si su visión le ayudara a ordenar la sucesión de los hechos en su mente—. Ha intentado después atrancar la trampa, pero como no tiene cerrojo, los ha arrojado encima para que no pudieras levantarla y dejarte encerrada abajo. Suerte que ha oído el motor de mi furgoneta cuando me acercaba a mi casa con el pienso para los caballos y ha puesto pies en polvorosa. Menudo susto te habrás llevado.

No podía imaginar ni tan siquiera cuanto, pensó Valeria. Analizó su semblante a la escasa claridad de la linterna y desvió luego su mirada hacia Dan, que a su lado y bastante pálido se acariciaba la frente. ¿Sería verdad lo que le estaba diciendo Simeón o habrían urdido retenerla en el sótano los dos hermanos con alguna finalidad y les habría salido mal lo que habían planeado?

—CAPÍTULO X—

La había escuchado Noelia en silencio sin que su rostro reflejara lo que pudiera estar pensando y cuando terminó su relato le preguntó:

—¿Y qué sucedió después?

—Que cuando se enteró Simeón del motivo por el que habíamos ido al granero Dan y yo, se ofreció a bajar al sótano a buscar la puerta y entre los dos hermanos la subieron. Simeón la levantó por el hueco y Dan tiró de ella desde arriba. Luego me preguntaron si era la misma que estaba cerrada con llave en la habitación en la que me desperté.

—¿Y era la misma?

—Sí, te la voy a enseñar, porque la fotografié con mi móvil.

Lo extrajo Valeria de su bolso y tras manipular en su galería de fotos se lo tendió a Noelia. Analizó ésta la tosca superficie de la hoja de madera que podía ver en la pantalla del aparato y que parecía ser muy sólida. Tenía un agujero a la altura de una mirilla, practicado probablemente con un destornillador u otro instrumento similar. Se fijó también en la ennegrecida cerradura que aún conservaba la llave en su lugar y sin la menor dificultad pudo imaginarse a Valeria tanteándola en la oscuridad.

—¿Era ésta? —le preguntó sin apartar su mirada de la pantalla del móvil.

Se preguntó a sí misma lo que habría sentido ella de haberse encontrado en el lugar de la otra y de haber intentado escapar de su encierro luchando inútilmente por abrir la puerta que tenía ante sus ojos. Se consideraba una persona decidida y poco o nada asustadiza, pero tuvo que reconocerse que probablemente, además de impotente, se habría quedado aterrorizada.

—Sí —repuso Valeria en apenas un murmullo— Cuando la subió Simeón y pude verla a la luz de la linterna que llevaba Dan, pensé que quizás el agujero que sirve como una mirilla lo practicara otra chica antes que yo con algún objeto punzante que llevara en el bolso. Quizás esa pobre muchacha que se llamaba Inés. Puede que utilizara unas tijeras de uñas—. Se sonó con un pañuelo, antes de añadir con una voz que temblaba ostensiblemente—: Puede que tratara de atisbar por esa abertura lo que había al otro lado de la puerta, lo mismo que hice yo. Lo que no sabemos es si ella tuvo tanta suerte y consiguió escapar. Me resultó bastante difícil descolgarme por la ventana, aunque puedo vanagloriarme de estar en forma.

Parecía estar a punto de echarse a llorar y Noelia se rebulló inquieta en su butaca, pues se sentía torpe cuando alguno de sus clientes era incapaz de reprimir sus lágrimas.

—¿Y el colchón? —le preguntó con la intención de que continuara refiriéndole lo que habían hecho a continuación y disuadirla así del previsible desahogo que la chica tenía en ciernes.

—Lo subió Simeón también y lo reconocí en el acto.

—¿Y la reja de la ventana?

Afirmó Valeria con un ligero sorbetón.

—Estuvo Dan examinando el cerco donde habían incrustado los barrotes. Estaba húmedo, pero dijo que también lo estaban las paredes de la fachada, por lo que era probable que el comisario no me creyera si volvíamos a insistirle en que inspeccionaran de nuevo la nave. Había llovido durante los días anteriores y, como hacía tiempo que el canalón se había descolgado del tejado, todo el edificio rezumaba humedad. Pero estoy segura de que la noche en la que me

desperté allí la ventana no tenía reja y de que la instalaron después.

—Ya— murmuró Noelia, diciéndose que no debería haber dudado del relato de la muchacha que tenía sentada enfrente, puesto que con su última visita había quedado todo explicado.

La observó con disimulo. Parecía haber perdido el aplomo que tanto la caracterizaba y que había llamado su atención la primera vez que se había presentado en su despacho. Sin duda la había ayudado a salir airoso de las vicisitudes que había tenido que superar. Otra más pusilánime o que practicara menos deporte no hubiera sido capaz de descolgarse por la fachada de aquel ruinoso edificio ni de levantar la trampilla del sótano con las piernas realizando un verdadero alarde. Se preguntó también en ese momento si ella hubiera sido capaz de hacerlo, ya que tenían aproximadamente la misma edad. Aunque también era ágil, no tardó en reconocer que no, por lo que se prometió a sí misma hacer más ejercicio e incluso sacar tiempo para acudir a un gimnasio a practicar esa proeza.

Valeria la miraba esperando que le diera su opinión, por lo que desistió de seguir elucubrando sobre el tema y le preguntó:

—¿Y qué hicisteis después?

Una sombra de preocupación veló por unos instantes el agraciado semblante de la muchacha, mientras respondía:

—Simeón consideró que, dado el golpe que había recibido Dan y el susto que me había llevado yo, lo más adecuado era que nos recuperáramos los dos en su casa, así que nos montamos en su furgoneta y nos llevó a la finca vecina. Allí nos invitó a cenar.

—¿Y qué impresión te produjeron los dos mientras cenabais? ¿La de unos ligones malogrados o la de dos tipos desconcertados por unos hechos que escapaban a su comprensión?

Trató Valeria de rememorar lo que traslucían los dos hermanos durante la cena y cómo se habían comportado. Finalmente repuso:

—No lo sé. Me sorprendió que Dan se recobrara tan pronto. Aparte del chichón que lucía en la frente, hinchado y cada vez más violáceo, nada en su aspecto ni en su actitud era diferente de los de cualquier otro día. Y... sí, me miraba como siempre.

Disimuló Noelia una sonrisa ante el gesto ingenuo de la otra.

—¿Y cómo te mira siempre?

Enrojeció Valeria y luego levantó confusa ambas manos.

—Vas a pensar que soy una niña tonta y... bueno, ya tengo treinta y dos años y hace unos cuantos que estoy casada.

—Eso ya lo sé —la interrumpió Noelia—. ¿Lo que has querido decir es que te mira como si le gustaras?

—Bueno, sí —admitió Valeria a su pesar—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Porque estoy tratando de analizar si pudo ser él el que te encerró en el sótano. No parece que los hermanos estuvieran compinchados, porque con la llegada de Simeón Dan no intentó retenerte, lo que habría hecho en otro caso si se hubieran puesto de acuerdo de antemano. En cambio, las intenciones de este último no están tan claras.

—No —reconoció Valeria ruborizándose nuevamente— También me pregunté yo si habría cerrado él voluntariamente la trampilla sobre mi cabeza y si el golpe que recibió en la sien se lo dio ésta cuando yo la levanté con los pies. Pero no lo creo —añadió tras considerarlo con el ceño fruncido—. Simeón nos dijo al entrar en la nave que había acudido allí al oír el motor de un coche que se acababa de marchar. Tuvo que ser otra persona la que agrediera a Dan dejándole sin sentido y arrastrara después los trillos que estaban en el otro extremo del silo para apuntalar con ellos la salida del sótano y que no pudiera escapar yo. Supongo que pensaba deshacerse de Dan

de alguna forma y volver después a por mí—. Levantó hacia Noelia unos ojos angustiados cuajados de lagrimones, a la par que le preguntaba—: ¿Sigues creyendo que puede tratarse de ese psicópata? ¿De uno de esos tipos que secuestran chicas y las matan después de abusar de ellas?

También a Noelia le hubiera gustado saberlo, pero, como no tenía la respuesta a esa pregunta y pensó que no debía echar más leña al fuego, le sonrió aparentemente tranquila.

—Estoy segura de que no —le dijo cruzando los dedos por debajo de la mesa—. Pero en cualquier caso y hasta que averigüemos de quién se trata, quiero que me prometas que no vas a hacer más averiguaciones por tu cuenta. Contraté ayer los servicios de un detective que está ya investigando los antecedentes de los posibles implicados, incluyendo a los dos hermanos Anaya. Le llevará unos días y mientras tanto convendría que extremaras las precauciones y que te limitaras a ir de tu casa al colegio y del colegio a tu casa. No estaría de más que, si su trabajo se lo permite, te acompañara tu marido. ¿En qué trabaja?

Un par de lagrimones se desprendieron ahora de los ojos de ella y rodaron por sus mejillas, pero se los enjugó con el dorso de la mano.

—Ahora en nada. Ha solicitado dos meses sin sueldo en la facultad, donde da clase de griego, para preparar la oposición a cátedra, ya que espera que la convoquen de inmediato. Estudia en casa todo el día.

—Mejor que mejor— opinó optimistamente Noelia—. Por lo que me estás diciendo, puede perfectamente hacer un alto en sus estudios para llevarte a ese colegio de Majadahonda y recogerte a la salida. ¿O no?

Sostuvo Valeria su mirada y en sus ojos leyó la otra todo lo que aquella no se decidía a decirle.

—¿Sabe tu marido todo lo que te está sucediendo? —insistió en tono comprensivo para crear un clima propicio a las confidencias

Hizo la muchacha un gesto afirmativo con la cabeza agitando a su compás su melena, que brilló con mechas doradas a la luz de la lámpara que ella tenía sobre la mesa.

—Sí. Se lo conté la mañana siguiente a la de la fiesta de Margarita y también ayer cuando Dan me llevó a mi casa después de cenar en la de Simeón.

—¿Y qué te dijo?

Dejó escapar Valeria un suspiro hondo.

—Me dijo que fuera a la policía y que lo denunciara.

—¿Y no le explicaste que ya habías presentado esa denuncia y que había sido archivada?

—Sí.

—¿Y...?

Se encogió Valeria de hombros.

—No sé cómo explicártelo. Horacio no vive en el presente ni es consciente del peligro que corro yo. Creo que se equivocó casándose conmigo. Probablemente pensó que a raíz de nuestra boda yo retrotraería mi existencia a la época de la Roma imperial y me sentiría feliz en el pasado, como él, que así podría ignorarme. Reconozco que de nuestro matrimonio la culpable fui yo, porque de no haberme puesto pesada, Horacio continuaría viviendo solo, aislado y sin relacionarse con nadie, rememorando paso a paso la batalla de las Termópilas durante la segunda guerra médica. Podría así tomar partido por Esparta unos días y otros por Atenas, sin que nadie le molestara. Soy un lastre para él, ¿no lo entiendes?

La observó Noelia procurando que la conmiseración no asomara a su rostro. En ningún caso toleraría ella una actitud similar en Alex, se dijo. Intentó imaginarse una situación parecida entre los dos y sintió que se congestionaba de indignación, aunque cuando se dirigió a la otra, procuró

hablarle en tono normal y con el semblante impasible.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

Volvió Valeria a encogerse de hombros.

—No puedo plantearme ahora mi futuro con él, porque solo puedo darle vueltas a la pesadilla que estoy padeciendo para intentar evitar que acabe en tragedia. Cuando esto pase... No lo sé. A Horacio le estorbo y él no es el que yo creía que era. Le subí a un pedestal cuando estudiábamos en la universidad y di por hecho que era superior en inteligencia al resto de los mortales, pero no creo ahora que lo sea. Le absorbe la ciencia, eso es cierto, pero carece por completo de empatía y es incapaz de ponerse en mi lugar. Si esta tarde, cuando llegara a casa, le propusiera que nos divorciáramos, probablemente me contestaría que esperase a que aprobara la oposición porque en este momento le supondría un contratiempo, ya que perdería un tiempo precioso y lo necesita para empollar sus temas, que, por supuesto, son mucho más importantes que yo.

—¿Estás segura?

Solo tardó Valeria una décima de segundo en contestarle.

—Sí, desgraciadamente es así.

Estuvo a punto Noelia de recomendarle que no le aguantara ni un minuto más, que es lo que hubiera hecho ella en su lugar, pero se controló a tiempo y le aconsejó lo que le hubiera recomendado a ella su madre, aunque nunca había estado de acuerdo con las opiniones de ésta, ya que consideraba que en el matrimonio era la mujer la que tenía que mantener la llama del hogar y la que debía poner de su parte todo el esfuerzo por mantenerlo, mientras que los hombres, por serlo, tenían bula.

—Bueno, ten paciencia. Espera a que apruebe esa oposición, porque es posible que después se relaje y cambie su manera de comportarse. No hay prisa y puedes decidir lo más conveniente dentro de un tiempo. De momento procura no interrumpir sus estudios ni interferir en su vida con tus problemas.

Debía de haber intuido Valeria cual era el verdadero carácter de Noelia, irascible, impulsivo y a menudo incontrolable, porque levantó la mirada hacia ella y la observó sorprendida con sus grandes ojos ambarinos muy abiertos.

—¿Me estás diciendo que no le cuente nada de lo que me está pasando y que le deje estudiar en paz? Me parece estar oyendo a mi abuela, a la que fue dueña de la casa en la que vivo y que heredé a su muerte. Mi abuelo era un mujeriego, pero ella le perdonó siempre de antemano, plenamente convencida de que era su obligación, y, cuando se quedó viuda, pasó el resto de sus días llorándole. ¿Es eso lo que me estás aconsejando que haga?

Sonrió Noelia a pesar suyo.

—En absoluto. Afortunadamente tu marido goza de buena salud y que yo sepa no es un mujeriego, pero me parece que lo prudente es que esperes a que consiga lo que probablemente ha deseado toda su vida. Si después mantiene la misma actitud, estás en tu derecho de adoptar la decisión oportuna, ¿no te parece?

—Sí, puede que sí —admitió Valeria dubitativamente.

—¿Ah! Y otra cosa. No vuelvas a hablar con ese Dan Anaya ni a quedar con él bajo ninguna circunstancia hasta que hayamos aclarado este asunto.

—Porque te parece sospechoso, ¿verdad? —inquirió Valeria intentando disimular su contrariedad.

—No sé si lo es, pero debes ser precavida y se da la circunstancia de que él se encontraba en todas las ocasiones en el lugar de autos. Podría ser una casualidad, pero por si acaso debes extremar las precauciones.

—Vale— murmuró Valeria, admitiendo a su pesar que la otra tenía razón—. No quedaré con él.

Noelia se había puesto en pie tras su mesa y Valeria la imitó.

—Ya me marchó —le dijo ésta última—. Me parece que te he entretenido demasiado.

—Nada de eso. Es que tengo una reunión con mi jefe, que es muy puntillosa y ya llevo tarde. Llámame si se produce cualquier novedad.

Salió Valeria del despacho y se dirigió hacia la antesala. Por el pasillo la adelantó una muchachita rubia que salió por la puerta siguiente a la de Noelia y que la saludó con un murmullo apenas audible, apretando el paso en la misma dirección que seguía ella. La perdió de vista antes de llegar al vestíbulo, donde la secretaria apenas si levantó la vista del ordenador cuando se despidió de ella, y luego, ya en la escalera, tomó el ascensor. Acababa de salir a la calle de la Princesa cuando sonó su móvil y lo sacó de su bolso con la mente abstraída en la recomendación que le había dado Noelia sobre Dan. ¿Tendría razón la abogada y sería él el culpable de todo lo que le estaba sucediendo?

La posibilidad que había insinuado la otra le produjo una tremenda desazón. Le había considerado su aliado desde aquella madrugada en la que la recogió de la cuneta y había contado con él para salir del aprieto en el que se hallaba. Incluso tuvo que reconocerse a sí misma que la tarde anterior había disfrutado en su compañía hasta el mismo instante en el que la trampa del sótano se había abatido sobre su cabeza.

Pero también podía ser que Dan no hubiera tenido nada que ver con ese incidente y que fuera una víctima más del desalmado que había tratado de encerrarla allí abajo, golpeándole previamente a él en la cabeza, tal y como había alegado éste.

Absorta en barajar en su mente todas las conclusiones posibles, olvidó las precauciones que debía tomar al recibir un mensaje y lo abrió sin reparar en que se lo remitían desde el móvil que le habían robado a ella aquella noche. Leyó de un tirón el único renglón que se destacaba vívidamente en la pantalla iluminada y al no entender su significado volvió a leerlo, aunque en esa segunda ocasión lo vio borroso y con las letras superponiéndose unas a otras:

“Ayer no salió bien, pero no tardaremos en encontrarnos de nuevo”.

Un escalofrío la recorrió entera, cuando cayó en la cuenta de quién se lo enviaba y del sentido de las palabras que bailaban ante sus ojos. ¿Le estaba diciendo su desconocido acosador que no tardaría en repetirse su secuestro o que volvería a encerrarla en un lugar similar al del sótano de la nave de “Las Gavillas”? Revivió la sensación que experimentó cuando se abatió la trampa sobre su cabeza y quedó sumida en la oscuridad sin atreverse a soltar el pate de hierro adosado a la pared por miedo a desorientarse. Angustiada, dirigió una precavida mirada a su alrededor. Había anochecido ya, pero, aunque la calle, iluminada por la luz de las farolas, estaba sumamente concurrida a esas horas, experimentó la sensación de que se encontraba sola en un lugar desierto y de que alguien la observaba oculto desde algún rincón oscuro que no alcanzaba a ver, disponiéndose a saltar sobre ella.

Aterrorizada se giró en redondo y regresó apresuradamente al portal que había dejado atrás y fue a tomar el ascensor. Un hombre con un sombrero calado hasta las cejas y con una poblada barba negra esperaba delante de la cabina a que ésta bajase para subir también en él y retrocedió

unos pasos sobresaltada. ¿Sería el tipo que le había enviado el mensaje? Dentro del ascensor podía hacerle cualquier cosa.

Con el corazón golpeteándole dentro del pecho, echó a correr hacia la escalera y subió los cuatro pisos sin detenerse a tomar aliento. Luego llamó al timbre de la puerta del local donde se ubicaba el bufete y cuando le abrió la secretaria de siempre, la que tenía pinta de duquesa, la empujó para entrar como una exhalación en la antesala, donde la otra la siguió con el ceño fruncido.

—Necesito ver a doña Noelia Villarroel ahora mismo— jadeó.

No le pareció que la secretaria se inmutase. Debía de estar acostumbrada a recibir a toda clase de clientes, porque ni tan siquiera pestañeó.

—Doña Noelia está reunida en estos momentos y no puede recibirla —le dijo en tono monocorde. La observó después con mayor atención y le preguntó—: ¿No acaba de marcharse usted hace un instante? ¿No tenía cita con ella a las siete de esta tarde?

Inspiró aire Valeria para poder responderle:

—Sí, sí, pero es que al llegar a la calle me ha sucedido una cosa horrible. Me ha enviado un mensaje al móvil un hombre que me persigue —le explicó entrecortadamente, agitando ambas manos para hacerle comprender los motivos de su urgencia.

El semblante de Flor no dejó traslucir que le hubiese afectado lo que acababa de oír. Se limitó a repetir:

—Le han enviado un mensaje amenazador, ¿no es eso?

—Sí, sí. ¿Quiere verlo?

Efectuó la secretaria un gesto de asentimiento y Valeria lo recuperó antes de tenderle el aparato que la otra examinó con atención.

—¿A qué mensaje se refiere? —inquirió con el semblante sin expresión.

Le quitó ella ansiosamente el móvil de las manos y al fijar sus ojos en la pantalla la vio en blanco, como en la ocasión anterior. El programa que utilizaba su remitente había eliminado ya el mensaje y se quedó mirando como una estúpida el lugar en el que debería estar con una espantosa sensación de ridículo.

—Se ha borrado— musitó casi sin voz.

—Sí —convino Flor sin inmutarse—. ¿Era ese mensaje lo que quería enseñarle a doña Noelia?

—Sí, pero...

—Puede guardarla en la sala de espera, pero me temo que tardará bastante. También puede llamarla por teléfono dentro de una hora más o menos y referírselo.

Se asió Valeria a la mesa de la otra al sentir que se tambaleaba ligeramente y luego, cuando creyó haber recobrado el equilibrio, hizo intención de dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, la llamaré. Después de todo no iba a poder enseñarle nada. Gracias de todas formas.

—CAPÍTULO XI—

Se lo transmitió Flor a Noelia en cuanto ésta salió una hora más tarde con Miriam del despacho de Daniela. No aparentaban ninguna de las dos sentirse relajadas ni satisfechas después de la larga reunión con la jefe, cuando recalaron en la antesala. Su aspecto respondía más bien al de dos chicas cansadas y abatidas, tras haber recibido un aburrido e innecesario sermón, pero Noelia reaccionó de inmediato en cuanto la secretaria le comunicó el recado que la había encomendado Valeria para ella como si el cansancio que traslucía instantes antes hubiese desaparecido para dejar paso a la inquietud.

—¿Y has visto tú ese mensaje? —se preocupó, cuando la secretaria terminó de referírsele.

Flor meneó cachazudamente y en sentido negativo la cabeza, sin que se le escapara un solo mechón de cabello del moño con el que se lo recogía en la nuca.

—No, la pantalla de su móvil estaba en blanco, pero esa chica estaba muy asustada. Le he dicho que estabas reunida con doña Daniela, pero que podía aguardar en la sala de espera a que salieras de su despacho, aunque lo previsible era que te demoraras bastante, por lo que ha optado por marcharse y por llamarte luego por teléfono. ¿Cómo os ha ido con la jefa?

Frunció Noelia el ceño como si no consiguiera recordar ya las palabras de Daniela. Parecía haberlas pospuesto para cuando el asunto de Valeria le permitiera tomarlas en consideración. Miriam, que a su lado las había escuchado en silencio, se adelantó hacia la otra para referírsele.

—Pues, como siempre, mal. Ha gruñido durante un ratito, quejándose de lo agobiada de trabajo que está, aunque a mí me parece que no da un palo al agua y que pretende que carguemos nosotras dos con todos los asuntos peliagudos. Quiero decir que pretende que sea Noelia la que le saque las castañas del fuego, porque a mí me considera todavía una aprendiz.

—¿Y qué os ha encargado?

A guisa de respuesta le mostraron las dos el fajo de papeles que llevaban bajo el brazo, consistentes en los autos de varios procedimientos judiciales, al tiempo que Noelia hacía intención de continuar camino hacia su despacho.

—Ahora no tengo tiempo de aclarártelo. Tengo que llamar a Valeria para que me cuente lo que le decían en ese mensaje y que marcharme a mi casa a continuación, aunque debería ir con ella a la comisaría a denunciarlo esta misma noche, porque es urgente que la policía se lo tome en serio, pero nos ha invitado mi madre a cenar a Alex y a mí y no puedo faltar. Tolera mal además la impuntualidad, así que tendré que dejarlo para mañana. Supongo que pretende mi madre que fijemos definitivamente la fecha de nuestra boda para ocuparse de la consiguiente parafernalia que conlleva y que a mí me pone los pelos de punta. A ella en cambio, le encanta.

Miriam se la quedó mirando emocionada con sus claros ojos azules.

—¿Al fin has decidido casarte?

Se encogió Noelia evasivamente de hombros.

—Lo han decidido Alex y mi madre, que en ciertos aspectos e incomprensiblemente, se entienden de maravilla. Hace tiempo que él quiere que formalicemos nuestra relación y mi madre teme que, por el mal carácter que opina que tengo, Alex ponga pies en polvorosa cualquier día y me quede para vestir santos. Porque para ella la meta a que deben aspirar todas las mujeres es a pescar un buen marido. Lo que no acabo de entender es por qué cree que el matrimonio es una

especie de atadura para los hombres y que retendrá a Alex a mi lado por los siglos de los siglos, pese a lo cargante que soy.

Dejó escapar una risita al decirlo, pero latía una amargura en sus palabras que no consiguió disimular.

—¿Y por qué considera tu madre que tienes tan mal carácter? —inquirió ingenuamente Miriam, que admiraba ilimitadamente a la otra y no compartía el punto de vista de la progenitora de ésta—. ¿O es que sabe que vives con él desde hace un tiempo, no acaba de parecerle bien y por esa razón está empeñada en que te cases?

—No sabe que vivo con Alex —repuso Noelia riéndose al recordarlo—. Alguna vez se ha presentado en casa sin avisar y al encontrárselo en nuestro piso, que, por cierto, es propiedad de él y no mío, ha manifestado su extrañeza. Tanta, que ha tenido que inventarse él que había salido yo un momento y que estaba él en la sala de estar esperando a que volviera. Esa es una de las razones por la que tiene prisa en que celebremos la boda.

—¿Y cuáles son las otras razones? —inquirió Flor con guasa, ya que las conocía sobradamente.

Esbozó la otra un gesto evasivo.

—Pues como ya las sabes, no te las voy a repetir. A él no le parece que tenga mal carácter, sino todo lo contrario. Hasta le hace gracia lo histérica que me pongo la víspera de la Vista de los juicios en los que tengo que defender casos indefendibles. Reconozco que se me alteran bastante los nervios el día anterior, que duermo mal esa noche y que me levanto de la cama al alba, con lo que llego al juzgado de turno antes de que abran las puertas del edificio, pero no lo puedo evitar.

Corearon con risas las otras dos su aclaración, al tiempo que hacía nuevamente Noelia intento de dirigirse hacia su despacho, pero se detuvo un instante para comentarle a las otras dos:

—El caso es que no me voy a quedar tranquila esta noche yendo a esa cena. Lo que debería hacer es ir a la comisaría con Valeria antes de que a esa chica pueda pasarle algo que sea irremediable. Tiene que abrir nuevamente la policía la investigación de los hechos que denunció, ahora que podemos probar que son ciertos. Si esta noche le sucediera algo no podría perdonármelo, no sé cómo mi madre no lo entiende.

—Porque también los abogados tienen derecho a una vida propia y da por hecho tu madre que también lo tienen a casarse y a asistir a reuniones familiares —replicó Flor, que como les llevaba muchos años a las otras dos adoptaba a menudo el papel de sus progenitoras—. Tu cliente habrá llegado ya a su casa y estará con su marido, que puede acompañarla a la comisaría. Tú no eres imprescindible y para acompañar a una persona a presentar una denuncia vale cualquiera.

—En eso tienes razón —convino ella—. Pero en este caso su marido solo se preocupa de estudiar los temas de su oposición a cátedra y no es consciente del peligro que corre su mujer, que no es precisamente baladí. Puede que nos equivoquemos las dos y que lo único que pretenda el tipo que la acosa sea abusar de ella, pero...

—¿Y te parece poco? —la interrumpió Miriam horrorizada.

—No, claro que no me parece poco, me parece una atrocidad, pero peor sería que además fuese un asesino de los que agreden sexualmente a las chicas a las que consigue secuestrar y después las matan.

Dio Miriam un respingo, observándola con los ojos agrandados por el sobresalto de lo que acababa de escuchar.

—¿Qué espanto! ¿Crees puede ser el caso de esa chica?

—No lo sé. No tiene mucho sentido lo que le está sucediendo. Lo tendría, si cuando se despertó en aquella habitación de la nave donde la encerraron, se hubiera encontrado a ese tipo a

su lado en el colchón en el que había estado durmiendo. ¿Pero para qué la llevaría hasta allí drogada y la encerraría en ese antro, marchándose a continuación sin hacerle nada?

—¿Y estás segura de que no le había hecho nada? —inquirió la secretaria, tan preocupada como Miriam.

—Eso dijo el forense después de reconocerla. Pero lo más grave es que repitió ayer la misma intentona. Volvió Valeria a esa nave con un muchacho al que considera su aliado y estuvieron a punto de encerrarla otra vez en el sótano de la misma nave.

—¿Otra vez? —se alarmó Miriam.

—Sí.

—¿Y quién fue? ¿Ese muchacho que cree ella que es su amigo?

—No lo sé y Valeria tampoco está muy segura, aunque se inclina por considerar que ese amigo es inocente por completo. Le cerraron la trampilla de ese sótano sobre la cabeza cuando había bajado ya y como no tiene cerrojo le colocaron encima unos trillos para que no pudiera levantarla.

—¿Y qué es un trillo? —quiso saber la secretaria, que ignoraba todo lo referente a los aperos de labranza.

Se lo explicó Miriam, que había vivido la mayor parte de su vida en un pueblo agrícola y por consiguiente estaba muy ducha en las labores campestres.

—Es una herramienta destinada a separar el trigo de la paja. Un tablero, que pesa bastante, y que suele estar ensamblado por varios listones de unos cinco centímetros. ¿Y cómo consiguió salir?

—Afortunadamente es una chica muy deportista. Sale a correr todas las mañanas y acude también a diario a un gimnasio, así que está en forma, aunque por su aspecto encajaría más bien en la pasarela de un desfile de modelos. Se colgó de la escalerilla de bajada al sótano con las manos y alzó la trampilla con los pies.

—¡Qué bárbara! —musitó Miriam admirada—. Yo no hubiera podido.

—Ni yo —reconoció Noelia, que pasaba la mayor parte de las horas sentada detrás de una mesa de despacho y echaba en falta disponer del tiempo necesario para poder imitarla—. Lo que se me escapa es el motivo por el que ese desconocido intenta encerrarla una y otra vez y luego se larga.

—A lo mejor pretende matarla de hambre —consideró Miriam mesándose dubitativamente su rubia melena.

—Pero eso no tiene sentido —objetó Noelia incrédulamente—. Se trataría entonces de un chalado y de un maniático y, aunque no conozco a los que participaron con ella en aquella fiesta ni a los dos hermanos que son dueños de la finca colindante con la de la nave, no me ha parecido que ninguno de los posibles sospechosos dé con ese perfil.

—Pero acabas de reconocer que no los conoces. Cabe dentro de lo posible, ¿no crees?

—No lo sé. Lo que sé es que, en lugar de hacer lo que opino que es mi obligación, que es acompañarla a la comisaría y convencer al comisario de que uno de sus agentes la vigile sin perder un segundo en más averiguaciones, tendré que pasar las próximas horas organizando un festejo en casa de mis padres que no guarda punto de contacto con el tipo de boda que a mí me gustaría celebrar.

—Ya— murmuró Flor con retintín—. A ti te gustaría casarte en lo alto de un monte y en una ermita románica.

—Sí, pero no me importaría que la ermita fuera gótica o incluso plateresca —la corrigió en su mismo tono irónico—. En cualquiera de esos casos, a mi madre le daría un patatús si me empeñara en prescindir de los convencionalismos que ella considera obligados y que yo no

soporto.

—Pues dale gusto por una vez —le aconsejó Miriam—. Yo lo voy a hacer con la mía y me voy a casar en mi pueblo, donde con seguridad a la salida de la iglesia nos engancharán al coche una ristra de latas para que hagamos ruido cuando arranquemos y recorramos las calles, porque es la costumbre. Y lo peor es que querrán los mozos darnos una serenata por la noche. Solo hay un hotel y lo habitual es que nos estén dando la murga hasta el amanecer.

—¿Y lo vas a consentir? —se indignó Noelia, sorprendida de que la otra pudiera ser tan dócil.

—¿Y qué quieres que haga? A Adrián tampoco le hace ninguna gracia y me ha sugerido que nos casemos aquí, en Madrid, pero mis padres se llevarían un disgusto.

—Pues entonces reservad habitación en un hotel que esté muy lejos de tu pueblo y mantened en secreto su paradero —le aconsejó Flor sin poder disimular la risa.

—Pues sí, es una buena idea —reconoció la muchacha, imaginando la decepción de los muchachos del pueblo, invitados a la boda, al no poder celebrar el acostumbrado ritual.

No tardó sin embargo en olvidarse de ese evento para concentrarse en otro asunto más urgente. Tras unos segundos de vacilación se decidió a insinuarle a Noelia lo que estaba pensando.

—Oye, creo que tienes razón y que no deberías esperar a mañana para denunciar en la comisaría el mensaje que acaba de recibir esa chica y para pedir a la policía que la proteja. Se me acaba de ocurrir que podría acompañarla yo ahora mismo. Así podrás cenar tranquilamente con tu familia sin cargo de conciencia alguno. Yo tampoco me perdonaría si por desentenderme de ella e irme a cenar con Adrián, con el que he quedado esta noche, le sucediera algo. ¿Qué te parece?

Lo consideró Noelia y terminó por esbozar un gesto negativo.

—Pero es mi cliente, no la tuya— objetó—. Y Adrián no tiene por qué pagar el pato.

—Eso no importa. Otras veces me has echado una mano tú y él lo entenderá, porque solo tendremos que retrasar la cena una media hora.

El agraciado semblante de Noelia se iluminó.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco. Ven conmigo a mi despacho y te apuntaré los hechos más relevantes que tiene que comprobar la policía y que denunciemos en su día. Tanto la puerta de la habitación en la que la encerraron como el colchón sobre el que estuvo durmiendo están en el sótano de ese silo. No tienen más que bajar para verificar que lo que les refirió es cierto. Que es cierto que la encerraron en la habitación de la planta superior de esa nave, que volvieron a intentarlo ayer, aunque esta vez en el sótano y que acaba de recibir un mensaje en su móvil bastante amenazador. ¿Te acordarás de todo?

—Sí, pero lo apuntaré —repuso Miriam empujándola por la espalda hacia su despacho, donde la introdujo, y siguió obligándola a caminar delante de ella hasta que la dejó sentada tras su mesa—. Escíbeme los hechos que denunció y márchate tranquila a organizar tu boda para la que me compraré un vestido precioso, que de la policía me ocuparé yo. Imagino que el tuyo será blanco y largo hasta el suelo y supongo también que llevarás un velo en la cabeza, ¿no?

—Sí, estoy segura de que mi madre ya lo habrá elegido —repuso Noelia de malhumor, cogiendo un folio del montón de papeles que tenía sobre el tablero donde apuntó los datos que su amiga debía conocer—. No dejes de llamarme al móvil cuando Valeria y tú salgáis de la comisaría para comunicarme las medidas que la policía va a tomar. Comprenderás que estoy bastante intranquila.

—Claro, pero te repito que no debes preocuparte, porque puedes contar conmigo para todo. Vamos a llamar ahora mismo a tu cliente y dile que me recoja aquí, en el portal, dentro de media hora. Porque tiene coche, ¿verdad?

—Sí, sí. Le explicaré también que eres una chica jovencita con el pelo rubio y los ojos azules.

Ella tiene un Toyota Yaris azul y es de mi edad, bastante estilizada, con el pelo castaño y los ojos color ámbar. Suerte y no olvides llamarme —le dijo a modo de despedida.

Desde la puerta del despacho y ya con la mano en el pomo se volvió hacia ella:

—Y gracias Miriam, no sé qué haría sin ti.

Salió luego apresuradamente del piso y ya en la calle tomó el Metro para dirigirse a su casa, donde encontró a Alex que en el dormitorio se había vestido ya con un traje gris oscuro y se estaba anudando la corbata frente al espejo.

—Por fin apareces —le dijo él, dirigiéndose a la imagen que veía reflejada en la pulida superficie de aquél—. Si no te das prisa llegaremos tarde y tu madre nos dedicará un sermón. Mejor dicho, te lo dedicará a ti, porque a mí me considera el yerno perfecto.

Lo decía en broma, pero era muy cierto lo que acababa de comentar, porque no parecía que María Luisa se hubiera repuesto todavía de la sorpresa de que su hija primogénita, tan desordenada y tan carente de habilidades domésticas, hubiera pescado a un hombre tan responsable y tan atractivo como Alex, que además de ser alto y guapo era un médico muy considerado. Al notar que no le hacía gracia a Noelia lo que acababa de decir, se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Has tenido algún problema en el despacho con la bruja de tu jefe?

Se había encaminado Noelia hacia el armario empotrado y, mientras extraía de él un traje negro con la falda recta, repuso:

—A Daniela no la computo como problema. Nos ha recitado a Miriam y a mí uno de sus rollos, pero creo que ni siquiera la he escuchado. Me preocupa en cambio una cliente que tengo, que parece que está siendo acosada por un indeseable y con la que debería ir esta noche a la comisaría donde presentó la denuncia hace unos días para conseguir que reabran la investigación, ya que la archivaron por lo que consideraron falta de pruebas. Se ha ofrecido Miriam a ir en mi lugar acompañándola, pero a pesar de todo no me he quedado tranquila.

Se le acercó Alex por la espalda para subirle la cremallera del vestido y le dijo en tono suave:

—¿Te estás refiriendo a esa chica que, después de asistir a una fiesta, se despertó en un granero abandonado en mitad del campo?

—Sí, ya te lo conté. La policía archivó su denuncia y ha recibido un mensaje en su móvil del tipo que la secuestró en el que le decía que piensa repetir el intento.

—Y hubieras querido volver con ella a la comisaría esta misma noche para insistir en el caso y pedir protección para ella —continuó él que la conocía tan bien que parecía adivinar sus pensamientos antes de que Noelia los expusiera.

—Efectivamente.

—Pero a causa de la cena de tu madre, le has tenido que pedir a Miriam que te haga ese favor.

—Sí.

—Pues entonces tranquilízate y hazte a la idea de que no eres insustituible. Aunque es muy joven, Miriam es una chica competente y muy capaz y tu madre no entendería que le falláramos esta noche. Está entusiasmada organizando nuestra boda y yo... bueno, yo también.

—¿Tú también estás entusiasmado? —se engalló Noelia, volviéndose hacia él para mirarle de frente—. Creía que habíamos quedado tú y yo en que queríamos celebrarla en la más estricta intimidad y a ser posible en una ermita perdida en los Picos de Europa. ¿Ya se te ha olvidado?

Había levantado el tono de la voz como siempre que salía el tema y Alex se apresuró a intentar tranquilizarla.

—Claro que no se me ha olvidado, pero tu madre no se repondría fácilmente del disgusto y a

fin de cuentas a ti y a mí nos da lo mismo. Lo importante es que finalmente nos casemos. Podemos ceder en esa cuestión, aunque solo sea por una vez.

—¿Por una vez? —se enfadó Noelia—. Con mi madre he tenido que ceder siempre desde el día en que nació, porque ella vive en otra época en la que las mujeres hacían ganchillo y corrían detrás de sus maridos para ponerles las zapatillas. No entiende que sea yo abogado y que trabaje, porque, en su opinión, debo casarme para que un hombre me mantenga. ¿Por qué no puedo tener yo una profesión? ¿Quieres decírmelo?

Se estaba calzando unos zapatos de tacón alto y Alex se dirigía ya hacia la puerta del dormitorio con la intención de buscar su abrigo en el gabanero del vestíbulo, pero se detuvo con la mano en el picaporte para repetir con la mente en otra parte:

—Eso, ¿por qué no puedes tenerla?

—¿Pero quieres escucharme? —se impacientó ella—. Me da la impresión de que lo único que te importa a ti es que pasemos por el altar y que te da igual la forma en la que celebremos la ceremonia y no estoy dispuesta a transigir con las bobadas de mi madre. Ni damas de honor, ni pajes que nos lleven los anillos ni pétalos de rosa con los que nos apedreen los invitados. ¿Está claro?

—Clarísimo— murmuró él disimulando las ganas de reír, imaginando el enfrentamiento que no tardaría en producirse entre su futura suegra y Noelia—. Pero por si te interesa a ti, te diré que yo también estoy cansado de fingir cuando aparece en nuestro piso alguien de tu familia que vivo en otra casa y que estoy en ésta por casualidad. No quiero volver a salir escondiéndome por la puerta de la cocina y aguantar en el bar de enfrente hasta que se marchen tus parientes. Creo que tengo razón.

Habían salido los dos al pasillo y caminaban hacia el vestíbulo, donde se pusieron sus respectivos abrigos. Mientras se abrochaba los botones, pensó ella que debería dársela.

—Sí, sí la tienes. Perdona, pero es que estoy un poco desquiciada con el asunto de Valeria. Espero que esta noche me apoyes en todo lo que diga y que no dejes que mi madre se salga con la suya. A ti te considera una especie de oráculo y se avendrá a las objeciones que le pongas. Siento mucho en este momento que mis dos hermanas rompieran con sus novios, porque si mi madre estuviera entretenida en organizar sus bodas no estaría tan obsesionada con la nuestra.

—Y en ese caso tú la demorarías todo lo posible y yo seguiría teniendo que escaparme por la puerta de la cocina cuando se presentara en casa sin avisar— masculló él por lo bajo.

—¿Decías algo? —le preguntó Noelia, mientras, ya en el descansillo de la escalera, cerraba Alex con llave la puerta del piso—. No te he entendido.

—No, nada. No decía nada —repuso él empujándola dentro del ascensor.

Esa noche María Luisa les recibió con una amplia sonrisa cuando llamaron al timbre y les abrió. Se parecía extraordinariamente a su hija y conservaba una silueta esbelta que realzaba el traje de encaje de color burdeos que llevaba. Le gustaba vestir elegantemente aún en las ocasiones en las que se trataba tan solo de una reunión familiar como la de aquella noche y les precedió hacia el salón donde ya se encontraba su marido sentado en una butaca con un periódico que dejó caer sobre sus rodillas y las dos hermanas gemelas de Noelia, rubias e idénticas. Faltaba Honorio, que era periodista y que no había podido asistir por motivos de trabajo.

Se acomodaron los recién llegados en el sofá, bajo el ventanal, que a esas horas tenía las cortinas corridas y María Luisa lo hizo enfrente, acercando hacia ellos una butaca. Las dos gemelas les habían recibido también con expresivas muestras de júbilo. Sonsoles tomó asiento en el otro sillón y Clara lo hizo en el brazo de este.

No esperó María Luisa a comunicarles lo que ella consideraba una gran noticia.

—Debería dejarlo para después y decíroslo cuando tomáramos el postre —les comentó emocionada—, pero no soy capaz de callármelo durante tanto tiempo, así que os lo comunicaré ahora mismo. Lo he conseguido.

Pestañeó Noelia recelosamente.

—¿Qué es lo que has conseguido?

—La iglesia. No es nada sencillo celebrar una boda en los Jerónimos y durante el último mes he estado persiguiendo al párroco, que esta mañana ha accedido por fin a mis requerimientos. Os casáis el próximo veintiocho de junio, a las siete de la tarde en esa iglesia. ¿Qué os parece?

Si esperaba una explosión de júbilo por parte de Noelia se equivocó. Fueron sin embargo las gemelas las que manifestaron su satisfacción aplaudiendo y también Alex, que la envolvió en una sonrisa resplandeciente.

—Magnífico, me parece magnífico— dijo como si efectivamente se lo pareciese. Probablemente rememoraba sus escapadas por la puerta de la cocina cuando se presentaba su suegra en el piso sin avisar y cualquier ceremonia le parecía de su agrado con tal de adquirir el derecho a la que la familia de Noelia considerase que, por estar casado con ella, habitaba realmente en la casa en la que vivía y que era suya. Luego le hizo un disimulado guiño a Noelia para que tomase parte en el alborozo general.

—Bien, muy bien —articuló ésta al fin—. Faltan tres meses, ¿no?

—Sí, claro —afirmó María Luisa—. Tenemos el tiempo justo para organizar todos los preparativos. He hecho ya la lista de los invitados e incluso he visto un traje de novia que te quedaría de maravilla.

—Nosotras la hemos acompañado a la tienda —continuó Sonsoles, que de las dos gemelas era la que solía llevar la voz cantante—. Y sí, estarás preciosa con ese vestido. Probablemente tendrán que estrechártelo un poco en la cintura, pero poco más. Nosotras dos podemos ir contigo cualquier sábado, porque ya sabes que entre semana trabajamos.

Las gemelas habían ganado al fin la oposición que preparaban y a Clara la habían destinado a un instituto en Carabanchel y a Sonsoles a otro en Coslada, con la consecuencia de que habían tenido que separarse por primera vez durante las horas que daban clase, pero continuaban tan unidas como siempre y en cuanto terminaban su jornada laboral se reunían sin perder un segundo en casa de sus padres con los que continuaban viviendo.

—¿Y esa lista de invitados que has hecho? ¿A quiénes has incluido? —le preguntó recelosamente Noelia a su madre, temiendo lo peor.

—Pues ya sabes, a nuestros parientes, a los de Alex, a nuestros amigos... En total, unos doscientos.

La había escuchado ella con la cabeza ladeada y un rizado mechón de cabello resbalándole sobre el frente, que para calmar su irritación se apresuró a enrollar en un dedo.

—¿Y los amigos de Alex y los míos? ¿Has tenido en cuenta a nuestros amigos?

Dejó escapar María Luisa un cansado suspiro.

—Bueno... sí, claro, los incluiremos también. ¿A cuántos amigos queréis invitar? Sería conveniente que se lo dijeras a tu jefe.

Estuvo a punto Noelia de ahogarse de indignación.

—¿A Daniela? ¿Por qué habría de querer invitar a Daniela que es una prepotente y una tirana?

—Porque es la costumbre, hija —repuso pacientemente su madre— Es una deferencia que hay que respetar.

—Pues en esta ocasión pienso saltármela —replicó ella intentando controlar su irritación. E incongruentemente añadió—: Ella tampoco me invitó a la suya.

—¿Es que Daniela Rivero está casada? —se interesó María Luisa pestañeando sorprendida.

—Está divorciada. Ahora vive con un hombre muy agradable, que conocí cuando sufrió aquel accidente de tráfico que estuvo a punto de costarle la vida.

—¿Y trabajabas ya en su despacho cuando se casó? —quiso saber Clara, inclinándose hacia ella desde el brazo del sillón en el que estaba sentada.

—No, claro que no. Cuando entré en su bufete ya se había divorciado y convivía con el hombre estupendo que ahora es su pareja.

—¿Cómo entonces iba a haberte invitado a su boda? —adujo Sonsoles con lo que consideraba de una lógica aplastante—. Y aunque sea una antipática y una estirada, ¿qué más te da que vaya a la tuya? Entre tanto invitado no la vas a ver.

Lo que acababa de decir la chica era muy cierto, pero no por ello consiguió levantarle el ánimo a Noelia. Su madre acababa de proponerles que pasaran a cenar al comedor y siguió a sus hermanas, que, al contrario que ella, parecían encantadas con el evento que se avecinaba. Fue Sonsoles la que, cuando estaban ya tomando el postre, le dio la noticia.

—Aún no te lo hemos dicho, porque queríamos que fuera una sorpresa— empezó a comunicarle con su bonito semblante arbolado por la emoción.

—¿Qué es lo que no me habéis dicho?

—Que Clara y yo vamos a ser tus damas de honor. Vamos a ir vestidas iguales, con un traje largo de color rosa, y vamos a llevarte la cola del tuyo para que no la arrastres por las escaleras de la iglesia y luego por el pasillo que lleva hasta el altar ¿No es fantástico?

Le costó entenderlo a Noelia. Se quedó mirando a su hermana con los labios entreabiertos y sin parpadear.

—¿Qué vais a ser mis damas de honor?

—Sí, ¿no es estupendo? —la coreó Clara.

—Pero... pero eso es una costumbre americana— protestó.

—¿Y qué? Es una costumbre bonita— siguió Sonsoles— Luego saldremos de la iglesia detrás de vosotros dos y los invitados nos tirarán arroz

—¿Arroz? —repitió espantada en tono interrogante.

—O pétalos de rosa —alegó Clara, advirtiendo que a su hermana no le había hecho gracia lo que acababa de comunicarle su inseparable gemela— ¿Prefieres pétalos de rosa?

Se adelantó Alex a la contestación que iba a darles Noelia y replicó sonriente:

—Preferimos los pétalos de rosa a que nos apedreen con el arroz. ¿Habéis pensado también dónde lo vamos a celebrar? A nosotros nos gustaría hacerlo en el claustro de la iglesia. Un cóctel ligerito en el que aguantaremos como mucho una hora y a continuación saldremos a escape hacia los Picos de Europa.

—¿Hacia los Picos de Europa y a escape? —se lamentó Clara decepcionada—. ¿No sería mejor celebrarlo en un hotel, con baile después de la cena?

—Sería mucho mejor —convino Sonsoles.

—Opino lo mismo —apostilló María Luisa—. Además, ¿por qué tenéis que marcharos a escape a ninguna parte? Podéis dormir en Madrid, en la casa en la que vive Noelia y que va a ser el domicilio de los dos y salir de viaje al día siguiente.

—O al otro— murmuró fúnebremente Noelia disimulando su malhumor.

—O al otro, sí —aprobó su madre—. Así podréis aprovechar el día siguiente al de vuestra boda para hacerle una visita a la tía Gertrudis. La pobre es muy mayor y no podrá asistir al evento. Tiempo tendréis para viajar.

Estuvo a punto Noelia de dejar escapar un bufido, pero logró contenerse y replicó:

—Es que yo solo tengo quince días de licencia por matrimonio.

—Y yo —corroboró Alex.

—¿Quince días? —se sorprendió María Luisa que no se lo había podido imaginar.

—Sí, el dieciséis tengo que volver al despacho a trabajar.

—Y yo que presentarme en el hospital— dijo Alex.

—¡Ah! —musitó consternada María Luisa—. No había pensado en eso. Pero supongo que, si le planteáis a vuestros respectivos jefes que os den un permiso más largo, aunque sea sin sueldo, os lo concederán.

Consiguió Noelia esbozar un gesto evasivo, no sin antes retorcerse frenéticamente el rizo de la frente.

—Lo dudo, pero, además, ¿cómo íbamos a poder pagar ese bodorrio que nos habéis organizado, con doscientos y pico invitados, si pedimos un mes sin sueldo?

—Si necesitáis ayuda económica...— insinuó su padre con pocos bríos.

—En absoluto —replicó Alex en el acto.

No llegó a intervenir María Luisa, porque en ese preciso instante sonó el móvil de Noelia y ésta se apresuró a atender la llamada. Era Miriam y por el tono de su voz parecía inquieta.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Noelia—. ¿Os ha atendido el comisario?

—Sí, sí.

—¿Y qué?

—Pues... creo que he estado convincente y Valeria también, porque estaba muy asustada. El caso es que el comisario ha decidido enviar a dos policías a inspeccionar la nave de las Gavillas. Recordaba que se trataba de un granero abandonado, sin puerta, o con la puerta colgando de sus goznes, en la que ya habían estado anteriormente y de la que se desconocía quién era su propietario. Le he explicado también que tenían que bajar al sótano por una trampilla que se encontraba bajo el hueco de la escalera.

—¿Y qué?

—Que me ha parecido que se interesaba por el tema y nos ha dicho que nos sentáramos en un banco que había enfrente del mostrador donde había un policía jovencito, a esperar a que los dos policías regresaran.

—¿Y qué ha pasado?

—Que han tardado más de una hora en volver a aparecer. Han subido a hablar con el comisario y luego nos han acompañado al despacho de éste.

—¿Y qué os ha dicho el comisario?

—Pues... yo diría que miraba a Valeria como si creyera que era una histérica que se imaginaba cosas que no existían. El caso es que nos ha dicho que los dos policías habían bajado al sótano y que allí abajo no había ninguna puerta. Ni con un agujero practicado como mirilla, ni sin él. Que tampoco había ningún colchón. Que en el sótano no había nada, más que alguna rata que otra. Nos ha aconsejado que nos tranquilizáramos y que visitáramos a un médico que nos mandara algún ansiolítico. En resumen, que ha sacado la conclusión de que toda la historia nos la habíamos inventado.

Se apartó durante un segundo Noelia el aparato del oído para mirarlo incrédulamente.

—Así que no os ha creído.

—No.

—¿Y no le has comentado el mensaje que ha recibido en el móvil?

—Sí, pero ya sabes que su remitente lo había eliminado pocos segundos después de que lo recibiera. El comisario le ha pedido el aparato a Valeria y se lo ha devuelto luego sin decir

palabra.

—¿Y no le has sugerido que hablara con los hermanos Anaya? Ellos han sido testigos de que tanto la puerta auténtica como el colchón estaban en el sótano ayer.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Luego oyó nuevamente la voz de Miriam, que ahora denotaba cierta inseguridad.

—Pues no, no se me ha ocurrido ni a Valeria tampoco. Está muy asustada y no sé qué podemos hacer. Es una lástima que no hayas podido venir con nosotras.

—Probablemente el resultado hubiera sido el mismo— murmuró Noelia con pocos bríos, aunque en su interior se dijo que ella hubiera conseguido hacerse creer por el comisario—. Está bien, no te preocupes. Gracias de todos modos y mañana trataremos de buscar una solución. Creo que es urgente que contrate un guardaespaldas. Hasta mañana.

Cortó la llamada y notó fijos en su rostro los ojos de todos los presentes. El semblante de su madre expresaba cierta decepción.

—¿Mañana? —le preguntó—. El caso es que yo había hecho otros planes. ¿No podrías salir de tu trabajo algo más temprano por la tarde? Había quedado con la dueña de la tienda en la que he visto el traje de novia en que quizás mañana pasaríamos las dos para que lo vieras. ¿No te sería posible?

Notó ella la mano de Alex bajo la mesa oprimiéndole la suya y consiguió contestarle en tono normal:

—Pues me temo que no, que mañana no va a poder ser. Quizás el próximo sábado.

—CAPÍTULO XII—

—Ha llegado el detective que contrataste —le comunicó Flor a Noelia por el teléfono interior — ¿Te lo paso?

Parpadeó soñolienta con el auricular en la mano. La noche anterior se había alargado demasiado la velada y se habían marchado tarde Alex y ella de la casa de sus padres y había tenido que madrugar como de costumbre para presentarse puntualmente en el despacho, pero cuando consiguió asimilar lo que la secretaria le decía se apresuró a aceptar.

—Sí, sí, dile que pase.

Instantes más tarde Flor le abrió la puerta de la habitación para permitirle entrar a un hombre bajito, con grandes entradas en la frente, que vestía un deslucido traje gris que parecía estarle grande y que tomó asiento frente a ella, colocando una abultada carpetilla azul sobre la mesa. Le conocía Noelia desde tiempo atrás, ya que acostumbraban a contratarle en el bufete para que les aportara información en los asuntos de divorcio que llevaban, por lo que se saludaron como si fuesen viejos amigos.

—¿Qué me traes, Fermín? —le preguntó ella, yendo directamente al grano—. ¿Has averiguado algo?

Le sonrió el aludido mostrando unos dientes desiguales.

—Por supuesto que sí —repuso con cierta suficiencia que contrastaba con su aspecto y con la pobre personalidad que aparentaba—. He averiguado lo que me pediste. La identidad del tipo que llevó a esa chica al silo de la finca que se llama “Las Gavillas” y que la encerró en la única habitación que está en la planta superior y sobre la puerta de entrada.

Como por encanto, se despertó en el acto Noelia y se acodó sobre la mesa para inclinarse hacia él con sus ojos oscuros muy abiertos.

—¿Lo has averiguado?

—Sí, ya te he dicho que sí.

—¿Y quién fue?

—Un amigo íntimo del marido de la novia, con el que fue al instituto. Uno de los que participaron en la fiesta de despedida de solteros de ella y de Ricardo Fonseca.

—Sí, pero ¿quién fue? —le interrumpió impaciente.

—Se llama Juan Olmedo Vargas. Tiene treinta y cinco años y, como los restantes miembros de ese grupo, es un viva la virgen sin oficio ni beneficio. Un hijo de papá rico, que vive a su costa sin dar palo al agua y de juerga en juerga. Vive con una chica que se llama Carmen y que pretende ser pianista, aunque también es hija de un empresario muy pudiente y tampoco hace nada útil, más que de divertirse. En la tarjeta de él figura que dirige la clínica de cirugía plástica de su progenitor, pero solo aparece por allí a fin de mes a cobrar—. Se interrumpió para acariciarse socarronamente el cogote y añadir—: Bueno, también en la fiesta de Año Nuevo que celebran en los locales de la clínica.

—Así que fue Juan...— murmuró Noelia como para sí—. El amigo de Ricardo que no se levantó de la butaca por el dolor que le producía un cálculo que tenía en el riñón. Le dijo a los demás que se marchaba a su casa cuando los demás decidieron acabar la fiesta en un bar, en La pianola. Lo que en realidad hizo fue llevarse a Valeria a “Las Gavillas”— Levantó la mirada

hacia Fermín para insistir—: ¿Qué más sabes?

—Que no tenía antecedentes penales, pero sí policiales.

—Ya— murmuró ella—. ¿Había sido detenido anteriormente por haber abusado o intentado abusar de otra chica?

—Sí, en más de una ocasión, pero en todas ellas el juez archivó el caso por falta de pruebas y le mandó a su casa sin cargos.

—¿Y cómo has averiguado que fue él el que secuestró a Valeria esa noche?

—Porque, como puedes suponer, me he acercado a rastrear el lugar de los hechos. A esa finca yerma en la que hay un granero semi en ruinas. Había llovido la noche de la fiesta y la marca de los neumáticos de su coche puede verse aún en el barro junto a la puerta de entrada de la nave, que, por cierto, huele a demonios. La utilizaban sus propietarios para almacenar el trigo y la paja que vendían para pasto de caballos y aún queda dentro un pestilente montón de la que recolectaron, junto con unas oxidadas herramientas de labranza. Se sube a la habitación de arriba por una escalera metálica que amenaza con derrumbarse en cualquier momento. Esa habitación está completamente vacía y la ventana tiene reja, pero curiosamente no tiene polvo. Está limpia.

—¿Limpia? —repitió extrañada Noelia en tono interrogante.

—Sí, como si hubieran fregado el suelo recientemente, lo que contrasta con la planta de abajo que está hecha un asco.

Al oírle, sintió ella la acuciante necesidad de enrollarse en un dedo el rizo que le resbalaba sobre la frente para calmar su inquietud. Luego murmuró como para sí misma:

— Lo que me pregunto...

—¿Qué es lo que te preguntas?

—Me pregunto por qué se marchó Juan dejándola encerrada en esa habitación, si su intención al llevarla allí era otra.

Fermín se encogió de hombros.

—Quizás le impidió abusar de ella el dolor que le producía ese cálculo. No lo sé, pero sí sé que no regresó después, aunque sí lo hizo el conductor de otro vehículo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque vi que las rodadas de este último se superponían a las del primero. ¿Y a que no adivinas lo más curioso de todo?

—No, dímelo tú.

—Que ese segundo automóvil no pertenece a ninguno de los que participaron en la fiesta. Puede que se trate de una persona que no tenga nada que ver con esos juerguistas, lo que complica bastante su identificación.

¿Otra persona? —se preguntó a sí misma Noelia en voz alta.

—Sí.

Había dado por hecho que ese tal Juan Olmedo la había dejado drogada dentro de la nave, se había marchado para tomarse un analgésico potente y que había vuelto después a consumir su hazaña, comprobando entonces que el pájaro había volado, pero acababa de decirle Fermín que no había sido él el que había regresado después ni ninguno de los asistentes a la fiesta.

—La verdad es que esa chica ha demostrado poseer mucho valor —consideró Fermín.

—Y estar en perfecta forma física —añadió Noelia sonriendo a su pesar. Recobró inmediatamente la seriedad para manifestar dubitativamente—: Pues sigo sin entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No entiendo cómo pudo ese tipo echarle a Valeria en la copa de cava la pastilla con la que la drogó. Valeria me ha asegurado que él no se levantó de la butaca en toda la noche y que

tampoco se le acercó en ningún momento.

Esbozó Fermín un gesto evasivo.

—A eso no puedo contestarte, pero estoy seguro de que fue él el que la llevó a “Las Gavillas”. Vive con su pareja en un chalet de El Viso y había dejado aparcado su coche en la calle, por lo que pude comprobar que coincidían las rodadas de sus neumáticos con las que dejó frente al portón de la nave. Los neumáticos aún estaban embarrados—. Tomó la carpetilla que había dejado sobre la mesa de ella y le preguntó—: ¿Quieres ver una foto de él?

—¿Pero es que le has tomado una foto?

—Naturalmente. ¿Quieres verla?

—Desde luego.

Abrió Fermín la carpetilla y extrajo un trozo de cartulina que le tendió. Analizó Noelia con curiosidad al joven que podía verse en ella, apoyado junto a la portezuela delantera de un Porsche blanco. De mediana estatura, delgado, con la piel muy atezada y el cabello negro y rizado, del mismo color que los ojos. Podría pasar por un marroquí.

—¿Puedo quedármela? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Es que quiero enseñársela a Valeria para que sepa quién es el hombre que la acosa y para que lleve cuidado— Pasó una mano por su ensortijada melena y murmuró—: Si es que es él, claro, porque lo que me acabas de decir del segundo coche me ha descolocado bastante.

Fermín tomó de la mesa la carpetilla azul que había depositado poco antes sobre el tablero y rebuscó algo en su interior.

—Aún no he terminado de contártelo todo. Voy a enseñarte ahora la foto de dos hermanos que son propietarios de la finca colindante a “Las Gavillas”. Se llaman Simeón y Dan Anaya.

Le tendía otra cartulina que Noelia cogió, sin entender donde quería ir a parar el detective. En ella podía verse a dos jóvenes junto a una yegua y a un potrito que se arrimaba a su madre como si buscara protección. Los dos se parecían mucho, pero el más bajo era de mediana estatura, aunque muy robusto. Hubiera podido considerársele guapo si no fuera por su expresión amargada, como si estuviera de vuelta de todo. Su mirada era recelosa y huraña y parecía mirar a la cámara como si se aprestara a agredir al fotógrafo. El otro, por el contrario, de mucha mayor estatura, aparecía sonriente con un brazo sobre el cuello de la yegua, mostrando unos dientes perfectamente alineados. Un mechón de cabello castaño le resbalaba sobre la frente de un rostro atractivo que traslucía optimismo.

Los examinó Noelia en silencio y luego le comentó a Fermín:

—Sí. Ya me ha hablado mi cliente de ellos. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Que también les he estado investigando —repuso él, guardando nuevamente las fotografías en la carpetilla.

—¿Y qué has averiguado?

—Que hay algo raro en su pasado. Me refiero al mayor de los dos, al más bajo. Al parecer tuvo una novia durante muchos años, que le dejó, cuando él pretendió que se casaran. Una chica que vivía con sus padres en una finca próxima a la de los Anaya y a la que conocían desde que eran niños.

—Sí, ¿y qué?

—Que lo extraño fue que la chica desapareció un mes antes de la boda sin que hasta la fecha haya dado señales de vida. De esto hace cosa de un año. Sus padres denunciaron el hecho y la policía detuvo a Simeón Anaya como sospechoso, pero no pudo probarse nada, porque su hermano Dan le proporcionó una coartada. Declaró en el juicio que los dos habían estado de viaje

por el extranjero, concretamente en Francia, cuando la chica desapareció. Declaró que habían ido en coche, conduciendo él, y aportó los justificantes de las gasolineras donde repostó y las facturas del hotel en el que se alojaron, así que el juez decretó su libertad sin cargos y la cosa no llegó a juicio. Desde entonces vive como un ermitaño en una finca que se llama “Los Abedules”, que linda con “Las Gavillas”.

—Ya— murmuró Noelia—. ¿Y crees que esa coartada era falsa?

Se encogió Fermín de hombros.

—No lo sé. El juez la dio por buena, aunque el dueño del hotel donde se alojaron era amigo íntimo del hermano, de Dan. Habían ido juntos al colegio y mantenían esa amistad. El caso es que la policía comprobó que la chica había estado al menos unos minutos en esa habitación de la planta superior del granero, donde al parecer encerraron a tu cliente, porque hallaron en esa estancia restos biológicos de ella.

—¿A qué te refieres?

—A que por lo visto vomitó allí.

—¿Y solamente encontraron eso?

—Nada más. En ese granero se perdió su rastro.

Pasó Noelia a enrollarse otro rizo con inquietud creciente.

—Lo que me has contado puede tener varias explicaciones, ya que esa muchacha vivía por las inmediaciones. Pudo refugiarse allí momentáneamente de una tormenta o subir a inspeccionarla por curiosidad. Es posible incluso que buscara un lugar apartado en el que encontrarse con su novio fuera de la vista de los demás y en todas esas circunstancias cabe que le hubiera sentado mal lo que hubiera comido. Pero dime —le preguntó con los ojos entrecerrados para concentrarse mejor— ¿En qué condiciones se hallaba la puerta de esa habitación cuando la chica desapareció? ¿Se podía cerrar? ¿Tenía cerradura?

Meneó Fermín afirmativamente la cabeza.

—Sí, sí la tenía. Por lo que he podido averiguar, el estado en el que se encontraba la habitación y su puerta no guardaba punto de contacto con la planta de abajo, la que se utilizaba como silo, que estaba semi en ruinas.

—O sea, que es posible que a esa muchacha la encerraran allí— murmuró ella sin apartar la mirada del semblante del detective—. Y que después... prefiero no imaginar lo que pudo pasarle después —terminó, reprimiendo un escalofrío—. ¿Qué opinas tú?

—Nada, como tú, prefiero no imaginármelo— Hizo un gesto vago y añadió—: Comprobé también las rodadas de los neumáticos de los hermanos Anaya en las proximidades del granero, que denotaban que se habían acercado últimamente por ese lugar en varias ocasiones. Yo de ti aconsejaría a tu cliente que no se fiara de esos dos hermanos.

Hizo Noelia un ademán de asentimiento.

—Es una chica valiente, pero está asustada y no sin motivo. Yo también estoy asustada.

—¿Tú? —se rio Fermín— Sería la primera vez. ¿De qué tienes miedo?

Intentó Noelia precisarlo, pero terminó por reconocer que no podía basarse en nada concreto.

—No lo sé. Tengo el presentimiento de que algo está a punto de sucederle a Valeria y de que ni ella ni yo vamos a poder impedirlo.

—¡Bah! —rezongó él—. Me parece que confías poco en mí. Cuando termine de realizar mi investigación, sabré quién es el culpable y podrás denunciarle como autor de una agresión sexual.

Dejó escapar ella una risita sarcástica.

—Estás equivocado. Ni siquiera podría acusársele de ese delito en grado de tentativa. Si acaso de secuestro y no prosperaría la denuncia porque no podríamos probarlo. Pero te repito que

tengo miedo.

—CAPÍTULO XIII—

De espaldas a sus alumnos, estaba copiando Valeria en la pizarra del aula el texto de latín que deberían traducir, cuando sonó un mensaje en su móvil. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón y experimentó tal sobresalto que tuvo que agarrarse al respaldo de la silla en la que había estado sentada minutos antes para recuperar el equilibrio. Como la asignatura de latín producía verdadero tedio en sus alumnos y la escuchaban semi adormilados, ninguno se dio cuenta de que a su profesora se le había caído al suelo la tiza con la que escribía en el encerado instantes antes y de que había palidecido ostensiblemente mientras se llevaba una mano que temblaba al lugar en el que llevaba el aparato.

No le pareció bien a Valeria interrumpir su explicación para abrir el mensaje delante de los chicos. Aunque con los nervios en tensión, se limitó a comprobar de una ojeada quién se lo enviaba y cuando vio en la pantalla que se trataba de Miriam y no de su desconocido acosador, lo apagó con un suspiro de alivio, posponiendo su lectura para cuando finalizase la clase. La media hora que aún debería transcurrir para que terminase su jornada laboral se le hizo eterna. Supuso que Miriam habría hablado con Noelia, que habrían estado considerando las posibilidades a seguir y que tendrían que comunicarle algo importante. Probablemente se habría puesto en contacto ésta última con la policía y la habría convencido de que corría ella un riesgo inminente. O quizás pretendiera Miriam poner en su conocimiento que habían contratado ya un guardaespaldas que la protegiera del indeseable que le enviaba mensajes amenazadores que se borraban a los pocos segundos sin dejar rastro. Le supondría un esfuerzo económico, pero merecería sobradamente la pena, porque ya había podido comprobar la noche anterior que en el presente no podía contar con Horacio.

Al llegar a su casa después de haber dejado a Miriam en la suya, le había encontrado en su despacho y cuando consiguió referirle apresuradamente y de un tirón para que no la interrumpiera lo que le había sucedido en el sótano del granero, solo había tenido como respuesta una mirada vacua e impaciente por parte de él.

—¿Y por qué has vuelto a esa nave y con un desconocido? —le había preguntado con el tono con el que un adulto regañara a un niño díscolo e inoportuno—. Te dije que presentaras una denuncia ante la policía, no que pretendieras hacer averiguaciones por tu cuenta. Sin duda se trata de un bromista, pero creo que merece un escarmiento. Yo no tengo tiempo ahora de acompañarte a ninguna parte, pero has sido siempre autosuficiente y te agradecería que demostraras en estos momentos que lo sigues siendo. Sabes que para mí es muy importante conseguir esa cátedra. Y, por cierto, tengo que darte la noticia. Acaba de publicarse la convocatoria, así que es inminente el comienzo de las pruebas selectivas, por lo que no puedo perder ni un segundo. Cuando todo esto pase...

Se lo decía como si el anuncio de esa oposición fuera lo más trascendente que pudiera sucederles a los dos y sin parangón alguno con el aterrador percance que había sufrido ella, por lo que se había quedado sin habla, preguntándose qué habría visto en él cuando ambos eran estudiantes. Cuando ganara la oposición que le tenía absorto y absolutamente concentrado y considerara que había llegado el momento de prestarle atención, era más que posible que ya no estuviera ella en este mundo o que hubiera sufrido una espantosa experiencia que hubiera

cambiado por completo su existencia, se dijo, pero no parecía ser capaz Horacio de plantearse tal cosa o, lo que era peor, le dio la impresión de que, si se viera obligado a optar entre su cátedra y ella, por amenazada que estuviera, se inclinaría por su cátedra.

Rememoró esa escena en su mente, hasta en sus menores detalles, mientras volvía a garrapatear en la pizarra el texto latino que sus aburridos alumnos deberían traducir, contando los minutos que aún faltaban para que sonara el timbre que indicaba que la clase había terminado. Le pareció volver a ver el gesto de cansancio de Horacio, de fastidio, durante el escaso lapso de tiempo que invirtió ella en explicarse y la posterior inclinación de sus hombros cuando volvió a acodarse sobre la mesa en la que estudiaba, como si le hubiera hecho perder Valeria un tiempo precioso. No se había atrevido ella a insistir. Había retrocedido marcha atrás hasta alcanzar la puerta del despacho y había salido silenciosamente a la escalera para bajar un tramo de puntillas y no molestarle.

Pese a que la entrevista con él había transcurrido en un soplo, le había dejado un sabor amargo. ¿Pero por qué algunos minutos transcurrirían tan rápidos y otros tan lentos, como los que estaba viviendo en ese instante?, se preguntó con una disimulada mirada a su reloj. ¿No se dejaría oír nunca el timbrado que esperaba y que le permitiría despedir a los chicos y leer el mensaje de Miriam?

Al fin sonó y por paradójico que pudiera parecer no lo calificó de ríspido y de desagradable como otras veces, sino al contrario. Con un suspiro de alivio se volvió hacia sus alumnos, que con nuevos bríos recogían ya sus papeles para guardarlos en sus mochilas y marcharse a sus casas a continuación. Cuando el último salió al pasillo y se quedó sola en el aula, extrajo apresuradamente el móvil del bolsillo y leyó lo que Miriam le comunicaba:

“He vuelto esta tarde con la policía a “Las Gavillas” y hemos encontrado bajo el hueco de la escalera del granero la puerta de la habitación en la que te encerraron. Quieren que firmes el atestado y que les expliques sobre el terreno lo que pasó, así que ven inmediatamente. Te esperamos.”

Releyó el mensaje sin querérselo creer. ¿Cómo habría conseguido Miriam convencerles para que volvieran con ella al granero y lo inspeccionaran nuevamente, pese a que la tarde anterior no habían encontrado nada?

Al asimilar el contenido de la misiva estuvo a punto de dar saltos de alegría. Al fin habían dado con la dichosa puerta. Al fin podría contar con que la policía la protegiera con lo que no necesitaría molestar más a Horacio, al que le demostraría que seguía siendo autosuficiente y sobradamente capaz de resolver sola sus problemas. Le había repetido a menudo él durante los años que llevaban casados que era la cualidad de ella que más valoraba, pero en ese momento se preguntó si lo que cabía interpretar de sus palabras no sería que lo que apreciaba en grado sumo era que le dejase en paz. Que prescindiera de él, tanto en sus diversiones como en las situaciones difíciles. Que viviera su vida y le dejara a él vivir la suya.

La conclusión a la que llegó enturbió la alegría que había experimentado al leer el mensaje de Miriam, pero no tardó en reaccionar. La policía y la chica la estaban esperando y con su automóvil, que tenía aparcado en la zona de estacionamiento del colegio, llegaría en unos minutos a reunirse con ellos, por lo que no debería perder un instante.

Recogió sus libros, los metió en su maletín y salió apresuradamente del aula apagando la luz a continuación. No eran más que las siete de la tarde, pero en el mes de marzo anocheceía pronto y cuando salió del edificio las sombras del crepúsculo se habían adueñado ya del ajardinado entorno que lo rodeaba y soplaban un viento helado que dispersó su melena en todas direcciones. La proximidad de la primavera debería haberse dejado notar ya, pero el medio natural que envolvía el colegio parecía seguir anclado en la estación invernal sin manifestación alguna del cambio que no tardaría en producirse dentro de unos días.

A paso rápido se encaminó hacia el aparcamiento ubicado junto a la fachada posterior del edificio con la vaga sensación de que la estaban vigilando. Su clase de latín era la más tardía que se impartía en el colegio y el resto de los profesores se habían marchado bastante rato antes, por lo que pensó que por el estado desbocado de sus nervios creía notar lo que solo existía en su imaginación. Estaba sola, se dijo. No la acechaba ningún indeseable escondido tras alguno de los árboles del parque y no corría ya ningún peligro, porque la policía la había creído al fin.

Para luchar contra el frío que se le calaba hasta los huesos, se abotonó hasta el cuello el chaquetón que vestía y se puso los guantes que llevaba en el bolso, pero aun así no consiguió entrar en calor. Una ráfaga de viento más fuerte le arrojó el cabello sobre los ojos y la obligó a tambalearse, por lo que terminó por echar a correr hacia su Yaris azul, cuya puerta abrió desde lejos con el mando.

No era su coche el único que se hallaba en el aparcamiento. Pese a la hora que era y que ya deberían haberse marchado todos los profesores del colegio, había otro automóvil a su lado. Un Nissan negro que sin saber por qué le resultó extrañamente familiar, por lo que se preguntó dónde lo había visto anteriormente. Conocía la mayor parte de los vehículos de los profesores y de los empleados del colegio y no recordaba que ninguno de ellos poseyese ese Nissan, pero no le dio al asunto la menor importancia. Lo único trascendente era no demorarse y llegar a tiempo a “Las Gavillas” para reconstruir ante la policía lo que le había ocurrido allí la noche de la despedida de soltera de Margarita.

Le lloraban los ojos de frío cuando se introdujo en su automóvil y puso la llave en el contacto, por lo que se limpió las lágrimas con el dorso de la mano enguantada, encendió las luces y luego arrancó el motor, tomando el empedrado sendero que discurría entre dos arriates del jardín y que conducía a la carretera, solitaria a esas horas. Fue al salir a la autovía cuando por el espejo retrovisor vio que la seguía un coche. Sus faros la deslumbraron por un instante, pero cuando ambos vehículos tomaron la misma dirección, a la luz de las farolas que orillaban la carretera vio que se trataba del Nissan que se hallaba en el aparcamiento del colegio al lado de su coche. No consiguió sin embargo distinguir el rostro del conductor, al que debería conocer, pero estaba demasiado concentrada en la idea de llegar cuanto antes a “Las Gavillas” a reunirse con Miriam y con la policía para advertir que ese vehículo la seguía a una prudente distancia y que cuando tomó la desviación que conducía a esa finca y a la de los hermanos Anaya su conductor hizo lo mismo.

Lo perdió de vista al doblar la primera curva del camino que llevaba directamente a “Las Gavillas” y cuando dejó atrás la última y distinguió a lo lejos la arruinada construcción que aparecía aún en sus pesadillas, lo olvidó por completo. Se destacaba en negro contra un oscuro firmamento, pero no vio ningún automóvil frente a lo que había sido en su día el portón de la fachada delantera del silo. Ni el de la policía ni el que pertenecería a Miriam, por lo que se preguntó si no habrían estacionado ambos junto a la fachada posterior y por esa razón no estaban a la vista. Pensó que habrían entrado por la puerta de atrás, tan oxidada y herrumbrosa como la que había sido la principal y que se encontrarían dentro esperándola, por lo que bordeó la nave con su coche y estacionó este frente a la puerta de la fachada posterior. Bajó luego precipitadamente del

vehículo temiendo haberles hecho esperar demasiado.

Fue al poner el pie en el suelo cuando la soledad del lugar la impresionó. El silencio era absoluto si se exceptuaba el sonido del viento arremolinado que silbaba en derredor suyo y que la zarandeó mientras recorría los escasos metros que la separaban de la puerta. Estuvo a punto de perder el equilibrio cuando otra racha de aire se abatió sobre ella arrojándole el cabello sobre los ojos y adhiriéndole los pantalones a las piernas como si quisiera impedirle que continuara caminando. Con los dedos se peinó hacia atrás los mechones que le habían resbalado hasta las cejas y aprovechando unos segundos en los que amainó el vendaval corrió hacia la puerta que, como siempre, pendía entreabierta sobre sus goznes, inclinada sobre sí misma y oxidada por la humedad y por el abandono de muchos años.

Al alcanzarla y traspasar el umbral, la oscuridad del lugar y el silencio que reinaba en el interior la obligó a detenerse y a escudriñar las tinieblas. ¿Dónde estaba la policía? Deberían verse al menos las luces de las linternas que hubieran llevado los agentes, que aclararían algo las tinieblas y debería oírse el rumor de su conversación, pero solo podía percibirse en el interior de la nave el murmullo de las ráfagas de aire que penetraban por las ventanas sin cristales y que se paseaban dentro susurrando algo que le erizó el vello de los brazos.

Asustada, extrajo su móvil del bolso y utilizó su aplicación como linterna, paseando en derredor el haz de luz. Junto a la pared que quedaba a su izquierda y apoyados en el muro distinguió los dos trillos con los que había sido atrancada la trampa del sótano la tarde anterior. Los habían apilado nuevamente en esa esquina, y sobre ellos vio una hoz, un rastrillo y otros aperos de labranza. Frente a ella observó la puerta delantera, entreabierta y desplomada sobre sí misma, y en el centro de la nave la escalera metálica que llevaba a la habitación de la planta superior, pero a ningún ser humano.

Y de pronto, y con un nervioso escalofrío, cayó en la cuenta. ¿Cómo sabía que el mensaje que había recibido citándola en la nave en la que se hallaba se lo había enviado Miriam? Lo había creído así porque era su nombre el que podía verse encabezando la pantalla, pero cualquiera podía haberlo apañado de esa forma para engañarla. Y en ese caso...

Se giró en redondo intentando traspasar las tinieblas con los ojos a la escasa claridad que penetraba por la puerta por la que había entrado instantes antes. Luego se volvió hacia la delantera y la enfocó con el haz de luz de su móvil. Entonces fue cuando le vio. Una silueta masculina que se perfilaba en negro en el umbral contra un firmamento del mismo color, cuyo rostro no llegaba a distinguir, aunque la inclinación de sus hombros y la postura de su cuerpo le pareció conocida. Aterrada, se llevó una mano enguantada a la boca para no gritar.

Avanzó él dos pasos y retrocedió Valeria otros dos hacia la puerta del fondo, con una vaga sensación de irrealidad. De haber vivido en sueños una situación parecida a la que estaba padeciendo, de la que siempre se despertaba a tiempo sudando de miedo. Pero no estaba dormida. Lo que le estaba sucediendo era real.

Lo importante era escapar del granero y llegar a su coche antes de que el desconocido la alcanzara, pensó. Aunque de mediana estatura y de complexión poco robusta, avanzaba hacia ella agresivamente y ella no tenía con qué defenderse. Lo único que podía hacer era echar a correr hacia su automóvil.

Lo intentó. Se dio medio vuelta y como una exhalación y a la carrera se dirigió hacia la puerta de atrás, pero no habría recorrido más que un par de metros cuando se sintió agarrada por el chaquetón por el recién llegado. No podía verle, pero le oyó jadear ostensiblemente cuando la arrojó al suelo de un empujón. Se cayó Valeria boca abajo sobre un montón de paja que olía a rancio y que rezumaba humedad, pero él le dio la vuelta y se tumbó encima intentando levantarle

el chaquetón, al que le arrancó los botones y una manga. Pesaba su agresor como un plomo, pero alzar una barra de pesas era un ejercicio que a diario realizaba Valeria en el gimnasio, por lo que, levantando ambas piernas, se lo quitó de encima obligándole a rodar a su lado, segundo que aprovechó para ponerse en pie y atizarle un tremendo patadón en el estómago.

Luego intentó de nuevo echar a correr hacia la puerta, pero se sintió agarrada por un tobillo, con lo que trastabilló y aterrizó en el suelo de rodillas levantando una nube de paja a su alrededor. A duras penas consiguió ponerse a gatas y apartarse un par de metros, pero él se le echó encima tirándola de nuevo al suelo de espaldas y la inmovilizó con su cuerpo al tiempo que luchaba con la cremallera de su pantalón. El botón que lo cerraba en la cintura salió también volando por los aires y oyó entre jadeos el crujido de la tela que acababa él de desgarrar, a la par que conseguía ella semi incorporarse y descargarle un puñetazo en la nariz con el que momentáneamente le dejó traspuesto, por lo que, de un empujón, le hizo caerse de espaldas a él sobre lo que debía ser más paja. Le dolían a Valeria las rodillas y el costado, pero con un tremendo esfuerzo logró ponerse de pie y trató de escapar corriendo hacia la puerta del fondo.

No llegó a avanzar más de un par de metros. También él había conseguido levantarse y le cortó el paso en esa dirección, por lo que corrió ahora ella hacia el rincón en el que se hallaban los aperos de labranza y cuando estaba a punto de alcanzar uno de los trillos sintió que la agarraba él por lo que quedaba de su pantalón impidiéndole continuar la carrera y tirándola nuevamente al suelo de espaldas e inmovilizándole los brazos.

Como una fiera y con las piernas, intentó patearle Valeria cuando se le tumbó encima. Apenas podía verle en la semi oscuridad del granero, pero le oía jadear sobre ella, y dificultosamente consiguió liberar su brazo derecho. Lo echó hacia atrás dispuesta a repetir el puñetazo que le había atizado poco antes, pero su mano tocó entonces algo que había detrás, apoyado en la pared. Lo que quedaba del palo de un rastrillo de labranza que se había partido y que consiguió asir con su mano y levantarlo, blandiéndolo delante de él, para terminar clavándole los pinchos en el cuello. Se incorporó él y durante una décima de segundo se quedó inmóvil, con las dos manos en la herida que había recibido, antes de desplomarse definitivamente al suelo.

Se quedó Valeria inmóvil, con el rastrillo en alto, esperando a que se levantara y a que arremetiera nuevamente contra ella y luego se puso en pie con un tremendo esfuerzo. El pantalón, sin el botón que lo sujetaba a la cintura y con la cremallera abierta, se le cayó hasta los tobillos, pero ni siquiera se dio cuenta. Ni tampoco oyó el motor de un coche que se aproximaba ni de que segundos más tarde entraba en la nave y por la puerta principal otra silueta masculina, portando una linterna.

Fue al sentirle aproximarse cuando reaccionó y enarboló nuevamente el rastrillo, dispuesta a arremeter ahora contra el recién llegado. Reconoció su voz cuando se dirigió a ella:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Era Simeón, pero no parecía que su intención fuera atacarla también, sino al contrario. Se hizo cargo inmediatamente de la situación y no sin cierta rudeza le quitó el rastrillo de las manos.

—Deja esto ¿Y quién es este tipo?

Se había puesto en cuclillas al lado del hombre que la había atacado y le tomaba el pulso en la muñeca. Luego levantó hacia ella unos ojos en los que podía leerse claramente la preocupación.

—Está muerto. ¿Le has matado tú con el rastrillo?

Había enfocado él con la linterna al hombre que estaba en el suelo y pudo ver Valeria el reguero de sangre que manaba de su cuello.

—¿Está muerto? —repitió ella en tono interrogante, con un hilo de voz.

—Sí, ¿te había agredido?

Lo preguntó por preguntar, porque el aspecto de Valeria no podía ser más lamentable, con los pantalones en los tobillos, el chaquetón con los botones arrancados, la melena revuelta y toda su ropa llena de polvo y de paja.

—Sí.

—¿Conocías a este hombre?

—No lo sé.

Le había enfocado Simeón el rostro con la linterna y reconoció ella a Juan, el amigo de Ricardo que en la fiesta de despedida había permanecido sentado toda la noche, por el dolor que decía que le estaba produciendo un cálculo en el riñón.

—Sí... sí..., me estaba acosando —consiguió articular ella entre dos hipidos—. Creo que fue él el que me trajo aquí drogada aquella noche y me encerró en la habitación de arriba.

—¿El que se marchó dejándote aquí la madrugada en la que te encontró mi hermano en la carretera?

Se secó Valeria las lágrimas de un manotazo e hizo un esfuerzo por recuperar su voz que parecía habersele perdido en algún lugar de la garganta.

—Supongo que sí— dedujo, con un esfuerzo por hilar el curso de sus pensamientos.

Sentía la cabeza hueca, como si se le hubiera quedado vacía y no acabara de entender dónde estaba ni a qué obedecía el dolor que sentía en todo el cuerpo.

—Tenemos que llamar a la policía —le dijo él sin expresión— ¿Cómo te encuentras tú?

¿Cómo se iba a encontrar?, se preguntó a sí misma pensando que la cuestión que acababa de formularle no podía ser más estúpida. Estaba exhausta, deshecha, con una sensación de irrealidad absoluta y con unas ganas de llorar inmensas. ¿Cómo quería que se encontrara?

Aturdida, se miró las manos. De los guantes que llevaba puestos le chorreaba la sangre de Juan y Simeón se los quitó con la misma brusquedad con la que le había quitado antes el rastrillo y se alejó con ellos hacia la letrina. Oyó ella seguidamente el sonido del agua al caer, pero no lo relacionó con el motivo por el que el otro los había arrojado por el sumidero. Ni con nada. La mente se le había paralizado y como en una foto fija seguía viendo la silueta de Juan en el umbral de la nave, perfilándose en trazos negros contra la oscuridad del firmamento, aunque no hubiera sabido responder si se lo hubieran preguntado quien era él ni por qué estaba ella allí.

También le preguntó la policía cómo estaba, cuando se presentó una media hora más tarde. Eso y cómo había sucedido todo, pero no recordaba haberles contestado ni una sola palabra inteligible. Había ido a sentarse en el primer peldaño de la escalera y solo fue capaz de pedirles que telefonaran a Noelia, cuando uno de los agentes le hizo saber que podía efectuar una llamada. ¿Estaba casada? ¿Quería avisar a su marido?

Por supuesto que no, que no quería ver en ese momento su expresión de sorpresa, de absoluta incompreensión. Creía recordar que había balbuceado que solo quería ver a su abogado y que incluso le había referido incoherentemente al policía algo sobre los temas de la oposición de Horacio. Luego había visto sin ver a los agentes y a Simeón recorriendo la nave con sus linternas y más tarde al juez de guardia, que se presentó después de que le avisaran, con el secretario judicial y el forense, y que procedió al levantamiento del cadáver. Con una apatía inmensa y con la mente en blanco, reconoció a Noelia cuando, al tiempo que aparecía la funeraria, se inclinó sobre ella para susurrarle al oído:

—Vamos, Valeria. Tienes que ponerte en pie. La policía quiere que prestes declaración en la comisaría. ¿Le has matado tú?

—Sí, creo que sí.

—¿Con ese rastrillo que está lleno de sangre?

—Sí, puede que sí.

—Pues tienes que decirles que te atacó, que le empujaste, que se cayó sobre ese chisme y que no sabes qué fue lo que le pasó porque la nave no tiene luz eléctrica y estabais a oscuras. ¿Me has entendido?

—Sí —repuso como una autómeta.

—Pues repite lo que he dicho.

—Que no sé cómo sucedió.

—Sí, pero tienes que especificar que en ningún momento cogiste ese rastrillo.

—Yo no cogí en ningún momento el rastrillo ni le agredí con él— murmuró obedientemente Valeria— ¿Pero por qué? No es verdad. Lo único que he hecho ha sido defenderme con lo primero que he encontrado a mano. ¿Por qué no puedo decir la verdad?

—Porque no —replicó Noelia—. Haz al pie de la letra lo que te he dicho. Ya te explicaré el motivo.

—CAPÍTULO XIV—

Permitió la Guardia Civil que Noelia la acompañara al hospital donde llevaron a Valeria para que fuera reconocida por un médico, que, después de comprobar que además de un estado de ansiedad solo tenía algunas contusiones, le administró un sedante. Uno de los agentes le comunicó a Noelia que iban a hospitalizar a la chica por esa noche, con un agente en la puerta de su habitación, y que a la mañana siguiente sería conducida a la comandancia, desde donde pasaría a disposición judicial dentro de las setenta y dos horas siguientes. Conocía de sobra Noelia el procedimiento y sabía que era el habitual, pero no por esa razón dejó de protestar.

—Pero mi cliente ha sufrido un espantoso trauma. ¿No ha visto el estado en el que se encuentra? Deberían dejarla que duerma en su casa con su marido y cuando se reponga ya la acompañaré yo a declarar a donde ustedes me digan.

El agente, que era muy jovencito, la envolvió en una mirada de reconvención.

—Esa chica ha matado a un hombre —le dijo en un tono que no admitía réplica— y tiene que permanecer bajo nuestra custodia hasta que le tomemos declaración. No la hemos interrogado aún porque nos lo ha desaconsejado el médico que la ha reconocido, pero, si se encuentra en condiciones, lo haremos mañana a primera hora y con nuestro atestado pasará a declarar ante el juez dentro del plazo preceptivo. Será éste el que decida lo procedente sobre su situación hasta que se vea el juicio. O sea, sobre su prisión provisional o sobre su libertad con cargos, de manera que no insista.

Había hecho intención él de alejarse por el pasillo, pero volvió sobre sus pasos para decirle amablemente:

—No necesita que le recuerde que no puede hablar con ella hasta que le hayamos tomado declaración, así que puede marcharse a su casa que ya la avisaremos oportunamente. Hemos llamado también a su marido, al que le hemos asegurado que su mujer se encuentra bien y que mañana, cerca del mediodía, podrá visitarla en nuestras dependencias....

—Después de que le hayan tomado declaración —terminó con sorna Noelia por él.

—Efectivamente —corroboró el agente sin alterarse—. Su cliente ha matado al hombre que hemos hallado en esa nave. Se lo ha llevado la funeraria al Instituto Anatómico Forense a practicarle la autopsia y nuestro trabajo consiste en averiguar por qué y cómo lo ha hecho. Afortunadamente sabemos cuál es el arma del crimen que ha utilizado.

—¿Se refiere al rastrillo que estaba tirado en el suelo?

—Sí, el apercote que estaba manchado de sangre. Nuestros agentes de criminalística determinarán si hay huellas de su cliente en el mango.

—¿Y si no las hay?

Enarcó él las cejas, quizás preguntándose si existiría esa posibilidad.

—No sabemos con seguridad si ha sido ella la que le ha matado —reconoció con aire circunspecto— aunque es lo más probable. También hemos detenido al hombre que estaba con esa chica cuando hemos llegado. El que nos ha llamado por teléfono. A él le han llevado mis compañeros al calabozo, así que no se queje. Su cliente va a dormir en la cama de un hospital esta noche, mientras que ese hombre la va a pasar bastante más incómodo.

—¿Se refiere a Simeón Anaya?

—Sí, creo que se llama así.

—¿Y por qué no le han tomado declaración ya y le han dejado que se marche a continuación?
El hombre levantó una mano efectuando un ademán de ignorancia.

—No lo sé, pero supongo que porque mis compañeros se encuentran aún en el lugar del crimen reconociéndolo y tomando fotografías, por lo que no han tenido tiempo. Es posible que estuvieran de acuerdo ese hombre y su cliente para matar a la víctima, por lo que de momento no podemos dejarle libre. Pero hágame caso. Márchese a su casa y espere a que la llamemos mañana. No adelanta nada paseándose por el pasillo de este hospital como un alma en pena.

—No adelanto nada, no —admitió ella—. Pero le recuerdo que tengo que estar presente también cuando le tomen declaración al hombre que han detenido.

—¿También es su cliente? —se sorprendió el agente.

—Pues... —vaciló perceptiblemente ella—. Pues digamos que sí. No me conoce, pero dígame de mi parte que estoy dispuesta a hacerme cargo de su defensa, si lo estima conveniente.

—De acuerdo, se lo diré. Y ahora le agradecería que nos dejara hacer nuestro trabajo. Ya le he dicho que la llamaremos para que se persone en la comandancia en cuanto el médico que la ha reconocido nos autorice a llevárnosla. Necesito, eso sí, que nos dé el número de teléfono de su móvil.

Se lo facilitó Noelia y luego se marchó a su casa sumamente preocupada. Alex veía un partido de fútbol en la televisión en la sala de estar y no advirtió en un primer momento lo que traslucía su semblante cuando entró en la estancia, por lo que le comunicó sin apartar los ojos de la pantalla:

—Ha llamado tu hermana Sonsoles. Me ha dicho que has quedado con tu madre, con Clara y con ella mañana, que es sábado, en la tienda de la que te hablaron para que veas el traje de novia. Están disfrutando de lo lindo las tres con los preparativos de nuestra boda.

Al no oírla efectuar el menor comentario, desvió la mirada del televisor para fijarla en su rostro y, al ver su expresión, se disculpó creyendo ser el culpable de su malhumor.

—Lo siento. Sé que no es la clase de boda que querías y que he dejado que tus hermanas y tu madre la organicen a su gusto. Pero lo importante es que al fin nos casemos, no la forma en la que la llevemos a cabo. ¿No te parece?

Se encogió Noelia de hombros y se dejó caer en un sillón enfrente de él.

—Sí tú lo dices... —masculló ácidamente.

La observó Alex en silencio y luego se inclinó hacia ella con el semblante ensombrecido.

—Aún estamos a tiempo— murmuró— Si para ti es tan importante que nos demos el sí quiero en una ermita románica y en pantalones vaqueros, se lo explicaré yo a tu madre, porque a mí me da igual. Incluso preferiría esa ropa a vestirme de pingüino, porque estaría mucho más cómodo. A tu madre le daríamos un disgusto, pero, después de todo, los contrayentes somos nosotros dos y tenemos derecho a hacer los disparates que se nos ocurran. Supongo que ella en su día elegiría el lugar y los pormenores de la ceremonia con la que se casó y por supuesto ahora nos toca a nosotros decidir cómo queremos hacer la nuestra.

Volvió a encogerse ella desganadamente de hombros.

—También lo creo yo, pero en este momento ese tema me tiene sin cuidado.

Enarcó Alex las cejas, analizando su expresión y dolido por su comentario.

—¿Te tiene sin cuidado nuestra boda?

—Ya te he dicho que, en este momento, sí. ¿Te acuerdas de esa cliente mía que se despertó una madrugada en una nave abandonada en mitad del campo, sin saber cómo había llegado hasta allí?

—¿La que había asistido a una fiesta donde probablemente la drogaron? —le preguntó él haciendo un esfuerzo por traerlo a la memoria.

—Sí.

—Pues sí, sí me acuerdo. ¿Qué es lo que le ha ocurrido?

—Que esta tarde ha vuelto a esa nave, no sé aún a qué, porque todavía no he podido hablar con ella.

—Sí, ¿y qué?

—Que ha debido de encontrarse allí con uno de los amigos que participaron en la fiesta de despedida de Margarita, uno que se llamaba Juan. Probablemente el que aquella noche la drogó, y hoy ha intentado agredirla sexualmente. Ella se ha defendido a patadas y como ha podido y cuando él ha pretendido acorralarla contra la pared ha dado ella con un rastrillo de labranza, que probablemente llevaba allí tirado años, y se lo ha clavado en el cuello a ese tipo, cuando se ha abalanzado sobre ella.

—¿Y le ha matado?

—Sí.

Se había quedado Alex mirándola sin pestañear y cuando asimiló lo que le estaba refiriendo hizo un ademán de asentimiento.

—Bueno, sí, legítima defensa, ¿no?

Dejó escapar Noelia una risita sarcástica.

—Efectivamente debería conceptuarse así, pero lo más gracioso es que rara vez la estiman los tribunales como una circunstancia eximente de la culpabilidad, sino únicamente como atenuante.

—Eso quiere decir...— empezó a aventurar Alex.

—Quiere decir que, como es doctrina consolidada que para que se aprecie legítima defensa el medio con el que se ha defendido el autor del homicidio tiene que ser proporcional al del ataque de la víctima, y Juan había utilizado solamente sus manos para atacarla, el fiscal pedirá para Valeria una pena de cinco años y que indemnice a los herederos de él.

Con la cabeza ladeada, esbozó Alex un gesto de incompreensión, como si no acabara de entenderlo.

—¿Por haber utilizado un rastrillo, que estaba tirado por allí, para repeler la agresión de él?

—Eso es.

—Pero eso es absurdo.

—Sí, sí lo es. Cualquier persona que se encontrara en la situación en la que se hallaba Valeria hubiera intentado defenderse con lo que hubiera encontrado a mano. Con una piedra, con un ladrillo, con el rastrillo o con cualquier otro apero que estuviera tirado por el suelo. Es difícil además que en esos momentos pudiera evaluar si lo que utilizaba como arma era proporcional o no a los medios de que se valía él, que en este caso era la fuerza bruta. No creo que nadie, cuando es atacado, sea capaz de mantener la mente tan fría como para calibrarlo. Y ya ves el resultado. Valeria está detenida. Vengo del hospital al que la han llevado y donde pasará la noche, con un agente en la puerta de la habitación para que no se escape.

—Y mañana la trasladarán a la comisaría.

—A la comandancia de la Guardia Civil en este caso. Allí le tomarán declaración en mi presencia y dentro de setenta y dos horas como máximo la pasarán a disposición judicial.

—Donde volverán a tomarle declaración, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Y después?

—Después, lo más probable es que el juez decrete su libertad con cargos y que dentro de un tiempo se vea el juicio.

—En el que le caerán cinco años de cárcel por haberse defendido de ese tipo con un rastrillo

en lugar de haberle dado un puñetazo— masculló Alex confundido— Pues sigue pareciéndome absurdo. Podría entenderlo si tu cliente hubiera ido a buscar a ese hombre premeditadamente con una pistola y le hubiera descerrajado un tiro, pero si se lo ha encontrado allí y ha echado mano de ese rastrillo... La mayoría de las mujeres tienen menos fuerza que los hombres, por lo que dudo que a tortas hubiera conseguido esa chica reducir a su agresor. Creo que los tribunales deberían tenerlo en cuenta.

—Pues no la suelen tener, cuando el resultado es la muerte del atacante —replicó Noelia desalentada—. Recuerdo un caso que nos planteó el catedrático en la facultad para que debatiéramos sobre él y que me impactó. Estoy hablando de un caso real.

—Sí, ¿qué fue lo que pasó?

—Que un desalmado intentó agredir sexualmente a una chica en mitad del campo y que, cuando estaba consumando el delito, la mano de ella dio con una piedra, con la que le atizó a él un golpe en la cabeza y le mató.

—Sí, ¿y qué?

—Que a ella la condenaron como autora de un homicidio en el que concurría la eximente incompleta de legítima defensa a cinco años de cárcel.

—Pero entonces...— intentó objetar Alex.

—Hubiera sido distinto si con la piedra le hubiera dado ella en la rodilla o en el estómago —continuó Noelia sombríamente—. En ese caso el juzgador hubiera apreciado únicamente un delito de lesiones, pero en la postura en la que se hallaba la chica le hubiera resultado bastante difícil elegir el lugar del cuerpo de él en el que atizarle la pedrada.

—Sí, claro —convino Alex— ¿Y no lo tuvo en cuenta el tribunal?

—No.

—¿Y por qué a cinco años? —trató de precisar él—. Me parecen muchos.

—Porque al aplicar la legítima defensa como una atenuante, se rebaja en un grado la pena correspondiente al homicidio, que es de cinco a diez años.

Se acarició Alex pensativamente una mejilla.

—Pues pobre Valeria. ¿Y qué vas a hacer ahora?

Intentó ella sonreír, pero su gesto no pasó de ser una mueca.

—¿Que qué voy a hacer? La voy a defender, claro. Solo faltaría que para evitar ser condenada por un delito de homicidio hubiera tenido que dejarse violar. Es completamente absurdo.

—Completamente absurdo —corroboró Alex.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Noelia fue comprobar que su móvil estaba operativo y que no había recibido ninguna llamada que no hubiese oído mientras dormía. Imaginando como se sentiría Valeria, a la que ya se la habrían llevado del hospital a un calabozo de la comandancia, pasó la mañana recorriendo el piso como un león enjaulado y sin intercambiar palabra con Alex, que prudentemente trató de quitarse de en medio y se encerró en su despacho. No tuvo noticias de la Guardia Civil hasta las seis de la tarde, hora en la que tenía los nervios de punta y en la que se estaba arreglando para reunirse con su madre y con sus hermanas en la tienda en la que vendían el traje de novia que a éstas les había gustado. Reconoció la voz del agente jovencito en la que oyó a través del hilo telefónico en cuanto se precipitó a atender la llamada.

—¿Doña Noelia Villarroel?

—Sí, soy yo.

—La llamo para avisarla de que vamos a tomarle declaración a doña Valeria Salgado y a don Simeón Anaya dentro de una media hora. Si no puede venir, llamaremos al Colegio de Abogados para que nos envíen uno de oficio.

—Claro que puedo ir —replicó irritada de que su interlocutor hubiera llegado a suponer que ella pudiera declinar su intervención en ese trámite en favor de otro abogado que desconociera los hechos y a Valeria—. No se les ocurra comenzar antes de que yo llegue. ¿Está claro?

—Sí, sí— murmuró él intimidado—. Pero no tarde.

—No. No. Voy para allá ahora mismo.

Debió Alex oírla hablar desde su despacho, porque salió al pasillo y se la tropezó yendo a su encuentro, cuando ella dejaba atrás el salón para dirigirse hacia el dormitorio.

—¿Te han llamado de la comandancia? —le preguntó él.

—Sí, les van a tomar declaración a los dos dentro de un momento, así que voy para allá.

—¿Y le has dicho a tu madre y a tus hermanas que por ese motivo tienes que cancelar la visita a la tienda donde venden el traje de novia que les ha gustado?

Se detuvo en seco Noelia al caer en la cuenta de que se había olvidado por completo de ese asunto.

—Pues... la verdad es que estoy tan preocupada por Valeria que no me he acordado de eso. ¿Me harías el favor de...?

—¿De llamarlas y de decirles que te ha surgido un imprevisto? De acuerdo, márchate tranquila.

Al oírle y sentirle a su lado, tan comprensivo como siempre, se aproximó a él para colgarse de su cuello y darle un beso.

—Gracias. No sé qué haría sin ti. ¿De verdad no me encuentras muy cargante?

—De verdad.

—¿Y no te parece que mi profesión es en ocasiones muy inoportuna?

—Sí, tan inoportuna como la mía, cuando me avisan de una urgencia durante el fin de semana, porque un paciente ha sufrido una parada cardio respiratoria —replicó riéndose—. Lo importante es que saques a flote a esa chica.

Al oírle, dejó escapar Noelia una risita sardónica.

—Agradezco tus buenos deseos, pero en la comandancia no me van a dejar decir una sola palabra ni hablar con Valeria antes de que le tomen declaración. ¿Sabes quién era don Tancredo?

Se acarició desconcertado el cogote al escuchar la pregunta.

—Sí, era un tipo vestido de blanco y con la cara y las manos pintadas del mismo color, que se subía a un pedestal en una plaza de toros y aguantaba sin moverse la llegada del toro para que el animal creyera que era una estatua. ¿Por qué?

—Porque mi actuación mientras le toman declaración a un detenido es muy similar a la de don Tancredo, aunque no me vista de blanco ni me suba a un pedestal. Aguanta como puedas el chaparrón de mi madre y de mis hermanas, que opinarán que soy una chica descarriada por posponer la elección del traje de novia, dándole prioridad a la declaración de una cliente. Ya te contaré.

Se puso el abrigo, se colgó el bolso del hombro y salió de la casa sin perder un segundo. En la comandancia la recibió el agente jovencito que había conocido la tarde anterior y la precedió hacia un despacho de la planta baja para lo cual recorrieron ambos un amplio pasillo en el que en un banco vio sentados a dos hombres que se pusieron en pie al verla acercarse. El primero que se le aproximó era de mediana estatura, delgado y con cara de intelectual. Cubría sus ojos castaños con unas gafas de concha, que se quitó para limpiarle los cristales con un pañuelo de papel que extrajo de su bolsillo. Su expresión era de desconcierto cuando se dirigió a ella.

—¿Es usted la abogada de Valeria? —le preguntó.

—Sí, me llamo Noelia Villarroel y voy a asistirle en su declaración. Perdóneme, pero me

están esperando.

—Soy su marido —la informó él—. Anoche fui al hospital a llevarle ropa limpia, pero no me dejaron verla—. ¿Cómo está?

—Bien, no se preocupe —repuso maquinalmente, porque tampoco lo sabía—. Cuando termine el interrogatorio, podrá hablar con ella.

—¿Pero la van a dejar libre? —insistió nervioso—. No sé de qué la acusan, pero en cualquier caso tiene que volver a casa hoy mismo.

Se preguntó Noelia si lo que le preocuparía sería la situación de su mujer o la perspectiva de perder horas de estudio mientras permanecía en la comandancia, pero se limitó a propinarle unas palmaditas en la espalda y a apartarle para seguir al agente jovencito, que ya le llevaba bastante delantera. Le impidió el paso ahora un joven bastante atractivo, más alto y con unos brillantes ojos castaños, que le pareció conocido. Acababa de levantarse del banco que había compartido con Horacio y estaba evidentemente inquieto. Cuando se dirigió a ella, le identificó por la fotografía que le había mostrado el detective como el menor de los hermanos Anaya.

—¿Qué les va a pasar a los dos? —le preguntó sujetándola por un brazo, probablemente por miedo a que se le escapara sin contestarle— Me han dicho que va a asistir usted en su declaración a Simeón.

—Sí, sí, efectivamente.

—¿Y de qué le acusan? Mi hermano vive en la finca colindante con “Las Gavillas” y entraría en la nave abandonada por casualidad, porque oíría ruido, pero él no ha hecho nada.

Trató Noelia de desasirse de su mano y de continuar su camino, mientras respondía:

—Que yo sepa, de momento no le acusan de nada. Espere aquí, porque es probable que le dejen libre en cuanto le tomen declaración.

—¿Y Valeria? —se preocupó Dan reteniéndola de nuevo—. ¿Es verdad que la Guardia Civil cree que ha cometido un asesinato?

—No —replicó Noelia escuetamente.

Le pareció que dejaba escapar él un suspiro de alivio.

—Me quita un gran peso de encima. La soltarán entonces— se atrevió a aventurar.

—La Guardia Civil piensa que ha podido cometer un homicidio, no un asesinato— puntualizó ella, apartándole nuevamente—. Y ahora si me lo permite... Luego les informaré a los dos.

Apretó el paso para alcanzar al agente jovencito que se había detenido delante de la puerta cerrada de un despacho y que le hacía señas de que se apresurara y entró detrás de él en una estancia desangeladamente funcional donde un hombre vestido de uniforme, que estaba sentado tras una mesa, le hizo señas de que tomara asiento frente a él.

—¿Es usted la abogado de los dos detenidos? —le preguntó.

—Sí, podemos empezar cuando quiera.

—Está bien —aprobó él, que a continuación se dirigió al agente, que permanecía en pie detrás de la butaca de Noelia.

—Trae a la chica —le dijo— y a Benito.

Benito debía de ser el agente de mediana edad que entró poco después y que tomó asiento tras una mesita baja, en la que había un ordenador que puso en marcha.

Unos minutos más tarde regresaba con Valeria y, con otro compañero, el agente jovencito que había ido a buscarla. Con ella entre los dos, avanzaron para acercarse a la mesa, donde permanecieron en pie.

Valeria parecía otra. Estaba pálida y desarreglada, con su melena castaña ocultándole parte del rostro. Vestía un pantalón vaquero que le estaba grande y un arrugado jersey de color fresa y

su expresión era de absoluto desconcierto. Su mirada se cruzó con la de Noelia y notó ésta que, en contra de lo que en la otra era habitual, parecía asustada y había perdido la seguridad en sí misma que tanto la caracterizaba. Balbuceó ostensiblemente cuando contestó a la primera pregunta que le formuló el agente:

—¿Se llama usted...?

—Valeria Salcedo Méndez.

—¿Puede referirme lo que sucedió ayer en el silo desde donde nos llamó Simeón Anaya? —inquirió, después de consultar en el papel que tenía delante el nombre del otro detenido.

Le rodó a ella una lágrima por la mejilla, que se enjugó bruscamente con el dorso de la mano, como si le incomodara dar muestras de debilidad en esos momentos.

—Trabajo como profesora de latín en un colegio en Majadahonda— empezó vacilante— Estaba en el aula, escribiendo un texto en la pizarra cuando me enviaron un mensaje a mi móvil, que leí cuando acabó la clase. Creí que me lo remitía mi abogado.

—¿Esta señorita? —le preguntó él interrumpiéndola y señalando a Noelia.

—No, otra chica que trabaja con ella y que se llama Miriam. Me decía que fuera a “Las Gavillas”, porque estaba ella allí con la policía, que quería que reprodujera en su presencia los hechos que había denunciado unos días antes. Por eso fui.

Le mostró el comisario el móvil que tenía sobre la mesa en una bolsita de plástico y le preguntó:

—¿Es éste su móvil?

—Sí,

—Ya hemos visto ese mensaje. ¿Es el que le mandó la pasante de su abogado?

—No, no. Me lo mandó él —le corrigió con un hilo de voz.

—¿Quién es él? —trató de averiguar el agente, inclinándose hacia ella sobre la mesa con el ceño fruncido.

—Es el hombre que me ha estado acosando. Utiliza una aplicación que se llama Kaboom y que elimina los mensajes que envía a los pocos segundos de que el destinatario los haya recibido, pero en este caso no lo ha hecho.

—Ya— murmuró él, dando por sentado que conocía la aplicación—. Me está diciendo que creyó que la citaba en ese granero su abogado, o la pasante de su abogado —rectificó— y que por eso fue a encontrarse allí con ella.

—Con Miriam y con la policía— puntualizó Valeria con voz temblona.

—Bien —aprobó, dando aparentemente por cierto lo que ella le había referido—. ¿Y qué pasó entonces?

—Que cuando llegué en mi coche, me di cuenta de que en ese lugar no había nadie. No se oía el menor ruido y tampoco se veía ningún coche frente a la puerta. Di la vuelta entonces al edificio y entré por la puerta trasera de la nave pensando que pudieran estar dentro. Entonces llegó él.

—¿Se refiere a la víctima?

—Sí.

—¿Le conocía?

—Habíamos coincidido en la fiesta de despedida de soltera de una amiga, pero solo le había visto esa noche, en la que todos los asistentes bebieron mucho, pero yo no. No recuerdo lo que pasó al término de la velada. Es como si me hubiera dormido, pero el caso es que a las pocas horas, aún de madrugada, me desperté en una habitación que está en la planta superior de esa nave de “Las Gavillas” y que cuando intenté salir me di cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave. O sea, que me habían encerrado allí.

—Ya— pareció admitir él, aunque por su tono podía deducirse que había dado por hecho que ella también había bebido tanto como los demás—¿Y pudo escaparse?

—Sí, me descolgué por la fachada con la ayuda de una cañería. Luego corrí campo a través hasta que llegué a un camino vecinal donde me recogió un hombre, que es copropietario de la finca que linda con “Las Gavillas”. Él me llevó a un hospital a que me reconocieran y después a una comisaría a denunciar lo que me había sucedido.

—¿Es ese hombre el que hemos detenido?

Meneó Valeria negativamente la cabeza y con ella su desgreñada melena.

—No, es su hermano, pero pueden preguntarle y corroborará todo lo que les he dicho.

—Lo comprobaremos, sí. ¿En qué comisaría presentó la denuncia?

Se lo dijo Valeria y él lo anotó en un folio que tenía sobre la mesa, antes de insistir preguntándole:

—Bien, estábamos en que poco después de que entrara usted en el granero llegó la víctima, ¿Qué sucedió?

—Que me llevé un susto de muerte. No pronunció una sola palabra ni tampoco le vi la cara, porque había anochecido ya y en esa nave no hay luz eléctrica, pero su actitud no dejaba lugar a dudas. Se abalanzó sobre mí en el acto e intentó agredirme sexualmente. Me defendí como pude e incluso le aticé un puñetazo, pero él me acorraló contra la pared del fondo de la nave y me tiró al suelo de espaldas, encima de un trillo que estaba allí junto con otros aperos más. Me levanté cómo pude e intenté escapar por la puerta trasera. Él hizo intención de perseguirme, tropezó y se cayó al suelo de bruces. Debió de herirse con un rastrillo, que supongo que estaba por el suelo con el resto de las herramientas. Lo supongo, porque ya le he dicho que estaba muy oscuro. Me pareció que ese hombre se llevaba las dos manos al cuello y que luego rodaba desmadejado sobre la paja. No pude saber lo que le había pasado hasta que llegó Simeón con una linterna.

—¿Se refiere al otro detenido?

—Sí.

—¿Y dice que ese rastrillo estaba en el suelo? —insistió el agente.

—Sí, señor. Lo supongo, porque hasta que lo enfocó Simeón no lo vi.

—¿Está segura?

Vaciló Valeria durante una décima de segundo, pero luego dijo con voz clara:

—Sí, señor, completamente.

—¿Está segura de no haberlo cogido usted y de haberlo esgrimido contra él?

—Ya le he dicho que sí. Que estoy segura. Debía de estar entre el montón de aperos de labranza que se hallaba en esa esquina.

—¿Y por qué no lo hizo? Intentaría defenderse usted con lo que encontrara a mano.

Le dirigió Valeria una rápida mirada a Noelia que en silencio le hizo una seña imperceptible, que captó.

—La nave estaba a oscuras, ya se lo he dicho. No vi ese rastrillo y aunque lo hubiera visto no hubiera podido cogerlo, porque, como ya le he dicho, ya estaba de pie cuando él se cayó. Tampoco vi cuando se hirió él clavándose. Solo oí que se caía cuando trataba de perseguirme y al volverme me pareció que se llevaba ambas manos al cuello y que luego rodaba de lado. Segundos más tarde entró en el granero otro hombre al que sí conocía, porque es hermano del que me ayudó aquella madrugada. Se llama Simeón Anaya. Él les llamó a ustedes por teléfono para avisarles de lo que había sucedido e incomprensiblemente nos han detenido a los dos.

Le dirigió el Guardia Civil a ella una suspicaz mirada por encima de sus gafas.

—Comprobaremos lo que nos ha dicho —le dijo poco convencido—. Aún no tenemos el

informe de criminalística sobre las huellas dactilares que habrán hallado en el mango del rastrillo. Si están las tuyas, caerá por su base todo lo que ha declarado, ¿comprende? Es preferible que nos diga la verdad. Si se declara culpable obtendrá una rebaja de la pena, así que piénselo.

Al oírle recuperó Valeria parte de la seguridad en sí misma que había perdido y protestó levantando la voz:

—¿Qué me declare culpable? ¿Culpable de qué? ¿De que un descerebrado me hubiera secuestrado unos días antes encerrándome en esa ruinoso edificación en mitad del campo, de que me haya estado enviando mensajes amenazadores a mi móvil, de que me engañara ayer citándome en ese granero, haciéndome creer que era mi abogado, y de que finalmente haya intentado violarme? ¿De qué quiere usted que me declare culpable?

Debía de estar él acostumbrado a las reacciones violentas de las personas que detenían los agentes y a los que él interrogaba, porque no se sintió intimidado por la furia que ella destilaba y le contestó sin alterarse:

—Culpable de haber matado a un hombre. Aunque le hubiera matado para impedir que él pudiera violarla, habría cometido un homicidio y si sus huellas están en el mango de ese rastrillo el fiscal la acusará de ese delito y le caerán unos cuantos años. Piénselo.

—Ya lo he pensado —replicó levantando retadoramente la barbilla—. No soy culpable de nada, sino la víctima de lo ocurrido, y lo que deberían hacer ustedes es dejar que me vaya a mi casa y disculparse de paso conmigo por haberme encerrado durante unas horas en un calabozo. Claro que, todavía están a tiempo —añadió sarcásticamente.

Sin inmutarse, la envolvió el comandante en una cachazuda mirada.

—Solo hemos cumplido con nuestra obligación y será el juez quien decidirá sobre su situación de libertad o sobre su prisión provisional mientras instruye el sumario. La pondremos a disposición judicial en un par de días y para entonces tendremos el informe de las huellas. Piense en lo que le he aconsejado.

Notó Noelia que dudaba Valeria al oírle sobre lo que sería más conveniente, probablemente preguntándose si habrían quedado marcadas sus huellas en el mango del rastrillo, pero se rehízo inmediatamente y le aseguró:

—Ya lo he pensado y no tengo nada que reconocer. ¿Puedo mantener ya una entrevista con mi abogado?

El agente hizo un gesto negativo.

—Pues no, porque tiene ella que asistir a la declaración del otro detenido, de Simeón Anaya. Cuando terminemos, podrán mantener esa entrevista, de no más de cinco minutos. Ahora pasará a otro despacho y podrá ver a su marido.

Se la llevaron los dos agentes y regresaron poco después flanqueando a Simeón, que paseó su mirada por la estancia antes de detenerse en el rostro del agente que estaba sentado tras la mesa. En Noelia apenas reparó antes de que se la señalara éste, pero ella analizó detenidamente su aspecto. Era de mediana estatura, pero muy corpulento. Se parecía mucho a su hermano, pero no era ni mucho menos tan atractivo como éste. Les diferenciaba sobre todo la expresión que traslucían sus semblantes. Dan derrochaba optimismo en sus gestos y en sus ademanes y Simeón en cambio tenía los ojos hundidos y su mirada era huidiza. Vestía como un labrador, con un arrugado pantalón de pana marrón, una camisa de cuadros rojos y verdes y un chaleco de lana oscura.

El agente de la Guardia Civil que dirigía el interrogatorio se dirigió a él en el acto.

—Como verá, está presente su abogado, así que podemos empezar. ¿Cómo se llama usted?

—Simeón Anaya Sánchez.

—¿Conocía a la detenida?

—¿A Valeria? Sí. Me la presentó mi hermano Dan hace unos días, la tarde en la que volvieron los dos al granero para que ella le enseñara el lugar en el que la habían encerrado unos días antes. Fue Dan el que la encontró de madrugada en la cuneta del camino que lleva a nuestra finca desde la autovía, sin zapatos y cubierta de barro de los pies a la cabeza.

—Y borracha como una cuba —apostilló más que preguntó el agente.

—No señor— se apresuró Simeón a negar—. Dan me dijo que esa chica estaba sobria, pero que parecía estar sufriendo todavía los efectos de haber sido drogada.

—No sería de extrañar— manifestó el Guardia Civil como si estuviera al tanto de varios casos parecidos—. Parece como si los jóvenes no supieran divertirse ahora por las buenas y tienen que recurrir al alcohol o a las drogas para pasarlo bien. Pero continúe. Refiéranos qué pasó ayer tarde en “Las Gavillas” cuando entró usted en el granero.

Achicó Simeón los ojos como si pretendiera volver al instante en el que traspuso el umbral de esa nave y enfocar el interior con su linterna para traspasar las tinieblas que la envolvían y concretar lo que había visto hasta en sus menores detalles.

—Pasó que volvía yo a mi casa. Vivo en la finca colindante y al pasar por el camino que conduce a “Los Abedules” y a “Las Gavillas” vi un coche junto a ese silo. Hace tiempo que pretendo comprar la finca en la que está enclavado, pero no lo he conseguido porque no sé quiénes son sus dueños en el presente y no he podido, por lo tanto, hacerles una oferta. El caso es que pensé que pudieran ser ellos los que estuvieran dentro del edificio. Carece de luz eléctrica, por lo que, cuando aparqué junto a la puerta, cogí la linterna que llevo siempre en el coche y entré. Al principio no vi nada, pero enfoqué el haz de luz hacia el fondo de ese lugar, donde parecía haber dos personas peleándose. No era estrictamente una pelea. El hombre estaba intentando forzar a una chica, a Valeria, que se defendía como podía a patadas y a puñetazos.

—¿A puñetazos una chica? —inquirió sorprendido el agente.

Hizo Simeón un gesto de duda, encogiéndose de hombros.

—Bueno, no sé, porque lo que vi de esa lucha que mantenían los dos duró solo un segundo. Él la había tirado de espaldas al suelo, pero consiguió ella levantarse y cuando echó a correr hacia la puerta trasera, intentó él perseguirla, tropezó, se cayó boca abajo y debió de herirse mortalmente con un rastrillo que estaba en el suelo, entre otros aperos. Ella estaba como a un metro o más de distancia y me acerqué yo a ese hombre y le tomé el pulso. Cuando comprobé que su corazón no latía, les llamé a ustedes. Eso es todo.

—Ya— murmuró el Guardia Civil incrédulamente—. O sea, que cuando entró en la nave y advirtió a la luz de su linterna que ese hombre estaba agrediendo a esa chica, a la que usted conocía, intentó defenderla. Se abalanzó sobre él, cogió el rastrillo del suelo y se lo clavó en el cuello. ¿No fue así?

Se quedó mirándole sorprendido Simeón y luego enrojeció furioso.

—Claro que no fue así. Cuando me acerqué a ese hombre, estaba ya en el suelo y con una brecha en el cuello de la que manaba mucha sangre. Valeria tenía la ropa destrozada y llena de barro y de paja, pero ella no le mató ni yo tampoco.

Le agradeció Noelia desde el fondo del alma lo que acababa de declarar Simeón. Pese a que no estaba segura de caerle bien, debía de ser un buen hombre que había hecho lo posible por exculparla a ella, pese a que probablemente la habría visto levantar el rastrillo contra la víctima y causarle la muerte. El agente le observaba analíticamente como si se estuviera representando la escena en su mente y le preguntó:

—¿Había visto ese rastrillo anteriormente?

Se encogió Simeón de hombros.

—Supongo que sí. Esa nave se utilizaba cuando yo era niño como silo donde se almacenaba la cosecha de trigo y aún quedaban allí algunos aperos de labranza de los que se usaban entonces. Hay también unos trillos inservibles, desechados, como el rastrillo, en un rincón.

—Pero el rastrillo conservaba unos pinchos afilados.

Volvió Simeón a encogerse de hombros.

—Pues no lo sé, porque no me he fijado.

—¿No ha cogido nunca ese rastrillo ni lo ha utilizado? —inquirió el Guardia Civil, tomando notas en el papel que tenía sobre la mesa.

—Pues creo que no. Yo crío caballos y vivo de su venta. No cultivo trigo ni otros cereales. Solo hierba para que coman los caballos.

—Está bien. Firme la declaración junto con su abogado y dentro de unas horas le pondremos a disposición del juez que decidirá sobre su libertad.

Abrió sorprendido Simeón sus ojillos y su rostro enrojeció nuevamente.

—¿Pero es que no me van a dejar que me vaya a mi casa ya? Mi única intervención en este asunto ha sido llamarles por teléfono para avisarles de que ese hombre había sufrido un accidente. No soy culpable de nada.

—Ya— masculló con sorna el Guardia Civil—. Ni la chica tampoco, aunque hay un hombre muerto al que deben de estar haciéndole la autopsia en estos momentos. Ya le he dicho que tendrá que declarar ante el juez dentro de unas cuarenta y ocho horas. Ahora, si quiere, puede hablar con su abogado.

Firmó Simeón su declaración a la par que Noelia, que le siguió a él y a los otros dos agentes cuando le condujeron a un despacho contiguo en el que se hallaba ya Valeria con Horacio.

—¿Quiere usted entrevistarse a solas con cada uno de sus clientes? —le preguntó amablemente uno de los Guardias Civiles a Noelia.

—Sí, quisiera hablar primero con ella —les dijo señalando a Valeria.

—¿No puedo estar presente yo? —protestó Horacio, que había permanecido con su mujer mientras declaraba Simeón.

—Si no le importa... Será solo un momentito —repuso Noelia señalándole la puerta del despacho para que saliera al pasillo.

—Bien, de acuerdo— se resignó desganadamente él siguiendo la dirección que ella le indicaba.

Los dos agentes se llevaron también a Simeón y Noelia acercó una silla a la que ocupaba la otra para que pudieran hablar en voz baja. Valeria la envolvió en una angustiada mirada.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó reprimiendo un sollozo—. He declarado lo que me aconsejaste ayer, ¿pero ¿qué ocurrirá cuando detecten mis huellas en el palo del rastrillo? Le he asegurado al Guardia Civil que me ha interrogado que ni siquiera había tocado ese apero, pero la verdad es que le maté yo.

Para no contestarle la verdad, que a su entender era demasiado dura, se encogió Noelia de hombros.

—Es mejor que no nos adelantemos a los acontecimientos. Puedes decirle al juez que quizás rozaras el mango cuando él te tiró al suelo, pero que en ningún caso le agrediste, utilizando el rastrillo como arma contra él. No estás obligada a declararte culpable y es el fiscal el que tiene que probar lo contrario.

—Pero las huellas...— insistió Valeria llorosa— ¿No sería mejor que reconociera lo que verdaderamente pasó? Me ha dicho el hombre que me ha tomado declaración que si me confieso culpable obtendría una rebaja de la pena.

—Pero irías en cualquier caso a la cárcel durante una larga temporada por haberte defendido de un indeseable. No sería justo. Hazme caso.

Se sonó Valeria con un arrugado pañuelo de papel que extrajo del bolsillo de su pantalón e hizo un ademán afirmativo con la cabeza baja. No estaba Noelia plenamente convencida de la que la otra fuera a hacerle caso y siguiera sus indicaciones cuando la Guardia Civil la pusiera a disposición judicial, pero relegó esas consideraciones para más adelante, ya que los dos agentes acababan de regresar al despacho en el que se hallaba acompañando a Simeón, que se sentó en la silla que Valeria acababa de abandonar, llevándose a ésta. El hombre parecía confuso y le dirigió una mirada muy similar a la de un náufrago que acaba de divisar un madero en un mar embravecido, cuando se dirigió a ella.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó.

—Que el juez le tomará declaración. Le va a preguntar qué fue lo que pasó en “Las Gavillas”. Usted tiene que repetir lo que acaba de referirle hace un instante al agente de la Guardia Civil y seguidamente le pondrán en libertad. ¿Vio usted lo que sucedió?

Vaciló Simeón durante una décima de segundo y Noelia le animó a explayarse con sinceridad.

—A mí puede decirme la verdad. Estoy obligada por el secreto profesional a no repetir lo que usted me diga y a defenderles a los dos, en cualquier caso, tanto si son culpables como si son inocentes. ¿Qué fue lo que vio?

—Que ese tipo que ha muerto, al que llaman “la víctima” incomprensiblemente, se abalanzó sobre Valeria a la que había tirado al suelo de espaldas y que ella levantó el brazo derecho, empuñando el rastrillo para defenderse de él. Luego, tal y como he declarado, le vi rodar por el suelo.

—¿Y qué hizo usted?

—Creo que se levantó sola, pero no estoy seguro, y que luego le tomé el pulso a él. Estaba ya en un charco de sangre y no respiraba. Aparté a Valeria, que hipaba incontinentemente y la llevé hasta la escalera, donde la senté en un peldaño y traté de calmarla. Luego llamé a la policía.

—¿Y qué pasó con el rastrillo?

Esbozó Simeón un gesto de duda.

—Pues no lo sé. Bueno, sí, creo que se lo quité a ella de la mano y que lo tiré al suelo, pero la verdad es que tampoco estoy seguro. Comprenda que no estaba yo para analizar esos detalles.

Asintió Noelia con la cabeza.

—Por supuesto, lo comprendo perfectamente. Ahora le van a bajar nuevamente al calabozo y dentro de un par de días a lo sumo les llevarán a los dos al juzgado. Recuerde que debe declarar exactamente lo que ha dicho ya. Yo estaré en la sala.

—De acuerdo. Y esté tranquila que no le fallaré.

Se lo llevaron los dos agentes unos minutos más tarde y Noelia regresó a su casa sin ganas de llamar a su madre ni a sus hermanas para excusarse por no haber podido acudir a la cita que habían concertado.

Dos días más tarde volvió a avisarla el agente jovencito de la hora en la que debería presentarse en el juzgado de la Plaza de Castilla que le indicó. La había llamado a su móvil e inspiró hondo con los nervios a flor de piel antes de salir del despacho y de despedirse de Miriam, que conmisericordiosamente la acompañó hasta la puerta del piso y trató de animarla.

—Todo va a salir bien —le dijo, intentando aparentar un optimismo que estaba muy lejos de sentir—. Valeria seguirá tus instrucciones al pie de la letra y probablemente el juez sea una persona comprensiva que entienda que a ella no le quedó más remedio que actuar como lo hizo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Trató Noelia de sonreírle, pero solo consiguió esbozar una mueca y así y todo haciendo un gran esfuerzo.

—Podía haberle herido en una pierna con el rastrillo —apuntó intentando tomarlo a broma—. Lo que ha declarado podría ser verosímil si no fuera por las huellas dactilares que habrá dejado marcadas en el palo. Pero es tonto lamentarse de lo que no tiene remedio. Ya te contaré.

Salió del bufete a continuación y tomó el Metro para dirigirse a la plaza de Castilla, donde se ubicaba el edificio de los juzgados de lo penal. Allí tomó el ascensor y se encaminó hacia la sala de Vistas del Juzgado que había estado de guardia la tarde en la que Valeria había sido detenida. El juez estaba sentado ya tras su mesa cuando entró ella en la sala, con el fiscal a su lado y el secretario judicial en otra más pequeña que se hallaba a su izquierda, y sin más trámites le pidió aquél al agente judicial que subieran a Valeria de los calabozos, sitios en el sótano, donde la Guardia Civil la había trasladado esa misma mañana.

Vestía la chica la misma ropa que llevaba en la Comandancia cuando entró en la sala, flanqueada por dos agentes de la Guardia Civil, con los que avanzó en línea recta para situarse a pocos pasos de la mesa del juez. El interrogatorio de éste fue similar al que le habían formulado en la Comandancia. Hizo hincapié en que relatara como había finalizado la lucha que había mantenido con la víctima y ella repitió la misma versión que había dado en las dependencias de la Guardia Civil.

—De modo que, según dice, la tiró la víctima sobre unos trillos que estaban arrinconados en un rincón de ese silo —resumió el juez.

—Sí señor.

—Y entonces la víctima se arrojó sobre usted.

—Sí señor, pero conseguí quitármelo de encima y eché a correr hacia la puerta trasera. Fue al intentar perseguirme cuando ese hombre tropezó y se cayó al suelo clavándose el rastrillo en la garganta. La nave estaba a oscuras y no lo vio.

—La autopsia nos dirá si pudo suceder así —consideró el juez con el rostro completamente inexpresivo— Mantuvo una corta conversación con el fiscal en voz baja y luego clavó su mirada en ella para decirle—: Entendemos que nos ha dicho la verdad ya que en el palo del rastrillo no se han encontrado huellas dactilares tuyas, por lo que debemos considerar que no es responsable de la muerte de don Juan Olmedo Vargas y, consiguientemente, decretar su libertad sin cargos.

Se quedó inmóvil Valeria delante de él sin entenderle. Solo cuando Noelia se levantó de su mesa y la empujó hacia la del juez para que firmara su declaración parpadeó perpleja e intercambió una sorprendida mirada con la abogado.

—Vamos, firma y sal al pasillo —le susurró Valeria—. Espérame ahí fuera, que me reuniré contigo en cuanto termine el interrogatorio de Simeón.

La obedeció la chica, no sin antes deslizar unas palabras en su oído.

—¿Pero has oído? Ha dicho el juez que en el palo del rastrillo no había huellas mías.

—Sí, calla y sal fuera.

Aún aturdida, la obedeció la otra y abandonó la sala sin volver la cabeza, mientras Noelia regresaba a su mesa y tomaba asiento, esperando a que subiera Simeón, que no tardó en aparecer entre los dos agentes de la Guardia Civil que habían bajado a buscarle a los calabozos. Parecía tranquilo y contestó con voz clara y sin vacilar a las preguntas que le formuló el juez.

—Diga su nombre.

—Me llamo Simeón Anaya Sánchez.

—Y es usted dueño de la finca contigua a “Las Gavillas” —afirmó más que preguntó el juez.

—Soy copropietario junto con mi hermano Dan de “Los Abedules”— puntualizó Simeón—,

pero él solo aparece por allí de cuando en cuando. Es biólogo. Yo vivo en la casa de esa finca y me dedico a la cría de caballos.

—Ya —admitió el juez inexpresivamente—. ¿Quiere referirnos lo que sucedió en la nave de “Las Gavillas” la tarde de autos?

Efectuó él un gesto de asentimiento.

—Sí, claro. Volvía yo de Aravaca a eso de las siete de la tarde. Había ido a hacer la compra y al pasar por delante de esa nave vi un coche delante del portón. Hace tiempo que pretendo contactar con su propietario actual para hacerle una oferta, porque me interesa adquirir esa finca para unirla a la mía y pensé que pudiera estar dentro de la nave, por lo que aparqué mi furgoneta junto a la puerta delantera y entré. Había anochecido ya y en la nave no hay luz eléctrica, pero oí un estrépito en el rincón contrario a la puerta. Un estrépito como si dos personas se estuvieran peleando. Llevaba una linterna y la enfoqué hacia ese lugar. Un hombre, al que no conocía, había arrinconado a una chica y la acababa de arrojar al suelo sobre los trillos que estaban allí amontonados con la evidente intención de forzarla, pero cuando se abalanzó sobre ella, se hirió en el cuello con un apero de labranza que rodaba por ese lugar entre otras herramientas ya en desuso. Cuando me acerqué a los dos, ella intentaba levantarse y él seguía en el suelo en un charco de sangre. Parecía haberse desvanecido, pero cuando le tomé el pulso comprobé que había muerto. Entonces llamé a la Guardia Civil y le conté lo sucedido. Incomprendiblemente nos detuvieron a los dos.

Notó Noelia que, aunque le el juez le había escuchado impasible, le miraba ahora con evidente incredulidad.

—¿Conocía usted a la chica?

—¿A Valeria?, sí. Me la había presentado mi hermano unos días antes. Él la había encontrado una madrugada, en la cuneta del camino que sale a la autovía. Después de asistir a una fiesta de despedida de solteros, se había despertado ella en “Las Gavillas”, en una habitación que hay en la planta superior de la nave. La habían encerrado, pero logró escaparse por la ventana.

—¿Y cuando la conoció usted?

—Una semana más tarde. Fue con mi hermano a inspeccionar ese lugar, porque había denunciado lo que le había ocurrido en una comisaría de Madrid, que posteriormente y tras realizar las comprobaciones oportunas había archivado esa denuncia. Les invité a comer a los dos en mi casa. De eso la conozco.

—Y cuando entró en la nave y vio que ese hombre la estaba atacando se apresuró usted a defenderla— insinuó el juez—. ¿No fue así?

Parpadeó Simeón desconcertado.

—No, ya le he dicho que sucedió todo muy deprisa y que cuando les enfoqué a los dos con la linterna, él se había clavado ya los pinchos del rastrillo en el cuello. No tuve tiempo de intervenir. De otra forma, hubiera apartado a ese tipo de ella y le hubiera atizado un puñetazo.

Levantó el juez una mano en un ademán con el que parecía querer abarcar todo el relato.

—Pero en lugar de darle un puñetazo, cogió usted el rastrillo que estaba en el suelo y se lo clavó en el cuello —afirmó en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Abrió Simeón desmesuradamente sus ojos y los clavó en el juez sin querer creer lo que oía.

—¿Yo? —consiguió articular incrédulamente.

—Sí, usted. Sus huellas están en el palo de ese apero, así que le voy a dar la oportunidad de que confiese que es usted el autor de haber dado muerte a la víctima.

Desvió Simeón su mirada hacia Noelia, que, inmóvil tras su mesa, escuchaba sorprendida y en silencio lo que el juez acababa de afirmar y cuando se convenció de que ella no iba a pronunciar

una sola palabra, se volvió hacia aquél.

—Por supuesto que no es cierto lo que ha dicho. No tuve intervención ninguna en la muerte de ese hombre, que se hirió accidentalmente.

—¿Cómo explica entonces que sus huellas hayan aparecido en el mango de la herramienta que ocasionó su óbito? —insistió acusadoramente el fiscal, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

El semblante de Simeón expresó perplejidad. Parecía estar intentando rememorar las ocasiones en las que había estado en el granero y si en alguna circunstancia había cogido ese apero para trasladarlo de lugar. Recordó que se lo había quitado a Valeria de la mano cuando entró en el granero y se acercó a ella, después de que se lo clavara a Juan, pero como no podía reconocerlo así sin inculparla a ella, en su lugar dijo con voz clara:

—Creo que sí, que cogí ese rastrillo la tarde en la que en compañía de mi hermano y de Valeria bajé al sótano a buscar una puerta que había llevado hasta allí ese hombre.

—¿Se refiere a la víctima?

—Sí.

—¿Y para qué cogió entonces ese rastrillo?

—Para amontonarlo sobre los trillos que ese tipo había acumulado sobre la trampilla del sótano para que Valeria no pudiera salir. Había intentando encerrarla de nuevo, pero esa vez en el sótano. Ella había conseguido levantarlos en el preciso momento en el que llegué yo y la ayudé a salir. Luego transporté los trillos al rincón en el que han estado siempre y recogí también el rastrillo del suelo y lo coloqué encima.

—¿Encima de qué? —trató de averiguar el juez, que no había entendido nada de lo que había dicho.

—Encima de los trillos, ya se lo he dicho.

Intercambió el juez una mirada con el fiscal, con el que luego cuchicheó durante unos segundos, antes de dirigirse nuevamente a Simeón para comunicarle ante su sorpresa que iba a decretar su libertad, aunque con cargos, y que debería presentarse en ese juzgado todos los días primeros de mes.

En cuanto Noelia y él firmaron la declaración de éste, salieron ambos al pasillo, donde les esperaban Valeria, Horacio y Dan. Simeón estaba tan desconcertado que apenas si fue capaz de explicarle a su hermano la decisión que había tomado el juez.

—No se ha creído nada de lo que he dicho— masculló enfurecido, accionando exageradamente con las manos y rojo como una amapola—. Está convencido de que fui yo el que mató a ese tipo.

—¿Pero por qué? —trató de averiguar Dan.

—Porque, por lo visto, han detectado mis huellas en el palo del rastrillo, lo que no tiene nada de extraño. Habré cogido esa herramienta en alguna ocasión. La puerta de la nave pende sobre sus goznes desde hace tiempo y no se puede cerrar, por lo que entran okupas a pasar la noche, sobre todo cuando llueve, y lo cambian todo de sitio. Puede que haya cogido ese rastrillo alguna vez y la haya llevado al montón de aperos oxidados que está en el rincón de la derecha.

Se volvió hacia Noelia que le había seguido, para preguntarle:

—¿Y qué va a pasar ahora? Yo no maté a ese tipo, aunque se lo merecía.

—Lo primero que vamos a hacer es tranquilizarnos —repuso ella con aparente seguridad—. El juez tiene que instruir el sumario y será determinante el informe de la autopsia.

—Pero me juzgarán por asesinato— insistió Simeón.

—No, si acaso por homicidio —le corrigió ella.

—¿Y me defenderás tú? —inquirió preocupado, pasando inconscientemente a tutearla.

—Por supuesto, si lo deseas.

Hizo él un nuevo intento de preguntarle algo, pero Valeria se le adelantó cogiéndola del brazo y apartándola del grupo que formaban los otros para cuchichearle:

—Ya sé cómo pudo pasar.

—¿El qué?

—Que no hayan encontrado mis huellas en el palo. He recordado que al salir del colegio esa tarde para dirigirme a “Las Gavillas” hacía un frío helador y que me puse los guantes que llevaba en el bolso. Por esa razón no las dejé y no han podido detectarlas.

—¿Y qué hiciste con los guantes? —le preguntó Noelia que la había escuchado atentamente—. ¿Vio la policía que los llevabas?

—No. Se me mancharon de sangre y cuando me aparté del cuerpo de ese hombre y me miré las manos, me horrorizó su visión, pero fue Simeón el que me los quitó y los arrojó en una letrina que está en semi ruinas en el granero.

—¿Dónde los arrojó? —insistió la otra, con un gesto que parecía indicar que consideraba su respuesta de la mayor importancia.

—Ya te lo he dicho, en el sumidero de una letrina. Mientras esperábamos a la policía, Simeón los recogió, los tiró por ese sumidero y luego hizo correr el agua que aún fluye de una cisterna adosada a la pared. En ese momento estaba yo tan atontada que no se me ocurrió el motivo por el que lo hacía. No me pasó por la cabeza que pudieran inculparme por un delito de homicidio por defenderme de ese hombre. Y mucho menos podía imaginar que le acusarían a él. Simeón no le hizo nada.

Le sonrió Noelia.

—Eso es estupendo.

—¿Qué es lo que es estupendo? —protestó Valeria parpadeando incrédulamente—. A mí me parece que es horrible.

—Es estupendo que la policía no viera los guantes.

—Pero no voy a permitir que le acusen por un homicidio que no ha cometido, así que voy a entrar en esa sala y voy a decirle al juez lo que verdaderamente ocurrió.

La sujetó Noelia agarrándola por un brazo, antes de que hiciera lo que acababa de anunciar.

—Tú no vas a ninguna parte ni le vas a decir nada al juez. A Simeón le defenderé yo en el juicio, si es que llega la cosa a juicio, y tú declararás que cuando se acercó él a ese hombre ya había muerto, lo que además es cierto. ¿Está claro?

—CAPÍTULO XV—

Horacio se llevó apresuradamente a Valeria. Evidentemente tenía prisa en regresar a su casa para recuperar su rutina diaria, y los hermanos Anaya se despidieron de Noelia en cuanto apuntaron su teléfono y la dirección de su despacho. Los perdió de vista cuando recorrieron el largo pasillo delante de ella y se introdujeron en el ascensor, instante en el que oyó el sonido de su móvil. Comprobó en la pantalla que era Fermín el que la llamaba y se llevó el aparato al oído.

—¿Noelia?

—Sí, soy yo. Dime.

La voz de él sonaba optimista, lo que le pareció incoherente en unos momentos en los que, por el devenir de los últimos acontecimientos y aunque lo había disimulado, se sentía abrumada.

—Te llamo para comunicarte lo que acabo de descubrir. Quiero que después me digas que soy un magnífico detective.

—Eres un magnífico detective —repitió ella como una autómata— ¿Pero quieres decirme de una vez qué es lo que has descubierto?

—He averiguado quien es el dueño de “Las Gavillas” y cuando te lo diga te vas a llevar una sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no te lo imaginas. Su propietaria actual es Margarita Recasens, la amiga de la infancia de tu cliente. ¿Qué te parece?

Se paró en seco Noelia con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Sí, completamente. Hace unos años compraron esa finca los padres de ella con la intención de urbanizar el terreno y edificar chalés, pero les habían informado mal sobre la calificación que iba a obtener el suelo al ser revisado el Plan de Ordenación de la zona y tuvieron que dejarlo como estaba, es decir, sin labrar y sin que les reportara utilidad alguna.

—Y al morir sus padres hace un par de años, heredó esa finca Margarita —continuó Noelia.

—Eso es.

Rememoró ella la vasta extensión de la finca, sin un solo árbol, y la ruinoso edificación, que se elevaba solitaria en medio de la nada y ponía una nota discordante en el terreno baldío y ocre en el que se enclavaba, tal y como había apreciado de una sola ojeada al acudir a ese lugar para asistir a Valeria cuando la había llamado la Guardia Civil.

—Y en alguna ocasión llevaría allí Margarita a sus amigos y por esa razón Juan Olmedo conocía el granero y decidió utilizarlo la noche de la fiesta para drogar a Valeria y llevarla a esa nave donde no les vería nadie— dedujo Noelia imaginándolo con el ceño fruncido.

—Eso no lo sé, pero es probable que tengas razón.

—Pues muchas gracias, Fermín. Se lo comunicaré a Valeria en cuanto llegue al despacho. Y sí, eres un detective de primera.

Oyó la complacida risita de él antes de cortar la comunicación y en cuanto salió a la calle tomó el Metro, que la dejó muy cerca del edificio en el que trabajaba. Flor no estaba sentada tras su mesa cuando entró en el piso y como la oyó hablar dentro del despacho de Daniela, cruzó la antesala de puntillas por miedo a que la oyera la jefe y le encomendara algunos de los asuntos que

le incomodaban y que por esa razón solía reservarle. En el pasillo tropezó con Miriam que la aguardaba con evidente inquietud.

—¿Qué?, ¿cómo ha ido todo? —le preguntó, siguiéndola dentro de la estancia, cuando la otra entró en su despacho cerrando la puerta tras las dos.

Antes de responderle, Noelia había tomado asiento tras su mesa y había levantado hacia ella una mirada que traslucía desconcierto.

—Pues... ha sido sorprendente. No ha detectado huellas de Valeria la Guardia Civil en el palo del rastrillo con el que hirió a la víctima, por lo que el juez ha decretado su libertad sin cargos y la ha mandado a su casa. Al parecer y por lo que me ha dicho ella, hacía frío esa tarde y se puso unos guantes cuando salió del colegio y se dirigió a “Las Gavillas”. En cambio, han encontrado en ese palo las de Simeón Anaya, que se lo quitó a ella de las manos y lo arrojó a un rincón, con lo que mucho me temo que le imputarán el delito de homicidio a él, aunque ni tan siquiera se acercó a Juan Olmedo cuando aún estaba vivo.

—¿Quieres decir que le han cargado el muerto a Simeón?

—Sí. Valeria ha pretendido volver entrar en la sala y declararse culpable, pero no se lo he permitido porque le caerían cinco años, pese a que lo único que hizo fue defenderse de un indeseable.

Se dejó caer Miriam en una butaca frente a ella y objetó:

—Sí, pero tampoco es justo que sea Simeón el que vaya a la cárcel por un delito que no ha cometido.

—Por supuesto que no sería justo, pero no irá porque le defenderé en el juicio —alegó Noelia con decisión—. Los dos son inocentes y demostraré que Simeón no ha tenido nada que ver con la muerte de ese tipo.

—¿Cómo? ¿Qué alegarás? —inquirió Miriam, observándola admirativamente con sus ojos azules muy abiertos.

Por la expresión de la otra comprendió que ésta no había trazado todavía ningún plan ni línea de defensa alguna a ese respecto y se rebulló inquieta en la butaca.

—Aún no sabes cómo vas a defenderle, ¿verdad? —le preguntó a media voz.

—No —reconoció Noelia— pero los jueces suelen tardar lo indecible en instruir el sumario y aunque la ley marca un tiempo máximo suelen pedir prórroga. Tampoco la sala de la Audiencia Provincial a la que le corresponda juzgar al procesado se apresurará a señalar el día de la Vista, por lo que tengo muchos días por delante para pensar. Puede que para entonces nos hayamos hecho muy mayores tú y yo —terminó con sorna— Puede que hasta seamos viejecitas. Yo, más que tú.

Pero se dio cuenta Miriam de que bromeaba intentando disimular que estaba verdaderamente preocupada. Cambió de gesto, sin embargo, cuando le comentó:

—Me ha llamado hace un ratito el detective que contraté para que investigara los antecedentes de los que participaron en la fiesta de despedida de solteros de la amiga de Valeria y del que en el presente es su marido. ¿Y a que no sabes lo que me ha dicho?

—No, ¿cómo lo voy a saber? ¿Qué te ha dicho?

—Que el granero en el que se despertó Valeria de madrugada está en una finca que se llama “Las Gavillas” y que es propiedad de esa amiga. ¿Qué te parece?

Lo consideró Miriam sin apartar la mirada de su rostro.

—Pues no lo sé. ¿Piensas acaso que esa amiga puede estar compinchada con el que la drogó con la intención de abusar de ella?

Se encogió Noelia evasivamente de hombros.

—No tengo la menor idea, porque no conozco a esa chica, pero voy a llamar a Valeria para

decírselo. Sé que no es el mejor momento, porque como es natural estará deshecha y necesitará que su marido la mime y le ayude a olvidar lo que le sucedió en ese granero y que como consecuencia el tipo que la agredió ha muerto, pero tengo que defender a Simeón Anaya y no puedo perder ni un segundo.

Abrió Miriam la boca para decir algo y la volvió a cerrar sin atreverse a exponer lo que estaba pensando. Al fin se decidió.

—¿Pues no has dicho hace un momento que tienes tiempo de sobra para preparar esa defensa? No me parece aconsejable que remuevas en estos momentos la experiencia que ha tenido que padecer Valeria y se la hagas revivir. Debes esperar a que se recupere.

Entrecerró Noelia los ojos para concentrarse mejor, tratando de imaginar el estado anímico de la aludida y llegó a la conclusión de que Miriam tenía razón.

— ¿Cuándo crees entonces que debería decírselo? ¿Dentro de una semana? ¿De dos?

Sabía Miriam que la paciencia no era una de las virtudes de la otra y al oírla se echó a reír.

—No sé cuanto tiempo debes dejar pasar, pero es preferible que no la llames hoy. Estará en su casa con su marido, que habrá dejado de estudiar para ayudarla a superar ese trauma tan espantoso, ¿no crees?

Esbozó Noelia un gesto dubitativo.

—Espero que sí, que ese sosaina se olvide por unas horas de su apasionante oposición y se dé cuenta de que su mujer es un ser humano necesitado de comprensión y de ayuda. ¿Pero sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que lo dudo. Ese tío es un idiota.

Lo dijo convencida y acertó de plano.

—CAPITULO XVI—

Cuando Valeria y Horacio llegaron al viejo caserón en el que vivían se empeñó él en que tomara un tranquilizante y se acostara un rato, a lo que su mujer se negó. No tenían ansiolíticos en el botiquín de la casa y no acostumbraba además a tomar medicamentos. Lo que deseaba era apoltronarse en el sofá del salón con la cabeza en blanco y con Horacio a su lado. Sin hacer nada ni pensar en nada. Permanecer inmóvil durante horas con la mirada perdida en un punto indefinido, hasta que despertaran sus músculos y le exigieran realizar algún movimiento. En silencio, pero con él.

No se lo dijo y Horacio no fue capaz de adivinarlo, aunque Valeria pensó que era tan obvio que no precisaba traducirlo en palabras. Pero no captó él su mudo mensaje. Por el contrario, se quedó plantado delante de ella, claramente incómodo, y al fin se atrevió a insistir:

—¿De verdad no quieres echarme un ratito?

—No.

—¿Y qué quieres hacer?

Lentamente desvió ella sus ojos hacia él y se encogió de hombros.

—Nada. No quiero hacer nada.

—Pero tienes que esforzarte por afrontar lo ocurrido— insistió Horacio—. Tú has sido siempre una persona fuerte y no debes darle más vueltas. Ese tipo te atacó y recibió lo que merecía. ¿O es que vas ahora a arrepentirte de haberte defendido?

Le costó a Valeria encontrar las palabras que expresaran lo que sentía.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé. Que estoy como vacía. Con un hueco muy grande dentro. Sin deseos de vivir, sin nada...

—¿Ahora no quieres vivir?

Le envolvió Valeria en una mirada vaga.

—Ya te lo he dicho. Ahora no quiero nada.

Empezó Horacio a impacientarse. Se apoyó en un pie y luego en el otro y luego inquirió procurando que su voz no lo denotara:

—¿Quieres que te deje sola?

Por supuesto que no era eso lo que quería, pero no fue capaz de decírselo. En su lugar murmuró:

—Si es que tienes que subir a estudiar...

Era precisamente lo que Horacio estaba deseando, pero algo en su interior le hizo comprender que no era oportuno que lo reconociera así y murmuró tímidamente:

—Si no te importa... El primer ejercicio está al caer y son muchos temas. Si no me necesitas...

Pensó Valeria que en ese momento sí necesitaba a alguien a su lado. A alguien que le echara un brazo sobre los hombros y que compartiera con ella lo que sentía, sin pronunciar una sola palabra. Y se preguntó luego cómo podía ser él así. Tan carente de ternura, tan incapaz de entenderla y de apoyarla. Con un esfuerzo inmenso levantó una mano y le señaló la puerta. Por ésta se salía al vestíbulo donde comenzaba la escalera por la que accedería a su guarida, sita en la tercera planta.

—Ve a estudiar —replicó cansadamente—. Yo me quedaré aquí.

Aún esperaba que cayera Horacio en la cuenta de que se lo decía por decir, para no obligarle a permanecer a su lado, pero no lo entendió, sino al contrario. Debió de ver el cielo abierto, porque no se lo hizo repetir.

—Estaré arriba —le dijo mientras se encaminaba hacia la puerta—. Si no quieres guisar hoy, podemos llamar a la pizzería o al bar donde asan pollos para que nos traigan uno. Lo que quieras.

Salió a toda prisa, quizás temiendo que Valeria le llamara en el último segundo y se viera obligado a retroceder sobre sus pasos y escuchó ella como subía la escalera cada vez más deprisa, sintiéndose sin duda liberado de su presencia.

Cuando se quedó sola, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá diciéndose que debería llorar. Quizás con las lágrimas lograra hacer salir de su cuerpo la angustia que sentía y que le dolía dentro, podría razonar de nuevo y, como Horacio le había aconsejado, intentar afrontar los hechos, pero no se sentía capaz ni tan siquiera de intentarlo. Cerró los ojos y empezaba a adormilarse, cuando sonó su móvil. Con un respingo se sentó en el borde del sofá, lo extrajo de su bolso y, asustada, estuvo a punto de ir a buscar la máquina de fotos para plasmar en una instantánea el mensaje que aparecería dentro de unos segundos, pero se detuvo con el aparato en la mano. Era absurda la forma en la que había reaccionado. Era una llamada, no un mensaje lo que había oído y además Juan no podría en adelante volver a importunarla. Era Margarita la que la llamaba y seguidamente oyó su voz, aguda y cantarina, cuando arrancó a hablar con la locuacidad que la caracterizaba.

—Valeria, ¿eres tú? Me he enterado de lo que le ha ocurrido a Juan y de que tú estabas presente cuando ese tipo le mató. Es horrible, ¿verdad? —Sin aguardar a que le contestara, continuó—: Y, por cierto, ¿qué hacías tú en ese granero? No sé si sabes que es mío. Heredé esa finca de mis padres, que creyeron al comprarla que iban a hacer un gran negocio urbanizándola y ya ves. No crece allí un solo pino, ni tan siquiera una amapola, y por esa razón le pedí el favor a Juan.

—¿Qué favor? —inquirió Valeria, que apenas si la había escuchado y que no había entendido nada de lo que le decía.

—El favor de que localizara al propietario de una finca colindante que quería comprar la mía. Me había llegado el rumor de que ese vecino estaba interesado en unir mi finca a la suya y Juan se prestó a buscarlo y a ponerme en contacto con él. Y ya ves. Debió enfadar a ese tipo, a ese tal Simeón Anaya, discutirían y el vecino le clavó en el cuello un apero de labranza con el que le dejó en el sitio. ¿Pero por qué te lo estoy contando si tú estabas allí? —inquirió volublemente, para insistir a continuación con la intención de puntualizarlo—: Porque estabas allí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué estabas allí?

Inspiró aire Valeria para acopiar las energías necesarias para responderle y la otra continuó hablando, sin darle tiempo a que le contestara.

—¿Cómo te encuentras? Habrá sido muy duro para ti presenciar un asesinato sin haber podido intervenir para ayudar a Juan. ¿Quieres que vaya y que charlemos? Puedes desahogarte conmigo. No nos hemos visto aún después de mi boda y no tengo nada que hacer esta mañana. En unos minutos puedo estar en tu casa. Me visto, me peino y salgo corriendo para allí. Y, por cierto, me he cortado el pelo muy cortito, a la moda.

—Pero... —intentó objetar Valeria, deseando que desistiera de la idea de visitarla.

—Tengo que enseñarte un día de estos mi coche nuevo. Se lo ha llevado Ricardo esta mañana y es un deportivo precioso que estrené ayer— siguió su amiga, ignorante por completo del estado

anímico de Valeria—. Es un Volvo. El Ferrari lo vendimos. ¿Necesitas que te lleve algo? ¿Una tila, una botella de whisky... algo?

—No, yo...

—Pues hasta ahora mismo— volvió a interrumpirla Margarita— Tomaré un taxi y en unos minutos estaré en tu casa.

Había cortado la comunicación y se incorporó ella en el sofá, con un ademán de impotencia dedicado a la que había sido su interlocutora, preguntándose por qué no le había dejado claro que no se encontraba en condiciones de recibir visitas ni de que necesitaba estar sola. Clavó sus ojos en el tiesto con el que adornaba la mesa delantera del sofá, en el que crecía una frondosa albahaca que aromatizaba el salón, preguntándole con la mirada si no sería obvio. La frívola charla de la otra era lo último que deseaba escuchar en esos momentos. Pero ya no tenía remedio, se dijo. Procuraría que la chica no levantara demasiado la voz cuando llegase, para que no molestase a Horacio, que no soportaba los ruidos y que, pese a hallarse dos plantas más arriba, oía lo que sucedía en la planta baja, porque tenía un oído finísimo. Luego le daría a entender que, dada la proximidad del mediodía, tenía que preparar la comida, por lo que debían acortar la reunión y quedar en otra ocasión.

Se puso cansinamente en pie y se dirigió al único cuarto de baño de la planta baja, necesitado de una urgente reforma, ya que se mantenía exactamente igual que en tiempos de su abuela. Alicatado con azulejos blancos y cuadrados, contenía únicamente un inodoro y un decrepito lavabo sobre el que pendía un espejo. Se contempló indecisa en éste último, diciéndose que debería subir a cambiarse el arrugado jersey color fresa que vestía y que le había llevado Horacio a la comandancia de la Guardia Civil y el pantalón no menos arrugado que le formaba bolsas en las caderas, pero apenas si tuvo tiempo más que para lavarse la cara y para desenredarse la melena, porque instantes más tarde sonó el timbre de la puerta del jardín, que abrió con el mando automático, y seguidamente el de la puerta de la casa.

Margarita apareció en el umbral con el aspecto de una modelo dispuesta a desfilarse por la pasarela de rigor. Vestía un traje de chaqueta rosa fucsia y una blusa de seda natural blanca con lunares del mismo color que el traje. La melena negra con reflejos rojizos que llevaba anteriormente había sido sustituida por un cabello muy corto, rapado en el cogote y con una pronunciada onda sobre una ceja. Encaramada a unos altos tacones, con los que casi alcanzaba la estatura de Valeria, que calzaba zapatos bajos, le dio dos besos sin fijarse en su aire decaído y luego la precedió hasta el salón, tomó asiento en el sofá que la otra acababa de abandonar, indicándole que hiciera lo mismo a su lado.

—Te encuentro muy pálida —le dijo Margarita, tras analizar atentamente su semblante— Pero claro, es natural. Por fortuna no todos los días se presencia un asesinato. Yo no puedo hacerme aún a la idea de que Juan haya muerto. Era tan divertido... tan ocurrente... Estoy deshecha.

Pero no parecía estarlo. Su expresión respondía más bien a la de una chica insustancial que acabara de sufrir un contratiempo inesperado por alterar su ritmo de vida, pero que no había conmovido su existencia.

—Me has dicho antes que Simeón le mató ¿De dónde te has sacado tal cosa? —le preguntó Valeria, haciendo un esfuerzo por interesarse en lo que la otra le decía—. Él ni siquiera se le acercó.

—Porque lo he visto en la tele —replicó su amiga, bajando confidencialmente la voz—. Aunque, eso sí, han especificado que, “presuntamente” le mató, porque como aún no ha sido juzgado goza de la presunción de inocencia. Sé que han llevado a Juan al Instituto Anatómico Forense para hacerle la autopsia, por lo que aún no se ha fijado la fecha del entierro. ¿No se le

acercó?

—No. Juan tropezó con algo y se cayó boca abajo al suelo clavándose en el cuello un rastrillo que estaba allí tirado con los pinchos hacia arriba. Simeón no tuvo nada que ver.

Abrió la boca Margarita hasta formar con los labios una O.

—¡Ah!, ¿no? Pues no es eso lo que han dicho en las noticias de la televisión—. Se la quedó mirando escrutadoramente—: ¿Y qué hacías tú en el granero?

Estuvo tentada Valeria de aclararle la verdad, pero cambió de idea antes de haber comenzado a hablar, porque pensó que su amiga no la creería. Debía de tener un buen concepto de Juan y pondría en duda que él la hubiera drogado la noche de la fiesta para llevarla inconsciente al granero y que la hubiera acosado desde esa fecha, para haberla citado unos días antes en el silo, donde había intentado agredirla sexualmente.

—Había quedado allí con Simeón —replicó sucintamente, tras unos segundos de vacilación.

—¿Con ese tipo? ¿Es que le conocías?

—Sí.

—¿Y por qué habías quedado allí con él? —inquirió la otra pestañeando desorientada.

—Porque él quería conocer mi opinión— inventó a toda prisa—. Tenía intención de comprar “Las Gavillas” y quería saber si me parecía a mí una buena inversión.

Aunque parecía tonta, Margarita no lo era y volvió a mirarla con la boca abierta.

—¿Y qué sabes tú de fincas agrícolas? Puede que seas una magnífica profesora de latín, no lo dudo, pero no tienes ni idea de economía. Me parece absurdo. ¿O es que ese hombre quería ligar contigo y te lo propuso como pretexto?

Rememoró Valeria la expresión huraña de Simeón y pensó que la insinuación de la otra no podía ser más absurda, porque el hombre parecía ser inmune a los atractivos femeninos, pero, en lugar de decírselo así, se encogió de hombros.

—No sé si quería ligar conmigo, pero eso fue lo que me propuso y decidí que debía devolverle un favor que me había hecho anteriormente. Por eso fui allí.

—Y cuando estabas con él, llegó Juan, ¿no fue así?

—Mas o menos —repuso sin querer comprometerse y como deseaba cambiar de conversación, le preguntó—: ¿Y por qué quieres vender esa finca? Tenía entendido que te sobra el dinero y que a Ricardo también.

El expresivo semblante de Margarita se nubló durante unos segundos con una sombra de preocupación.

—Es que vivir es muy caro y en el viaje de novios nos hemos gastado todo lo que nos pagaron por la exclusiva de la boda, ¿comprendes? Además, nos hemos comprado un Volvo, ya te lo he dicho, y aunque hemos vendido el Ferrari que teníamos...

Le costó entenderlo a Valeria e insistió:

—¿Vendisteis la exclusiva de la boda?

—Sí, claro, a una revista que se llama “Sucesos” y que conocerás.

No hojeaba Valeria esa revista ni ninguna otra. Horacio opinaba que únicamente merecía la pena gastar dinero en libros serios y ella tampoco se había sentido nunca atraída por conocer las intimidades de la jet. En lugar de contestarle, afirmó más que preguntó:

—Y ya os habéis gastado el dinero de esa exclusiva.

—Sí.

—Pero Ricardo trabaja en la empresa de su padre— insistió ella— ¿No es así?

Esbozó Margarita un mohín desdenoso como si el tema le aburriese.

—Sí, aunque no tiene mucho tiempo para aparecer por la fábrica. Va de vez en cuando.

—¿Y qué hace el resto del tiempo? —inquirió ella sin comprender.

—Pues viajamos... vamos a fiestas... esas cosas. Además, nos hemos comprado últimamente el coche del que te he hablado y...

—Y estáis sin blanca —terminó Valeria por ella.

—Tanto como eso, no. Suele acertar Ricardo en las apuestas de las carreras del hipódromo, cuando no damos una fiesta sobre la que vendemos la exclusiva. Pero... bueno, esa finca no nos servía para nada y decidimos que venderla sería una buena idea.

—Ya— murmuró Valeria sin ninguna convicción, diciéndose que no reconocía en la chica que tenía a su lado a la amiga de la infancia con la que había compartido su niñez y después su adolescencia. ¿Cómo podría haber cambiado tanto?, se preguntó.

— ¿Y por qué mandaste a Juan a negociar esa venta? —inquirió a continuación— No lo entiendo. ¿No hubiera sido más lógico que hubierais quedado Ricardo o tú con Simeón?

Frunció su amiga los labios con un gesto de disgusto.

—Sí, quizás sí, pero Ricardo no es muy hábil con esa clase de transacciones ni yo tampoco, así que se lo encargamos a Juan, que era un buen negociador. Al principio nos puso pegas, porque se había apuntado a unas regatas en el Mar Menor de Murcia en las que el ganador obtendría un premio en metálico y quería tomar un avión esa misma tarde, a eso de las ocho, para llegar descansado. Óscar iba a participar también en esa regata, como proel en el barco de Juan y quería también viajar la víspera de la competición, pero cuando le especificué que se trataba de “Las Gavillas” y que quería venderla, se ofreció a ayudarme.

La había escuchado Valeria sin prestarle demasiada atención, pero cuando terminó de aclarárselo sintió que algo de su apatía se desvanecía y que empezaba a interesarse por lo que la otra le estaba contando. Con un esfuerzo logró reproducir en su memoria la pantalla de su móvil con el mensaje que había creído que le enviaba Miriam y en la que ésta la citaba en el granero de “Las Gavillas”. En el que la citaba Juan, para ser más exactos. Ese mensaje no había sido eliminado de su móvil como los anteriores ni tampoco le había sido enviado desde el que le habían robado a ella, lo que por otra parte era lógico, pues de otra manera no la hubiera engañado Juan y no hubiera acudido al granero. Debía de habersele ocurrido a éste esa añagaza en casa de Margarita instantes antes de mandárselo. Trató de averiguarlo sin que la otra se diera cuenta.

—O sea, que convenciste a Juan para que se acercara a “Las Gavillas” la misma tarde en la que murió— murmuró, luchando por recuperar el hilo del relato y ordenar los hechos tal y como habían sucedido.

—No, ya te he dicho que fue él el que se ofreció. Había venido a casa a comer y mientras tomábamos café en el saloncito se me ocurrió la idea y se lo comenté. Ricardo no llegó a enterarse, porque le habían llamado por teléfono y había salido de la habitación, pero supongo que le hubiera parecido bien, porque, como te he dicho, es muy mal negociador.

—¿Y qué hora sería cuando Juan se prestó a ir en vuestro lugar a buscar a Simeón?

Entrecerró Margarita sus ojos oscuros para concentrarse mejor.

—Pues serían las cuatro de la tarde o las cuatro y media. Puede que algo más, ¿por qué?

A las cinco estaba ella dando clase de latín a sus alumnos y nada más comenzarla había recibido el mensaje en el móvil. Con la intención de aclarar definitivamente el relato, le preguntó:

—¿Y qué hizo él? ¿Llamó inmediatamente a Óscar para comunicarle que tenían que retrasar el viaje a Murcia?

—No, le envió un WhatsApp por el móvil. Estaba sentado enfrente de mí y le vi hacerlo.

Sin duda, el mensaje que había enviado Juan en ese momento era el que había recibido ella mientras escribía el texto latino en la pizarra, pensó. Luego insistió:

—¿Y qué le contestó Óscar?

—Eso no lo sé. Juan me dijo adiós a continuación y se marchó. Me pidió que le despidiera de Ricardo, que seguía hablando por teléfono. Nos enteramos de lo que le había ocurrido en “Las Gavillas” cuando ya había anochecido y nos llamó Julián, que lo había oído en la televisión.

—Ya— musitó Valeria—. A esas horas estaría ella en el hospital con un agente de la Guardia Civil en la puerta de su habitación y Simeón recluido en un calabozo de la Comandancia. Y todo, porque un individuo aparentemente normal, pero que debía de ser un maniaco sexual, se había empeñado en abusar de ella.

Se le escapó un lagrimón, que afortunadamente Margarita no vio, porque en ese momento había sonado la llamada de su móvil y estaba buscándolo en el interior de su bolso. Cuando finalmente lo encontró, se lo llevó al oído. Dedujo Valeria que era su marido el que la llamaba y que trataba de averiguar donde se encontraba su mujer.

—¿Que dónde estoy? Estoy en casa de Valeria— decía su amiga en ese momento, en un tono demasiado alto, por lo que temió ella que llegara a oídos de Horacio y que éste bajara de su guarida para dedicarle a ella una reprimenda en cuanto la otra se marchara por haberla recibido en la casa a las horas que dedicaba al estudio, que bien mirado, eran todas, salvo las que destinaba al sueño.

—Pues no, se me había olvidado— seguía diciendo Margarita—. Y tienes razón. Debemos visitar a Carmen esta mañana y tratar de consolarla. Últimamente no se llevaban muy bien Juan y ella, pero imagino que, después de lo que le ha sucedido a él, habrá olvidado las rencillas que han mantenido y que estará hecha polvo. ¿Por qué no me recoges? Puedo salir a la calle cuando llegues con el coche y no tendrás así que aparcar.

Debió de objetarle algo Ricardo, porque replicó ella:

—Como quieras. Esperaré entonces dentro de la casa.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Valeria.

—Era Ricardo. Habíamos quedado al parecer en ir a ver a Carmen esta mañana, pero ha salido él después de desayunar sin decirme nada y lo había olvidado. Va a venir a recogerme y me ha preguntado que cómo te encuentras. Quiere entrar a saludarte y a comprobar que estás bien.

Efectuó Valeria un gesto de asentimiento. Únicamente había visto al marido de la otra en dos ocasiones. En la fiesta de despedida de solteros de los dos y en su boda, por lo que para ella era un extraño y hubiera preferido que recogiera a su amiga en la calle y no verse obligada así a hacer un esfuerzo por atenderle y agradecerle su interés. Le dolía la cabeza y no veía llegar el momento en el que Margarita se marchara y pudiera quedarse sola de nuevo. El tiempo que transcurrió hasta que sonó el timbre de la cancela del jardín se le hizo eterno, pero al fin llegó ese momento y se levantó para abrirle la puerta de la casa.

Ricardo apareció en el umbral. Había engordado desde la tarde de la boda y, a diferencia de la expresión que traslucía su semblante ese día y de cómo le recordaba, estaba serio y vestía un traje oscuro con una corbata negra. Vaciló antes de saludarla, pero terminó por darle dos besos y unas palmaditas en la espalda.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Ha debido de ser muy duro para ti.

La había envuelto en una conmisericordiosa mirada y le sorprendió que fuera capaz de ponerse en su caso, o en lo que él creía que era su caso, ya que suponía que ella no había sido más que una mera espectadora del accidente que había sufrido Juan.

—Sí, lo ha sido o, mejor dicho, lo es —repuso a media voz.

Esperaba ella que Margarita se les reuniera en el vestíbulo y que se marcharan los dos inmediatamente, pero en contra de lo que hubiera deseado, la empujó él suavemente hacia el salón

y se dejó caer en una butaca, frente al sofá en el que aún estaba sentada su mujer y en el que Valeria tomó nuevamente asiento.

—Quisiera que me contaras cómo sucedió —le pidió persuasivamente a ella—. Es horrible, ¿verdad? Todavía no he logrado explicármelo.

Se le adelantó Margarita antes de que se le ocurriera a Valeria lo que debería contestarle, para decirle:

—Pasó, que esa nave no tiene luz eléctrica y que, como estaba a oscuras, no vio Juan un rastrillo que había en el suelo, tropezó, se cayó encima y se le clavó en el cuello. ¿No fue así? —le preguntó a Valeria.

—Sí— musitó ésta casi sin voz.

—Pero ¿qué pintaba Juan en nuestra finca? —insistió Ricardo— Tenía previsto participar en una regata y esa misma tarde iba a tomar un avión. ¿Por qué cambió sus planes?

—Porque se ofreció a ayudarme —replicó Margarita— Ya te dije que quería vender esa finca y Juan se ofreció a hablar con un vecino que estaba interesado en adquirirla. Ese tal Simeón Anaya que ha dicho la tele que ha sido detenido y puesto en libertad con cargos.

Efectuó Ricardo un gesto de desaprobación.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? Debería de haber sido yo el que me pusiera en contacto con ese hombre.

—¡Bah! —protestó volublemente ella—. Tú tenías otras cosas que hacer y Juan se brindó a hacerme el favor.

—¿Se brindó? —se enfadó Ricardo levantando el tono de voz— ¿Y por qué tenía él que meterse en nuestros asuntos? Últimamente se tomaba demasiadas confianzas, lo que no dejaba de molestar a Carmen.

—¿Juan? —se extrañó Margarita, que se volvió hacia su marido abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, Juan —repuso malhumorado. Giró luego la cabeza hacia Valeria para preguntarle—. ¿Conocías tú a ese tal Simeón? Tengo entendido que tiene antecedentes policiales. Al parecer, desapareció su novia a raíz de que rompieran la relación sentimental que mantenían y le detuvo la policía como sospechoso, pero no lograron encontrar a la chica ni probarle nada, porque su hermano le proporcionó una coartada.

Desconocía por completo Valeria ese asunto, ya que Noelia no había llegado a informarla del resultado de las investigaciones del detective, por lo que manifestó su extrañeza.

—¿Estás seguro? Es un tipo raro, pero yo diría que es una buena persona.

—Pues temo que estés equivocada y que corriste un riesgo quedando con él en ese granero. ¿De qué le conoces?

—Me hizo un favor hace tiempo —replicó con vaguedad, tras haber reflexionado sobre la conveniencia de decirle la verdad y llegar a la conclusión de que sería preferible ocultársela. Tampoco él la creería si le refiriera el calvario que la había hecho padecer Juan desde la noche de la fiesta, por lo que optó por darle la misma versión que a Margarita y repuso—. Me pidió que le diera mi opinión sobre el precio que sería razonable pagar por “Las Gavillas” y me citó en el granero esa tarde. Después apareció Juan y, como ya te ha comentado Margarita, tropezó, se cayó al suelo y se clavó el rastrillo en el cuello.

Analizó Ricardo fijamente su expresión y levantó luego un dedo en un gesto con el que parecía querer reñirle:

—Pues debes de llevar cuidado. El juez le ha dejado en libertad con cargos y no me extrañaría que intentara algo contigo. No es un hombre de fiar y la excusa que te dio para citarte

en el granero no se sostiene por su base. ¿Qué sabes tú de fincas agrícolas? Absolutamente nada. Sin duda, con esa cita tenía otro propósito.

Ricardo seguía mirándola fijamente, como si fuera capaz de adivinar lo que pasaba por su mente y pestañeó ella rápidamente, esforzándose porque su rostro no trasluciese lo que estaba elucubrando. Consiguió con un enorme esfuerzo que su semblante se distendiese con una sonrisa pálida y murmuró:

—Me vais a perdonar, pero estoy muy cansada y necesito echarme un rato. Os agradezco mucho vuestra visita y vuestro interés. Otro día en el que me encuentre mejor continuaremos esta conversación.

Manifestó Margarita su sorpresa, pero Ricardo pareció entenderla, porque, comprensivamente, se puso en pie en el acto y obligó a su mujer a hacer lo mismo.

—Perdona, Valeria —le dijo apresurándose a disculparse—. Comprendo que estamos importunándote en unos momentos en los que necesitas olvidarte del trauma que has vivido y que ha debido de ser terrible para tí. Ya nos vamos.

Empujaba a Margarita hacia el vestíbulo delante de él y Valeria les siguió notando las piernas pesadas y la sensación de que había algo que se le escapaba. Cuando al fin cerró la puerta de la casa tras ellos y vio a través de la ventana que salían del jardín, cerró la cancela con el mando y regresó precipitadamente al salón para llamar a Noelia por el teléfono fijo. Lo tenía ya en la mano cuando oyó los pasos de Horacio que bajaba la escalera y que entró seguidamente en el salón con el ceño fruncido.

—¿Quién se ha presentado en nuestra casa y hablaba a gritos en esta habitación hace unos momentos? Debería mostrar la gente más respeto por la intimidad de los demás y comprender que no puedo estudiar con ese escándalo. ¿Quién era?

Estuvo Valeria por contestarle con un exabrupto, pero en su lugar repuso pacientemente:

—Eran Margarita y su marido, Ricardo. Han venido a interesarse por mí y a darme ánimos.

Se lo dijo con toda la mala intención que fue capaz de expresar, pero Horacio no recogió la indirecta. Parpadeó con unos ojos enrojecidos por el estudio y luego refunfuñó:

—Pues menos mal que ya se han ido. He perdido un tiempo precioso por su culpa y espero que en adelante quedes con ellos o con quien te parezca fuera de esta casa, ya que no parece que sean capaces de hablar en tono normal—. Fue a dar media vuelta para salir de la habitación, pero antes de haber rematado el movimiento se giró nuevamente hacia ella para decirle— ¡Ah!, por mí no te molestes en preparar la comida. Me he tomado un bocadillo de queso hace un instante y ahora que se han ido voy a intentar recuperar el tiempo perdido. Hasta luego.

Le siguió Valeria con la vista sintiendo a su pesar un rencor sordo contra él, que, sin saber por qué, hizo luego extensivo al resto del universo. Colgó luego el auricular del teléfono que aún tenía en la mano. Ya no tenía ganas de hablar con Noelia ni con nadie.

Cansadamente, apoyó nuevamente la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Al día siguiente tendría que volver al colegio a impartir dos clases de latín por la mañana y otras dos por la tarde, para lo que debería hacer un tremendo esfuerzo, aunque quizás recuperar la rutina diaria le ayudase a reencontrarse a sí misma. Pensó en Simeón y se preguntó si habría algo de verdad en lo que había sugerido Ricardo y decidió inmediatamente que no, que no era posible. La había ayudado cuando al entrar en la nave había podido percatarse de que había sido ella la que, aunque involuntariamente, había matado a Juan, y a pesar de ello no lo había declarado así ante el juez, sino que la había encubierto y ahora estaba pendiente de ser juzgado por un delito que no había cometido.

Angustiada, se preguntó qué pensaría Dan de ella por ese motivo. Por su causa se encontraba

Simeón en la situación en la que se hallaba, por lo que era muy posible que la odiase ahora. La idea la acongojó más aún de lo que ya estaba. Él la había creído desde que la había encontrado en la cuneta de aquel camino y desde entonces la había ayudado. Además, y a diferencia de Horacio, la comprendía sin necesidad de explicarle en cada momento lo que sentía. Había perdido el único aliado que había tenido, pero no podía consentir que creyese que estaba dispuesta a permitir que Simeón cargase con las culpas. Si en el juicio llegaba a ser condenado como autor del homicidio de Juan, diría la verdad y confesaría haberle matado ella, aunque Noelia se opusiese.

Decidió de pronto que debería aclararle a Dan que ese era su propósito y al tomar esa resolución se sintió mejor. Se sentó de golpe en el sofá y descolgó nuevamente el auricular con nuevos bríos. Luego marcó el número de su móvil y al cabo de unos segundos oyó su voz:

—¿Sí?

—Dan, soy yo, Valeria. Necesito hablar contigo.

Se hizo un silencio a través del hilo. Le imaginó con el ceño fruncido debatiéndose entre el imperioso deseo de colgarle y el de dedicarle unos epítetos expresivos, pero no halagüeños. No hizo una cosa ni la otra. Se limitó a murmurar en tono desdeñoso:

—Ya.

—No es lo que piensas, Dan. No voy a permitir que condenen a tu hermano y si hasta la fecha no he declarado lo que verdaderamente pasó ha sido por seguir el consejo de Noelia, de mi abogado. Ella cree poder sacarle absuelto, pero si por alguna eventualidad no sucediera así, confesaré que fui yo la que le clavé a Juan el rastrillo en el cuello. ¿Me crees?

Tardó él en contestarle y cuando lo hizo su voz le sonó lejana y como escéptica.

—Estoy cansado de creerte, Valeria, aunque sí entiendo que hayas actuado como lo has hecho. Debe de ser muy duro verte obligada a defenderte de un desalmado y que encima te acusen como si fueras una delincuente para enviarte finalmente a la cárcel. Te entiendo, sí.

Las palabras se le agolparon a Valeria en los labios, pero consiguió entresacar las que en esos momentos le parecieron más oportunas.

—Necesito verte y explicarte.

—¿Para qué?

—Ya te he dicho para qué. ¿A qué hora terminas de trabajar esta tarde?

—A las seis, pero...

—Sin peros. ¿Conoces una cafetería que está en la calle O'Donnell y que se llama "Sésamo"?

—No, ¿por qué?

—Porque quiero quedar contigo allí esta tarde, a las seis y media, ¿Te parece bien?

La respuesta de él sonó dura y como un trallazo.

—No.

—Pues, aunque no te parezca bien, quiero verte allí a esa hora. Mira en el móvil dónde se encuentra y sé puntual.

—CAPÍTULO XVII—

Llegó Valeria a la cafetería cinco minutos tarde y al entrar en el local paseó su mirada por las mesas buscándole con los ojos hasta que se convenció de que no estaba. ¿Habría decidido darle plantón?

Consultó su reloj y al darse cuenta de que era posible que se hubiera retrasado involuntariamente y que estuviera a punto de llegar, se dirigió hacia una mesa que estaba algo apartada, bajo una ventana, y tomó asiento sin perder de vista la puerta.

Se había arreglado especialmente para la ocasión con la intención de que entendiera sus motivos para no haber declarado la verdad ante el juez y de recuperar la relación que habían mantenido con él anteriormente y se había vestido con un traje de chaqueta azul marino, que había estrenado el otoño anterior y que le sentaba bien. Se había lavado la cabeza y arreglado el cabello con el secador de mano, se había pintado, y finalmente se había encaramado a unos zapatos de tacón que estilizaban su figura. Parecía otra, sin semejanza alguna con la que esa misma mañana había comparecido en el juzgado con un arrugado jersey fresa y un pantalón que le estaba grande, que era la ropa que le había llevado Horacio al hospital para que se cambiara y que hacía varios años que no usaba, porque había adelgazado desde entonces, pero esa era una de las muchas cosas que su marido ignoraba. A decir verdad, no se fijaba nunca en cómo iba vestida ni tampoco en si resultaba o no atractiva a los demás, aunque solía llamar la atención por la calle, como en ese momento entre los asistentes. Dos jóvenes que estaban en una mesa cercana la miraban cuchicheando algo por lo bajo y cuando sus miradas se cruzaron se dio cuenta Valeria de que les había visto antes en alguna parte. Sus caras le parecieron conocidas. Recordó quienes eran en cuanto se pusieron en pie con la evidente intención de acercársele. Eran dos de los amigos de Ricardo y de Margarita que habían asistido a la fiesta de despedida de solteros de aquellos y después a la boda. El más alto, rubio y con los ojos azules, se llamaba Óscar y el pelirrojo, del que no recordaba su nombre, era el que había bailado el charlestón después de brindar por los novios con cava y había terminado revolcándose sobre la alfombra con una chica que se llamaba Merche y que era su pareja. Vestían ropa informal, aunque de marca, lo que podía apreciarse por el logotipo que llevaban en el pecho de sus cazadoras de piel. Con las gafas oscuras con las que ocultaban sus ojos y con sus ademanes, pretendidamente descuidados, parecían querer manifestar que pertenecían a un gremio privilegiado de holgazanes de familia adinerada marcando las distancias con los que no compartían su nivel. Al menos así les conceptuó Valeria cuando se le aproximaron y se quedaron en pie frente a ella.

—¡Qué casualidad! —se admiró el pelirrojo—. Tan grande como es Madrid y hemos tenido que coincidir en esta cafetería. ¿Cómo te encuentras?

Supuso Valeria que estaban al tanto de lo que le había sucedido a Juan y de la versión que había dado ella en el juzgado esa mañana, por lo que hizo un gesto vago.

—Bien, dentro de lo que cabe.

—Claro, ha tenido que ser muy duro para ti— se condolió Óscar como si verdaderamente fuera capaz de ponerse en su caso. Tomando asiento a su lado en una silla, se quitó las gafas dejando al descubierto sus claros ojos azules—. Pobre Juan— se lamentó entristecido—. El pobre debió pelearse con el tipo al que han detenido y al que espero que le condenen a muchos años. ¿Se

pelearon? —le preguntó observándola con curiosidad—. Por el periódico sé que tú estabas también en ese viejo granero, por lo que debiste presenciario todo. Habías quedado con Juan allí, ¿verdad?

—¿Yo? No, claro que no.

—¿No? ¿A qué habías ido entonces a esa nave?

Buscó Valeria una respuesta verosímil y decidió repetirles la versión que les había dado esa mañana a Margarita y a su marido.

—Había quedado con Simeón Anaya, que es propietario de la finca que linda con “Las Gavillas”. Quería él comprársela a Margarita y me había llamado para que la viera y para que le pusiera con contacto con ella con la intención de hacerle una oferta.

Aunque había hilado su aclaración y la había expuesto sin una sola vacilación, le dio la impresión de que no se la habían creído. El pelirrojo Amadeo se había dejado caer en la otra silla y se había quitado también las gafas. La miraba parpadeando con sus ojos verdosos ribeteados de pestañas claras, como si la estuviera analizando y buscara el fallo que esperaba encontrar en sus palabras.

—¿Conocías entonces a ese Simeón Anaya?

—Sí, claro, ya os lo he dicho.

—¿Y de qué le conocías?

Se estrujó Valeria la mente y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Simeón cría caballos y pensaba comprarle uno.

—Porque practicas la equitación —afirmó más que preguntó Amadeo.

—Por supuesto. Es uno de mis deportes favoritos.

Debía ser también el de los dos, porque aceptaron su respuesta sin dudarle y le sonrieron como si acabaran de encontrar un lazo que les unía.

—Ya, ¿y has llegado a adquirir ese caballo?

Efectuó Valeria un movimiento negativo con la cabeza agitando a la vez su melena, que osciló a su compás y que los dos hombres contemplaron embobados.

—No, porque cuando íbamos a cerrar el trato se presentó Juan en la nave. No llevaba linterna y estaba a oscuras. Avanzó hacia el lugar en el que nos encontrábamos nosotros dos, tropezó con un rastrillo que estaba en el suelo y se cayó de boca sobre el apero clavándose uno de los pinchos en el cuello.

—Lo que le dejó en el sitio —apuntó Amadeo entrecerrando condolido sus ojillos.

—Sí. Simeón intentó cortarle la hemorragia, pero no pudo hacer nada por él. Entonces llamó a la Guardia Civil, que se presentó poco más tarde y que después de que el juez de guardia levantara el cadáver nos detuvo a los dos.

Manifestó Óscar su sorpresa.

—¿Te detuvo a ti también?

—Sí.

—Pero el juez te ha dejado en libertad sin cargos, ¿no ha sido así?

—Sí, claro. Y, aunque no ha tenido nada que ver con la muerte de Juan, el juez ha creído que Simeón había sido el autor del homicidio, porque sus huellas estaban en el palo del rastrillo. Lo estaban, porque lo cogió del suelo y lo retiró del cuerpo de él arrojándolo sobre un montón de paja para que no tropezáramos nosotros dos también.

—Ya— murmuró Óscar.

Amadeo la observaba inquisitivamente con los ojos clavados en su rostro y al cabo de unos segundos objetó:

—¿Y a qué fue Juan a ese granero? Hace años, cuando aún vivían los padres de Margarita, íbamos todos allí a organizar botellones, porque está muy alejado de la civilización y nadie se enteraba. Nos llevábamos las bebidas alcohólicas y la juerga nos salía muy barata. Pero hace mucho tiempo de eso. Ahora podemos permitirnos otros lujos.

Óscar parecía reflexionar sobre lo que Valeria les había referido e insistió dirigiéndose a ella.

—Entonces, ¿Juan, el criador de caballos y tú coincidisteis allí por casualidad? —

Su pregunta removió en Valeria un sinfín de sensaciones que había tratado de olvidar en las horas que había permanecido en el calabozo de las dependencias de la Guardia Civil. El miedo que la paralizó cuando se presentó Juan en la nave y vio su silueta en el umbral, perfilándose en negro contra un firmamento ya muy oscuro... y el pánico subsiguiente que la sacó de su marasmo y que la obligó a correr hacia la puerta trasera intentando escapar, con la impresión de que estaba viviendo despierta una pesadilla y que no era posible que aquello pudiera estarle sucediendo a ella...

—Digamos que sí, que coincidimos con Juan por casualidad —articuló despacio y aparentemente impasible.

Le pareció que los dos intercambiaban una mirada de inteligencia y recordó entonces que también en la fiesta les había sorprendido con otras similares, con las que parecían entenderse sin mediar palabras y que tenían que ver con ella. Aquella noche le dio la impresión de que les parecía cómico que fuera profesora de latín, pero no supo descifrar en esos momentos lo que sus dos interlocutores querían decirse y que le atañía a ella.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Óscar, con un ademán de su mano derecha que le pareció a ella muy estudiado.

—Nada —repuso en el acto—. Estoy esperando a un amigo.

Consultó él su reloj y le sonrió mostrando unos dientes iguales y muy blancos.

—Pues me parece que se está retrasando. Podemos pedir mientras tanto una copa. Dicen que las penas, con alcohol son menos.

Tomar una copa con ellos sería a lo último a lo que se arriesgaría Valeria, por lo que repuso:

—No bebo. No me sienta bien el alcohol.

—¿No?, pues en la fiesta de Margarita y de Ricardo bien que empinaste el codo —replicó riéndose—. Creo recordar que cuando salimos de la casa de él para continuar la juerga en La pianola no te podías tener en pie.

Le pareció a Valeria volver a sentir el aire frío en el rostro y el viento que agitaba su melena, cuando, semi inconsciente se apoyaba en el hombro de alguien que la sujetaba por debajo de los brazos.

—Esa noche hice una excepción que no voy a repetir —le contestó, con una sonrisa vaga, pero que no dejaba lugar a dudas—. Juan fue muy amable y me llevó a mi casa—. Paseó su mirada por el semblante de los dos e inquirió—: Porque fue Juan, ¿verdad?

Se consultaron sus interlocutores con la mirada claramente incómodos, pero no llegaron a darle una respuesta. En la puerta del local acababa de aparecer Dan y al advertir por la expresión de Valeria que acababa de llegar el amigo que esperaba volvieron la cabeza hacia el recién llegado, que se detuvo sorprendido al verla acompañada. Luego echó a andar de nuevo hacia ellos con aire impasible, aunque saltaba a la vista que no estaba precisamente de buen humor. Saludó no obstante con aparente amabilidad a Amadeo y a Óscar cuando Valeria se los presentó. Los dos se despidieron en el acto y él se sentó en la silla que había dejado libre Óscar, a la par que mascullaba:

—Había decidido no venir, pero en el último segundo he cambiado de opinión. Voy a escuchar

lo que tengas que decirme y luego me marcharé. Espero y deseo que en adelante no nos volvamos a ver.

Sus palabras le sentaron a Valeria como si le hubieran arrojado un jarro de agua fría sobre la cabeza. Ya le había manifestado por teléfono que no iba a permitir que a su hermano le condenaran por un delito que no había cometido, por lo que le pareció que su exabrupto estaba fuera de lugar.

—Quería verte para repetirte lo que ya te he dicho esta mañana —articuló despacio, conteniéndose para no marcharse en el acto y dejarle con la palabra en la boca. Ella también estaba abrumada por el curso de los acontecimientos, conmocionada por la traumática experiencia que había vivido en el granero y desconcertada al no acabar de entender las consecuencias jurídicas de haberse defendido del hombre al que ahora denominaban “la víctima”—. Por si no te acuerdas, te he asegurado que si el juez declara a Simeón culpable de la muerte de Juan y le condena por ese delito, confesaré lo que verdaderamente ocurrió. ¿Ya lo has olvidado?

La observó en silencio durante unos segundos con una expresión desdeñosa en su moreno semblante.

—Sí me acuerdo, pero me pregunto que por qué no lo has hecho ya. Por lo que le he sacado a Simeón, que me ha contestado con monosílabos, ese tipo te agredió y te defendiste con lo que encontraste a mano que resultó ser un rastrillo que le clavaste en el cuello. ¿Por qué no se lo has dicho así al juez? A Simeón, que lo único que hizo fue ayudarte, le hubieran dejado en paz.

Le envolvió Valeria en una conmovedora mirada.

—Porque tú consideras que, como lo único que hice fue defenderme, a mí no pueden acusarme de nada, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues, para que lo sepas, los jueces no lo ven tan claro como tú. Noelia me ha explicado que seguramente me caerían cinco años por haberle matado con un rastrillo. Por lo visto hubiera sido diferente si él me hubiera atacado con otro o con una navaja o me hubiera encañonado con una pistola, pero no necesitaba él ninguna de esas armas para llevar a cabo sus propósitos, porque tenía mucha más fuerza que yo. Me tiró al suelo de un empujón y se me echó encima sin que yo pudiera evitarlo, ¿entiendes?

Le impactó a Dan lo que acababa de decirle y se echó mano al cuello de la camisa como si le oprimiera.

—Pero le clavaste el rastrillo en legítima defensa. ¿Es que eso no lo tienen en cuenta los tribunales?

Esbozó ella un gesto desdeñoso.

—Sí, pero de forma muy restrictiva. La aplican como una eximente incompleta cuando a su entender el medio empleado para repelar la agresión no es proporcional al empleado por el atacante. Eso significa que, como la pena por el homicidio oscila entre cinco y diez años de cárcel, me caerían cinco, que es la pena inferior en un grado.

Se quedó mirándola absolutamente sorprendido.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente.

—Pero entonces...

—Entonces, Noelia va a defender a Simeón y me ha repetido hasta el aburrimiento que le va a sacar absuelto, pero, en el supuesto de que no fuera así, no permitiré que le condenen por un delito que no ha cometido.

—Y declararás lo que verdaderamente sucedió.

—Sí.

Con la cabeza baja y confundido, se acarició una mejilla y luego levantó la mirada hacia ella.

—Perdona... Yo no sabía... No sabía lo que podía pasarte a ti si decías la verdad y me parece totalmente absurdo lo que me estás contando. ¿Y cómo va a conseguir esa chica que absuelvan a Simeón? Supongo que esa misma doctrina descabellada se la aplicarán a él, si tu abogado, que ahora es también la de mi hermano, alega que él mató a ese hombre defendiéndote a ti.

—Sí, me temo que sí. Noelia no me ha dicho qué línea de defensa tiene previsto utilizar. Me da la impresión de que ni ella misma lo sabe, pero no soy yo la clase de persona que se escuda en los demás y que permite que otros paguen por los actos de los que soy responsable. Puedes estar tranquilo, porque a tu hermano no va a sucederle nada malo.

Le costó a Dan asimilar la información que acababa de recibir y permaneció apoyado en la mesa con la cabeza baja durante unos minutos que a Valeria le parecieron interminables. Cuando volvió a levantarla y sus miradas se cruzaron, su rostro expresaba algo que se asemejaba mucho a la culpabilidad.

—Siento lo que te he dicho al llegar— murmuró en tono bajo—. No estoy muy versado en temas jurídicos y no me podía imaginar... Había creído que le habían cargado el muerto a Simeón por haber detectado sus huellas en el palo del rastrillo y que tú habías decidido lavarte las manos y aprovecharte del error que ha cometido la policía—. Se ensombreció visiblemente al añadir—: No puedo admitir tampoco que a ti puedan, recluirte en una prisión, ni tan siquiera un día, como premio por haber puesto fin a la pesadilla que has tenido que padecer por la obsesión de ese desgraciado que ya no está en este mundo. Tiene que haber otra solución.

Meneó Valeria pesarosamente la cabeza.

—Pues no la hay. Las cosas son así.

—¿Y qué vas a hacer?

Se lo preguntaba con auténtico interés, como si compartiera con ella idéntica preocupación por lo que pudiera depararle el futuro y Valeria le sonrió melancólicamente, agradeciéndoselo desde lo más profundo de su alma.

—¿Que qué voy a hacer? Por el momento voy a volver a apuntarme a las clases de defensa personal a las que acudía cuando era soltera y que dejé al casarme. Así, si alguien vuelve a agredirme le sacudiré un mandoble y ningún tribunal podrá acusarme por haberme excedido al defenderme. ¿Qué te parece?

Ni tan siquiera sonrió Dan al oír lo que había querido ser un sarcasmo. La miraba fijamente con sus ojos castaños, como si no se atreviera a decirle lo que estaba pensando. Finalmente la bajó hasta sus manos y le preguntó sin apartar sus pupilas de sus dedos:

¿Cómo se está comportando tu marido? —. Supongo que estará siendo para ti un apoyo trascendental.

Abrió Valeria la boca y la volvió a cerrar sin encontrar una respuesta oportuna y luego apoyó la barbilla en una mano recordando el enfado de Horacio al oír desde su despacho, dos plantas más arriba, las voces de Margarita y de Ricardo, que habían tenido la ocurrencia de visitarla esa mañana para interesarse por ella. A Horacio le había parecido eso, una ocurrencia, porque en su mundo solo cabían sus estudios, o al menos eran para él lo primordial, y no consideraba que ella pudiera necesitar del calor humano. Y cuando ganara la cátedra a la que aspiraba, lo importante serían las conferencias que daría y los libros que publicaría sobre la Hélade y el griego clásico, no ella.

Lo vio en ese instante con tanta claridad que notó que algo húmedo le ascendía hasta los ojos. Pero no iba a llorar, se dijo. Ella no lloraba nunca y mucho menos en público.

La observaba ahora Dan con la cabeza ladeada y debió de adivinar lo que pasaba por su

mente, porque mascullo:

—No te está ayudando a superar los momentos tan duros que estás viviendo, ¿verdad?

Se encogió Valeria de hombros con vaguedad. No solo no estaba siendo para ella ningún apoyo, era mucho peor que eso. Le había demostrado una vez más y en unas circunstancias en las que le resultaba imposible asumirlo, que le estorbaba. Que necesitaba que le dejara en paz y que, aunque quizás no fuera él plenamente consciente, calificaba de inoportuno el trauma que acababa de sufrir ella. Desde luego no era capaz de ponerse en su caso.

—Tiene que estudiar —repuso al fin con un esfuerzo por expresarse con naturalidad y no denotar el encono que sentía contra él— Tengo entendido, que es frecuente que los opositores se desquicien mientras preparan las pruebas de selección que tienen que superar por el esfuerzo y el aislamiento que tienen que sufrir. Horacio no está en condiciones en estos momentos de ocuparse de mí.

—¿Pero se lo has explicado bien? —insistió Dan incrédulamente.

—Sí, esta mañana. Le habrás visto esperando en el pasillo a que terminara de declarar ante el juez. Luego nos hemos ido a casa y por el camino se lo he contado.

—¿Y qué ha dicho?

—Pues...

Recordaba tan solo Valeria su gesto de disgusto y la prisa con la que le había hecho entrar en casa. Se había entretenido, eso sí, en preguntarle en el salón si deseaba tomar un tranquilizante y si quería echarse un rato, pero había salido a escape escaleras arriba en cuanto ella le había sugerido que podía ir a estudiar. Solo con sus libros se encontraba en su elemento.

—No ha dicho nada, ¿verdad? —machaconeó él—. Perdona por lo que voy a decir, pero no sé por qué le aguantas.

Se arrepintió casi inmediatamente de haberlo dejado escapar, pero no se disculpó. Volvió a quedársela mirando fijamente y Valeria se rebulló incómoda en su silla.

—Bueno, creo que se me está haciendo tarde y que tengo que marcharme a casa ya —alegó nerviosa—. Solo quería que supieras lo que te he dicho.

—Y yo, que puedes contar conmigo para lo que sea, para cualquier cosa. ¿Cuándo vas a empezar nuevamente a trabajar?

—Mañana. Me supondrá un esfuerzo concentrarme en las clases y manejar a los chiquillos que tengo por alumnos, pero estoy segura de que recuperar la rutina diaria es el mejor tratamiento al que puedo someterme. Noelia me ha dicho que los jueces suelen tardar bastante en instruir el sumario, unos seis meses como máximo, por lo que, mientras tanto, voy a tratar de olvidar el pasado y a no preocuparme por el futuro. Dile de mi parte a Simeón que siento que por mi culpa se haya visto implicado en un asunto en el que no ha tenido arte ni parte, de la que solo es responsable una extraña, que es lo que soy para él.

Meneó Dan negativamente la cabeza.

—No digas eso. Él te aprecia mucho y te hubiera ayudado cuando llegó al granero si lo hubieras necesitado. Y yo también de haber sabido que iba a ocurrir lo que pasó—. Clavó sus ojos en su rostro y le preguntó—: ¿Me llamarás si te sientes decaída?

No supo Valeria qué contestarle, por lo que insistió él:

—Te llamaré yo, si no recibo noticias tuyas.

Notó ella en su interior un puntito de alarma al captar lo que latía en el fondo de sus palabras y objetó:

—No, no. Por el momento será mejor que no nos veamos. Tengo primero que superar esto, que reencontrarme a mí misma y que averiguar qué quiero hacer y para llegar a una conclusión

necesito estar sola.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De todas formas, quiero que me prometas que si cambias de opinión contarás conmigo.

—Está bien, te lo prometo.

Hizo intención Valeria de levantarse de la silla en la que estaba sentada, pero él la retuvo.

—Espera, ¿en qué has venido?

—En el autobús.

—Yo he venido en el Metro. Puedo acompañarte hasta tu casa.

—No, no— se negó Valeria—. Te lo agradezco, pero no es necesario— Desvió su mirada del rostro de él para abarcar el local en el que se hallaban y murmurar con una risita falsa—: Ya no tengo de qué preocuparme, porque el hombre que me perseguía ha dejado de constituir un peligro para mí. No es como yo hubiera querido resolver esa cuestión, pero tengo que reconocer que es altamente tranquilizadora, ¿no te parece?

No le contestó y se despidieron en la calle, en la puerta de la cafetería. Ambos se alejaron luego en distintas direcciones.

Había anochecido ya y la temperatura seguía siendo inferior a la que solía ser la habitual en el mes de marzo, por lo que se subió ella el cuello de la chaqueta y apretó el paso hacia la parada del autobús, pese a la incomodidad de los altos tacones que llevaba. Se cruzó con varios transeúntes que, como ella, caminaban ataridos y de improviso sintió algo a su espalda. Algo como una mirada fija y candente que le atravesaba las costillas. Volvió la cabeza y trató de deslindar la procedencia de esa mirada entre el gentío que caminaba tras ella, pero no logró distinguir a nadie conocido.

Instintivamente echó a correr. Torpemente, por los zapatos que calzaba y por la estrechez de la falda que vestía, pero alcanzó la parada a la que se encaminaba en el preciso instante en que el autobús se detenía junto al bordillo de la acera y abría sus puertas. Iba casi vacío por lo que pudo sentarse sin la menor dificultad y entonces trató de atisbar a través de los cristales de la ventana a la persona que la había seguido a cierta distancia por la calle y cuya mirada la había alertado. Entonces le vio. Era un hombre que vestía un abrigo oscuro y largo y una bufanda al cuello que le cubría el rostro. Le conocía de algo, ¿pero de qué?

—CAPÍTULO XVIII—

Al regresar del colegio a la tarde siguiente y recorrer el escaso trayecto que mediaba entre el garaje y la puerta principal de su casa, se detuvo un instante a inspirar aire, como si hubiese participado en una carrera que la hubiera agotado. Estaba tan cansada...

Se había propuesto a sí misma retomar su rutina diaria con normalidad, olvidar los horribles incidentes de los días anteriores y recomenzar de nuevo, pero nada se asemejaba ya a lo que había sido. La algarabía de sus alumnos, a los que anteriormente controlaba sin demasiada dificultad, le producía ahora dolor de cabeza y llamarles al orden, un esfuerzo que la dejaba exhausta. Cualquier sonido anómalo la sobresaltaba y, si le hubieran dado a elegir, esa mañana no se hubiera levantado de la cama. Hubiera permanecido horas y horas tumbada boca arriba mirando el techo sin hacer nada ni pensar en nada. Con los brazos colgando a lo largo de su cuerpo para no sentir lo mucho que le pesaban.

Pero tenía que volver a ser la que había sido, se dijo. Había considerado desde que era niña que era una persona fuerte y tenía ahora que demostrárselo a sí misma. Entraría en la casa, subiría la escalera para ir a saludar a Horacio a su guarida sin manifestarle lo decaída que se sentía y bajaría luego al salón para sentarse en el sofá y ver la televisión hasta que se hiciera la hora de tomar algo en la cocina ella sola. De la limpieza se ocupaba una señora que acudía los lunes y desde que le habían convocado la oposición, para no perder ni un segundo, él solo comía bocadillos, por lo que Valeria no se molestaba en preparar la comida. También podría regar la planta de albahaca del salón a la que últimamente tenía un poco descuidada. Tenía que ocupar las horas en los mismos pormenores que antes, como si ella fuera la misma y también lo fuera el entorno que la rodeaba.

Subió los escalones del porche y con la llave de la puerta principal en la mano se detuvo indecisa antes de introducirla en la cerradura. Horacio agradecería que no subiera a saludarle, porque le interrumpía en el estudio de sus temas. Solía contestarle con un gruñido y bajaba inmediatamente la vista hacia los papeles que tenía sobre la mesa como si le hubiera robado ella un tiempo precioso que difícilmente podría recuperar. Le molestaba también el sonido del televisor, que veía Valeria en el salón, dos plantas más abajo, por lo que se veía obligada a bajar tanto el volumen, que tenía que pegar el oído a la pantalla para escuchar las noticias del telediario o la película que ponían esa noche. Y si salía del salón para dirigirse a la cocina, tenía que caminar de puntillas por el mismo motivo.

Tras recordar durante unos segundos los inconvenientes que suponía para Horacio que ella llegara a casa, decidió retrasarla unos minutos. No se sentía con las energías suficientes para soportar el gesto de reproche de él al devolverle el saludo, por lo que bordeó cansinamente el edificio y se encaminó hacia un banco de madera que se hallaba en la parte posterior del jardín con la intención de dejar pasar el tiempo sin hacer nada. A esperar allí a que anocheciera y se hiciera la hora de buscar algo en la nevera que le sirviera a ella de cena, porque esa tarde no tenía ejercicios que corregir de sus alumnos.

El jardín seguía estando tan descuidado como siempre. Antes no tenía tiempo de regar las plantas y mantenerlo en condiciones, porque al volver del colegio tenía que realizar las faenas domésticas y preparar la clase del día siguiente y ahora no era capaz de realizar el esfuerzo que

requería.

Hacía frío y había anochecido ya, por lo que a la luz de la farola de la calle que esparcía una luz macilenta en torno suyo y lo iluminaba a trechos, apenas si podía distinguir que la valla que tenía a su espalda y que, cubierta por una hiedra, separaba su parcela de la contigua, se hallaba en un estado lamentable, con tallos secos y necesitada de una poda. Por sus intersticios podía verse el jardín de la casona vecina, en una situación aún más penosa que el suyo, pues hacía años que los dueños habían abandonado esa vivienda y en el presente nadie vivía allí.

Apoyó la espalda en el respaldo del banco y trató de imaginar cómo arreglaría el jardín cuando recobrar los ánimos que había perdido y cuando tuviera el dinero suficiente. Cobraba ella un sueldo razonable en el colegio de Majadahonda, pero Horacio había pedido la baja voluntaria en la universidad cuando convocaron la oposición y llegaban a fin de mes muy justitos, por lo que no podía permitírselo por el momento.

Pero él ganaría la oposición y cuando se incorporara a su nuevo puesto en la universidad sería distinto, pensó. Entonces podría contratar por unas horas a un jardinero que le arrancara los hierbajos del jardín y que plantara césped sobre el terreno y rosales en los arriates. Colocaría también farolas que lo iluminaran en puntos estratégicos, pues en esos instantes en los que el crepúsculo se había adueñado ya del entorno que la rodeaba, apenas si podía distinguir a su alrededor más que sombras de diversas tonalidades. Más oscuras las de la valla y más claras las del sendero de gravilla que llevaba a la casa. Y eso, gracias a la farola de la calle, porque, de apagarse ésta, la oscuridad sería total.

Le pareció oír el crujido de unas hojas secas a su espalda, al otro lado del seto, y se incorporó para volverse en esa dirección. Sin duda hubiera podido averiguar a la luz del día qué había producido lo que le había sonado como ruido de pisadas, pero en la semi oscuridad solo logró ver que la hiedra de la valla se movía imperceptiblemente, aunque no soplaba ni la más ligera brisa. ¿Habría alguien en la casa vecina que se había aproximado a la valla y la estaba observando, atisbándola por los espacios que dejaban libre los tallos secos de la enredadera?

En ese momento el sonido de un mensaje de su móvil rasgó el silencio y se olvidó del sonido que acababa de percibir para respingar sobresaltada. Luego se quedó quieta, encogida sobre sí misma, diciéndose que debería reaccionar y leer el mensaje que le habían enviado, que no podría ya suponer una amenaza. El hombre que había constituido una pesadilla para ella yacía ahora en una camilla del Instituto Anatómico Forense a la espera de que le fuese practicada la autopsia. Había abandonado este mundo y ella estaba fuera de su alcance, por lo que no podría perseguirla en adelante ni citarla con el móvil que le había robado, fingiendo que se trataba de Miriam o de otra persona. No tenía ahora nada que temer.

Se lo dijo a sí misma y se lo repitió bajito mientras extraía el móvil de su bolso. Juan y el peligro que significaba para ella habían quedado atrás. Él había muerto y no podría intentar forzarla ni hacerle daño en el futuro. El mensaje se lo habrían remitido del colegio para comunicarle algún cambio en el horario de las clases o era posible que se tratase de Margarita para invitarla a una de las innumerables fiestas que organizaba. No pensaba aceptar, con una había tenido más que suficiente, pero también podría ser Dan, que hubiera hecho caso omiso de las palabras de ella y hubiera decidido decirle que la echaba de menos o repetirle que podía contar con él en cualquier circunstancia. Le había dicho ella la tarde anterior que deberían dejar de verse por el momento, ¿pero por qué se le habría ocurrido semejante tontería?, se recriminó. Se dio cuenta sin necesidad de planteárselo de que, de todas las opciones posible, lo que deseaba era que el mensaje se lo hubiera mandado él.

Con el corazón acelerado lo abrió y al comprobar quien era el remitente abrió

desmesuradamente los ojos sin querer creer lo que veía. El mensaje procedía de su antiguo móvil, del que le habían robado la noche de la fiesta, del que había utilizado Juan para contactar con ella y para citarla en el granero de “Las Gavillas” haciéndose pasar por Miriam.

Al asombro le siguió el miedo y a éste el pánico. ¿Cómo era posible?

Se quedó mirando fijamente la pantalla del aparatito que sostenía en una mano que, temblaba ostensiblemente. Al fin se decidió y deslizó un dedo sobre ella, clavando seguidamente sus ojos en la superficie iluminada. Trabajosamente leyó los dos renglones que habían aparecido en ésta.

“En el granero se me adelantó otro, porque me retrasé, pero la próxima vez seré puntual”.

Parpadeó incrédulamente sin acabar de entender lo que decía. Le pareció que las letras bailaban ante sus ojos, pero desaparecieron de improviso y la pantalla quedó en blanco, como si esas frases que no había llegado a comprender nunca hubieran existido. Con un dedo torpe hizo un intento de recuperar el mensaje y releerlo, pero no lo logró.

¿Cómo era posible?, se preguntó nuevamente. Juan había muerto y no podía comunicarse con ella desde el otro mundo. ¿Quién era entonces el que había ocupado su puesto en éste o es que nunca había sido Juan el hombre que, mientras vivió, había ido estrechando su cerco en torno de ella?

Pero no le cabía la menor duda de que había sido él el autor de la pesadilla que había vivido, se dijo. El que la llevara al granero de “Las Gavillas” aquella noche, el que la había engañado haciéndose pasar por Miriam, citándola en la nave y el que la había agredido allí cuando ella se presentó esperando encontrarse con la otra.

Después, providencialmente había aparecido Simeón, que la había ayudado. De haber llegado unos segundos antes, se habría enfrentado a Juan y le habría reducido a golpes, porque era un hombre de campo y mucho más fornido que el otro, que a fin de cuentas no era más que un vividor que no había practicado deporte en su vida. Lástima que se hubiera demorado esos segundos y que ella hubiera tenido que arreglárselas sola.

Pero en cualquier caso había sido una suerte, pensó. Una suerte que Simeón regresara a esas horas a su finca y que hubiera visto desde la carretera su coche aparcado frente a la fachada posterior del silo, porque de otro modo hubiera seguido de largo sin detenerse a comprobar quien estaba dentro de la nave.

Frunció el ceño al detectar un fallo en el razonamiento que efectuaba. Desde la carretera se veía fachada principal de la nave, pero no la posterior, por lo que no podía haberse dado cuenta de que estaba allí estacionado el coche de ella. ¿Por qué le habría mentido a ese respecto? Tendría algún motivo, pero en ese momento no se le ocurría. Quizás utilizara la nave para guardar la paja de sus caballos o para otra cosa similar, aunque aún no era suya, y para no descubrirse le había contado un cuento o quizás...

Una especie de foganazo iluminó su cerebro de improviso y por la sorpresa que experimentó estuvo a punto de caerse del banco. ¿Sería posible que hubiese sido Simeón y no Juan quien le enviaba los mensajes? Pasó una mano por su frente, húmeda de sudor e intentó razonar con la cabeza fría. Desde luego habría tenido esa oportunidad, si Juan la hubiera abandonado aquella noche en la nave y el otro la hubiera encontrado tumbada en el suelo e inconsciente. En ese caso,

podría haber sido él el que la subiera a la habitación en la que había amanecido de madrugada y el que le robara el móvil y el monedero. Y también el que la hubiera encerrado con la intención de volver a buscarla en cuanto se marcharan su hermano y el veterinario en el instante en el que finalizara el parto de la yegua. ¿Pero y lo demás?

Aterida de frío intentó razonarlo siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos.

Sí, también podía haber sido Simeón el que la citara en el silo fingiendo ser Miriam y podía ser ese el motivo de que se hubiera presentado allí, unos minutos después de Juan, que se le hubiera adelantado, pensó.

Le pareció ver su negra silueta en el umbral de la puerta delantera del granero con una linterna en la mano. Podía haber aparecido por esa razón y no por la que había inventado, porque desde la carretera no podía haber visto su coche junto a la puerta de la fachada posterior, de eso estaba segura.

¿Y qué iba a hacer ahora?, se preguntó angustiada. No la creería la policía y volvería a sospechar de ella si daba un paso en falso. Tampoco podía contar con Horacio. Si intentaba contárselo, se impacientaría y le reprocharía luego que le molestase en unos momentos cruciales para él, en lugar de ayudarle a aprovechar al máximo el escaso tiempo con el que contaba. No disponía de ningún arma ni podría conseguirla, porque obtener la licencia y adquirirla conllevaba un proceso difícil que no estaba al alcance de cualquiera. Tampoco la creería Dan que era su único aliado. Simeón era su hermano y para él estaba por encima de toda sospecha y seguiría estándolo por mucho que ella tratara de convencerle.

Éste último pensamiento acabó de desmoralizarla. No podía contar con nadie y estaba demasiado asustada para poder razonar con claridad. Pero sí, se le ocurrió de pronto. Llamaría a Noelia, se lo contaría y ella le buscaría un guardaespaldas para que se le pegara a los talones hasta que Simeón diera un paso en falso y le detuviera la policía. Le supondría un sacrificio económico importante, pero era lo único que estaba en su mano hacer.

Un nuevo crujido al otro lado de la valla que tenía a su espalda la sobresaltó y se puso en pie atemorizada. No soplaban ni la más ligera brisa y sin embargo veía moverse el seto y oía el crujido de las hojas secas al otro lado de la cerca. Alguien estaba allí observándola y ella había permanecido sentada en el banco un buen rato, sin decidirse a entrar en la casa para no molestar a Horacio, arriesgándose a sufrir cualquier desatino por parte del desconocido.

El miedo devolvió a su cuerpo las energías que había perdido y echó a correr hacia el porche, subió los escalones de dos en dos y cuando iba a meter la llave en la cerradura se detuvo. Acababa de recordar lo que se había propuesto el día anterior. Podía servirle de ayuda en la situación en la que se hallaba, por lo que se dio media vuelta, bajó los peldaños por los que había ascendido y corrió ahora hacia la cancela del jardín, que abrió para salir a la calle. Unos metros más allá y en el bajo de un edificio había una academia de artes marciales. Había practicado karate antes de casarse y había llegado a obtener el cinturón marrón, pero después de la boda había desechado su práctica y aunque en el presente estaba bastante desentrenada, podría recuperar la destreza que tenía entonces y defenderse si él la agredía.

En la academia la atendió una chica que se hallaba detrás de un mostrador, que le formuló varias preguntas y la inscribió en una clase que, según le dijo, era la adecuada para su caso advirtiéndole que debería presentarse al día siguiente, a las siete de la tarde y con el kimono reglamentario.

Le venía bien esa hora porque para entonces ya habría regresado del colegio, por lo que pagó por adelantado, preguntándose qué opinaría Horacio de ese dispendio, y luego se despidió de la recepcionista.

Al salir nuevamente a la calle, solitaria e iluminada únicamente por la luz de las farolas, miró recelosamente en todas direcciones antes de decidirse a poner el pie en la acera. A lo lejos ladró un perro y en la distancia el ronquido de una moto rompió el silencio, para ir perdiéndose paulatinamente después. Nunca anteriormente le había preocupado transitar por esa calle de noche ni se había fijado en las sombras alargadas que proyectaban los edificios sobre la calzada. Tampoco había sentido antes el miedo pavoroso que la atenazaba ahora, ni siquiera cuando se despertó de madrugada en aquella habitación del granero de “Las Gavillas” y comprobó que la habían encerrado y que no podía salir de aquel antro. Le pareció que el oscuro trecho que aún debería recorrer para llegar a su casa se había dilatado ostensiblemente, porque no se asemejaba al mismo de siempre.

Con un nudo en la garganta, escudriñó nuevamente los alrededores y luego echó a correr por la acera y no se detuvo hasta que alcanzó la cancela de su jardín, la traspuso, recorrió como una exhalación el caminito de gravilla y finalmente entró en el vestíbulo cerrando el portón a su espalda. Dejó escapar entonces un suspiro de alivio y se encogió desdeñosamente de hombros cuando oyó la voz de Horacio, que desde su despacho la recriminaba por el portazo que había dado y con el que, según le dijo, le había destrozado el tímpano.

Para evitar que la oyera hablar, se encerró en el cuarto de baño de la planta baja y llamó a Noelia. La secretaria le pasó la comunicación y oyó su voz al cabo de unos segundos.

—Valeria, ¿cómo estás?

—Pues... no sé qué decirte— susurró angustiada—. Estoy mal... muy mal.

—Lo comprendo y...

—No, no es lo que tú crees... aunque también —replicó incoherentemente.

—Entonces, ¿qué es?

—Pues... —repitió Valeria sin acertar a referírselo— Verás, he ido a dar clase al colegio, tal como te comenté ayer que iba a hacer, pero esta tarde, al volver a casa, me ha sucedido una cosa horrible que no consigo entender. El que me robó el móvil la noche de la fiesta y que tú y yo habíamos dado por hecho que había sido Juan, me ha enviado por ese mismo móvil un mensaje en el que me decía que tenemos pendiente una cita y que nadie la impedirá. Yo... me he llevado un susto tremendo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Sin duda Noelia estaba tan sorprendida como ella misma.

—¿Y... y se ha borrado también ese mensaje de la pantalla? —le preguntó al fin.

—Sí, ha desaparecido al cabo de unos segundos, lo mismo que los anteriores. Y luego he estado pensando, dándole vueltas al asunto, y... sí, creo que nos equivocamos.

—¿En qué o con quién? —replicó escépticamente la otra—. ¿Al atribuirle los mensajes a Juan? Yo no lo creo. Preferiría no tener que recordártelo, pero es indudable que intentó agredirte sexualmente en el granero. La cosa se quedó en tentativa, pero no porque él no hubiera pretendido consumarlo.

La rebatió Valeria con una voz más aguda que la suya habitual.

—Sí, claro, ¿pero ¿cómo te explicas entonces que haya recibido hace un rato el mensaje en el móvil del que te he hablado? Ya te he dicho que es el aparato que me robaron esa noche. ¿Cómo te lo explicas?

Como Noelia tardó en encontrar una explicación plausible y no le contestó, insistió ella cada vez más nerviosa;

—He estado dándole vueltas al asunto y me he preguntado por qué apareció Simeón Anaya en el granero a la hora en que me había citado el que me envió el mensaje haciéndose pasar por

Miriam.

—¿Y por qué crees que apareció?

—El me dijo que había visto mi coche junto a la nave desde la carretera, cuando regresaba de Aravaca y se dirigía a su casa y que por esa razón había acudido a preguntarme si necesitaba algo.

—Sí, ¿y qué?

—Que esa tarde, cuando llegué, no vi ningún automóvil delante del granero y pensé que quizás la policía y Miriam habían aparcado junto a la fachada posterior, de modo que bordeé la nave y estacioné allí detrás, por lo que mi coche quedaba oculto por el edificio. Desde la carretera no podía verse, ¿comprendes?

Un nuevo silencio siguió a sus palabras. La voz de Noelia sonaba ahora vacilante, como si estuviera barajando la posibilidad de que la otra pudiera tener razón.

—Así que piensas que ha podido ser Simeón y no Juan el tipo que te ha estado acosando durante todo el tiempo que ha transcurrido desde que asististe a aquella fiesta. Eso explicaría muchas cosas.

—¿Qué explicaría que yo no sepa?

—Que ese hombre no sea lo que parece ser, lo que concordaría con la información que me consiguió el detective. Aparenta ser un tanto tosco, pero una buena persona. El detective me dijo que estuvo a punto de casarse con una chica que poco antes de la boda cambió de opinión y terminó con él. Por lo visto, esa chica desapareció a raíz de la ruptura sin que se haya vuelto a saber de ella. Detuvieron por entonces a Simeón como sospechoso de haberla secuestrado o de haberla asesinado, pero no llegaron a procesarle porque su hermano le proporcionó una coartada.

—¿Dan?

—Sí, claro, ¿quién iba a ser?

—Cualquiera de los demás. Es que son cinco hermanos, todos varones.

—No lo sabía, pero fue Dan.

La noticia de que éste último hubiera podido encubrir a su hermano, pese a que era posible que hubiese matado a su ex novia, la afectó más de lo que quiso reconocer y replicó:

—Bueno, es natural, ¿no? Dan no tenía por qué saber lo que en realidad le había sucedido a la chica y quiere mucho a Simeón. Yo también lo habría hecho.

—¿Es que tienes un hermano?

—Sí, cuatro. Viven en Albacete con mis padres. Soy la mayor y, sí, es lo que haría si se hubieran metido en un lío.

—Ya— murmuró Noelia poco convencida, para comentarle a continuación—: Podrían tener tus sospechas sobre Simeón visos de verosimilitud, si no fuera por el comportamiento de Juan en el granero. También él llegó a la hora en la que te habían citado en el mensaje que recibiste y no precisamente para llevarte un regalo.

—Es cierto—convino Valeria, recordando a su pesar el instante en el que vio la silueta del aludido en el umbral de la puerta con el rostro en sombras, como una clara amenaza, y lo que sucedió después—. ¿Pero por qué entonces he recibido hace un rato el WhatsApp del que te he hablado? He pensado que no voy a tener más remedio que aceptar la propuesta que me hiciste. Me refiero a que me contrates un guardaespaldas. No me viene bien en estos momentos gastar ese dinero extra, porque solo ingresamos lo que gano yo, pero peor sería que Horacio tuviera que pagar mi entierro—terminó con lo que quiso ser una risita sarcástica.

—Me ocuparé de buscarte uno de confianza—le aseguró la otra—. Y tú... lleva cuidado. Procura ir de tu casa al colegio y del colegio a tu casa, a ser posible en tu coche. Haz la compra por teléfono y no quedes con nadie por el momento.

—De acuerdo— murmuró Valeria con voz insegura— ¡Ah! Y otra cosa que aún no te he dicho., pero que te parecerá una buena idea Me he apuntado a clases de kárate en una academia de artes marciales.

—¿De kárate? Pero su aprendizaje exige mucho tiempo, ¿no?

—Por supuesto que sí, pero lo practicaba antes de casarme y se me daba bastante bien. Lo dejé al casarme, porque pensé que iba a estar sobradamente ocupada y ya ves. Me paseo por esta casa como un alma en pena cuando vuelvo del trabajo.

—Quizás cuando tu marido gane la oposición sea diferente —apuntó Noelia con la intención de consolarla.

Transcurrieron varios segundos antes de que volviera a oír la voz de Valeria. Probablemente estaba ésta debatiéndose entre el sentimiento de lealtad hacia Horacio y la necesidad de desahogarse. Finalmente prevaleció esta última opción y pronunció en tono interrogante las dos palabras que oyó Noelia:

—¿Tú crees?

—CAPÍTULO XIX—

En el vestidor de la tienda de modas en la que había quedado esa tarde con su madre y con sus hermanas, estaba Noelia probándose el traje de novia que habían elegido aquéllas con la ayuda de la modista. En contra de lo que esperaba, le había gustado el traje. Era recto y de corte sencillo. Su color blanco acentuaba el color tostado de su piel, y le favorecía, por lo que se contempló complacida en el espejo de cuerpo entero adosado a la pared, que le devolvía su esbelta figura.

—Estás preciosa —la alabó Clara observándola embobada—. Ya te dijimos que el traje que habíamos visto era divino y que te quedaría fenomenal. Mamá tiene un gusto exquisito para elegir la ropa.

Aquello era muy cierto. Su madre vestía con mucha mayor elegancia que sus hijas, que, como la mayoría de las jóvenes, solían utilizar indumentaria informal. Era un lujo ponerse un pantalón vaquero y una camiseta, lo que solo podía permitirse Noelia los días de fiesta, ya que Daniela no consentía que sus subordinados hicieran desmerecer con una vestimenta inadecuada el ambiente refinado del despacho del que era titular.

—Y nuestros trajes también son muy bonitos —continuó diciéndole Sonsoles—. Largos, hasta el suelo, y de color rosa. Pensábamos llevarte la cola, pero el traje que ha elegido mamá no tiene cola, así que te seguiremos por el pasillo de la iglesia sonriéndoles a los invitados, como hemos visto en las películas, para que todos se den cuenta de que somos las damas de honor.

Desvió Noelia su mirada del espejo para fijarla en su hermana y su atractivo rostro se contrajo en un gesto de disgusto.

—¿Pero es que está decidido que vayáis a ser mis damas de honor? Sabéis que yo quiero una boda sencillita, sin perifollos, sin arroz...

—¡Bah! —protestó Sonsoles ofendida—. Ya va siendo hora de que te intereses por alguna cosa que no sea trabajar y que te olvides de tus delincuentes y de sus juicios. Solo se casa uno una vez y ese día tiene que ser extraordinario, inolvidable.

Clara era de pocas palabras y solía estar siempre de acuerdo con su gemela, pero en esa ocasión encontró un fallo en lo que ésta acababa de decir.

—Bueno, hay mucha gente que se casa más de una vez. Los hay que enviudan o que se divorcian y se vuelven a casar y...

—Pero eso no es el caso de Noelia —la interrumpió Sonsoles—. Noelia ha pescado a un tío colosal y su matrimonio durará toda la vida. ¿A que sí, mamá?

La aludida, elegantísima con un traje de chaqueta color verde pistacho y unos zapatos de tacón alto, dejó sobre la mesita junto a la que estaba sentada la revista de modas que hojeaba y se apresuró a corroborar lo que había dicho su hija.

—Desde luego. Alex es un partido inmejorable, tan alto, tan guapo y con una profesión envidiable. Creo, Noelia, que deberías aprender a guisar antes de la boda y lo más imprescindible sobre economía doméstica. Comprendo que en estos momentos en los que, como es natural, cada uno vivís en una casa distinta, no te hayas preocupado de esos menesteres, pero son fundamentales en una mujer.

—Claro, claro— murmuró Noelia sin ganas de discutir.

—Sé de una academia muy acreditada en artes culinarias —continuó María Luisa sin reparar

en el gesto de su hija— Podías apuntarte. Aún falta un par de meses para la ceremonia, por lo que estás a tiempo de adquirir los conocimientos más básicos.

Había estado conteniéndose ella para no dejar escapar un exabrupto, pero la irritación que sintió le impidió permanecer con la boca cerrada.

—¿Y a qué hora quieres que vaya a esa academia, mamá? Entro en el despacho a las nueve de la mañana y no tengo hora de salida. Casi siempre me dan allí las nueve de la noche. Le he pedido a Flor, a la secretaria, que no me citara a ninguna visita esta tarde para poder así quedar con vosotras a elegir mi traje de novia, pero he tenido que hacer hoy un alto en mi jornada habitual, ¿comprendes?

Parpadeó su madre al escucharla, como si no acabara de entender lo que acababa de escuchar.

—Pero hija, cuando te hayas casado será distinto. Tendrás que hacer la compra, preparar la comida y volver a casa a tiempo para la cena. Y después, cuando vengan los niños, tendrás que ocuparte de ellos, como ha sido siempre y continuará siéndolo, aunque las jóvenes de hoy creáis que podéis cambiar el mundo y llevar la misma vida que los hombres.

—No pretendo cambiar el mundo —replicó Noelia, despacio y aparentemente tranquila—. Alex come en el hospital y yo en una cafetería que está cerca de la oficina. La compra la hago por teléfono desde mi despacho y me la llevan a casa... me la llevan cuando ya he regresado. Y la cena...

Se interrumpió para no decirle a su madre que solía hacerla Alex, que además guisaba mucho mejor que ella. María Luisa no sabía que vivían juntos, por lo que tampoco podía aclararle que la compra se la llevaban del supermercado cuando Alex había vuelto ya del hospital a media tarde, unas horas antes que ella.

La observó su madre preocupada. Sin duda se estaba preguntando si con la perspectiva que le estaba planteando sobre su futuro duraría mucho su matrimonio, pero no se atrevió a manifestar lo que pensaba. Con la ayuda de la modista que las escuchaba en silencio, Noelia se estaba quitando ya el traje de novia y se vestía ahora con el traje de chaqueta color gris marengo con el que había salido de su casa esa mañana para ir a trabajar. Lo aprobó María Luisa para sus adentros. Le proporcionaba un aire serio y elegante. Hubiera querido que su primogénita hubiera sido más tradicional, más hogareña, y temía que Alex no soportara durante mucho tiempo a una mujer que solo sabía trabajar y que antepone su profesión a todo lo demás.

Como si el sonido del móvil de Noelia materializara el pensamiento que cruzaba por la mente de su madre, dejó oír éste la musiquilla que anunciaba una llamada, por lo que se apresuró aquella a buscar su bolso por el revuelto vestidor y en contestarla. Era Valeria que parecía inquieta y disgustada.

—Noelia, ¿te llamo en un buen momento? ¿Puedes hablar?

—Sí, sí, dime.

Oyó el suspiro de la otra antes de que se explayara.

—Verás, ¿te acuerdas de que ayer te pedí que te ocuparas de buscarme un guardaespaldas? ¿Has contratado ya a alguno?

Meneó Negativamente Noelia la cabeza y con ella su ensortijada y larga melena oscura.

—No, aún no. He quedado con uno mañana por la mañana. ¿Por qué?

—Porque no podemos asumir ese gasto, así que hazme el favor de cancelar la entrevista. Anoche, después de hablar contigo, bajó Horacio de su despacho y me dijo que tenía el estómago estragado de tanto bocadillo y que quería cenar una sopa o algo caliente.

—Sí, ¿y qué?

—Que durante la cena le comenté que había recibido un nuevo mensaje procedente de mi

antiguo móvil, del que me habían robado, en el que su remitente me amenazaba con abusar de mí, por lo que había convenido contigo contratar a un guardaespaldas.

—¿Y no le pareció bien? —inquirió escuetamente Noelia notando los ojos de su madre, de sus hermanas y de la modista fijos en ella, lo que denotaba que estaban pendientes de sus palabras.

—No, se enfadó mucho. Me dijo que no estábamos en condiciones económicas de realizar esa clase de dispendios y que, si me preocupaba el mensaje que había recibido, que fuese a denunciarlo a la policía.

Volvió a mirar Noelia a las mujeres que la rodeaban. Seguían escuchando la conversación que mantenía por el móvil, por lo que se sintió sumamente incómoda e intentó expresarse de manera que no pudieran entender lo que decía, lo que no consiguió.

—¿Y no le explicaste que la persona que te los envía utiliza una aplicación que elimina los mensajes de la pantalla de tu móvil al cabo de unos segundos de haberlos leído tú, por lo que no puedes mostrárselo a la policía?

Le pareció oír un sorbetón al otro lado de la línea, de lo que dedujo que Valeria estaba luchando por contener las lágrimas.

—Sí, pero no me escuchó. Me pidió una aspirina, porque le dolía la cabeza y volvió a subir la escalera a toda prisa para encerrarse en su despacho. Tiene razón en que con solo mi sueldo no podemos pagar por el momento más extras. Más adelante, cuando vuelva a trabajar él...

—Ya— murmuró Noelia tabaleando con un bolígrafo sobre la mesa en un ademán inconsciente—. ¿Y le dijiste también que te habías apuntado a unas clases de kárate?

—No, no me atreví.

—Pero se dará cuenta de que llegas a casa más tarde que de costumbre —apuntó dubitativamente.

—No lo creo. Y aunque se diera cuenta, creo que agradece que yo no esté, porque así no oye pisadas, ni la televisión ni nada. Solo, está a sus anchas.

—Pues vaya por Dios— se lamentó Noelia consternada— ¿Y qué vas a hacer?

Le pareció oír un largo suspiro de su interlocutora.

—No lo sé. Me estoy planteando seriamente tomar una decisión drástica.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez tomarnos un descanso y vivir una temporada separados nos sirviera a los dos para aclarar nuestras ideas. Sus padres tienen una vivienda en la sierra. Veranean allí, pero en esta época está vacía. Allí estudiaría Horacio sin que nadie le molestara y yo podría andar por mi casa con los dos pies como todo el mundo, sin necesidad de caminar de puntillas. Podría ver la televisión y oírla sin pegar la oreja a la pantalla, tirar de la cadena del cuarto de baño en los casos necesarios y estornudar cuando me picara la nariz, ¿comprendes?

—Sí, pero...

—Después, cuando se haya examinado y haya ganado con el número uno la plaza a la que aspira, nos lo plantearemos nuevamente. Quizás nos demos cuenta los dos de que estamos mejor el uno sin el otro.

Le pareció que Valeria estaba a punto de llorar. Su madre, sus hermanas y la modista seguían mirándola, escuchando atentamente la conversación, por lo que no se decidió a explayarse. En su lugar le dijo, lo más escuetamente que le fue posible:

—Me parece muy sensato lo que has decidido, pero no estoy segura de que en estos momentos sea conveniente para ti quedarte sola en tu casa.

—¿Por qué? —replicó sardónicamente la otra—. ¿Qué crees que pasaría si el tipo que me envía los mensajes la asaltara con el propósito de agredirme, reiterando su comportamiento en el

granero? De oírle Horacio, saldría de su despacho y le diría que no hiciera tanto ruido. Vive fuera de la realidad y le impacientan mis problemas. Además, no los entiende.

—Pues no son tan difíciles de comprender —rezongó Noelia irridadísima—. ¿Dónde estás ahora?

—En casa. Acabo de regresar del colegio y voy a marcharme dentro de unos minutos a clase de kárate. Esta mañana me he comprado el kimono y espero recuperar pronto la destreza que he perdido en estos años. Se me daba bastante bien.

—Vale, pues ánimo. Ya hablaremos.

Cortó la comunicación y se volvió hacia su auditorio que disimuló como pudo el interés con el que había seguido la conversación. Sobre todo, sus hermanas y la modista, que recogía el vestido con expresión ausente, pero que no se había perdido una sola palabra.

—¿Quién era? —le preguntó Sonsoles, decepcionada por no haber alcanzado a oír la historia completa.

—Una cliente —repuso lacónicamente Noelia.

—¿Y qué le pasaba?

—Nada, que tenía un problema.

Dejó escapar su hermana una risita.

—Ya lo supongo. Si no tuviera un problema, no te habría llamado. Bien mirado, es envidiable tu profesión. Vives la vida intensamente, ¿no te parece, mamá?

Su progenitora hizo un gesto ambiguo. Seguramente no era así como la enjuiciaba, pero no se atrevió a contradecir a su hija y se volvió hacia la modista para puntualizar cuando deberían presentarse en la tienda para la segunda prueba. Luego se despidió de ésta y las tres salieron a la calle donde Noelia se despidió de ellas para tomar el Metro y dirigirse a su casa.

Se lo refirió a Alex en cuanto entró en la sala de estar y se lo encontró allí leyendo una revista de medicina.

—Así que te ha gustado el vestido de novia que ha elegido tu madre —afirmó más que preguntó él, al tiempo que ella tomaba asiento a su lado en el sofá.

—Pues la verdad es que sí, es bastante sencillo. Las gemelas siguen empeñadas en ser mis damas de honor y no me he atrevido a desilusionarlas. Afortunadamente el traje no tiene cola por lo que tendrán que resignarse a caminar detrás de mí sin llevármela, pero el papel que se han adjudicado, copiado de las películas americanas, me parece de lo más cursi. ¿Qué opinas tú?

Alex se encogió de hombros.

—No tengo opinión sobre el particular, pero además me da lo mismo. Lo importante es que te has tomado con buen humor la parafernalia que nos han organizado y que en cuanto termine la ceremonia y la copa que tomaremos en el claustro, pondremos pies en polvorosa. Estoy encantado de que lo hayas aceptado con buen humor.

—Lo que es muy extraño, dado el mal carácter que tengo —apuntó Noelia con sorna, disimulando su resquemor.

—Yo no he dicho eso— se defendió Alex.

—No, pero lo has pensado.

—Tampoco lo he pensado, no me has dado tiempo, pero si quieres saber lo que pienso, te diré que te considero un poquito irascible, pero que esa faceta de tu manera de ser forma parte de tu encanto.

Se apartó ella unos centímetros para mirarle de frente y analizar recelosamente su expresión.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—En absoluto— se apresuró a asegurarle él—. No me gustan las personas dóciles que aceptan

siempre los razonamientos de los demás sin cuestionárselos. Tienes las ideas muy claras y las mantienes contra viento y marea. A mí me parece una virtud.

—Pues mi madre opina todo lo contrario.

Volvió a encogerse Alex de hombros.

—Ella te ve desde una perspectiva condicionada por la época en la que ha vivido, que era bastante diferente y en la que se valoraban unas cualidades en las mujeres que hoy día están en desuso. Pero vamos a dejar ese tema. Cuéntame ahora como te ha ido en el despacho.

Esbozó Noelia un gesto de disgusto.

—Pues solamente regular. ¿Recuerdas el caso de la chica que amaneció drogada en una nave en medio del campo?

—Sí, la que se defendió de un indeseable con un rastrillo y la detuvieron. Pero tenía entendido que el juez la había dejado en libertad sin cargos.

—Sí, ¿pero te acuerdas de que aquella noche le robaron el móvil y de que el que se apropió del aparato le enviaba mensajes con sugerencias subidas de tono a poner en práctica en una próxima cita?

—Sí, también me acuerdo.

—Pues creíamos las dos que, con la muerte de Juan, el tipo que intentó agredirla sexualmente en el granero, se había acabado todo, que podría Valeria volver a respirar tranquila y olvidarse de la espantosa pesadilla que había vivido.

—Sí, ¿y qué?

—Que ayer recibió otro mensaje similar procedente de su antiguo móvil.

La había escuchado Alex atentamente y frunció el ceño al oír su última frase.

—Y eso significa...

—No lo sé. Valeria cree que nos equivocamos al haberle atribuido a Juan el papel de acosador. Ella piensa que el autor de los mensajes puede ser otro que se llama Simeón y que vive en la finca contigua a “Las Gavillas”.

—¿Y qué piensas tú?

Se llevó un dedo Noelia al rizo que le caía sobre la frente y lo enrolló cavilosa en él.

—Te repito que no lo sé. Simeón tuvo la oportunidad, eso es indudable, pero eso no explica el comportamiento de Juan. El detective que contraté me dijo que por las rodadas que el coche había dejado marcadas en el terreno húmedo, frente al portón del granero, estaba seguro de que había sido Juan el que la había llevado allí, drogada, aquella noche y que el otro coche que llegó allí poco después no pertenecía a ninguno de los amigos de Margarita. Nos consta también que fue Juan el que intentó forzarla hace unos días en el granero, pero ha muerto. ¿Quién es entonces el que ha asumido ahora el papel de depredador sexual que representaba el otro?

—¿El conductor del segundo coche?

—Sí.

Lo consideró Alex en silencio y, aunque no se le ocurrió la respuesta, sí se puso en su caso y pasó un brazo sobre los hombros de ella.

—¿Y si presentarais una denuncia ante la policía? —sugirió.

—Ya lo hicimos y no nos creyó. Archivó la denuncia después de realizar las comprobaciones pertinentes.

—Pero puede que ahora sea distinto.

El semblante de Noelia se contrajo en una expresión de incredulidad.

—¿En base a qué? Esos mensajes que recibe Valeria se borran al cabo de unos segundos de haberlos leído y no dejan rastro. ¿Qué dato podríamos aportarle a la policía para que la nueva

denuncia le pareciera verosímil?

—No lo sé —repicó Alex tras meditarlo—. Y tampoco se me ocurre qué podrías hacer para proteger a esa chica.

—Le había sugerido que podía contratar a un guardaespaldas. Valeria estaba de acuerdo y había quedado yo mañana con uno del que me han hablado bien, pero su marido se ha negado a realizar ese gasto. Solo vive para sus temas y para su oposición. Se está planteando ella separarse durante una temporada para recapacitar sobre si en el futuro van a seguir juntos o, por el contrario, optar por el divorcio.

—¿Y qué crees que decidirá ella?

Levantó Noelia retadoramente la barbilla como si la situación de Valeria a ese respecto la irritase profundamente.

—Tampoco lo sé, porque las reacciones de los humanos son muy diversas. En el presente le gusta otro, aunque no se haya dado cuenta todavía, pero se casó muy enamorada de Horacio y se cree obligada a permanecer a su lado por un mal entendido sentimiento de lealtad. Pero eso es lo de menos— decidió tras reflexionar intensamente—. Lo importante es que, si su marido se marcha a otra casa, se quedará ella completamente sola en un chalet viejo, en el que no le sería difícil a su acosador entrar por cualquier ventana. ¿Entiendes?

—Yo sí —repuso Alex en el acto—. El que no sé cómo no lo entiende es su marido.

—CAPÍTULO XX—

—Ha llegado Tomás —le comunicó Flor a Noelia por el teléfono interior— ¿Te viene bien recibirle en este momento o le paso a la sala de espera?

Tomás era el procurador de los tribunales con el que trabajaban en el despacho y su visita obedecía sin género de dudas a que le traía la notificación de una providencia o resolución dictada por alguno de los tribunales ante el que tenían causas pendientes. Las revisó en su mente y, como había varias posibles, se apresuró a darle su conformidad.

—Sí, sí. Dile que pase.

Instantes más tarde entraba en su despacho un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura y de aire jovial, que portaba una gruesa cartera de piel marrón y que se sentó frente a ella sin esperar a que se lo indicara, colocándosela sobre las rodillas. Se conocían desde que Noelia entrara a trabajar en el bufete y las relaciones entre los dos eran sumamente distendidas, por lo que, sin más preámbulos, empezó a extraer uno fajo de papeles de la cartera, que le tendió sobre la mesa.

—¿De qué se trata? —le preguntó ella.

—De los autos del procedimiento que se sigue contra un tal Simeón Anaya, incluyendo el escrito de calificación del delito por el fiscal, para que hagas el tuyo. Como es muy gordo el tocho, he preferido traértelo en mano en lugar de mandártelo por fax, pero tu escrito puedes remitírmelo por e-mail y así me evitarás un paseo.

Se sobresaltó Noelia al escuchar el nombre del encausado.

—¿Ya?

—¿Cómo que ya?? —bromeó cachazudamente el otro—. ¿Te parece demasiado pronto? Supongo que recordarás que es un caso que homicidio en el que concurre la eximente de legítima defensa. El fiscal considera que debe estimarse incompleta, por lo que solicita una pena de cinco años para su autor.

Se retiró Noelia la melena de su rostro e intentó tranquilizarse o al menos aparentar ante Tomás que no le había afectado la noticia

—¿Y cómo es que el juez ha terminado tan pronto de instruir el sumario?

—Eso no lo sé —repuso Tomás repanchingándose en su sillón—. Posiblemente porque ve el asunto muy claro. Pero tú lo tienes mal —añadió displicentemente—. He hojeado los autos y el fiscal solicita la pena de costumbre para casos similares. Como siempre— masculló, inclinándose hacia ella para observarla con sus vivos ojillos y una sonrisa guasona en su semblante rubicundo—. Supongo que alegrarás que la legítima defensa debe de estimarse en este caso como una eximente absoluta de la responsabilidad penal y que el tribunal dictará sentencia condenándole a cinco años por haber utilizado para repeler la agresión un medio no proporcionado al empleado por el atacante. Ya te digo que lo tienes mal.

Desasosegada, se enderezó ella en su asiento. No había esperado que la Vista del juicio pudiera señalarse en tan breve espacio de tiempo. Por el contrario, había decidido empezar a estudiárselo a principios del otoño. Y no era lo peor que esa Vista estuviera al caer. Lo peor eran las previsibles consecuencias que tendría el que Tomás acertara en sus conjeturas sobre la previsible sentencia que recaería en el caso. Valeria no permitiría que Simeón fuese a la cárcel en

su lugar, y de ser éste condenado se declararía culpable. Y si por un azar inesperado lograra ella su absolución, podría conseguir que quedara en libertad un desaprensivo obsesionado con Valeria, si acertaba ésta en sus conjeturas.

—No me parece que te haya gustado el regalo que te he traído—bromeó nuevamente Tomás—. Pero deberías estar acostumbrada ya. No siempre se pueden ganar los juicios, aunque se tenga razón. Si en el futuro ese pobre hombre al que defiendes se encontrara en una situación parecida, dejaría que violaran a la chica para no buscarse complicaciones. Los jueces deberían rectificar la forma tan restrictiva en la que enjuician la legítima defensa y darse cuenta de que en la mayoría de los casos el procesado merece una condecoración.

Se echó a reír Noelia, aunque sin ganas.

—Lo alegraré así en mi escrito y puede que dé resultado. Hasta podría ocurrir que absuelvan a Simeón Anaya y que le pongan su nombre a una calle, ¿qué te parece?

Dejó escapar Tomás una carcajada.

—Te creo muy capaz de conseguirlo y saldrías en el Guinness—. Recuperó la seriedad en el acto y se puso en pie. Asido al respaldo de la butaca, se despidió de ella—. Bueno, ya me voy, porque aún tengo mucho que hacer—. Te deseo suerte en este caso, porque la vas a necesitar.

Salió silenciosamente del despacho y Noelia observó la carpetilla del juzgado que hacía las veces de portada de los autos como si quisiera ver su contenido a su través. Es esa posición la encontró Miriam cuando entró unos segundos más tarde.

—Me he tropezado con Tomás en el pasillo y vengo a preguntarte si necesitas que te ayude en algo. ¿Qué te ha traído?

Sin esperar a que le contestara bordeó la mesa y leyó el nombre del encausado en los papeles que tenía la otra sobre la mesa.

—Simeón Anaya— delectó—. ¿Ya?

—Sí, ya —corroboró fúnebremente Noelia.

Retrocedió la chica sobre sus pasos para tomar asiento frente a la otra en una de las butacas destinadas a los clientes.

—Dicen que los malos ratos conviene pasarlos pronto— murmuró filosóficamente—y esto tenía que pasar antes o después. No te desanimes y prepara la artillería.

Levantó Noelia hacia ella su decaída mirada.

—Es que me preocupa Valeria. Si pierdo este caso y es casi seguro que lo pierda, no permitirá ella que Simeón vaya a la cárcel en su lugar y no es justo que la recluyan en prisión después de la pesadilla que ha vivido. De la que aún está viviendo— se corrigió.

—Pero el culpable ha muerto —alegó Miriam confusa.

—Sí, eso creíamos, pero al parecer nos habíamos equivocado de individuo. Anteayer recibí Valeria otro WhatsApp procedente del móvil que le habían robado la noche de la fiesta con un texto de similares características. Valeria cree que Juan se presentó en el granero por casualidad y que el verdadero culpable es Simeón.

—¿Simeón? —se sorprendió la otra. ¿Y por qué Simeón?

—Porque también apareció en la nave a la hora de la cita, porque ha tenido oportunidad de realizar todos los actos achacables al autor de los mensajes y porque tiene un pasado poco claro, según la información que me ha proporcionado el detective que contraté.

Se acarició Miriam maquinalmente su rubia melena.

—Pero en ese caso... si el culpable fuera Simeón y le condenaran a cinco años de cárcel... sería una liberación para Valeria. Durante esos cinco años podría olvidarse de él y mirar al futuro con mayor optimismo. Estoy empezando a pensar que nos estamos preocupando sin motivo por el

juicio de ese hombre.

Dejó escapar Noelia una risita sarcástica.

—¿Y dónde está tu sentido de la ética? Pareces olvidar que mi obligación es defenderle y procurar por todos los medios a mi alcance que salga absuelto o condenado a la menor pena posible.

—Y tú has olvidado que puedes renunciar a su defensa. Le das la venia a otro abogado y todo arreglado.

—¿Qué es lo que estaría arreglado? —refunfuñó ella— Tengo que conseguir la absolución de Simeón, porque en caso contrario sería Valeria la que iría a la cárcel, y, en el caso improbable de lo que lograra, es posible, si esa chica tiene razón, que hubiera colaborado yo a que dejaran en libertad a un maníaco sexual, que la seguiría persiguiendo. ¿Qué te parece? ¿No crees que acierto al ver bastante negro el panorama que tengo antes mis ojos?

Parpadeó anonadada Miriam, con sus ojos azules clavados en su rostro.

—¿Tú crees que...?

—No lo sé. ¿Cómo lo voy a saber? No soy como uno de esos listísimos abogados de las películas americanas. Ya me gustaría a mí.

Se levantó Miriam para acercársele por detrás y darle unas alentadoras palmaditas en el hombro.

—Listísima sí eres, pero es mucho más fácil inventar el guion de una película en la que el abogado protagonista tiene que ser un lince, que resolver un caso real. ¿Pero sabes lo que vamos a hacer? Nos vamos a empollar ahora mismo los autos que tienes sobre la mesa y algo se nos ocurrirá a las dos, porque, bien considerado, también somos bastante listas, ¿no crees?

—Sí, claro —aprobó la otra distraídamente.

—Y muy guapas también— siguió Miriam medio en broma con la intención de animarla, acercando una silla a la butaca de la otra y tomando asiento a su lado.

—Guapísimas —corroboró Noelia en el mismo tono.

—Pues vamos a poner manos a la obra.

—Vamos.

—CAPÍTULO XXI—

Acababa de finalizar la primera de las clases que debía impartir Valeria esa tarde y caminaba por el pasillo del colegio para dirigirse al aula de profesores con la intención de tomar un café de la máquina expendedora, cuando sonó su móvil. Del susto que experimentó dio un mal paso, se le torció un tacón, tropezó, y estuvo a punto de caerse. Tuvo que inspirar aire varias veces, apoyada en la pared, antes de atreverse a sacar el aparato del bolsillo de su pantalón y comprobar quién la llamaba. No era su desconocido acosador como había temido. Era Dan, y aunque en la última ocasión en las que se habían visto le había dicho ella que era preferible que guardasen las distancias y dejaran de verse durante un tiempo prudencial, se alegró de que no le hubiera hecho caso y con un alivio inmenso se aprestó en el acto a responder a la llamada, aunque la voz le salió aún de la garganta algo trémula y entrecortada.

—¿Sí?, dime.

—Valeria, ¿eres tú? ¿Te pasa algo?

—Sí, claro que soy yo —repuso, ya más tranquilizada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu voz me ha sonado diferente. Como la de una niña pequeña asustada. ¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien. Dentro de unos minutos comenzará mi segunda y última clase de esta tarde, así que no tengo mucho tiempo para hablar contigo. Dime.

Se tomó él unos segundos antes de exponerle el motivo de su llamada. Sin duda buscaba la manera más adecuada de hacerlo y no acababa de acertar con las palabras.

—Oye, ya sé que me dijiste el otro día que no deberíamos vernos tú y yo en una temporada, pero es que necesito decirte algo muy importante.

Le imaginó con el teléfono en la mano y aquella reflexiva expresión en el rostro tan suya, buscando cuidadosamente el modo de convencerla y replicó:

—¿Para qué?

—Te lo diré cuando nos veamos. ¿A qué hora terminas esta tarde?

—A las seis, pero...

—¿Quieres que te recoja?

—No, he venido en coche y después tengo una clase.

—¿Otra? —se sorprendió él.

—No, no es otra de latín. Es una de kárate en Madrid, en una academia que está muy cerca de mi casa. En la misma calle.

—¡Vaya! —masculló impresionado—. Espero no decirte nada que te solivante demasiado y que te anime a enseñarte conmigo. ¿Y a qué hora terminas el aprendizaje de esos violentos ejercicios?

—A las ocho.

—Vale, pues a las ocho estaré esperándote en la puerta. ¿Hay alguna cafetería por los alrededores?

—Sí, pero...

—Sin peros. Dame la dirección de la academia.

—Pero...

Se echó a reír con esa risa contagiosa que tanto le gustaba.

—¿Quieres no ser tan pesada? Te repito que necesito hablar contigo. Después, si decides que no nos volvamos a ver...

Al escuchar esta última frase, le pareció que se apagaba bruscamente la euforia que había experimentado al oír su voz y su propuesta de que quedaran esa tarde, pero lo disimuló como pudo y le preguntó:

—Si lo decido, ¿qué?

No tardó Dan en responder, no sin cierta ironía:

—De eso, ya te diré lo que opino. Ahora dime a qué altura de tu calle queda esa academia.

Le explicó que se ubicaba en la esquina más próxima y, cuando cortó la comunicación, continuó andando hacia el aula de profesores con una nueva sensación de ingravidez, de flotar por el pasillo como si tuviera alas en los pies. Se sentía de improviso tan ilusionada... Joven como antaño. Como si hubiera vuelto a los años de la facultad y Horacio hubiera levantado los ojos de su libro de texto para dedicarle una mirada.

En el aula de profesores se tomó el café que extrajo de la máquina expendedora en un vasito de plástico y regresó luego a la clase donde la esperaban sus alumnos, sonriente y con una sensación nueva que no supo calificar, pero que ya la había vivido con anterioridad. Se asemejaba mucho a la que sintió por primera vez, cuando oyó a Horacio pronunciar su nombre al poco tiempo de conocerse y de quedar con él. Le sonó entonces a música. A una música que había ido perdiendo con el tiempo la armonía de sus notas para dejar paso a una melancólica y desafinada melodía. Pero ahora, como entonces, veía el mundo con unos ojos nuevos. Tuvo que controlarse para adoptar un aire circunspecto y transcribir en la pizarra el texto latino que los chicos deberían traducir, aunque mirando de cuando en cuando y disimuladamente el reloj de su muñeca, cuyas agujas parecían no avanzar. Los minutos que componían la hora de la clase se alargaron desconsideradamente, lo mismo que los de la clase de kárate en la academia, más tarde. El profesor, un japonés bajito y cuadrado, de ojos oblicuos, la llamó al orden varias veces, cuando no acertó ella a propinarle a su improvisado oponente ninguno de los tsukis que había aprendido el día anterior. Le resbalaron a Valeria, no obstante, las reprimendas que recibió. Cuando al fin pudo quitarse el kimono y vestirse con el pantalón y el jersey con el que había salido de su casa esa mañana para dirigirse al colegio, de lo único que se preocupó fue de conseguir que la chica que veía reflejada en el espejo que colgaba de la pared del aseo estuviese lo más bonita posible. Frente a su pulida superficie se pintó, se peinó y terminó por sonreírse a sí misma, complacida de su aspecto.

Recuperó luego su chaquetón y salió a la calle mirando en todas direcciones. No tardó en verle, esperándola en la acera, apoyado en la portezuela de su Opel gris perla. Soplaba una brisa fresca que esparcía el cabello de él en todas direcciones y se lo arrojaba sobre la frente, por lo que mientras se dirigía a su encuentro le vio abrocharse la chaqueta de cuero negro que vestía sobre unos pantalones oscuros como si el viento se le hubiera calado hasta los huesos. Le pareció a Valeria que tenía los ojos enrojecidos, pero a pesar de ello le encontró más atractivo que nunca, cuando al aproximarse a él le sonrió.

—¿Dónde está esa cafetería? —le preguntó Dan en cuanto llegó a su lado—. Supongo que tendrás que regresar pronto a tu casa a preparar la cena, así que no podemos perder tiempo. ¿Dónde está?

La prisa que manifestaba Dan desvaneció en el acto las fantasías que se había forjado ella desde que esa tarde recibiera su llamada. Al parecer tenía previsto que esa cita consistiese solamente en transmitirle un recado rápido. Caminaba a su lado sin mirarla, luchando con su cabello, por lo que se preguntó Valeria si no habría perdido miserablemente el tiempo en el aseo

de la academia, donde poco antes había estado arreglándose para ofrecer a sus ojos un aspecto satisfactorio, porque podía asegurar que ni siquiera la había mirado.

—Está en la esquina. Ahí al lado, pero si solo cuentas con unos minutos y tienes que salir a escape, puedes empezar a contarme lo que sea ya. Soy toda oídos.

La réplica le había salido más ácida de lo que hubiera deseado y la acusó Dan, que volvió la cabeza hacia ella para mirarla sorprendido.

—Yo no he dicho que tenga prisa. Eres tú la que sueles dejarme con la palabra en la boca, pero creo que por esta vez puedes esperar a que estemos sentados en la mesa de esa cafetería y que me dejes explayarme con tranquilidad. ¿Puedo confiar en que lo hagas?

—Por supuesto— murmuró muy digna.

Recorrieron en silencio el escaso trecho de la calle que mediaba entre el lugar en el que Dan había estacionado su vehículo y el local al que se dirigían y cuando tomaron asiento en una mesa y el camarero les trajo los cafés que habían pedido, levantó él hacia el semblante de Valeria una mirada algo vacilante.

—Verás, me ha llamado mi hermano.

No esperaba ella que aludiera a Simeón y sintió un ligero sobresalto al oír su nombre. Le pareció incluso ver su rostro, tan parecido al de Dan y sin embargo tan diferente, observándola fijamente con aquella mirada inquisitiva con la que en el granero parecía haberla taladrado con los ojos cuando le había quitado el rastrillo de las manos.

—Sí, ¿y qué quería?

—Quería decirme que se ha puesto en contacto con él Noelia Villarroel, tu abogado, que ahora es también su abogado, para comunicarle que no tardará la Audiencia Provincial en señalar la fecha de su juicio y para quedar con él en su despacho. Quería que lo supieras.

No era esa información lo que había esperado Noelia. Experimentó además un vuelco en el estómago al conocer la noticia, que aceleró su respiración y su ritmo cardíaco. Había dado por hecho que él quería tratar otro tema más romántico, pero disimuló la decepción que le produjo conocer el motivo por el que la había citado, sin duda movido por la preocupación que le inspiraba su hermano.

—Ya. Y has quedado conmigo para recordarme el compromiso que contraí con él, ¿no es eso? —farfulló desdeñosamente—. Pues puedes estar tranquilo, porque no se me ha olvidado y mantengo mi promesa. Si el tribunal no entiende que él no tuvo nada que ver y le condena por haberme defendido aquella tarde, confesaré la verdad. Lo que me extraña es que Noelia no me haya llamado para decírmelo.

Sin mirarla, empezó Dan a remover el café con la cucharilla, aunque al parecer lo tomaba solo, ya que no había tocado los terrones de azúcar, que permanecían aún junto a su plato.

—Seguramente no habrá querido preocuparte —le comentó con la cabeza baja— Sé también que te han citado como testigo.

—¿Cómo testigo de lo que ocurrió en el granero? —inquirió con sus grandes ojos ambarinos clavados en él.

—Sí.

Al oírle y asimilar sus palabras experimentó Valeria unos espantosos deseos de llorar. Había intentado sepultar en su mente la espantosa pesadilla que había vivido en la nave de “Las Gavillas”, con la que aún soñaba a veces. Tendría que revivirla ahora hasta en sus menores detalles para referírsela al tribunal que juzgara a Simeón y procurar que su relato favoreciese a éste para intentar salvarle de su previsible condena. Pero lo peor no era lo que pudiera sentir ella al recordararlo. Lo peor era que si Noelia lograba ganar el caso y le absolvían, quedaría libre él

para seguir persiguiéndola hasta lograr el objetivo que se había propuesto.

Analizó la expresión de Dan y se dio cuenta en el acto y sin realizar el menor esfuerzo que ni siquiera le había pasado por la cabeza que su hermano pudiera ser el hombre que le enviaba los mensajes y que tanto temía ella. Estuvo tentada de decírselo, pero no se atrevió porque estaba segura de que no la creería.

Tomó un sorbo de café, que no la tranquilizó, sino al contrario. Desesperadamente se preguntó qué podía hacer. Porque en el mejor de los casos, si le condenaban, tendría que asumir ella la sentencia que le fuera destinada a Simeón, ya que había sido la autora de haberle clavado a Juan el rastrillo en la garganta. Era a todas luces injusto.

Dan la observaba ahora como si pretendiese adivinar lo que pasaba por su mente, por lo que procuró aparentar cierta entereza, pese a que experimentó la sensación de que un cataclismo se había abatido sobre su cabeza. Se sintió hundida y además estaba sola. Podía contar con Noelia, pero con nadie más. Horacio no se pondría en su caso ni lo entendería, aunque se lo explicara. Le impacientaría incluso que desviara su atención de sus estudios y le pidiera que la apoyase, porque no pretendería nada más de él. En cuanto a Dan... había esperado otra cosa distinta de él esa tarde. Había esperado que el motivo por el que la había citado fuese otro, pero estaba claro que su única intención era asegurarse de que ella mantendría la promesa que le había hecho en su día y que no permitiría que Simeón cumpliera condena por la autoría de un delito del que no era responsable.

Como si le hubiera transmitido el pensamiento, esbozó él un gesto vacilante y bajó la cabeza para clavar su mirada en la taza que tenía delante de él sobre la mesa.

—Y quería decirte otra cosa— murmuró apenas, sin apartar los ojos del café. Seguía dándole vueltas con la cucharilla, aunque el azucarillo continuaba intacto junto al plato y no había razón para que intentara disolverlo. Era obvio que no acababa de decidirse y Valeria decidió animarle a que continuara. Después de todo, ¿qué podría decirle ahora que fuese peor de lo que ya le había hecho saber?

—Sí, ¿qué querías decirme?

Levantó él ahora la mirada para clavarla en su rostro y volvió a advertir ella que tenía los ojos enrojecidos.

—He dormido mal— empezó a explicarle—. Fue ayer tarde cuando me llamó Simeón para comunicarme lo que te he dicho y he pasado una noche horrible. No he pegado ojo y he dado en la cama vueltas y más vueltas dándole vueltas al asunto. Como es natural y comprenderás, no quiero que condenen a Simeón.

—Claro— musitó apenas Valeria temiendo lo que se avecinaba.

Carraspeó Dan y dijo al fin con voz clara:

—Pero tampoco quiero que vayas tú a la cárcel. ¿Recuerdas a lo que te comprometiste la otra tarde?

—Sí, claro, no dejaré que pague Simeón por algo que no hizo. Lo he prometido y lo cumpliré.

—Pero es que tampoco quiero que lo hagas— protestó levantando el tono de la voz— Declara en el juicio lo que se te ocurra que pueda beneficiarle, pero no reconozcas lo que hiciste tú.

Parpadeó Valeria confusa, apartándose la melena de su rostro.

—Es que me temo que para el tribunal el culpable tenemos que ser uno de los dos. No hay otra alternativa y a mí no me queda opción posible. Noelia es muy buena abogado y hará todo lo que sea legal y esté en su mano para lograr la absolución de Simeón, pero no puedo permitir que otra persona cargue con las consecuencias de una acción que realicé yo. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que, si volviera a encontrarme en idénticas circunstancias, haría lo mismo—. Se le humedecieron los ojos al mirarle y añadió—: Pero te agradezco mucho lo que acabas de decirme. No sabes lo que me ha animado oírte decir.

—Ni tú lo que significas para mí— murmuró él en apenas un susurro, emprendiéndola nuevamente con la cucharilla y el café— No podría soportar que fueras a la cárcel, porque un demente decidiera en su momento arruinar te la vida—. Te pido que reconsideres lo que me acabas de asegurar. Simeón es fuerte y en el peor de los casos cargaría con las consecuencias de esa condena mejor que tú. Tú no te lo mereces.

Creyó haberle entendido mal y por su gusto le hubiera pedido que se lo repitiese, pero como no le pareció oportuno, se lo rebatió:

—Ni él tampoco. Y yo también soy fuerte. Más de lo que imaginas.

Observó su semblante ensombrecido que repentinamente se crispó para dirigirse a ella en tono brusco:

—¿Lo dices porque eres capaz de aguantar a ese tipo con el que te has casado? ¿Cuándo va a descender del olimpo y olvidarse por un rato de los trapicheos de Zeus y de Hera para descender a este prosaico planeta y enterarse de lo que te está pasando? ¿Sabe que podrías acabar en la cárcel si te empeñas en declarar lo que pasó?

—No sé si lo sabe, pero se lo he dicho.

—¿Y qué te ha contestado?

Entrecerró Valeria los ojos para tratar de recordarlo.

—Creo que me contestó que le dolía la cabeza y que cuando se celebrara el último ejercicio de la oposición trataría de buscar una solución.

—Pero es que mucho me temo que el juicio se va a celebrar antes de que le citen para el último ejercicio de esa oposición— se enfadó él— Puede, si todo sale mal, que se dé cuenta de que no estás en la casa, cuando baje de su despacho, pretenda cenar y se encuentre con que la mesa no está puesta ni la comida preparada. ¿A ser capaz de aguantar a semejante elemento es a lo que llamas ser fuerte?

—No, claro que no —replicó intimidada por la furia que derrochaba—. Es que no lo entiendes... Yo... le conocí en la facultad. Éramos muy jóvenes y a él le tenían muy en cuenta los profesores, porque ya era un gran conocedor del griego clásico. No podía suponer entonces que en realidad esa materia es lo único que le importa.

—¿Y qué vas a hacer?

Pasó Valeria una cansada mano por su frente.

—Sé que no es el momento. Para afrontar lo que se avecina necesitaría sentirle a mi lado y que me apoyara, pero tampoco me sirve de nada saber que está en su despacho, que me ignora y que incluso le molesto. Voy a pedirle que nos separemos por un tiempo para que podamos recapacitar y llegar a una conclusión sobre lo que deseamos hacer en el futuro.

—¿Y después?

—Aún no estamos en el “después” —repuso melancólicamente ella—. Puede que si las cosas salieran mal, rematadamente mal, fuera él a visitarme la cárcel para llevarme tortilla de patata todos los días en los que les está permitido a los parientes comunicar con sus familiares. ¿Lo crees posible?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No. Estoy seguro de que no. Si eso llegara a suceder y se quedara solo en vuestra casa, aprovecharía todas las horas del día y de la noche para escribir una obra maestra sobre las guerras médicas y, cuando hubieras cumplido la condena y regresaras, se empeñaría en leerla

fragmentos de su rollazo histórico sin preguntarte cómo te ha ido ni cómo te encuentras. ¿Cuándo has pensado decírselo?

—Pues no lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, no me encuentro en condiciones, compréndelo. Ni para tomar decisiones ni para nada. Estoy... mal, deshecha, como un barco a la deriva. Como un barco agitado por las olas esperando a un timonel que me lleve a puerto.

—Pero...

—Está bien. Hablaré con él hoy, ahora, mientras cenamos. Y ahora, vámonos.

—¿Pero no quieres que...?

—No, vámonos

La acompañó él hasta la cancela del jardín de su casa y una vez allí y antes de que la traspusiera le apretó una mano como para infundirle ánimos. Se quedó luego viendo como ella recorría el caminito de gravilla y subía los escalones del porche. Allí se volvió Valeria para decirle adiós con la mano y luego entró en el edificio.

Horacio bajó de su despacho cuando ya había preparado ella la cena y había puesto la mesa en el viejo comedor, con los muebles de madera de cerezo, pesados y oscuros que le gustaban a su abuela y que no había tenido Valeria tiempo ni dinero para cambiar. Incluso los visillos de encaje eran los mismos y se respiraba en la estancia, como en el resto de la casa, el aroma de otra época, la melancolía de un pasado en el que la presencia de los dos con la indumentaria que vestían ponía una nota discordante. Horacio llevaba un viejo pantalón vaquero y un jersey gris plagado de bolitas. Parecía cansado y se dejó caer en la cabecera como si tuviera la mente en otra parte.

Se sentó Valeria enfrente y sirvió la sopa en los dos platos antes de comenzar a plantearle la decisión que había tomado.

—¿Te ha cundido el tiempo? —le preguntó, en lugar de lo que pretendía decirle.

Hizo él un gesto evasivo, colocándose las gafas de concha sobre el puente de la nariz.

—No demasiado, aunque tengo que reconocer que esta tarde has hecho menos ruido que de costumbre. Podías cerrar las puertas con más cuidado y no arrastrar los pies cuando deambulas de habitación en habitación. Esta casa es como una caja de resonancia. Se oye todo.

Hacía tan solo media hora que Valeria acababa de llegar, de lo que ni tan siquiera se había dado cuenta él. Le pareció que era el momento oportuno para decirle lo que tenía pensado y murmuró:

—Tienes razón. Creo que hemos llegado a un punto en el que debemos plantearnos nuestras diferencias.

—¿Qué diferencias? —se sorprendió él—. Eres tú la única que has cambiado. Antes eras dulce y apacible, pero desde que asististe a la fiesta de tu amiga Margarita no pareces la misma. Tienes los nervios de punta, te mueves tropezando con los muebles, dando portazos y trayendo visitas que hablan a gritos. No dirás que hago yo ruido.

—No, pero sí que te molesta que lo hago yo.

—Pero es natural que me moleste —alegó observándola perplejo—. Yo tengo que estudiar y tú no tienes nada que hacer.

Le pareció injusto que no tuviera en cuenta él que los ingresos que percibían los dos en la actualidad procedían exclusivamente de las clases que impartía ella.

—Me parece que olvidas que salgo todas las mañanas a trabajar y que vuelvo a última hora de la tarde. Creo que no te has dado cuenta —le reprochó con acritud.

—¿Yo? Bueno... sí —admitió aburrido—. Pero no tengo ganas de discutir. Noto la cabeza

muy pesada y...

—No voy a plantearte una discusión —le interrumpió—. Lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que lo mejor sería que te marcharas a la casa que tus padres tienen en la sierra. Allí podrías estudiar sin que nadie te molestara y estaríamos los dos en situación de reflexionar...

Parpadeó sin entenderla, luchando nuevamente con sus gafas, empeñadas en resbalarle sobre la nariz.

—¿Reflexionar?, ¿Sobre qué quieres que reflexione? Ahora no tengo tiempo. Más adelante...

—Es que yo no quiero esperar a que tengas tiempo— volvió a interrumpirle Valeria—. He podido darme cuenta de que no me necesitas para nada, que te basta y que te sobra con tus libros y con tus papeles, pero yo sí necesito a alguien a mi lado que comparta conmigo el día a día. Está a punto de celebrarse el juicio en el que acusan a Simeón Anaya de haber matado al tipo que intentó violarme.

La observó con la cabeza ladeada y expresión de hastío.

—¿Y qué?

—Que si le condenan tendré que ser yo la que confiese lo que verdaderamente pasó.

Se pasó Horacio una mano por el cogote, luego se peinó el cabello con los dedos y terminó por quitarse las gafas para limpiar sus cristales antes de volvérselas a poner.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó abrumado—. Si pudiera cambiar los hechos los cambiaría, pero no puedo. ¿No lo entiendes?

—¿No puedes hacer nada?

—No.

—¿No puedes decirme que, pase lo que pase, siempre estarás a mi lado?

Tomó un sorbo de agua, jugueteó luego con el tenedor y finalmente levantó ambas manos en un gesto de impotencia.

—No hace falta que te lo diga, porque es obvio. Eres mi mujer.

—¿Eso es todo?

Pasó una mano por su frente y enfrentó su mirada con unos ojos que denotaban su cansancio.

—No puedo hacer nada en este momento, Valeria, ¿es que no lo entiendes? No tengo una varita mágica para cambiar el futuro ni puedo perder el tiempo en darle vueltas a lo que no tiene arreglo. Ya te he comentado, además, hace un momento que tengo la cabeza pesada y no me parece oportuno que empieces a plantearme problemas que quizás se solucionen solos.

—No van a solucionarse solos. Te estoy diciendo que creo que debemos separarnos temporalmente para que averigüemos si nuestro matrimonio ha sido o no una equivocación. En esa casa de tus padres puedes estudiar sin que nadie te moleste y en los ratos libres, si es que te quedan ratos libres, plantearte si deseas pasar a mi lado el resto de tus días o prefieres recuperar tu libertad. Yo me quedaré aquí y, cuando termines los exámenes y hayas ganado la cátedra, hablaremos.

Había cambiado Horacio el tenedor por la cuchara y se quedó con ésta en alto, absolutamente sorprendido.

—¿Me estás echando? Hasta que asististe a aquella desdichada fiesta, nuestra unión era perfecta. Tú haciendo tus cosas y yo las mías.

—No, perdona— protestó Valeria—. Tú, haciendo tus cosas y yo procurando que no te molestasen mis bostezos. No salimos juntos a ninguna parte ni quedamos con amigos ni hablamos cuando estamos en casa. A ti no te importa nada que guarde relación conmigo. Solo te interesan tus libros, tus papeles y la guerra de las Termópilas.

—Bueno, sí —admitió él con aire circunspecto para pasar a corregirla en el acto—. Fue una

batalla trascendental, no una guerra y no es la única importante de la antigüedad. Deberías saber que...

—No me importa nada esa batalla —le atajó antes de que tuviera oportunidad de pronunciar un discurso sobre el tema.

Se acarició pensativo una mejilla y terminó por hacer un gesto de asentimiento.

—Puede que sí, que tengas razón. En la casa de la sierra disfrutaré de un silencio absoluto y tú te reencontrarás de nuevo a ti misma. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes esa solución? Mañana por la mañana...— Clavó en ella una mirada ingenua, que en otro tiempo le habría hecho estremecer pero que en el presente la dejó fría—. ¿Te viene bien que me vaya mañana por la mañana? Si me preparas la maleta podría mientras tanto empaquetar mis libros y no perdería más que un par de horas en salir de aquí y en instalarme en mi nueva casa. ¿Qué te parece?

—Genial— masculló sarcásticamente—. Me parece genial.

—Después, cuando finalicen los exámenes afrontaremos juntos ese juicio del que me has hablado —continuó Horacio sin captar el sarcasmo que traslucía su voz—. Buscaremos un buen abogado y...

—Ya tengo un buen abogado —le interrumpió—. Y el juicio se celebrará antes de que tenga lugar el primer ejercicio de tu oposición.

—¿De veras? —protestó desorientado— ¿Y no podríamos dejar esta conversación para más adelante? Me está sentando mal la cena.

Le envolvió Valeria en una desesperanzada mirada.

—Por supuesto. Podemos dejarla... podemos dejarla para nunca.

Se marchó a la semana siguiente y cuando el portón se cerró tras él miró Valeria a su alrededor sintiendo como una losa el absoluto silencio que se respiraba en el viejo caserón. Chispeaba ligeramente y las gotas de agua tintineaban contra los cristales de la ventana del salón y resbalaban luego por su superficie convertidos en regueros que los empañaban. Apenas si se veían a su través los árboles del jardín. Se movían a impulsos del viento sin un solo quejido, como si compartieran tristonamente con ella su soledad. Y se preguntó entonces si era eso lo que había querido.

—CAPÍTULO XXII—

Había sido señalada ya la fecha del juicio y Simeón acababa de salir del despacho de Noelia, donde habían estado ensayando las respuestas que debería dar él a las previsibles preguntas del fiscal y a las que seguidamente le formularía ella. Había ido analizando ésta sus gestos y sus ademanes mientras respondía al interrogatorio y había llegado a la conclusión de que, pese a su aire tosco, era un hombre inteligente. Había captado incluso un detalle, en el que no había reparado anteriormente, cuando le había asistido en su declaración ante la policía y ante el juez. Se había recriminado interiormente por no haberse dado cuenta en su momento y con los ojos brillantes de satisfacción se lo comentó a Miriam cuando instantes después de que él se marchara, entró ésta en su despacho.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido todo? —le preguntó la recién llegada.

—Bien, muy bien.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Miriam, que estaba habituada a verla inquieta e irascible en los días que precedían a la Vista oral de sus clientes y en absoluto aparentaba la otra la menor inquietud —. ¿Se ha aprendido sin necesidad de repasarlas las respuestas que debe dar al fiscal? —Se dejó caer en una butaca enfrente de Noelia sin esperar su contestación y comentó como para sí—: Se parece a su hermano, pero no es tan guapo ni parece tan listo.

—Es listo —afirmó Noelia rememorando la impresión que le había producido durante la entrevista que habían mantenido—. Capta al vuelo cualquier insignificancia que a otro cualquiera le pasaría inadvertida y he caído en algo que nos puede ser de gran ayuda. ¿Sabes lo que puede ser nuestra salvación y que vamos a hacer?

—No, ¿qué?

—Vamos a solicitar al tribunal un informe pericial grafológico. Si confirma lo que sospecho, incluso podríamos lograr su absolución.

Parpadeó Miriam observándola con la cabeza ladeada, con su melena rubia enmarcando su agraciado semblante y con expresión de absoluto desconcierto.

—¿Para qué? ¿Quieres probar que su letra es la misma que la de los mensajes que recibe Valeria en su móvil? Eso no serviría de nada. Esos mensajes se han borrado de su aparato sin dejar rastro, no se pueden recuperar, pero es que además no fueron escritos de su puño y letra por el que se los envió.

—Ya lo sé.

—¿Qué pretendes entonces demostrar con esa prueba?

—Que Simeón no pudo matar a Juan, que no le fue posible.

Siguió Miriam observándola en silencio, esperando que Noelia le aclarase el motivo por el que pensaba lo que acababa de decir, pero cuando cayó en la cuenta de que la otra no parecía dispuesta a hacerlo, le comentó:

—No sé, encuentro este asunto de lo más confuso y no estoy segura, ni mucho menos de que sea Simeón el maniaco sexual que ha estado persiguiendo a Valeria. ¿Sabes si ha recibido ella algún mensaje de él últimamente?

—No. Sé que su marido se ha trasladado a una casa que tienen sus padres en la sierra. Que le sugirió ella que así podría estudiar sin que nadie le molestara y que no se lo hizo repetir. Hizo la

maleta y se marchó. Se ha quedado sola en el caserón en el que vive y, aunque no la he visto, he hablado con ella por teléfono y... está asustada.

—¿Porque tiene miedo de que Simeón asalte la casa por la noche?

—Sí.

—¿Y por qué cree que es Simeón el causante de sus males?

—Porque apareció en el granero a la hora exacta en la que había sido citada por el tipo que le envió el mensaje haciéndose pasar por ti, lo mismo que Juan. Después de la muerte de éste, ha recibido otro nuevo en términos similares procedente del móvil que le habían robado aquella noche, por lo que hemos llegado las dos a la conclusión de que nos habíamos equivocado de individuo.

—Y de que en lugar de Juan, es Simeón el que se los manda y el que la persigue.

—Sí.

Se apoyó Miriam en los brazos de la butaca tratando de entender lo que pasaba por la mente de Noelia.

—Y ahora vas a pedir una prueba grafológica con la intención de lograr su absolución.

—Eso es.

—Pues sigo sin entenderlo —reconoció con su bonito semblante velado por una sombra de duda—. Puede ser un maniaco sexual, es muy posible que lo sea y que haya sido él el que la secuestró y el que haya pretendido abusar de ella, pero no es por ese delito por el que se le va a enjuiciar dentro de unos días ante la Audiencia Provincial, sino por homicidio. ¿De qué puede servir en este caso cómo escribe ese hombre y cómo es su letra?

—De nada —admitió Noelia.

—Pues entonces, ¿para qué?

No le contestó Noelia. Con el bolígrafo en una mano y la mejilla apoyada en la otra parecía ausente, elucubrando algo en su mente de lo que solo ella parecía ser partícipe.

—¿Qué impresión te ha producido a ti Simeón? —le preguntó a Miriam en lugar de responderle.

—¿A mí? —se sorprendió la chica—. Ya te lo he dicho. No está mal, pero es más bajo y más cuadradote que Dan. Si lo que quieres saber es si le creo capaz de ser el causante de todos los males de Valeria, tendré que reconocerte que no tengo la menor idea. Aunque me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Que por qué piensa Valeria que apareció él en el granero aquella tarde con el propósito de forzarla. Es el único motivo que tiene para sospechar de él y yo creo que, de haber sido esa su intención, no se habría detenido al comprobar que Juan estaba muerto, sino al contrario. Habría aprovechado la circunstancia de que Valeria y él se habían quedado solos y después la habría matado a ella, o... no sé. Supongo que no habría querido correr el riesgo de dejarla viva y de que pudiera denunciarle, ¿no te parece?

—No lo sé —repuso Noelia— pero esa es una cuestión que podremos plantearnos cuando todo esto haya pasado. Me refiero al juicio. Por el momento necesito concentrarme en la prueba grafológica que vamos a solicitar y en las preguntas que le formularemos al perito en la Vista. Y, por cierto, quiero que estés a mi lado en la sala.

—¿Qué me ponga la toga y me siente a tu lado?

—Eso es.

—¿Y para qué? ¿Estás afónica? ¿Te duele la garganta o es que piensas que te puedes quedar de repente sin voz y necesitas que te sustituya?

Se echó a reír Noelia.

—Digamos que a ti te viene bien adquirir experiencia y que a mí me da seguridad tenerte cerca. Así achantaremos al fiscal.

—No me necesitas a mí para achantar al fiscal— protestó risueñamente Miriam—. Te bastas y te sobras para dejarle planchado.

No le dio a la chica la impresión de que Noelia le hubiera escuchado. Había inclinado nuevamente la cabeza sobre los autos que tenía sobre la mesa y pasaba febrilmente los folios, hasta que dio con uno que debía ser el que le interesaba especialmente.

—¿Qué miras? —inquirió Miriam levantándose para bordear la mesa y situarse a su espalda para atisbarlo por encima de su hombro.

—El informe de la autopsia de la víctima. ¿Te has fijado en lo que dice?

Lo leyó la otra a media voz y como para sí misma.

—Sí, dice que “el rastrillo de labranza le produjo a Juan varias heridas incisicontusas de uno por cinco milímetros, separadas entre sí tres centímetros y distribuidas de forma lineal, la más anterior a la izquierda de la tráquea, de un centímetro de profundidad, una segunda sobre la carótida izquierda, que atravesó ésta de delante a atrás y de izquierda a derecha y una tercera de un centímetro de profundidad, localizada en línea recta con las anteriores, en el lado izquierdo del cuello. La lesión que interesaba la carótida le produjo la muerte de forma prácticamente inmediata por desangramiento”.

Bordeó luego la mesa y retrocedió seguidamente hasta la butaca que ocupaba anteriormente y le preguntó:

—¿Y qué? Ya sabíamos que había sido con el rastrillo con lo que Valeria le dejó en el sitio. ¿De qué nos sirve que el forense lo ratifique, si era obvio?

Levantó hacia ella Noelia sus ojos oscuros y se la quedó mirando, pero no parecía verla. Daba la impresión de estar pensando en otra cosa que absorbía por completo su atención.

—Nos sirve para acreditar que Simeón no pudo ser el autor de la muerte de Juan, ¿no lo entiendes? —. Mordisqueó la punta del bolígrafo que tenía en la mano y añadió—: Siempre, claro está, que el tribunal nos admita la prueba pericial grafológica y que ésta nos sea favorable.

—Ya— murmuró Miriam confusa—. ¿Y qué crees tú?

—Que sí, que nos la admitirán.

—Si tú lo dices... —articuló la chica desconcertada, desistiendo de insistir sobre ese tema. Le preocupaba también el otro asunto, por lo que inquirió—: Y si tiene razón Valeria y Simeón es un perverso, ¿qué vamos a hacer si el tribunal le absuelve?

Se encogió la otra de hombros.

—De momento vamos a centrarnos en el juicio. Después... después ya veremos cómo lo podemos resolver. Cada cosa a su tiempo.

Tal y como había predicho Noelia, le fue admitida la prueba grafológica que había solicitado, si bien el fiscal solicitó otra a su vez de un segundo grafólogo y el juez una tercera, que afortunadamente fueron todas coincidentes en sus puntos esenciales lo que comprobaron cuando les fueron notificadas, por lo que el día señalado para el juicio salieron las dos del despacho relativamente tranquilas. En la antesala se despidieron de Flor que se levantó de su mesa para abrazarlas.

—Que tengáis suerte. Encenderé una vela para que todo os salga bien y absuelvan a ese hombre. ¿Habéis quedado con Valeria?

—Sí, está citada como testigo —repuso Miriam—. Nos encontraremos con ella en la Audiencia.

—Pues dadle recuerdos también a ella. Esperemos que se aclare todo y pueda poner fin a

todos los sinsabores que ha estado padeciendo. Os deseo suerte otra vez.

Las acompañó hasta la puerta del local y permaneció en el umbral siguiéndolas con la vista hasta que entraron en el ascensor y la cabina de éste inició el descenso hacia el portal. Ya en la calle tomaron un taxi, que las dejó frente al edificio de la Audiencia Provincial y en cuanto en la sala de togas les entregó el encargado una de su talla, se dirigieron hacia la sala de la sección de lo penal donde iba a celebrarse la Vista. En el pasillo se encontraron con Simeón, que lo recorría a largas zancadas en compañía de su hermano. Vestía un traje gris con una corbata roja, se había peinado su hirsuta pelambreira marcándose la raya en el lado izquierdo de su cabeza y estaba aparentemente sereno, aunque las ojeras que circundaban sus ojos desmentían la imagen de tranquilidad que pretendía aparentar.

—Hola —las saludó aproximándoseles, seguido de Dan, que clavó en Noelia una mirada con la que parecía pedirle socorro—. Ya es la hora a la que nos han citado. ¿Suelen ser puntuales los tribunales?

—No, no suelen serlo —repuso Noelia consultando su reloj.

Era la primera vez que lo había sido ella, ya que los nervios no solían permitirle dormir la noche anterior y se presentaba en el edificio de la Audiencia antes de que lo abrieran, con lo que tenía que permanecer en la calle y después en el pasillo aguardando a que le llegase el turno. Tampoco en esa ocasión las tenía todas consigo, aunque en presencia de Miriam procuraba aparentarlo para no desmerecer a sus ojos. La chica la admiraba ilimitadamente y necesitaba sentirse acreedora del sentimiento que le inspiraba.

Tampoco Dan parecía haber dormido. Tenía los ojos cargados de sueño y no conseguía disimular la inquietud que experimentaba.

—¿Qué crees que va a pasar? —le preguntó a Noelia—. Deseo que absuelvan a Simeón, pero no quiero que en ningún caso Valeria se declare culpable. Se lo dije la otra tarde, pero no estoy seguro de que esté dispuesta a hacerme caso. Cuento contigo, ¿verdad?

No acertó ella a responderle. Había hablado por teléfono con la aludida la tarde anterior y le había comunicado ésta que mantenía la decisión que había tomado a ese respecto. Encontró no obstante el medio de eludir la respuesta.

—Esa será una resolución que tomará ella cuando el tribunal dicte sentencia, no hoy. ¿La habéis visto?

Se volvieron los dos hacia su espalda con esa intención. Por el pasillo caminaba hacia ellos Margarita, en compañía de Ricardo, y, entre varios desconocidos, otras tres parejas y una chica que identificó Noelia como los amigos de que habían participado en su fiesta de despedida de solteros de aquellos. Sin duda venían a presenciar como enjuiciaba el tribunal al hombre al que suponían culpable de la muerte de su amigo Juan. Les saludaron al pasar de largo para apostarse junto a la puerta de la sala, pero de Valeria no vieron ni rastro.

Vendrá ella, ¿verdad? —se preocupó Simeón.

—Por supuesto —repuso Miriam deseando tranquilizarle.

—¿Y dónde está?

—Se habrá retrasado —opinó la chica.

—Pero es que si no declara ella como testigo... —. Se volvió hacia Noelia para preguntarle —: ¿Qué ocurriría si no se presenta?

Barajó ella varias posibilidades en su mente, todas ellas bastante adversas.

—Se presentará, no lo dudes.

El agente judicial acababa de abrirse paso en ese momento entre los que se agolpaban junto a la puerta y leyó el procedimiento que iba a celebrarse a continuación y que era el suyo. Luego

abrió la hoja de madera y las dos, seguidas de Simeón, fueron a ocupar los lugares que les estaban destinados. Ellas en el estrado, a la derecha del tribunal que ya estaba sentado tras su mesa al fondo de la sala, y Simeón en una solitaria silla delante de los bancos del público, que entró en tropel detrás de él para dispersarse entre ellos con un ruido sordo y acompasado. El fiscal, enfrente de ellas, se hallaba ya en su puesto. Era un hombre de mediana edad, sobrado de peso y de aire bonachón, que aparentaba hallarse en su elemento. A Miriam, en cambio, le temblaban las piernas y Noelia tuvo que reprimirse para no enrollarse en un dedo el rizo que le caía sobre la frente, además que le ayudaba a calmar sus nervios.

Tras los antecedentes preliminares, el presidente del tribunal le preguntó a Simeón si se declaraba culpable o inocente del delito de homicidio en la persona de don Juan Olmedo Vargas con la eximente incompleta de legítima defensa.

No vaciló él ni por un segundo.

—Inocente. Soy inocente.

Seguidamente el presidente del tribunal le dio la palabra al fiscal, que le pidió al procesado que refiriera los hechos, tal y como se habían producido en la fecha y en el lugar de autos. Tampoco dudó ahora Simeón y empezó con voz clara:

—Volvía yo a mi casa desde Aravaca, donde había ido a hacer la compra. Vivo en una finca contigua a “Las Gavillas” y, al doblar la curva de la carretera y fijarme en una nave que se ha utilizado siempre como granero, vi frente a la puerta el coche de una chica a la que conocía.

—¿Quién era esa chica? —le interrumpió el fiscal.

—Valeria Salgado. Me la había presentado mi hermano unos días antes y pensé entonces acercarme a saludarla, por lo que estacioné mi coche al lado del suyo y entré en el silo.

—¿Y qué fue lo que vio?

Levantó Simeón una mano y esbozó un gesto vago.

—Estaba oscuro. Esa nave no tiene luz eléctrica y eran más de las siete. En el mes de marzo a esa hora es prácticamente de noche. Llevo siempre una linterna en el coche y la cogí antes de entrar en el granero sabiendo que de otro modo no distinguiría nada a un metro de distancia. Dentro, la enfoqué hacia el fondo y vi a Valeria de pie a unos metros de un hombre que estaba tendido en el suelo boca abajo en un charco de sangre y con un rastrillo, un apero de labranza a su lado con los pinchos hacia arriba y el palo partido por la mitad. Estaba también ese apero cubierto de sangre.

—Puede decirnos qué es un rastrillo y para qué se utiliza.

—Sí, claro. Es un instrumento agrícola consistente en una barra dentada, fijada horizontalmente en un mango, que en este caso debió usarse antaño para recoger la paja. El mango era de madera y estaba partido. Los dientes eran metálicos.

—¿Y qué hizo?

—Me acerqué a ese hombre y cuando comprobé que no respiraba le pregunté a Valeria qué había sucedido y ella me dijo que ese hombre, al intentar agredirla sexualmente, había tropezado en la oscuridad, se había caído boca abajo y se había clavado los pinchos del rastrillo en la garganta. Entonces llamé a la Guardia Civil por el móvil.

—¿Y no tocó el rastrillo?

—Sí, claro que lo toqué. Lo cogí por el palo y lo aparté del cuerpo de ese hombre, porque de otra manera no hubiera podido acercarme a él sin herirme.

—¿Conocía a ese hombre?

—No, no le había visto nunca.

—¿Le dio entonces la vuelta al cuerpo?

—No, me agaché a su lado. Me puse en cuclillas y le tomé el pulso.

—¿Dónde se lo tomó?

—En la muñeca. Ya he dicho que del cuello le manaba mucha sangre. De todas formas, me manché las deportivas que llevaba y el bajo de los pantalones.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que la Guardia Civil se ocupó de llamar al juez de guardia, al forense y a la funeraria y mientras procedían al levantamiento del cadáver nos detuvieron a Valeria y a mí y nos llevaron a sus dependencias, donde nos tomaron declaración al día siguiente. A las setenta y dos horas nos pusieron a disposición judicial.

El fiscal meneó la cabeza como si estuviera poniendo en duda todo lo que Simeón había declarado.

—¿Está seguro de que los hechos sucedieron tal y como lo acaba de declarar?

—Desde luego. He dicho exactamente lo que vi cuando entré en el granero.

—¿No es más cierto que la víctima estaba agrediendo a doña Valeria Salgado cuando llegó usted y que al intentar defenderla cogió usted el rastrillo y se lo clavó a don Juan Olmedo en el cuello? —insistió el fiscal levantando el tono de voz.

—No, no es cierto.

—Pero la víctima estaba agrediendo a esa señorita cuando usted llegó.

Afrontó Simeón su acusadora mirada y replicó tranquilo:

—Supongo que sí por el aspecto que presentaba ella, pero no lo vi. Ella estaba de pie, a unos metros de él, cuando entré en el silo y ese hombre estaba en el suelo.

Se dirigió nuevamente el fiscal a Simeón para preguntarle:

—Acaba de declarar usted que doña Valeria Salgado estaba de pie y a unos pasos de la víctima cuando usted entró en el granero. ¿Qué aspecto presentaba ella? ¿Diría usted que parecía haber mantenido una pelea con don Juan Olmedo?

Vaciló ahora Simeón y le dirigió una mirada a Noelia en demanda de ayuda. Ella le observaba impasible, por lo que repuso al fin:

—Me pareció que la ropa de ella estaba destrozada y que se había rebozado en la porquería que había por el suelo. La puerta de ese granero hace tiempo que no cierra y entran toda clase de animales que dejan dentro sus excrementos. Quedan allí restos de paja además de la época en la que los dueños del granero cultivaban trigo. Restos de paja que se han podrido con el tiempo.

—Y doña Valeria Salgado presentaba el aspecto de haberse revolcado sobre esas inmundicias, ¿no es así?

—Protesto señorita —tronó Noelia—. La pregunta es sugestiva.

—Se admite —aceptó el presidente.

—Con la venia, pido disculpas— murmuró el fiscal, que se dirigió nuevamente a Simeón para decirle—: Díganos con precisión cual era el aspecto de la señorita Salgado cuando usted entró en la nave. ¿Tenía la ropa desgarrada?

Volvió Simeón a vacilar. Luego dijo con voz clara.

—Creo que llevaba un chaquetón, pero no estoy muy seguro, porque no soy ningún experto en ropa femenina. Y... sí, también unos pantalones.

—¿Y los llevaba sujetos a la cintura?

Le observó Simeón de hito en hito como si no le hubiera entendido.

—Pues... creo que no, pero tampoco estoy seguro. Recuerdo en cambio que lloraba y que me decía entrecortadamente que ese hombre, me refiero a Juan Olmedo, había tropezado al intentar perseguirla a oscuras, que se había caído de bruces y que debía de haberse clavado el rastrillo en

el cuello, porque no se había vuelto a levantar.

—Y entonces fue cuando usted se acercó a su cuerpo para cerciorarse de lo que le había sucedido —apuntó el fiscal con algo de sarcasmo— ¿No fue así?

—Sí, efectivamente.

—Está bien, no hay más preguntas— dijo apoltronándose en su asiento.

El presidente del tribunal volvió ahora la cabeza hacia Noelia.

—La defensa tiene la palabra.

Se acodó Noelia en la mesa y clavó sus ojos oscuros en Simeón que se mesaba su corto cabello con aire impasible.

—Ha dicho usted que en el granero no había luz eléctrica y que era de noche cuando entró en esa nave.

—Sí, es lo que he dicho.

—Ha declarado también que llevaba una linterna en la mano y que enfocó con ella a doña Valeria Salgado. ¿Qué fue lo que vio exactamente?

—Que esa chica estaba en pie mirando el cuerpo de un hombre que estaba en el suelo a varios metros de ella. Ya lo he dicho antes.

—¿Pudo hacerse una idea de lo que había sucedido en ese granero antes de que usted llegara?

—No. Solo me percaté de que ella presentaba un aspecto lamentable. Vi luego que ese hombre se había clavado el rastrillo en el cuello y que, como consecuencia, había muerto, por lo que pensé que debía llamar a la Guardia Civil y es lo que hice.

—Está bien, no hay más preguntas.

Llamó entonces el agente judicial a Valeria, que entró en la sala y por el pasillo central se encaminó hacia la butaca que le indicó aquél, ubicada entre el tribunal y el acusado y de espaldas a éste. Vestía la chica un traje pantalón blanco y con su ondulada melena castaña resbalándole sobre la frente estaba muy bonita. Hubiera llamado la atención en cualquier parte y el público de la sala siguió con atención su cadencioso caminar hasta que, después de prometer decir la verdad, se dejó caer en el asiento que el agente le había señalado. No tardó el fiscal en dirigirse a ella para pedirle que relatara lo sucedido en el granero el día de autos.

—Fui allí en mi coche cuando terminé de impartir la última clase en el colegio de Majadahonda donde enseñé latín a mis alumnos— empezó sin una sola vacilación—. Había quedado allí con una amiga, o eso creía yo, porque no había sido ella la que me había citado en ese granero por el móvil, sino don Juan Olmedo, pero de haber sabido que se trataba de él, no habría ido.

—¿Conocía a la víctima?

—Le había visto anteriormente en dos ocasiones, la primera en una fiesta de despedida de solteros y la segunda en una boda, pero creo que no había hablado con él en ninguna de las dos ocasiones.

—¿Y qué sucedió?

—Que cuando llegué no había nadie, pero cuando ya había entrado dentro de la nave, que estaba a oscuras, apareció él y se abalanzó sobre mí.

—¿Intentó agredirla sexualmente?

—Sí. En un primer momento ni siquiera le vi la cara, por lo que no sabía quién era— se interrumpió porque se le quebró la voz, pero fue solo durante una décima de segundo—. Se recuperó casi instantáneamente y continuó tras carraspear ligeramente—: Trató de arrancarme la ropa y me tiró al suelo, pero logré incorporarme, ponerme en pie y echar a correr hacia la puerta trasera de la nave. Hizo intención él de perseguirme, pero debió de tropezar con unas herramientas que estaban en el suelo, se cayó y se clavó el rastrillo en la garganta. Y digo que debió de suceder

así, porque dentro de la nave apenas si se distinguía algo.

—¿Y cómo entonces se dio cuenta de lo que le había sucedido a él?

—Lo deduje después. Cuando estaba ya a punto de alcanzar la puerta, volví la cabeza al oír un horrible quejido, al tiempo que vi un resplandor a mi espalda. Acababa de llegar un nuevo individuo portando una linterna. Estaba en el umbral de la nave cuando ocurrió lo que acabo de referir y avanzó unos pasos dirigiendo el haz de luz en todas direcciones, hasta que me vio. Reparó luego en lo que parecía ser un bulto informe en el suelo. Yo estaba a unos metros de distancia paralizada por el miedo, pero vi que le tomaba el pulso y cómo después llamaba a la Guardia Civil. Él no mató a Juan Olmedo. Cuando llegó a la nave, ya había sufrido éste el accidente al que me acabo de referir.

La envolvió el fiscal en una escéptica mirada.

—¿Está segura de que no fue el acusado el que le mató?

—Sí. Completamente segura.

Revolvió el otro unos papeles que tenía sobre la mesa y levantó luego la cabeza para menearla incrédulamente.

—Lo que acaba de declarar no concuerda con el atestado de la Guardia Civil que obra en autos —le dijo con cierto sarcasmo—. Ha dicho que la víctima se cayó al suelo sobre el rastrillo de labranza con el que se hirió mortalmente, cuando usted estaba ya cerca de la puerta trasera de la nave, ¿no es así?

—Sí.

—Que se volvió al ver la luz de la linterna del acusado y que desde cierta distancia vio cómo éste le tomaba el pulso al occiso.

—Sí. Eso es.

—Sin embargo, consta en el atestado al que me acabo de referir que estaba usted cubierta de sangre de los pies a la cabeza. ¿Cómo explica que se manchara con su sangre si no se aproximó usted a la víctima?

Contuvo Miriam el aliento al escuchar la pregunta del fiscal. Noelia en cambio permaneció impasible. Había ensayado el interrogatorio con Valeria en el despacho y había dado por hecho que el fiscal le formularía esa pregunta, por lo que había preparado la respuesta. La chica ni tan siquiera vaciló. Con expresión ingenua repuso:

—Me acerqué al cuerpo que estaba en el suelo después, cuando Simeón me dijo que estaba muerto. No sabía quién era el hombre que me había atacado sin mediar palabra y me incliné sobre él para verle la cara, mientras Simeón se la iluminaba con la linterna. Había un reguero en el suelo en el que resbalé y me puse perdida. Me manché el frente del chaquetón, los pantalones, los zapatos, todo.

—Ya —refunfuñó incrédulamente el fiscal—. ¿No es más cierto que el acusado entró en el granero cuando la víctima estaba intentando agredirla sexualmente y que al defenderla a usted le mató?

Parpadeó Valeria echando la cabeza hacia atrás como si la dureza del tono de él le hubiera producido el efecto de una bofetada, pero reaccionó instantáneamente.

—No, señor. El acusado no llegó a saber cuáles habían sido las intenciones de Juan Olmedo, porque llegó después, cuando él había dejado de existir.

Pareció que el fiscal había desistido de continuar el interrogatorio, porque se arrellanó en su asiento. Luego se lo hizo saber así al tribunal y el presidente le dio la palabra a Noelia, que fue muy escueta.

—Ha declarado usted que don Juan Olmedo sufrió un accidente cuando trataba de perseguirla.

Que se cayó de bruces al tropezar con algo en la oscuridad y que se clavó esa herramienta agrícola en la garganta.

—Sí, así fue.

—Asimismo, ha declarado que el acusado se presentó en la nave después de que la víctima sufriera ese accidente y muriera desangrado.

Un lagrimón se desprendió de los ojos de Valeria, pero se lo enjugó con el dorso de la mano y repuso en apenas un susurro:

—Sí.

—Que ni el acusado provocó el accidente de la víctima ni tuvo la menor oportunidad de defenderla a usted, porque don Juan Olmedo falleció antes.

—Efectivamente. Así fue.

Dio Noelia por finalizado el interrogatorio de Valeria y ésta salió de la sala, seguida por las miradas de todos los presentes. Segundos más tarde entraba el Guardia Civil jovencito, uno de los dos que se habían presentado en el granero cuando Simeón les había llamado y que había sido citado por el fiscal como testigo. Prestó juramento y fue a ocupar luego la butaca que la chica había dejado libre. A la pregunta de aquél repuso que un compañero y él habían acudido en el acto al granero de la finca denominada “Las Gavillas” al serles comunicada la muerte accidental de un hombre por el acusado.

—Díganos que vieron ustedes cuando se personaron en esa nave —le pidió el fiscal.

Efectuó el agente un gesto de asentimiento.

—Llevábamos linternas, que encendimos cuando comprobamos que en ese granero no había luz eléctrica, y vimos a una muchacha, cubierta de sangre de los pies a la cabeza, que estaba sentada en uno de los peldaños inferiores de una escalera metálica. A su lado estaba el acusado que parecía estar intentando confortarla y en el suelo, a unos tres metros de ellos, vimos el cuerpo de un hombre, en posición de decúbito prono, rodeado de un gran charco de sangre. A su lado había un rastrillo, también cubierto de sangre, y algo más allá varias herramientas de labranza y un montón de paja, que debía de haber sido amontonada antaño, porque olía a podrido.

—¿Se fijó en el aspecto que ofrecía la muchacha?

—Sí, sí señor. Sin duda había sido agredida, previsiblemente por la víctima, porque los botones del chaquetón y de los pantalones que vestía le habían sido arrancados. Tenía una manga rasgada, el pelo revuelto, desgredado e impregnado de paja como si se hubiera revolcado por el suelo. Como ya he dicho, tenía toda la ropa manchada de sangre y cuando llegamos estaba sufriendo las consecuencias subsiguientes a un ataque de ansiedad. Quiero decir que estaba en estado de shock. En mi opinión, si me está permitido decirlo, el cuadro que vimos respondía claramente a la agresión sexual de esa muchacha por parte de la víctima, de la que ella se había defendido.

—¿Y cuál era el aspecto del acusado? ¿Le pareció que podía haber colaborado en la reyerta?

Entrecerró los ojos el agente como si ese gesto le ayudara a recordar la escena que había presenciado a su llegada al silo.

—El acusado no presentaba signo alguno de lucha, aunque si se había manchado de sangre las manos, las zapatillas de deporte que calzaba y el bajo de los pantalones.

—¿Llevaba guantes?

—No, no los llevaba.

—¿Y la muchacha?

—No, tampoco. Me fijé muy bien, porque sé que ese es un detalle importante.

—Está bien. No hay más preguntas.

Le dio la palabra el presidente del tribunal a Noelia, que insistió reiteradamente en que el agente repitiera lo que había dicho ya. Que la ropa de Simeón estaba en orden cuando ellos llegaron y que no ofrecía su cuerpo moratones ni contusiones que permitieran suponer que hubiera participado en la confrontación de los otros dos.

Cuando dio por finalizado Noelia el interrogatorio, les comunicó el presidente que quedaba suspendida la Vista hasta las cuatro de esa misma tarde y todos los presentes se pusieron en pie para abandonar la sala. Miriam y ella, seguidas de Simeón, bajaron del escaño y se dirigieron hacia la puerta, al tiempo que los espectadores hacían lo mismo, apelotonándose en el pasillo central cuando se levantaron de los bancos. A empujón limpio se abrió paso hasta Noelia una chica morena con el cabello muy corto y enhiesto sobre la cabeza, que vestía un elegante modelito. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso y los ojos muy sombreados y delineados con un trazo negro. Le preguntó a ella en cuanto se aproximó lo suficiente y en tono desafiante:

—¿Es usted Noelia Villarroel, la abogada de Valeria?

—Sí, ¿por qué?

—Soy su amiga Margarita y quería saber cómo puede usted defender a ese tipo, me refiero al acusado. Es un degenerado, que ha asesinado a un íntimo amigo nuestro. Ustedes, los abogados, defienden a cualquiera con tal de que se les abone la minuta. ¿No se ha planteado que está cometiendo una falta de ética imperdonable?

Señalaba a Simeón que las seguía a las dos y que oyó lo que decía. Sus ojos relampaguearon indignados, pero no tanto como los de Noelia, que se interpuso entre Margarita y él parapetándole y envolvió a su interlocutora en una mirada aviesa.

—¿Sabe usted que todas las personas tienen derecho a ser defendidas en juicio de la acusación de un delito? —inquirió ácidamente—. Me parece que no, que no lo sabe y estoy segura también de que tampoco sabe que todas las personas son inocentes mientras no se demuestre lo contrario. Que yo sepa, mi cliente no ha sido condenado por asesinato ni por homicidio ni por una infracción de tráfico, por lo que es tan inocente como usted y como yo ¿Y sabe lo que le digo? —insistió furibunda— Que debería usted estudiarse la Constitución en lugar de hacer juicios de valor que demuestran que no es más que una ignorante.

No debía esperar Margarita una reacción tan violenta por parte de Noelia, porque parpadeó desconcertada, al tiempo que un joven que la acompañaba se adelantó para apartarla y disculparse en nombre de ella.

—Perdone lo que ha dicho mi mujer. Está muy nerviosa y Juan era un gran amigo nuestro. Aún no nos hemos hecho a la idea de que nos ha dejado y de que no lo volveremos a ver. Y, por cierto, ¿dónde está Valeria? Quiero felicitarla por la serenidad con la que ha testificado, aunque, como es natural, a nosotros nos hubiera gustado que con su declaración involucrase al acusado, lo que no ha hecho, aunque haya sido citada por el fiscal como testigo de cargo.

Dedujo Noelia que el hombre que tenía delante era Ricardo y le observó con ojo crítico. Sería un hombre guapo, si no le sobrara peso ni le afeara una incipiente papada que permitía suponer que bebía más alcohol del aconsejable. Como Margarita, la indumentaria que vestía era cara e impecable. Ella llevaba un solitario en el dedo anular con un grueso brillante y él, otro en el mismo dedo, así como un Rolex de oro en la muñeca.

—Afortunadamente, la finalidad de este juicio no es la de darles gusto a ustedes dos— masculló Noelia sin ablandarse por las excusas de él, intentando apartarse olímpicamente de ellos y abrirse paso hacia la salida.

—Pero oiga...— escuchó decir a Margarita cuando la dejó con la palabra en la boca.

Con dos empujones más consiguió llegar Noelia hasta el pasillo y allí la tomó por un brazo

Miriam, que la obligó a caminar hasta la esquina del pasillo, a la par que las alcanzaba Simeón y, segundos más tarde, se les reunía Dan, que había estado sentado entre el público y que se hallaba visiblemente nervioso. Su primer ademán fue echarle un brazo sobre los hombros a su hermano con un gesto con el que parecía querer infundirle ánimos y en esa posición se dirigió a Noelia para preguntarle:

—En tu opinión, ¿cómo ha ido todo?

Aún le chispeaban los ojos de indignación a la aludida, por lo que, temiendo que no fuera capaz de controlarse y que le contestara con un exabrupto, fue Miriam la que respondió por ella:

—Ha ido como era previsible, pero lo determinante tendrá lugar esta tarde. Son fundamentales los informes de los peritos, o sea, los de los grafólogos y el del forense.

—Sí, ¿pero ¿cuál es vuestra impresión?

—Buena —repuso Miriam por la otra, que seguía buscando con los ojos a Margarita entre el gentío que se iba diseminando por el pasillo como si estuviera barajando la posibilidad de retroceder sobre sus pasos para atizarle a la chica una patada en la espinilla —. Buena por el momento. Simeón ha estado bien y Valeria también, ¿verdad Noelia?

Pretendía que su compañera de despacho regresara con la mente al pasillo en el que se encontraba y olvidara los belicosos propósitos que rumiaba y, aunque solo lo consiguió a medias, advirtió que la aludida hacía un esfuerzo por tranquilizar a Dan, aunque no por ello se olvidó de la amiga de Valeria, a la que le dedicó un rencoroso comentario.

—Esperemos que todo salga bien y que esa tonta se lleve un buen berrinche. ¿Habéis oído lo que me ha dicho? Se ha permitido el lujo de cuestionar mi sentido de la ética, pese a que no es más que una estúpida ignorante que no debe de saber siquiera que los abogados estamos obligados a defender en juicio al procesado de turno, tanto si es inocente como si es culpable, porque para acusarle ya está el fiscal. ¿Cómo puede Valeria tener una amiga tan estúpida?

También Simeón participaba de la furia sorda que traslucía Noelia, y sus ojos oscuros brillaban amenazadores mientras buscaba con la mirada a la aludida entre la muchedumbre que iba dispersándose. Lo advirtió Miriam que, inquieta ante la posibilidad de que pudiera provocar un escándalo, distinguió a Margarita en un grupo unos metros más adelante. La acompañaba su marido, así como un muchacho pelirrojo que se les había reunido unos instantes antes, de otro más alto y rubio, con aires de galán de cine y de un tercero bastante más bajo con unas grandes entradas en la frente. Por el relato que le había transmitido Noelia de la noche de la fiesta a la que había asistido Valeria, identificó al pelirrojo como Amadeo, el que bailaba esa noche el charleston. A Óscar en el rubio de la mirada lánguida y a Julián en el joven de menor estatura que auguraba una prematura calvicie y que participaba en las regatas. Debían de estar comentando el interrogatorio del acusado y el de los testigos que habían declarado esa mañana, porque dirigían frecuentes miradas al grupo que formaban ellos, por lo que Miriam decidió poner tierra por medio, antes de que pudieran provocar otro enfrentamiento con ellos.

—Vamos a buscar a Valeria —les indicó a los otros tres—. Tenemos el tiempo justo para comer, así que no debemos perder el tiempo en majaderías.

Por fortuna no tardaron en encontrar a la chica antes de que diera con ella su amiga y los acompañantes de ésta. La hallaron a la vuelta del pasillo, recostada contra la pared. Le pareció a Miriam que le dirigía una mirada recelosa a Simeón y que dudaba antes de aproximarseles. Cuando lo hizo, se acercó a Noelia procurando mantenerse lo más alejada posible de aquél y le preguntó:

—¿Qué tal he estado?

—Bien, pero vámonos.

La tomó Noelia del brazo y, seguidas por los dos hermanos y por Miriam, se encaminaron apresuradamente hacia el ascensor en cuya cabina entraron a la vez otros letrados con toga, por los que se abstuvieron de realizar más comentarios sobre el desarrollo del juicio. Luego salieron a la calle y se dirigieron a una cafetería cercana donde por el escaso lapso de tiempo de que disponían para comer pidieron unos platos combinados. Ya se los habían servido y habían perdido de vista al camarero, cuando trató nuevamente Valeria de que Noelia le diera su opinión.

—Aún no me has dicho si me declaración le habrá parecido verosímil al tribunal. Una de las preguntas que me ha hecho el fiscal me ha parecido muy difícil de responder. Ha insistido en que le explicara cómo podía haberme manchado la ropa con la sangre de Juan si estaba a un metro de distancia de él cuando se cayó y se clavó el rastrillo. He llegado a temer que adivinara que solo podía haberme llenado de sangre la parte delantera del chaquetón y de los pantalones de haber estado tumbada boca arriba en el suelo bajo el cuerpo de él cuando se clavó el rastrillo.

—No le des más vueltas —le aconsejó Miriam. Y en un susurro, añadió—: Fue providencial que llevaras guantes. De haber dejado tus huellas en el palo de esa herramienta habría sido todo bastante diferente.

Nada más decirlo advirtió la chica que no había abierto la boca Simeón desde que abandonaran la sala. Con la cabeza baja, parecía ausente, como si el tema del que hablaban los que le rodeaban le fuera ajeno y el juicio que se estaba celebrando ese día no tuviera nada que ver con él, lo que no dejaba de ser extraño. Su hermano en cambio estaba visiblemente inquieto. Se había sentado al lado de Valeria, que manifestaba un estado de ánimo muy similar al de él y masculló bajando el tono de la voz hasta convertirla en un susurro:

—Pues a mí sigue pareciendo absurdo, absolutamente ilógico. Tenías derecho a defenderte de ese perturbado y lo hiciste sin premeditación alguna y con lo que encontraste a mano. ¿Qué podría el tribunal haberte exigido? ¿Qué le dejaras k.o. de un puñetazo?

De nuevo intentó analizar Miriam lo que pudiera estar pensado Simeón en ese instante. Sentado frente a Valeria, había levantado ahora la mirada y la mantenía clavada en ésta de una forma que le intrigó. No consiguió ella extraer su significado, pero había algo oscuro en lo que traslucían sus ojos, algo intimidante a lo que no supo darle nombre, pero que le provocó un escalofrío. ¿Tendría razón la chica y habría sido Simeón el que con engaño la había citado en el granero aquella tarde? Y si tenía razón en sus conjeturas, ¿qué consecuencias tendría para Valeria que fuera absuelto por el tribunal que le juzgaba?

Paseó su mirada ahora por el resto de los presentes. Dan tenía los nervios a flor de piel, pero ajeno por completo a lo que ella se estaba preguntando. Estaba segura de que no se le había pasado por la cabeza que su hermano fuera un maníaco sexual que estuviera acosando precisamente a la chica que a él le interesaba, porque esto último era algo que saltaba a la vista.

Habían pedido café cuando terminaron de tomarse el plato combinado y lo habían apurado precipitadamente tras consultar su reloj. Debían regresar a la Audiencia Provincial sin demora, por lo que ya habían pagado la comida y se habían puesto en pie cuando sonó el móvil de Noelia. Siguiendo a los demás hacia la calle se lo llevó ésta al oído y estaba ya en la acera cuando reconoció la voz de Flor.

—¿Noelia?

—Sí, dime.

—¿Me oyes?

—Sí, sí, dime.

—Oye, es muy urgente. Ha llamado el detective que contrataste y....

Un automóvil recorrió la calzada frente a ellos y el estrépito del motor apagó las palabras de

la secretaria.

—Flor, hay mucho ruido. ¿Qué decías?

—Que el detective quiere hablar contigo, que me ha dicho que es muy urgente, que le llames.

Consultó Noelia nuevamente su reloj de pulsera.

—Pero es que ahora no puedo. Dentro de unos minutos se va a reanudar la Vista y tengo antes que recuperar la toga. Dile que venga mañana a primera hora al despacho, que le recibiré el primero.

—No, no, Noelia. Me ha dicho que es muy importante. Que ha averiguado lo del coche.

—¿Qué coche?

—Solo me ha dicho que tenía que decirte quien era el conductor del segundo coche. El que estacionó de madrugada junto al granero aquella noche.

—Ya —repuso ella sin comprender— ¿Y qué más?

—Que han encontrado a la chica y que...

—¿A qué chica? —la interrumpió.

—A la chica que desapareció. A la ex novia de tu cliente y que...

—No te oigo— se quejó Noelia levantando la voz—. ¿Qué dices?

—Que le llames.

Volvió a mirar ella el reloj.

—Pero es que no tengo tiempo. Llámale tú y dile que me pondré en contacto con él en cuanto se acabe el juicio y salgamos de la sala. ¿Se lo dirás?

Mientras se encaminaban hacia el edificio, otro vehículo pasó por delante de ellos como una exhalación, con un estruendo que se sobrepuso a cualquier otro sonido.

—Flor, ¿me oyes?

—Sí, ¿Y tú me has oído a mí? Me ha dicho que lo ha averiguado todo, el conductor del segundo coche es el hombre que le envía a Valeria los mensajes. Me ha dicho que se trata de...

Un autobús urbano se llevó con el chirrido de sus frenos las últimas palabras de la secretaria.

—¿Flor! —le gritó Noelia descompuesta—. Repítemelo. Hay un ruido horroroso en esta calle. No te he entendido.

El intermitente sonido de que la línea estaba ocupada le llegó ahora, por lo que cortó la llamada y marcó de nuevo el número de la secretaria con el mismo resultado infructuoso.

—¿Quién era? —le preguntó Miriam.

—Flor. Era Flor y me ha advertido que había llamado Fermín y que quería hablar urgentemente conmigo, pero se ha cortado y era muy importante.

—¿Sabía... ? —inquirió Miriam eludiendo concretar la pregunta después de que sus ojos se cruzaran con los de Simeón y viera en ellos algo que la desazonó.

—Sí, creo que sí. Le llamaré en cuanto salgamos de la sala— decidió la otra—. Ahora tenemos que concentrarnos en el interrogatorio de los peritos.

La puerta de la sala de Vistas estaba cerrada cuando salieron del ascensor, pero se agolpaba ya delante de ésta la mayoría de los espectadores que habían asistido al juicio esa mañana y entre éstos Margarita y sus amigos, que guardaron silencio cuando les vieron aparecer y cuchichearon luego algo por lo bajo. No tardó el agente judicial en vocear el procedimiento que iba a celebrarse a continuación, al tiempo que abría la puerta y les permitía el paso a los letrados y al encausado. Fingió Noelia que no había visto a la chica ni a sus acompañantes cuando pasó por su lado con su flotante toga, aunque se sintió seguida por su mirada cuando avanzó por el pasillo central hacia el estrado que le estaba destinado. Los tres miembros del tribunal ocupaban ya el suyo, al fondo de la sala, Miriam se acomodó a su lado y Simeón en la misma silla en la que había

estado sentado esa mañana, que solía sustituir en la mayoría de los casos al denominado banquillo de los acusados. Con un rumor sordo entró el público en la sala y cuando se hizo de nuevo el silencio comenzó el turno de los peritos.

El agente judicial hizo pasar en primer lugar al grafólogo que había sido solicitado por la defensa, un hombre bajito con un bigote enorme que le cubría el labio superior y ademanes ampulosos, que se ratificó en su informe y que en respuesta a la pregunta que le formuló ella declaró que no le ofrecía duda alguna, tras las pruebas grafológicas que le había practicado al acusado, de que éste era zurdo. Insistió mucho el fiscal después, cuestionando esa conclusión, que no obstante fue corroborada a continuación por el grafólogo que presentaba la acusación. Igualmente se ratificó éste en su informe y finalmente hizo lo mismo el que había sido solicitado por el tribunal. Había quedado acreditado, por tanto, que Simeón Anaya era zurdo y Noelia lo repitió varias veces, aún a riesgo de ponerse pesada y de que el tribunal la llamase al orden.

Llamó seguidamente el agente judicial al forense que había practicado la autopsia de Juan Olmedo, un médico de mediana edad y de aspecto anodino que poseía sin embargo una sorprendente riqueza de vocabulario y que se expresó en unos grandilocuentes términos, incomprensibles para la audiencia. A instancia del presidente del tribunal se ratificó en su informe, describió el estado del cadáver, manifestando que su muerte había sido inmediata por desangramiento por la herida que le había sido producida en la carótida izquierda por un objeto punzante, previsiblemente por uno de los dientes metálicos de un rastrillo de labranza que se hallaba al lado del cuerpo de la víctima manchado de sangre.

A preguntas del fiscal repuso que no había hallado en las uñas del cadáver restos de la piel del acusado ni de otra persona que permitiera suponer que hubiera mantenido con un hipotético adversario una lucha previa a su fallecimiento. Que sí había detectado un hematoma en la nariz del fallecido que le había provocado una hemorragia, cuando aún estaba vivo, pero que cabía suponer que se lo hubiera producido accidentalmente al caer al suelo de bruces.

No le satisfizo al fiscal su informe ni las respuestas que obtuvo a sus preguntas, pero el forense se expresaba con absoluto aplomo, por lo que se vio obligado a admitirlas y a dar por finalizado su interrogatorio.

Le dio la palabra el presidente del tribunal a Noelia. Había preparado ésta minuciosamente el cuestionario que pretendía formularle, pero al enfrentarse a ese momento, que consideraba decisivo, sintió la boca seca y que el pulso se le aceleraba hasta el extremo que llegó a preguntarse si no se oirían sus desacompasados latidos en la sala. Por fortuna no debió de ser así, porque ninguno de los presentes manifestó alarma alguna por el estado físico de la muchacha que ejercía la defensa ni otra cosa que la cortesía debida en los procedimientos judiciales cuando se inclinó ella sobre la mesa hacia el forense y afirmó más que preguntó:

—Ha dicho usted que la víctima falleció a consecuencia de una herida de tres centímetros de profundidad producida por el diente metálico de un rastrillo de labranza en la carótida izquierda.

—Efectivamente.

—Si no le he entendido mal, no presentaba el cadáver signo alguno de que hubiera sido agredido por el acusado, ni restos de la piel de éste bajo las uñas.

Esbozó el forense un ademán displicente a tiempo que se aprestaba a corregir lo que acababa de decir ella.

—Sí. Efectivamente no hallé rastros de piel del acusado bajo las uñas. Sin embargo, he puesto de manifiesto en mi informe que la ropa del cadáver estaba impregnada de paja, de polvo y de otras inmundicias que detecté en el suelo del granero, lo que permite dar por cierto que en algún momento se cayó sobre el pavimento de cemento. El hematoma de la nariz avala también el hecho

de que pudiera haber recibido un golpe durante una pelea. Dado que en el palo del rastrillo se han detectado las huellas del acusado, cabe deducir que éste le propinara un puñetazo con el que le derribara al suelo sobre él y que cuando estaba tumbado en posición de decúbito supino le clavara el rastrillo en la garganta. El cadáver recibió las tres heridas producidas por los dientes de ese apero de abajo a arriba, por lo que solamente en esa posición pudo el acusado habérselas infringido.

—Y las recibió en la carótida izquierda— precisó Noelia aparentemente impasible, pero con una notable taquicardia dentro del pecho.

—Eso es.

—¿Y no pudo igualmente haber tropezado la víctima con alguna de las herramientas que había en el suelo y haberse caído sobre el rastrillo clavándose accidentalmente en el cuello los dientes de ese apero?

—Podría haber sucedido así, pero, tal y como acabo de decir, desmienten esa posibilidad las huellas del acusado en el palo del rastrillo

—Pero sería posible.

—Bueno... sí —admitió el forense de mala gana.

—Tal y como lo ha descrito, en el supuesto de que esas heridas no se las hubiera producido accidentalmente él mismo, la persona que se las hubiera causado tenía que estar acostada boca arriba debajo de la víctima.

—Sí.

—Y tenía que haber utilizado la mano derecha para haber podido clavarle el rastrillo en la carótida izquierda.

—Sí.

—¿Hubiera podido una persona zurda realizar esa agresión en la postura que ha descrito?

Meneó el forense negativamente la cabeza.

—No, el agresor tenía que ser necesariamente diestro. A una persona zurda no le hubiera sido posible. Hubiera levantado el rastrillo con la mano izquierda y le hubiera clavado los dientes del rastrillo en la carótida derecha.

Se hizo un silencio en la sala. El forense que estaba informando como perito era el único que no había asistido a la declaración de los grafólogos, por lo que ignoraba que habían dictaminado éstos instantes antes que el acusado era zurdo. Consecuentemente, parpadeó extrañado ante la expresión de triunfo de la muchacha que ejercía la defensa, aunque notó que intentaba disimularlo, así como el gesto contrariado del fiscal.

Le indicó el presidente que podía retirarse y cuando salió de la sala les comunicó a las partes que debían realizar el trámite de conclusiones. Tenían el Ministerio fiscal y Noelia la posibilidad de elevar a definitivas las provisionales que habían formulado con anterioridad a la Vista o modificar aquellas solicitando ahora las pertinentes, conforme a lo que había sido acreditado en la Vista. Como era previsible tras el interrogatorio del forense, el fiscal modificó sus conclusiones provisionales y solicitó la absolución de Simeón Anaya al no haberse podido probar que fuera el autor de la muerte de don Juan Olmedo agredéndole con un rastrillo de labranza y Noelia se adhirió en el acto a las que acababa de exponer el fiscal. El presidente del tribunal declaró el juicio visto para sentencia y todos los presentes se levantaron a la vez.

Había ganado la defensa. Simeón era ya un hombre libre y Valeria no se vería obligada a confesar que había sido ella y no aquél la que en defensa propia le había causado la muerte al hombre que había pretendido violarla. Respirando hondo se puso Noelia en pie experimentando un alivio inmenso y una sensación indescriptible mientras recogía sus papeles. Los miembros del

tribunal salían ya de la sala por una puerta lateral y ella descendió del estrado seguida de Miriam. Simeón las abrazó a las dos cuando se le aproximaron y después fue Dan el que las estrechó con fuerza sin disimular su alegría. Había estado sentado en uno de los bancos del público y llegó hasta ellos repartiendo codazos y de empujones. Tras él apareció Valeria, también emocionada y juntos salieron al pasillo donde los asistentes empezaban a dispersarse. Entre éstos últimos vieron al grupo que formaba Margarita con su marido y sus amigos, pero por fortuna no intentaron aproximárseles. Se dirigían ya hacia el ascensor sin volver la cabeza. Únicamente la chica la giró hacia ellos cuando estaba a punto de entrar en el ascensor con una expresión, mezcla de estupor y de decepción.

Esperaron ellos al siguiente y como Miriam era más prudente que Noelia no le efectuó a Valeria el menor comentario al respecto, pero aquella no pudo evitar dedicarle a su amiga, a la que acababan de perder de vista, unos cuantos epítetos desdeñosos.

—Esa chica, a la que conoces desde la infancia y que ha presenciado el juicio en unión de una cuadrilla de amigos, me ha parecido una progre insustancial bastante pija y sumamente estúpida. Se ha permitido el lujo esta mañana de decirme que a los abogados lo único que nos importa es cobrar nuestras minutas y que estaba demostrando una absoluta falta de ética al defender a un asesino como Simeón.

La había escuchado Valeria en silencio con la sorpresa reflejada en su rostro y la mirada fija en los botones del ascensor que iniciaba nuevamente el ascenso hacia la planta en la que se hallaban. Intentó luego justificarla.

—Vaya, lo siento. Cuando éramos niñas no era así. Entonces se caracterizaba por ser una chiquilla dulce y callada. Ha sido al hacerse mayor, heredar mucho dinero de sus padres e intimar con esa panda de frívolos hijos de papá, cuando ha sufrido una metamorfosis en la que yo a veces no la reconozco. No es tonta, aunque a veces lo parezca.

—Pues si no es tonta, lo disimula muy bien— masculló rencorosamente Noelia.

La cabina acababa de recalar en la planta y al abrir sus puertas entraron todos en ella para descender hacia el vestíbulo.

—Ahora vamos a olvidarnos de Margarita y a celebrar lo bien que ha salido todo— intervino Miriam deseando cambiar de tema al notar lo mucho que le dolía a Valeria tener que reconocer que lo que estaba diciendo Noelia era cierto—. Podíamos ir a una cafetería a tomar algo y a brindar por Noelia, por Valeria, por Simeón y bueno... también por Dan y por mí —añadió incluyendo finalmente a todos los presentes en la celebración.

—A mí me parece una idea estupenda —aprobó Dan—. ¿Verdad Simeón que la cosa lo merece?

El aludido le sonrió, pero seguía ausente como si aún no hubiera asimilado que había sido absuelto por un delito que no había cometido él ni en su opinión tampoco Valeria.

Al salir al vestíbulo, Noelia se apresuró a excusarse.

—A mí me vais a perdonar —alegó—. Tengo que hablar con... una persona que... con una persona que tiene que proporcionarme una información importante. Le ha dicho a la secretaria que era urgente.

—Pues llámala ya —le aconsejó Dan con el semblante distendido en una sonrisa. Parecía haberse liberado de un peso insoportable y la euforia le salía por los ojos, lo que por otra parte era natural. Se había librado su hermano de la acusación de un delito del que no era responsable y consecuentemente también Valeria y ésta última parecía ser muy importante para él—. Podemos esperar lo que haga falta a que esa persona te cuente ese asunto tan importante. ¿Te viene bien hacerlo aquí, en la cafetería, o prefieres que salgamos a la calle?

—Si no os importa, preferiría llamarle desde mi despacho. Es un asunto... confidencial y puede llevarme tiempo. Lo celebraré con vosotros otro día.

Su mirada se cruzó con la de Miriam que arqueó las cejas sin comprender el motivo por el que la otra se negaba a acompañarles.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó.

—No, no, no es necesario. Es que tengo que hablar con Fermín, ya sabes, y necesito hacerlo a solas y con tranquilidad. Mañana, o cuando os venga bien a todos, tomaré esa copa con vosotros.

—Yo tengo una clase a las ocho —recordó Valeria— Así que solo podré estar con vosotros un ratito y luego me marcharé. Tengo que pasar por casa a recoger el kimono.

—¿El kimono? —inquirió Simeón, como si desconociera el significado de esa palabra.

—Sí, con la especie de uniforme con el que recibo clases de kárate. De soltera se me daba muy bien, pero lo dejé al casarme y ahora estoy bastante desentrenada. El profesor es japonés y me ha dicho que si me lo tomo con interés puedo recuperar en breve el tiempo perdido, por lo que no quiero faltar.

Un velo de inquietud había velado momentáneamente el semblante de la muchacha al recordar el motivo por el que se había considerado obligada a apuntarse a esa academia y como Noelia lo conocía, le apretó disimuladamente una mano para infundirle ánimos. Luego se alejó en dirección a la boca del Metro.

Anochecía ya y cuando salió del suburbano en la calle de la Princesa era ya completamente de noche, por lo que supuso que todos o la mayoría de los miembros del bufete se habrían marchado cuando ella llegara. Estaba impaciente por conocer lo que Fermín tenía que decirle, por lo que apretó el paso en dirección al edificio en el que se ubicaba el bufete y en el que, cuando entró en la antesala, encontró a Flor recogiendo su mesa para marcharse.

—¿Cómo te ha ido? ¿Ha salido todo bien? —le preguntó la secretaria al verla.

—Sí, sí, han absuelto a Simeón, pero ya te lo contaré en otro momento. ¿Estás sola?

—Sí, ya se han marchado todos y yo iba a hacer lo mismo, pero esperaré a que termines.

—Serán solo unos minutos. Voy a hablar ahora con Fermín para que me diga lo que ha averiguado. Acabaré enseguida.

Echó a correr por el pasillo y no se detuvo hasta que entró como una tromba en su despacho, cerró la puerta tras ella, tomó asiento en su mesa y marcó el número del detective en el teléfono fijo. Contestó éste en el acto a su llamada.

—Fermín, soy yo, Noelia. He venido corriendo para que me cuentes las noticias. Me ha dicho Flor que han encontrado a la novia que tuvo Simeón, la que desapareció a raíz de la ruptura de ambos.

—Si —repuso escuetamente éste—. Pobre chica. Fue algo verdaderamente lamentable. Es urgente que consigas protección de la policía para esa cliente tuya que se llama Valeria, porque podría ser la siguiente.

—Sí, ¿pero ¿qué le ocurrió a esa chica?

—Lo mismo que ha estado a punto de sucederle a tu cliente. Yo te aconsejaría que consigas que no se quede sola esta noche.

—CAPÍTULO XXIII—

Frente a la cancela del jardín de su casa se despidió Dan de ella. En compañía de Simeón y de Miriam habían tomado unas copas comentando los pormenores de la Vista. Miriam les había hecho partícipes de algunas anécdotas relativas a otros juicios en los que Noelia y ella habían asumido la defensa de los encausados y Dan y Valeria las habían celebrado a carcajadas. Solo Simeón parecía sentirse al margen de la alegría general. Lo había advertido Miriam que le observaba con aprensión. Mantenía él la cabeza baja y solo la levantaba de cuando en cuando para clavar en Valeria sus ojos castaños, tan parecidos a los de su hermano, que reflejaban, sin embargo, algo que se asemejaba mucho al rencor. ¿La culparía del desagradable trance que había padecido por su causa o tendría razón Valeria en sus conjeturas y sería él el indeseable que la perseguía sin conseguir llevar a cabo sus propósitos? Para tratar de adivinar cual pudiera ser el curso de sus pensamientos, se decidió ella finalmente a preguntarle por su estado de ánimo:

—¿No te sientes liberado de un tremendo peso? Podrás ahora recuperar tu vida de antes sin que la losa que pendía sobre ti, y que imagino que sería abrumadora. Podrás volver a disfrutar de la paz del campo, de tus caballos y...

—Sí —la interrumpió—. Claro que me alegro.

Pero no lo parecía. Seguía mirando a Valeria, con una mirada reconcentrada y difícil de interpretar, como si rememorara algo que desconocían los demás y que le mantenía abstraído, con la mente en otra parte. Pese a la euforia que experimentaba Miriam, se rebulló ésta incómoda en su silla, diciéndose que era muy probable que Valeria tuviese razón y que Simeón fuese un desalmado o un psicópata que perseguía a las mujeres y no precisamente para rendirles un homenaje. Eso explicaría la desaparición de la que había sido su novia y que se hubiera presentado oportunamente en el lugar de los hechos en todas las ocasiones en las que Valeria había sido objeto de un inquietante percance. ¿Por qué si no habría de haber aparecido en el granero minutos después de que Juan la agrediese, si no era éste el que le enviaba los mensajes amenazadores? Era muy posible que se hubiera presentado allí acudiendo a la cita que le había anunciado por el móvil. Y ahora, al haber sido absuelto del homicidio de Juan, tenía las manos libres y dispondría de infinidad de momentos y de situaciones para acosarla con una previsible finalidad.

También Valeria debía estar pensando algo parecido. Examinaba disimuladamente su expresión mientras hablaba con Dan que, ajeno por completo a lo que pasaba por la mente de las dos mujeres, parecía hallarse en el séptimo cielo. Por fortuna, fue ésta la que puso fin a la reunión, ya que, según les dijo, tenía el tiempo justo para llegar a su casa, recoger la bolsa que contenía el kimono con el que debería asistir a la clase de kárate, y llegar a la hora en punto a la academia en la que recientemente había comenzado a practicarlo.

Simeón y Miriam se despidieron de los otros dos en la puerta de la cafetería y Dan se ofreció a acompañar a Valeria a su casa. Acababan de llegar frente a la puerta del jardín de ésta y observaba ahora pensativamente él desde la valla el caserón en el que vivía Valeria, con su tejado de pizarra inclinado y las mansardas que se abrían sobre la cubierta e iluminaban en las horas diurnas las habitaciones de su última planta.

—¿Te sientes cómoda en un edificio tan grande? —le preguntó, sin apartar la mirada de su

fachada de piedra y de sus artísticos y oscuros ventanales en los que no brillaba ninguna luz

Se destacaba en negro sobre un firmamento del mismo color en el que iban agolpándose las nubes, precedido por un exiguo espacio de terreno en el que proliferaban las malas hierbas. Algunos árboles muy frondosos crecían, orillando el camino de gravilla que llevaba hasta el porche de la casa, tan descuidados como el resto de lo que debería ser un jardín. A esas horas producía el efecto de ser un edificio abandonado.

Meneó ella afirmativamente la cabeza.

—Sí. De niña pasaba los nueve meses de cada curso aquí, con mi abuela, porque mi familia vive en Albacete. Me vine con ella cuando empecé a ir a la universidad y creo que por esa razón me legó esta casa a su muerte. Necesita reformas, porque está anticuada y es muy vieja, pero por el momento no me lo puedo permitir. Mas adelante, cuando...

Iba a decir que cuando Horacio ganara la oposición y se incorporara a su trabajo, porque entonces dispondrían del sueldo de él y podrían acometer su modernización, pero se interrumpió a mitad de la frase, porque no sabía en ese instante lo que le depararía el destino en el futuro. Como no quería planteárselo en ese instante y deseaba cambiar de conversación, le comentó:

—Me ha extrañado la actitud de tu hermano en la cafetería. Debería sentirse plétórico, optimista, y sin embargo me ha parecido que estaba... como abrumado. Es un poco... diferente, ¿no?

—¿Simeón? —se sorprendió Dan—. Es un bicho solitario y poco o nada sociable. Lo ha sido siempre, pero se le agudizó esa faceta de su carácter desde que tuvo una experiencia bastante traumática—. Vaciló sin decidirse a referírselo. Valeria había levantado la cabeza hacia él y como se había creado entre los dos un clima propicio a las confidencias, terminó por apoyarse en la valla y acodarse sobre el murete de piedra, resuelto a disfrutar de ese momento posponiendo en lo posible su despedida—. Fue a causa de una novia que tuvo —comenzó a explicarle—. Se conocían desde el instituto e iban a casarse, pero unos días antes decidió ella romper con él sin aclararle el motivo.

—¿Rompió con él sin una aclaración?

—Sí, quiero decir que desapareció de la noche a la mañana.

—Pero le daría a entender con su actitud que pensaba dejarle. ¿No lo imaginó Simeón?

—No —replicó él—. Yo supongo que se largó con otro.

—¿Y por qué lo supones?

—Porque no volvimos a saber de ella. Vivía cerca de nuestra finca y se marchó de la casa de sus padres sin despedirse de nadie, por lo que, temiendo que le hubiera sucedido una desgracia, sus progenitores denunciaron el hecho a la policía, que, como suele suceder en estos casos, detuvo a Simeón porque creyeron que estaba implicado en el caso.

—¿Y qué pasó?

—Que fue la puntilla para él. Estaba hecho polvo, porque no podía entender el comportamiento de la que había sido su novia y porque estuvo dos días con sus correspondientes noches en un calabozo de la policía, lo que, como puedes imaginar no es muy agradable.

Se interrumpió al caer en la cuenta de que ella había pasado recientemente por una experiencia idéntica y se disculpó en el acto.

—Perdona, no he querido recordarte algo que desgraciadamente has vivido también.

Con un ademán le dio Valeria a entender que la cosa no tenía importancia.

—Es igual. Continúa.

—Por suerte, pudimos acreditar que Simeón se había marchado de España y que estaba en Carcasone, algo más allá de los Pirineos, cuando ella desapareció. Habíamos ido juntos a Francia

a visitar al dueño de unas cuadras de caballos de carreras, lo que fue providencial. El juez sobreseyó el caso y no hubo juicio, pero a mi hermano le costó recuperarse de aquello. Después... bueno se ha vuelto un tanto misógino, ya lo habrás notado. No se fía de las mujeres, lo que por otra parte es bastante natural.

Lo decía con guasa mirándola intencionadamente y le sonrió Valeria, siguiéndole la broma, mientras analizaba su expresión con disimulo. Parecía tener plena confianza en su hermano. ¿Qué opinaría si le hacía reflexionar sobre los desgraciados incidentes en los que había sido ella la protagonista desde que asistiera a la fiesta de Margarita? ¿Admitiría que en todas las ocasiones había estado Simeón muy cerca de ella y que podría haber sido el causante de todos ellos? De todos, menos de uno, puntualizó. Ciertamente no había podido haber sido él quien la drogara aquella noche echándole una pastilla en la copa de cava. Ni tampoco el que la llevara en su coche hasta “Las Gavillas”. Esas dos cosas tenía que atribuírselas a los amigos de Margarita. La primera, cuando brindaron con cava por los novios y la segunda, cuando la droga produjo sus efectos y salieron de la casa de Ricardo para dirigirse al bar en el que continuaron la fiesta. Pero sí había podido ser Simeón quien le robara el móvil de habérsela encontrarla inconsciente en algún lugar de la finca y también podía haber sido él el que la encerrara en aquel antro de la nave de “Las Gavillas” del que se había escapado de madrugada. E igualmente el que lo intentara después en el sótano de la misma nave y, sobre todo, el que con algunos minutos de retraso acudiera a la cita que había concertado su acosador con ella en ese mismo granero haciéndose pasar por Miriam.

Apoyado en la cerca, parecía estar cómodo, pero también ensimismado. Soplabla una brisa fresca que acababa de revolver su cabello y un mechón le resbalaba ahora sobre la frente, con lo que parecía más joven, el muchacho que había sido unos años antes. ¿La creería si optaba ella por hacerle ver que en todas esas ocasiones había estado Simeón presente o muy cerca al menos?

Decidió que no. Sin duda intentaría convencerla de que, si se había presentado en el granero aquella tarde, a la hora en la que el remitente del mensaje la había citado, había sido por casualidad. Era preferible que intentara seguir sonsacándole con sutileza lo que le había sucedido a aquella chica.

—¿Y estás seguro de que Simeón no tuvo nada que ver con aquello? —le preguntó en tono bajo temiendo una reacción por parte de él que no se produjo.

—Claro que estoy seguro —replicó observando atentamente su expresión y pasando a la defensiva—. No ha vuelto a ser el mismo desde entonces, pero es una gran persona. No todo el mundo se hubiera prestado a guardar silencio sobre tu intervención en la muerte de Juan Olmedo y encima a cargar con una acusación que no le correspondía, ¿no crees? Le hubiera podido costar muy caro.

También a ella le había parecido loable su actitud, a la par que incomprensible, si era el autor de la pesadilla que estaba viviendo, pero había algo más que no se le alcanzaba, pero que quizás podría explicarlo.

—No me hagas caso —le pidió cuando vio que torcía el gesto contrariado—. Últimamente veo fantasmas por todas partes, aunque no sin motivo.

—Por eso te he preguntado si te encuentras a gusto en este caserón enorme, en el que en el presente estás sola. ¿Qué sabes de tu marido?

—Me llama por teléfono de cuando en cuando— musitó Valeria nostálgicamente—. Cuando está muy cansado y hace un alto en sus estudios. Se examina la semana que viene y tiene los nervios rotos.

Se quedaron callados los dos. Otra ráfaga de aire se paseó por la calle y dispersó en todas

direcciones los cabellos de ambos antes de ensañarse con los árboles del jardín de ella que se doblaron a su paso con un gemido sordo.

—¿Le echas de menos? —inquirió Dan tras unos segundos en los que debió de estar preguntándose si no sería poco delicado que insistiera sobre el tema.

Hizo intención Valeria de encogerse de hombros, pero no llegó a rematar el ademán.

—Sí, echo de menos al chico de la facultad, al hombre que me inventé cuando al terminar los dos los estudios me casé con él y... también es cierto que ahora me siento muy sola. Como has dicho antes, la casa es enorme y deambulo de habitación en habitación encendiendo las luces y hablando conmigo misma para romper el silencio y hacerme la ilusión de que hay alguien más con el que puedo conversar. Heredé esta casa de mi abuela que me quería mucho y nos vinimos a vivir aquí Horacio y yo cuando nos casamos. Pensé entonces que era una suerte disponer gratis de tanto espacio, porque no estábamos en condiciones de comprar un piso, pero luego...

—¿Y por qué no la vendes y te mudas a una casa más pequeña? —le sugirió Dan.

—Porque no— se enfadó Valeria—. Me gusta y la soledad que siento ahora se me pasará en cuanto supere la sensación de fracaso que experimento y que es temporal. Estaba cantado que no podía salir bien nuestro matrimonio y aunque lo intuí, me resistí a creerlo. Todos los que conocían a Horacio me lo advirtieron, pero no les quise escuchar. Pensé que los demás no le conocían tanto como yo y que cuando nos casáramos bajaría él de las nubes y se asentaría en el siglo veintiuno en lugar de seguir vagando por una época que se pierde en la noche de los tiempos y en la que yo no tengo cabida.

—Lo siento— murmuró Dan en voz baja.

—Gracias.

—Pero estarías más segura en un piso céntrico, con vecinos que pudieran acudir en tu ayuda si la necesitaras.

Se apresuró Valeria a rebatir esa opinión.

—No lo creas. Mi abuela convirtió este chalé en una especie de baluarte. Todas las ventanas están enrejadas. Las dos puertas, la principal y la de la cocina son blindadas y tienen instalados además miles de cerrojos y una alarma conectada con la policía. Nunca la han asaltado ladrones ni creo que lo consiguieran. No se puede entrar si no tienes la llave.

Bajó él la cabeza para observar el mecanismo que cerraba la cancela que tenía delante. No se podía abrir sin el mando a distancia que lo accionaba, pero la valla era muy baja por lo que cualquiera podría saltarla.

—Pues a mí me parece que es muy fácil entrar en tu jardín.

—En el jardín, sí, pero no hay nada en él que un ladrón pudiera llevarse. Está muy descuidado, porque no he tenido tiempo de ocuparme. ¿Pero qué podría sacar en limpio el que saltara la cerca? Darse una vuelta alrededor de la casa y helarse de frío en invierno y achicharrarse en verano. Y ahora, perdona —añadió tras consultar su reloj—. Tengo que entrar en la casa a coger la bolsa de deportes donde tengo el kimono, porque si seguimos aquí de cháchara voy a llegar tarde a mi clase. Ya nos veremos.

Traspuso la verja, recorrió el caminito de grava que llevaba hasta la puerta principal, subió los escalones del porche y desde allí se volvió para decirle adiós con la mano. Luego ascendió rápidamente la escalera y en su dormitorio y se mudó de ropa. Se cambió el elegante traje pantalón blanco que había llevado a la Audiencia Provincial por unos pantalones vaqueros, un jersey gris y unas deportivas. Luego recogió la bolsa de deportes e hizo intención de retroceder sobre sus pasos y dirigirse hacia la escalera. Iba a marcharse cuando recordó que no había cargado desde el día anterior la batería del móvil. Estaba tan baja que cuando lo conectó al

cargador tuvo que introducir el pin para que volviera a estar operativo.

Seguidamente volvió a descender apresuradamente la escalera para dirigirse sin pérdida de tiempo a la academia, donde trató de atender las indicaciones del profesor japonés, aunque estaba tan desentrenada que no consiguió parar ninguno de los golpes del adversario, otro japonés que, por fortuna, simulaba dárselos. El profesor la riñó varias veces y cuando terminó la clase recogió su bolsa y salió a la calle bastante mohína para encaminarse hacia su casa con la sensación de que no era ya aquella chica ágil que se había hecho merecedora del cinturón marrón de kárate y de que probablemente no volvería a serlo. Quizás pudiera recuperar algo de lo que había perdido en los cinco años que habían transcurrido desde que dejara de entrenarse, pero le llevaría tiempo y mucho esfuerzo.

La noche era oscura y fría. El mes de abril comenzaba ventoso y helador, sin que permitiera entrever el reciente inicio de la primavera. Empezaba a chispear tristonamente acentuando el ambiente solitario de la calle que tenía que recorrer, con hotelitos a ambos lados tan oscuros y silenciosos como si sus habitantes los hubieran abandonado tiempo atrás. Por primera vez le pareció que el barrio en el que vivía se asemejaba a un cementerio. Sin transeúntes que caminaran por las aceras, sin niños que gritasen, sin nadie. Con unas farolas que las iluminaban de trecho en trecho bajo una lluvia que iba formando charcos. Los fue salvando con precaución, aunque no pudo evitar que se le mojara el bajo de los pantalones.

No se cruzó con nadie y por la aprensión que le produjo el panorama que tenía ante sus ojos, apretó el paso. El último tramo de la calle lo recorrió corriendo. Abrió con el mando que llevaba en el bolsillo la cancela de la valla del jardín en cuanto la alcanzó y con una mano sobre su cabeza para proteger su melena de la lluvia atravesó el jardín y se guareció bajo el tejadillo del porche para buscar la llave de la puerta en su bolso. Llevaba dentro los objetos más diversos, pero no tardó en encontrarla y con un suspiro de alivio entró en el oscuro vestíbulo y encendió la luz del techo.

Olía a humedad como siempre, como seguramente olía también en tiempos de su abuela, pero también a soledad. Había creído que al marcharse Horacio se sentiría liberada, pero sentía su ausencia en cuanto trasponía el portón de la casa y respiraba aquel ambiente tan triston, tan añorante. No se veía obligada ya a caminar de puntillas, incluso por el vestíbulo que atravesaba ahora, ni a bajar hasta el mínimo el volumen del televisor, porque ya no había nadie en la casa a la que le molestara el sonido, pero el silencio que la rodeaba era opresivo. Había llegado incluso a pensar en comprarse un perro que acogiera su regreso con ladridos o, mejor aún, un gato que la hiciera sentir que la casona en la que vivían eran un hogar y no un frío edificio de tres plantas con todas las habitaciones vacías en las que resonaba el eco de sus pasos, pero quizás cuando hubiera llegado a una conclusión sobre cual debería ser su futuro sería todo diferente. Quizás pudiera recomenzar de nuevo con Dan, si decidía que su vida con Horacio se había terminado para siempre. ¿Pero era eso lo que quería? Le dolía planteárselo, sentía que se le rompía algo por dentro al decidirlo, como si con solo considerar la posibilidad, enterrara definitivamente las ilusiones que se había forjado al conocerle.

Pero esa noche trataría de no pensar en nada, se dijo. Subiría a cambiarse, porque se le había mojado con la lluvia el bajo de los pantalones y tenía frío. Tomaría algo en la cocina y luego se sentaría a ver la televisión con un vaso de naranjada en la mano para celebrar el resultado del juicio que se había celebrado ese día, conforme al cual era libre al fin e inocente de un delito, en su opinión inexistente, pero por el que podía haber acabado en la cárcel.

Empezó a subir los peldaños de madera, asiéndose a la barandilla del mismo material. Los escalones estaban desgastados por su centro tras tantos años de soportar las pisadas de sus

abuelos y suponía que de otras generaciones anteriores. No sabía cuál era la antigüedad de la casa en la que vivía, pero daba por hecho que sería mucha.

Trató de imaginar lo que pensaría su abuelo cuando subiera por esa misma escalera tras una de sus habituales noches de jarana. Al parecer era un juerguista que engañó a su abuela con otras mujeres siempre que se le presentó la ocasión, pese a lo cual le consideraba ella un santo y cuando murió le lloró durante el resto de sus días. Seguramente, de vivir ella todavía, recriminaría la actitud de su nieta para con Horacio, porque opinaba, como muchas de su época, que la suprema aspiración de una mujer debía ser la de pescar un marido, por lo que resultaba aconsejable que ésta mirase para otro lado si le salía algo mujeriego.

Pero Horacio no la había engañado con otra nunca, de eso estaba segura. Simplemente la ignoraba. No deseaba compartir con ella sus mañanas ni sus noches. Le bastaba con que le dejara en paz para poder aislarse con sus libros y sus papeles. Que se entretuviera sola y que resolviera sola sus dificultades.

Con un suspiro alcanzó la meseta de la planta superior y se adentró por el largo pasillo en el que se abrían las puertas de los dormitorios. Cinco nada menos, aunque con un solo cuarto de baño que deberían utilizar todos sus habitantes en el caso de que la casa estuviera ocupada al completo. Acababa de entrar en su dormitorio y se había aproximado a la cama para extraer su camión de debajo de la almohada cuando sonó el móvil que había dejado conectado al cargador. Sonó con la musiquilla de siempre, la que indicaba que acababan de enviarle un mensaje, pero lo que oyó le pareció distinto. Un sonido estridente y destemplado que se expandió por el dormitorio y salió luego al pasillo para recorrerlo y propagarse por doquier, levantando mil ecos en las habitaciones vacías.

Sin un motivo concreto experimentó un vuelco y una angustiada premonición. El corazón se le detuvo de repente y se quedó quieta, como inmovilizada, con la cabeza vuelta hacia la cómoda sobre la que había dejado el móvil, conteniendo la respiración. Luego recuperó aquél su ritmo y arrancó a latirle con excesiva fuerza dentro del pecho, al tiempo que conseguía mover una pierna y luego la otra. Se dijo que podía ser Dan el que la llamara o también Noelia o incluso Miriam. Y mucha gente más. Sus compañeros del colegio o el director con el que mantenía una buena relación y que quizás quería interesarse por el resultado del juicio en el que había testificado esa mañana y para el que había pedido el día libre. Y al fin se acercó a la cómoda lo suficiente para poder coger el aparato estirando el brazo. Luego miró la pantalla y de nuevo sintió que le faltaba el aire porque el mensaje se lo enviaban desde el móvil que le habían robado aquella noche.

Se quedó mirando la pantalla como hipnotizada y tardó unos segundos en reaccionar sin que su mente procesara lo que debería hacer a continuación. De improviso lo consiguió. Recuperó el movimiento y las energías que había perdido y se abalanzó sobre la cómoda sobre la que reposaba el móvil para extraer del primer cajón la máquina de fotos que se había comprado días atrás. Con ella en la mano abrió el mensaje y lo fotografió antes de leerlo. Desaparecieron las palabras casi instantáneamente, pero ahora no importaba que su remitente las hubiese eliminado. Podría recuperarlas cuantas veces quisiera y mostrárselas a Noelia, a Miriam, a Dan, a la policía y al mundo entero.

En la galería de fotos de la máquina buscó la última y leyó el único renglón que contenía.

“Tenemos una cita esta noche. Esta vez seré puntual”.

Creyó no haber entendido su significado y lo relejó de nuevo con los ojos desmesuradamente abiertos, agrandados por el miedo. ¿Le estaba diciendo el remitente que pretendía asaltar el caserón esa misma noche?

Trastabilló de espaldas hasta que tropezó con la cama y se dejó caer sentada sobre la colcha. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la policía y enseñarle el mensaje que acababa de recibir? Probablemente no la tomaría en serio, porque aparentemente el texto que le habían enviado no suponía una amenaza. Interpretaría que se lo había enviado un amigo con el que estuviera saliendo y que le recordaba así la cita de esa noche.

Pasó una mano por su frente y la retiró después húmeda de sudor. Tenía que pensar, tenía que conseguir salir del marasmo en el que se sentía atrapada y trazar un plan que le permitiera defenderse. El edificio en el que vivía era inexpugnable. Como le había dicho poco antes a Dan, nadie que no tuviera llave podría entrar, por lo que allí dentro estaría a salvo. Podía ser que su desconocido acosador inventara cualquier añagaza para hacerla salir al jardín o incluso a la calle, pero ella no picaría el anzuelo. Correría todos los cerrojos de que estaban provistas las dos puertas, comprobaría que las rejas de las ventanas no habían sido forzadas y cerraría sobre ellas las contraventanas de madera. Nadie podría entrar y dentro de la casa estaba segura.

Como una exhalación salió al pasillo, corrió hacia la escalera y descendió los peldaños de dos en dos para atravesar el vestíbulo y abalanzarse en línea recta contra el portón. Le dio dos vueltas a la llave en la cerradura y la emprendió después con los cinco cerrojos más que había hecho instalar su abuela y que ningún ladrón ni cerrajero habían sido capaces hasta la fecha de descorrer desde el exterior. Luego conectó la alarma y sin dejar de correr se dirigió hacia la puerta de la cocina para realizar la misma operación. Recorrió después el salón y el comedor examinando las ventanas y cerrando las contraventanas a su paso. Inspeccionó seguidamente la del cuarto de baño de la planta baja, las de la cocina y las de los dos dormitorios que estaban destinados al servicio en tiempos de su abuela.

Sin aliento subió después la escalera y realizó la misma operación en la planta superior en la que se ubicaban los cinco dormitorios y el baño para terminar en la buhardilla, donde no pudo evitar entrar con cierto resquemor en la estancia que Horacio había utilizado como despacho. Aún quedaba algo de él entre aquellas cuatro paredes. Los papeles habían desaparecido de su mesa. Solo quedaba un grueso volumen sobre su superficie, que Valeria conocía bien y que era uno de los preferidos de Horacio. Y su butaca estaba vacía. Ya no estaba él, con la cabeza inclinada sobre la dura superficie del tablero y aislado en su pequeño mundo, pero había dejado dentro de su guarida algo intangible que le pertenecía. Algo que flotaba en el ambiente y que podía respirarse en esa estancia tanto como si él permaneciera allí. Nostálgicamente volvió con la mente a la mañana en la que muchos años atrás, se había atrevido a acercársele ella en la facultad y habían hablado de la armonía del griego clásico. Una mañana que había sido el principio de todo lo que había sido importante para ella en su existencia.

Pero no era el momento adecuado para sentimentalismos, se dijo. Bajaría ahora a su dormitorio y llamaría a Dan para pedirle que viniera. Le enseñaría el mensaje que acababan de enviarle y él entendería que necesitaba que se quedara con ella esa noche. Y...

No tuvo tiempo de más, porque cuando ya se dirigía hacia la escalera sonó el timbre de la puerta de la casa. Un sonido tan insólito a esas horas que se quedó inmóvil, con la mano en el aire y la sensación de que el corazón había vuelto a detenerse súbitamente. ¿Sería Horacio que había regresado para... para qué? ¿Para decirle que había olvidado algunos temas en el que había sido su despacho y que los necesitaba con urgencia? ¿O quizás para pedirle perdón por haberla dejado sola cuando más le necesitaba? Tal vez hubiera sido capaz de recapacitar y hubiera recordado que

le había pedido ayuda, porque no se sentía con fuerzas para afrontar sola la pesadilla que estaba viviendo. Le había replicado entonces que lo que le había gustado de ella cuando se conocieron era su entereza, lo que venía a significar que le pedía que le dejara tranquilo y que se las apañara sola. Pero cabía en lo posible que hubiera caído en la cuenta de que su actitud había sido incalificable y que hubiera vuelto a pedirle perdón, a prestarle su ayuda.

Ese último pensamiento le puso alas en los pies y bajó rauda la escalera. ¿Sería él?

Desde luego no pensaba abrirle a ningún extraño. A Horacio sí, si es que era él, pero no podía arriesgarse. Atisbaría por la mirilla quien era el recién llegado y si no le conocía le diría a través de la hoja de madera que volviera en otro momento o que no volviera nunca.

Con el corazón en la garganta llegó al pie de la escalera, recorrió el vestíbulo y se aproximó a la puerta. Por la mirilla vio que había un hombre en el porche, pero era ya noche cerrada y estaba oscuro, por lo que no llegó a distinguir su rostro. Estuvo a punto de gritarle que no eran horas de visita y que se fuera, aunque no llegó a hacerlo, porque reconoció la voz de Ricardo. Parecía estar muy alterado y le decía algo sobre Margarita, que no entendió.

—¿Qué es lo que pasa? —le gritó también ella acercando el oído al quicio de la puerta—. ¿Cómo has entrado en el jardín sin llamar?

—He saltado la valla, porque estaba lloviendo a mares y me estaba empapando.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que me abras. ¿Está Margarita ahí, contigo?

Ahora sí le entendió, pero tampoco comprendió en ese momento el motivo por el que se lo preguntaba.

—No, claro que no, ¿por qué había de estar aquí?

—Porque nos hemos peleado— volvió a gritarle él— Nos hemos peleado hace un rato, ha hecho la maleta y se ha largado de nuestra casa hecha una furia. Me ha dicho que se venía a la tuya hasta que nos divorciáramos. Tienes que ayudarme. Ábreme.

Vaciló Valeria. El tono de Ricardo era perentorio y parecía absurdo que le mantuviera en el porche discutiendo sobre su mujer. ¿Pero no se había prometido a sí misma que no abriría la puerta a nadie?

Claro que... Ricardo era el marido de su amiga y le estaba pidiendo ayuda, se dijo. ¿Pero y si Simeón estaba escondido entre los árboles del jardín y aprovechaba el instante en el que abriera la puerta para sacudirle un golpe a Ricardo? Podría entrar así dentro de la casa.

—¿Estás solo? —le preguntó recelosamente.

—Claro que estoy solo. ¿Con quién iba a estar?

—¿No hay nadie más en el jardín?

—¿Nadie más? —se extrañó—. ¿Es que esperas visita? Hace un frío de mil demonios y está lloviendo. Si Margarita no ha llegado aún, no tardará en aparecer con su maleta, dispuesta a pedirte hospitalidad y tenemos que hablarlo lo dos y resolver nuestras diferencias. No voy a permitir que nuestro matrimonio se vaya a pique por una nimiedad.

—¿Y por qué habéis discutido? —le preguntó Valeria a gritos.

—Por lo que le ha dicho a tu abogado cuando íbamos a entrar en la sala de Vistas. Ha sido una inconveniencia imperdonable y cuando esta tarde la he recriminado y le he hecho notar que debería pedirte a tí su número de teléfono para disculparse, se ha puesto como un basilisco. Te lo explicaré ahí dentro con más detalle.

—¿Y qué es lo que le ha dicho a Noelia?

—Le ha dicho que... ¿Pero por qué no me abres de una vez? Me estoy poniendo como una sopa.

Volvió Valeria a escudriñar la oscuridad del exterior por la mirilla.

—¿Y no hay nadie más en el jardín?

Se hizo un breve silencio al otro lado de la puerta. Luego la voz de Ricardo sonó extrañada.

—¿Qué si hay alguien? No, ya me lo has preguntado antes. No, no hay nadie. Ni en la calle tampoco. ¿Es que has perdido la llave y por eso no puedes abrir la puerta?

Su propia actitud le pareció ridícula a Valeria. No tenía sentido que permaneciera agazapada tras el portón mientras él seguía en el porche dándole explicaciones sobre la gresca que había mantenido con Margarita. No le apetecía además que ésta se alojara en su casa ni tan siquiera por unas horas, porque consideraba que en el presente no tenían nada en común. Lo que debía hacer esa pareja era reconciliarse y dejarla en paz a ella.

Lo meditó durante unos segundos y acabó por rectificar su anterior punto de vista. Ya no le parecía tan inoportuna la llegada de Ricardo y de Margarita. Acompañada por los dos sería mucho más improbable que asaltara la casa el tipo que le había anunciado por el móvil que esa noche tenían una cita.

No lo dudó más. Desconectó la alarma, le dio dos vueltas a la llave en sentido contrario, recorrió los cerrojos y abrió la puerta. Ricardo entró en el vestíbulo sacudiéndose el agua de la ropa y del cabello, que le caía empapado sobre la frente. Vestía un chaquetón deportivo, del que se despojó en cuanto ella cerró la puerta a su espalda dejando al descubierto un grueso jersey gris sobre un pantalón del mismo color, pero de un tono más oscuro, con el logotipo de una marca muy cara.

—¿Me has dicho la verdad antes? —insistió mirando en derredor—. ¿No está ella aquí? Sé que eres la mejor amiga de Margarita, pero no la estás ayudando si la estás escondiendo, sino al contrario. Le he dicho algunas palabras gruesas y las retiraré. Espero que ella haga lo mismo, porque se ha despachado a gusto conmigo y me ha llamado de todo. Pelanas e inútil ha sido lo más suave.

Había levantado los ojos hacia lo alto de la escalera como si se estuviera preguntando si su mujer se habría ocultado en alguno de los dormitorios de la planta superior para que no la encontrara él y Valeria le señaló autoritariamente el sofá con un dedo.

—Siéntate. Margarita no está aquí y lo que vamos a hacer ahora mismo es llamarla a su móvil. Lo haré yo, porque, si está enfadada contigo, es muy posible que no te conteste.

Se quitó él el chaquetón, que dejó tirado de cualquier manera sobre una silla que se hallaba junto a la ventana y tomó asiento en una butaca. Valeria hizo lo mismo en la de enfrente, buscó en la agenda de su aparato el número de la otra y marcó el número. Oyó claramente los timbrazos de llamada, pero no obtuvo respuesta.

—Puede que se haya olvidado del móvil en el dormitorio o en cualquier parte —consideró él con los ojos fijos en el portón de entrada—. Margarita es muy descuidada—Pasó una mano por su frente para retirarse sus empapadas greñas y murmuró como para sí mismo—: De todas formas, no tardará en llegar. Me ha gritado que iba a tomar un taxi y que me regalaba el coche nuevo que hemos comprado hace poco, porque no quería conservar nada que le recordara a mi persona. La verdad es que no imaginé cuando la conocí que tuviera un carácter tan difícil.

Se lo decía sumamente alterado y con el ceño fruncido como si para él hubiera sido una sorpresa y trató Valeria de calcular el tiempo que había transcurrido desde la boda. Un mes largo tan solo, pero era posible que hubieran decidido pasar por el altar al poco de haberse conocido, porque ella era muy impulsiva y no solía medir las consecuencias de sus actos. No era de extrañar, por tanto, que desconociera la manera de ser de la mujer con la que se había casado.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó indecisa—. ¿Una tila? ¿Te traigo un tranquilizante con

un vaso de agua?

—Preferiría una bebida alcohólica, si la tienes —replicó inquieto, tras dirigir una nueva e inquisitiva mirada a lo alto de la escalera que podía ver desde allí a través de la puerta abierta del vestíbulo— y que me acompañaras tú con otra mientras la esperamos. No me gusta beber solo.

Había desviado los ojos desde la escalera hacia ella, unos ojos que brillaban como si tuviera fiebre, y sintió Valeria una especie de fagonazo en el cerebro y un escalofrío que la recorrió entera. ¿Por qué le habría abierto la puerta a aquel hombre al que apenas conocía? Le había contado una historia sobre Margarita y su enfado que podía ser mentira y ahora estaba sola en su casa con él y no podía contar con nadie que acudiese en su ayuda.

Pero tenía que disimular lo que estaba imaginando. Tenía que conseguir a toda costa que se marchara, aunque para ello tuviera que agudizar todo su ingenio. ¿Qué debería hacer?

—¿Quieres una copa de coñac o prefieres whisky? —le preguntó con una voz que le salió de la garganta sorprendentemente segura.

—Si no te importa, prefiero ginebra y que me acompañes tú. Nos tranquilizará los nervios a los dos.

No era exactamente nerviosismo lo que sentía Valeria, era pavor, pero lo encubrió bajo una sonrisa con la que se le atirantaron todos los músculos del rostro y se levantó para dirigirse al mueble bar, que se hallaba en la librería que cubría la pared frontera al sofá donde también estaba enmarcado el televisor. Ella no iba a beberse un vaso de ginebra, desde luego. Tomaría un refresco de naranja y mientras tanto se le ocurriría alguna idea salvadora. ¿Pero por qué su cerebro se negaría a cooperar? Lo sentía hueco, absolutamente falto de recursos.

Llevó hasta la mesita delantera del sofá la botella de ginebra y dos vasos e hizo intención de dirigirse hacia la cocina.

—Voy a por hielo y a por un refresco para mí. No tardaré.

Estuvo a punto de que se le cayeran al suelo los cubitos de hielo que extrajo de la nevera al echarlos en el recipiente en el que debería llevarlos hasta el salón y derramó unos cuantos cuando sonó el móvil que llevaba en el bolsillo. Por fortuna no era un mensaje, era una llamada, y se llevó temblorosa el aparato al oído. Al punto oyó la voz de Noelia. Sonaba alterada y le pareció que estaba muy nerviosa.

—Valeria, ¿estás bien?

—Sí, pero...

—¿Estás en tu casa? No se te ocurra dejar entrar a nadie. A nadie, ¿me entiendes? He hablado con el detective que contratamos para que investigara los antecedentes de los posibles sospechosos que pudieran haberte estado acosando. Han encontrado a la novia que iba a casarse con Simeón y...

—¿Muerta? —inquirió Valeria en un susurro y con un hilo de voz.

—No, que va, en un pueblo de Extremadura donde fue a esconderse de los indeseables que abusaron de ella. Le sucedió lo mismo que a ti, solo que ella no tuvo la suerte de conseguir escaparse por la ventana.

Se quedó sin habla. Con la mano con la que sostenía el móvil agarrotada y con un espantoso vacío en el estómago.

—¿Y... y quién fue el que la agredió?

—No lo sabe con seguridad, pero al parecer fueron los amigos de Margarita que, como siempre, lo echaron a suertes y a cada uno le correspondió un papel. Lo mismo que a ti. Ya te lo explicaré, pero ahora no le abras la puerta a nadie. A ninguno de los amigos de ella, quiero decir. ¿Me has entendido?

Lo había entendido sobradamente. Se apoyó en el fregadero tratando de razonar. Podría escaparse por la puerta de servicio y llegar hasta el garaje, anexo al edificio, pero tendría que subir previamente a su dormitorio, donde había dejado el bolso con las llaves dentro y las necesitaba para arrancar el coche. Se daría cuenta Ricardo y se lo impediría. Llovía además y arreciaba la cortina de agua cada vez con mayor fuerza por lo que en la calle, ya habitualmente desierta, no habría un alma. Lo comprobó desde la ventana que se hallaba sobre el fregadero abriendo las maderas que había cerrado poco antes. El agua repiqueteaba contra los cristales y los enturbiaba, pero los frotó con un trapo y pudo ver que ni un solo transeúnte transitaba por la acera, al otro lado de la valla del jardín. Las amarillentas luces de las farolas iluminaban los charcos que se iban formando en la calzada y que reflejaban distorsionando esa misma claridad permitiendo distinguir que no había un solo ser humano por las inmediaciones. ¿Qué podía hacer?

Como una respuesta a la preguntaba que acababa de formularse le pareció oír la voz de Horacio diciéndole que lo que más le había gustado de ella cuando la conoció era la fortaleza que demostraba hasta en las situaciones más difíciles y su capacidad para afrontarlas. Sin duda la había supervalorado, se dijo. No se le ocurría nada en ese instante que pudiera hacer para librarse del hombre que estaba en el salón y el miedo la hacía sentirse torpe.

Quizás... quizás pudiera acercársele por detrás del sofá y sacudirle en la cabeza con una botella de cualquier bebida que cogiera en la cocina. Probablemente le provocaría un traumatismo craneo encefálico o quizás le dejara en el sitio. Esa última posibilidad le provocó un escalofrío. No estaba segura de si sentiría remordimientos por haberle matado para impedir que abusara de ella, pero la acusarían de homicidio y en esa ocasión ni Noelia ni nadie conseguiría evitar que fuera condenada y enviada a la cárcel durante una larga temporada. ¿Qué debería hacer entonces?

Tras unos segundos de reflexión decidió que no le importaba correr nuevamente ese riesgo. Lo que no iba a permitir era que el tipo que la esperaba en el salón se saliera con la suya.

—Pero es que ya está aquí —logró balbucearle a Noelia, que la escuchaba a través de la línea telefónica.

—¿Quién es el que está ahí?

—Ricardo.

La voz de la abogada sonó angustiada.

—¿Le has dejado entrar?

—Sí.

No le preguntó la otra por el motivo ni se entretuvo en recriminarla por estúpida, aunque pensó ella que se lo merecía. Se limitó a sugerirle atropelladamente:

—Entretenle como puedas. Fue él el que volvió al granero aquella madrugada, esperando encontrarte encerrada en la habitación de la planta superior. Fermín ha tardado en averiguarlo, porque vendió Ricardo unos días después el Ferrari que tenía para comprarse un descapotable. ¿Comprendes?

—No, ¿qué tiene que ver que cambiara de coche?

—Tiene que ver porque las rodadas del descapotable no coincidían con las que Fermín detectó junto a la nave, pero eso no importa ahora. Voy a buscar ayuda y saldré a continuación para allá.

Había cortado la comunicación y Valeria se retiró maquinalmente la melena de su rostro intentando acopiar aire en sus pulmones con la intención de tranquilizarse. No lo consiguió. El corazón le latía tumultuosamente dentro del pecho cuando cogió con una mano la primera botella de cristal que encontró sobre la encimera y que contenía un refresco de piña y en la otra la cubitera con el hielo. Regresó con ambas al salón con las piernas temblonas, aunque dispuesta a

sacudirle a Ricardo con la botella en la cabeza si se veía obligada, pero ante su sorpresa le encontró de pie, mirando al exterior por la enrejada ventana, tras haber abierto los maderos que había cerrado ella antes de que llamara al timbre de la puerta principal. Se volvió al oírla llegar y enarcó las cejas inquisitivamente.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó él—. He oído que charlabas con alguien en la cocina.

Con un esfuerzo ímprobo consiguió Valeria esbozar una sonrisa e hilvanar una mentira, mientras dejaba sobre la mesa la botella con el refresco de piña y la cubitera.

—Con Margarita. Estaba en tu casa y se ha extrañado de que hubieras salido. Te está esperando para hacer las paces, por lo que creo que no debes demorarte.

No fue capaz Ricardo de disimular su sorpresa. Sin duda era lo último que esperaba oír, porque la pelea con su mujer debía de ser la argucia de la que se había valido para que Valeria bajara la guardia y le abriera la puerta.

Probablemente Margarita no se habría peleado con él ni sospechaba nada sobre sus andanzas, pensó ella. En ese momento estaría sentada en el sofá del salón de su casa recordando la última fiesta a la que habían asistido o el juicio que se había celebrado ese día y en el que Simeón había salido absuelto. Hasta era posible que considerara que su marido era un santo, porque verdaderamente lo creyera así o porque siguiera las directrices de la abuela de Valeria, que le repetía a ella que, en esos casos, la obligación de una buena esposa era mirar para otro lado.

No tardó más de una décima de segundo en llegar a la conclusión de que Margarita ignoraba por completo la clase de hombre con el que se había casado y que lo mismo podía decirse de sus estúpidas amigas. Eran frívolas e insustanciales, pero le pareció inconcebible a ella que en el siglo en el que vivían pudiera consolarse alguna con un argumento tan trasnochado.

Con un gesto displicente volvió él a tomar asiento en una de las butacas. Había enarcado las cejas en ese momento y la observaba tratando de adivinar lo que pudiera estar pensando Valeria, por lo que debía traslucir que no sospechaba nada. Tenía que aparentar que se había creído lo que él le había dicho sobre la pelea que había mantenido con Margarita. Con el semblante impasible permaneció de pie tras el sofá, frente a él, que le sonrió al tiempo que le decía:

—Esa es una noticia fenomenal que debemos celebrar con esa copa. Quiero agradecerte además que hayas sido tan comprensiva. Margarita siempre ha sabido elegir a sus amigas y en tu caso es palpable que ha acertado.

Se levantó para tomarle de las manos la cubitera y echó el hielo en los dos vasos, un chorrito de ginebra en el de ella y llenó el suyo hasta la mitad. Esperaba Valeria que echara disimuladamente una pastilla en el de ella, pero no le vio hacerlo, aunque había seguido atentamente el movimiento de sus manos. Seguía de pie detrás del sillón y la animó él a sentarse.

—¿Qué haces ahí como un poste? Vamos a brindar por nosotros y por tus buenos oficios y me marcharé a continuación, ya que al parecer has conseguido que mi mujer entre en razón.

Había levantado su vaso y Valeria hizo lo mismo con el que le había destinado él, del que fingió tomar un sorbito y lo vació luego en el tiesto de albahaca que estaba sobre la mesita delantera, aprovechando un segundo en el que él tosió y se levantó para buscar un pañuelo en el bolsillo de su chaquetón, que había dejado en una silla junto a la ventana.

—Creo que no debes hacer esperar a Margarita —le dijo Valeria, depositando el vaso vacío sobre la mesa—. Tienes que aprovechar este momento, ya que está dispuesta a disculparse. Puede cambiar de opinión si te retrasas.

Le pareció que la observaba Ricardo de nuevo como si estuviera esperando que le hiciera efecto lo que le había echado en el vaso y de improviso la invadió una fría y paradójica calma. ¿Era el tipo que tenía sentado enfrente el miserable que la estaba aterrorizando con los mensajes

que le enviaba desde el móvil que le había robado? ¿El que había abusado de aquella pobre chica que iba a casarse con Simeón y que había salido huyendo después para esconderse en un pueblo de Extremadura donde ninguno de la pandilla la pudiera localizar? Le inspiró un desprecio tan absoluto que lo notó él y se inclinó sorprendido hacia la butaca que ocupaba Valeria.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, quizás extrañado de que la droga que le había echado en el vaso le hubiera producido un efecto tan inesperado.

Pensó Valeria que debía ganar tiempo. Dar lugar a que Noelia se presentara con la ayuda que se había ofrecido a ir a buscar, por lo que le pareció oportuno fingir un prolongado bostezo.

—Estoy cansada y quiero acostarme a dormir pronto —le dijo—. No te lo tomes como si te estuviera despidiendo, pero ha sido un día duro y no contaba con recibir visitas.

Con la cabeza ladeada analizó él su expresión.

—¿Tienes sueño?

—Sí— mintió Valeria simulando otro bostezo.

Debió pensar Ricardo que la pastilla la estaba adormeciendo ya, porque sus ojos brillaron de nuevo con un fulgor extraño. Le pareció a ella que su expresión recordaba a la de un gato a punto de comerse a un ratón y sintió un rencor tan intenso que olvidó que debía simular que se estaba durmiendo para enderezarse en un sillón y enfrentar retadoramente su mirada.

Lo advirtió él, aunque no entendió su significado, lo que demostró al insistir:

—¿De verdad tienes sueño? Das la impresión de estar muy despejada.

Le hubiera pegado Valeria de haber podido, le hubiera dedicado uno de los sukis de kárate que había practicado esa tarde en la academia y hubiera disfrutado dejándole fuera de combate, pero en su lugar consultó disimuladamente su reloj. Ya debería estar Noelia a punto de llegar con los refuerzos que hubiera conseguido reclutar. No sería necesario que continuara fingiendo mucho tiempo más. Vio que el rostro de él perdía la apacible expresión que mantenía hasta ese momento y que se contraía en un rictus duro al inclinarse hacia ella para analizar su expresión.

—¿Y dices que no esperabas visitas esta noche? Me parece que has olvidado que teníamos concertada una cita. Una cita que por unas razones o por otras no habíamos conseguido llevar a término.

Probablemente esperaba que Valeria se cayera ya derrengada en el sofá y se le aproximó, en cuclillas sobre la alfombra, para estudiar en su semblante los síntomas de la inmediata inconsciencia en la que debería sumirse. Parpadeó ella, fingiendo que se le cerraban los ojos y sin abrirlos le preguntó en un susurro:

—¿Eras tú el que me enviabas los mensajes?

—Sí.

—¿Y por qué?

Con los ojos entornados no podía ver la expresión de su semblante, pero le oyó reír sarcásticamente.

—¿Y por qué no? Mañana no recordarás nada, así que no me importa contarte lo que planeamos.

—¿Lo planeasteis? —insistió ella entre dos bostezos más, igualmente simulados.

—Si. Nos pareció divertido, cuando nos enteramos de que una maestra de escuela estaba invitada a nuestra fiesta. Una chica aburrida y rancia, anclada en otra época, que para colmo daba clases de latín y que estaba casada con una especie de fósil soporífero. Era como para morirse de risa.

Le dolió oírsele decir. Lo sintió como si la hubiera abofeteado. Le costaba imaginar que pudiera haber alguien tan cruel como para divertirse a costa de hacer daño a una chica que no se

había metido con ellos por el único motivo de que se ganaba la vida dando clases, en lugar de ir de fiesta en fiesta, y de que no participaba en la clase de juergas a las que acostumbraban a asistir. Y no tenía nada de extraño que la conceptuaran de rancia y de aburrida. No tenía afortunadamente nada en común con ellos ni con la clase de existencia que llevaban. Se consideraba incapaz de bailar el charlestón haciendo eses, borracha como una cuba, y de revolcarse después sobre la alfombra como Amadeo y Merche aquella noche, pero no hizo el menor gesto. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y con los ojos cerrados balbuceó:

—¿Os reísteis organizándolo?

—Sí, no te puedes imaginar cuánto.

—¿Y por qué tú?

—Porque lo echamos a suertes y me tocó. Todos quisieron ser los agraciados, pero fui yo el que acertó con el papelito que tenía tu nombre.

—¿Y Margarita...? ¿Sabía algo Margarita?

—No, claro que no. Solo participábamos en el juego nosotros cinco. Ellas no sabían nada.

—¿Y me echaste la droga en la copa de cava?

—No, le tocó hacerlo a Óscar, que aprovechó el momento del brindis, pero fue a Juan al que le correspondió cuando lo sorteamos llevarte al granero de esa finca de mi mujer, donde hemos celebrado otras juergas parecidas desde que dejamos el instituto. De ese modo, Margarita no sospecharía nada. Ni ella ni las demás chicas.

—¿Y qué pasó?

—Que luego, cuando un par de horas más tarde me dejó ella en mi casa, fui a “Las Gavillas” a reunirme contigo, pero ya no estabas. Me enfadé con Juan, pero él me aseguró que te había dejado allí encerrada.

—Y fuiste al silo con el coche que tenías antes y que habéis vendido recientemente —apuntó Valeria empezando a entender lo que le había intentado aclararle Noelia.

—Sí, ¿por qué? —se extrañó Ricardo, al que le desorientó que le interesara ese detalle — Teníamos un Ferrari entonces que vendimos unos días después para comprarnos un Volvo, también descapotable.

—Por nada— murmuró ella entre dos bostezos más.

—Juan era un idiota —continuó con una voz que empezaba a ser pastosa—. Solo le había tocado a él en el juego ayudarme a mí a conseguir mi objetivo, puesto que había sido el ganador, pero estaba obsesionado contigo. Todos lo estaban, porque, aunque seas una ridícula maestra de latín, eres muy guapa. No lo esperábamos cuando nos dijo Margarita que había invitado a una amiga que era maestra.

—No soy maestra, sino licenciada— murmuró ella con los ojos cerrados y la garganta seca.

—Bueno, es igual ¿no? Dimos por supuesto que llevarías unas gafas de cristales gruesos y un moño canoso en la nuca y, cuando apareciste en mi casa la última, después de que nos hubiéramos reunido todos los demás, nos llevamos la gran sorpresa.

—Ya— musitó Valeria—. Y luego, cuando os disteis cuenta de que me había largado de la habitación en la que me encerró Juan, cambiasteis la puerta esa habitación e instalasteis una reja en la ventana.

—Sí, porque ya en una ocasión anterior tuvimos problemas con la Guardia Civil. Bueno, los tuvo Juan que fue el agraciado aquella vez.

—¿Con una chica que se llamaba Inés?

—No sé cómo se llamaba. No se nos ocurrió preguntárselo—. Volvió a estudiar su semblante antes de continuar hablando. Debió de considerar que ya estaba bastante adormilada, porque

continuó—: El caso es que la tarde en la que tú y yo deberíamos encontrarnos en el granero, porque te había citado allí, llegó antes que yo e intentó adelantármese, aunque no tenía derecho, porque me correspondía a mí.

—Ya— musitó Valeria.

—Había mucho tráfico cuando salí de Madrid— siguió explicándole él— y cuando, después de las vueltas y revueltas del camino que sale de la autovía, alcancé a ver la nave, distinguí el coche de él aparcado delante de la puerta y otro que no conocía, por lo que estacioné el mío a cierta distancia. Después vi llegar a la Guardia Civil e imaginé lo que había pasado.

—Ya —repitió ella, consultando nuevamente su reloj.

—¿Le mataste tú? —inquirió Ricardo.

—¿Y qué si lo hice? —replicó jactanciosamente, aunque pensó que debería negarlo—. Si vosotros os divertís abusando de chicas que no os han hecho nada, no puede extrañaros que a mí me divierta mandaros al otro mundo por la vía rápida.

No debería haberle contestado eso. Se había dado cuenta antes de decirlo, pero no había podido evitar que las palabras le salieran a borbotones de la garganta con una rabia sorda. Solo para entretenerse, aquellos inútiles parásitos de la sociedad que no servían para nada y que buscaban desesperadamente nuevos alicientes que les ayudaran a sentirse vivos, le habían arruinado la vida a Simeón y a aquella pobre chica. Le habían hecho sentir a ella un miedo cerval, sin olvidar que podía haber acabado en la cárcel por defenderse de uno de ellos, habían deteriorado seriamente la relación que mantenía con su marido y habían estado a punto de hacerla enloquecer de espanto. Con gusto le hubiera estrangulado, pero comprendió que se estaba arriesgando peligrosamente, cuando él se puso en pie e hizo intención de echársele encima, lo que no llegó a conseguir porque tropezó en la vieja alfombra de la abuela, que encuadraba el sofá y las butacas. Perdió en recuperar el equilibrio un par de segundos, que aprovechó ella para levantarse en el acto.

En menos de otra décima de segundo puso en práctica uno de los ejercicios que había repetido hasta el aburrimiento esa misma tarde, para lo que colocó paralelamente los pies apoyando la planta completa de cada uno de ellos en el suelo, adelantó luego la rodilla derecha flexionada y la otra atrasada y estirada, para hacer lo mismo con la cadera con ayuda de la pierna de atrás y le dirigió a la nariz un golpe de puño con la mano derecha, lo que su profesor japonés llamaba un Oi suki. Lo remató luego con otro golpe del reverso de la mano golpeándole con los nudillos entre las cejas. Un Uratxen, que el japonés hubiera alabado, para terminar con una patada frontal en los genitales, un magnífico Mae geri, que le dejó doblado por la mitad.

Esperaba que se resintiera tanto de los golpes que le costara recuperar la posición vertical, pero lo consiguió Ricardo con mucha mayor rapidez de lo que había supuesto. Sangraba por la nariz y su mirada era extraviada, cuando logró ponerse en pie y neutralizar la patada que intentó asestarle ahora ella, agarrándola por la pierna y retorciéndosela, por lo que fue a caer Valeria sobre la alfombra y él se le echó encima. Levantó ahora ella los dos pies y le arrojó unos metros más allá, pero la alcanzó a gatas y la agarró por el pelo con lo que Valeria dejó escapar un gemido al tiempo que le sacudía un codazo en el estómago logrando que la soltara.

Consiguió ella enderezarse y dirigió una desesperada mirada a su alrededor, preguntándose a donde podría dirigirse para ponerse a salvo. Ricardo acababa de dar un traspiés, pero se disponía a agarrarla nuevamente, por lo que echó a correr hacia la puerta abierta que comunicaba el salón con el vestíbulo, atravesó éste y se lanzó hacia la escalera para subir por ésta como una exhalación, saltando los peldaños de dos en dos. En el descansillo de la planta de los dormitorios la alcanzó él, agarrándola por un tobillo. Se revolvió ella como una fiera y le atizó una patada con

el otro pie sacudiéndosela en pleno rostro con lo que consiguió Valeria unos segundos de ventaja, en los que se abalanzó hacia el siguiente tramo de escalones que ascendió jadeando para alcanzar la planta abuhardillada.

Confusamente se dio cuenta de que se había equivocado al salir huyendo hacia el interior de la casa, porque la única salida posible requería bajar por la escalera y por ésta subía Ricardo resoplando, pero echó a correr por el pasillo de esa planta y al pasar por delante de la guarida de Horacio se abalanzó dentro, cerró la puerta y le echó el pestillo. Luego se apoyó contra la hoja de madera, luchando por recuperar la respiración, mientras accionaba el conmutador de la luz.

Un segundo más tarde arremetía él contra la puerta. Debía de estar embistiéndola con el hombro y advirtió ella que el pestillo estaba a punto de saltar por lo que fue a parapetarse detrás de la mesa de Horacio. No quedaba sobre su superficie ni uno solo de sus papeles. Se había llevado todos sus adorados temas y se había dejado tan solo un grueso volumen que reconoció al tacto. “Las vidas paralelas” de Plutarco, que era su lectura preferida. Habían hablado los dos por primera vez cuando leía él ese libro en la cafetería de la facultad muchos años atrás y si se lo había dejado sobre su mesa de trabajo era porque consideraba que aquella era su casa y porque tenía previsto regresar.

Le sorprendió a Valeria que en esos momentos y en la situación en la que se hallaba fuese capaz de ilusionarse con esas minucias. Ricardo acababa de derribar la puerta y había aparecido en el umbral sudoroso y jadeante, con el cabello revuelto y la mirada vidriosa y al distinguirla tras la mesa se abalanzó hacia ella, que no llegó a pensar si tenía alguna salida. Ni en cómo defenderse ni en nada. Instintivamente cogió con las dos manos el voluminoso tratado y se lo arrojó a la cabeza con certera puntería. Le alcanzó en la frente y se tambaleó él bajo el impacto, cayéndose al suelo de espaldas.

Saltó Valeria sobre su cuerpo y salió corriendo al pasillo para dirigirse hacia la escalera. Ricardo debía de haberse recuperado ya del golpe, porque le oyó resoplar detrás de ella, que, sin aliento, al llegar al descansillo no lo dudó. Ni tan siquiera le pasó por la cabeza que podía romperse la crisma. Se encaramó de un salto a la barandilla de madera, pasó una pierna sobre ésta para dejarla caer al otro lado y se deslizó por ella como por un tobogán, para, dando vueltas y revueltas, descender las dos plantas y acabar aterrizando en el vestíbulo sobre la alfombra persa de la abuela.

De estudiante, cuando vivía en esa casa durante el curso escolar, había bajado así muchas veces desde la planta en la que se hallaba su dormitorio, pero lo había hecho por diversión, aprovechando las ocasiones en las que su abuela había salido. No podía imaginar entonces que se vería obligada a repetir la hazaña muchos años después, perseguida por un sudoroso energúmeno al que le oía mascullar toda suerte de imprecaciones. Bajaba ahora como una exhalación, saltando los peldaños de dos en dos, ya que su sobrepeso y su menor agilidad le habían impedido imitarla, lo que le hizo ganar a Valeria un tiempo precioso. Se puso en pie agarrándose a la barandilla y se lanzó hacia el portón de entrada. Por fortuna no lo había cerrado con llave después de abrirle a él, por lo que no tardó más de un segundo en salir al porche y en precipitarse escalones abajo bajo el aguacero que caía y que repiqueteaba sobre el suelo, salpicándole los pies y el bajo de los pantalones. Recorrió luego a toda velocidad el caminito de grava, traspuso la cancela y salió a la calle para cruzar de acera y echar a correr cuesta abajo.

Un instante más tarde recalaba Ricardo en el vestíbulo, lo atravesaba y se detenía en el umbral del portón, que se había dejado Valeria abierto. Durante una décima de segundo estuvo escudriñando las tinieblas intentando localizarla. Debió de verla correr bajo la lluvia por la acera contraria, porque salvó los escalones del porche de un salto, recorrió el trozo de terreno que

mediaba entre la valla y el edificio y alcanzó la cancela que se balanceaba ahora al compás de los embates del viento. La cortina de agua que caía del cielo enturbiaba su visión por lo que cuando intentó cruzar la calle no vio las luces del coche que surgió de la nada a toda velocidad y que se le echó encima.

Desde el portal de la acera contraria en la que se había refugiado vio Valeria como se bajaba del automóvil su conductor, así como su acompañante y como se inclinaban sobre el cuerpo caído en el suelo.

—Está muerto —le oyó decir al copiloto—. Nadie nos ha visto, así que, vámonos.

Arrancó segundos más tarde el vehículo y alejó por la calle perdiéndose en la oscuridad de la noche. Casi inmediatamente vio venir en su dirección a otros dos automóviles que frenaron delante de la verja de su casa. Del primero salió Noelia, que hizo intención de correr hacia el cuerpo caído en el suelo y del segundo Dan y Simeón que la siguieron con la misma intención. Se les reunió Valeria jadeando y empapada de arriba abajo.

—Le ha atropellado un coche —balbuceó—. Creo que le ha matado.

—CAPÍTULO XXIV—

Horacio la había llamado por teléfono para anunciarle su regreso a casa. Estaba exultante de júbilo ya que había superado con éxito el último ejercicio de la oposición y estaba seguro de que la cátedra por la que tanto había luchado le iba a ser adjudicada. No le había preguntado a Valeria cómo se encontraba ni si tenía alguna novedad que referirle, en parte porque los asuntos de ella no le interesaban demasiado y en parte también porque siempre había dado por hecho que era capaz de salir airosa y sin ayuda de nadie de cualquier dificultad que se le presentase.

Tampoco parecía recordar los incidentes en los que había estado implicada antes de que él se marchase de la casa ni tampoco se había enterado de que Ricardo había muerto atropellado por un automóvil. Se lo dijo ella, así como que el entierro tendría lugar a la mañana siguiente y que necesitaba imperiosamente que la acompañara. No le había aclarado el motivo, pero suponía que era obvio. En el cementerio estarían presentes los amigos de él, los tres que quedaban, de los cinco que habían echado a suertes cual de ellos se beneficiaría a la tonta profesora de latín que había invitado Margarita y a la que, aunque entonces no la conocían, habían calificado de antemano de ridícula y de aburrida.

No se había mostrado él muy predispuesto. Había farfullado que los cementerios le deprimían, que no conocía de nada al tal Ricardo y que Margarita era amiga de Valeria, no de él. Que acababa de recordar además el compromiso que había asumido de comer con uno de sus antiguos compañeros de la facultad, por lo que no podría volver a casa hasta después del mediodía.

Había colgado ella el auricular decepcionada, con una inmensa sensación de absoluta incompreensión. Con un intenso vacío en su interior que hacía tiempo que no experimentaba, porque el miedo no se lo había permitido. ¿Era eso todo lo que podía esperar de él? ¿Qué compartieran la casa en la que vivían y poco o nada más?

Trató de relegarlo de su mente para ocuparse del presente. No podía faltar al entierro de Ricardo, porque Margarita y ella habían sido amigas desde siempre y porque en la actualidad y, pese a todo, lo seguían siendo, pero temía acudir sola y verse obligada a enfrentarse a la mirada acusadora de Julián, de Amadeo y de Óscar. ¿Qué opinarían de ella ahora? Probablemente ya no la considerarían ridícula y aburrida. Posiblemente la verían ahora como una chica que constituía un peligro para unos jóvenes que, tal y como ellos lo conceptuarían, solamente pretendían matar con unas chiquilladas el tedio de una vida sin horizonte ni sentido. Chiquilladas que en el caso de Valeria había supuesto un final trágico para dos de ellos.

Pero también cabía la posibilidad de que trataran de vengarse de ella de una manera o de otra, por lo que necesitaba a su lado a una persona que la apoyara y que en caso de necesidad la ayudara a defenderse de esos tres irresponsables.

Por esa razón se sintió aligerada de un gran peso cuando al despertarse a la mañana siguiente oyó el timbrado del teléfono fijo de su casa y corrió a atender la llamada pensando que se trataría de Horacio. Que habría recapacitado y se ofrecería ahora a acompañarla al entierro. Pero no era él, era Dan.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Pues... —¿Qué podía contestarle? ¿Que estaba mal? ¿Con la sensación de que algo se le había roto por dentro, que se le había deshecho en mil pedazos, y que no iba a poder

recomponerlo?

Debió de adivinarlo él, porque le preguntó:

—¿Ha vuelto tu marido a casa?

—No, aún no.

—Pero esta mañana es el entierro de ese tipo. Lo he leído en el periódico. ¿Vas a asistir?

—Sí, su mujer es amiga mía. No puedo faltar.

—¿Y vas a ir sola?

—Sí, claro —repuso, procurando que su voz denotase una indiferencia que no sentía.

Volvió a adivinar Dan lo que pasaba por su mente, porque replicó en el acto:

—De eso, nada. Iré contigo. Dentro de media hora te recogeré con el coche.

Incongruentemente se le saltaron las lágrimas por el alivio que experimentó al oírle y replicó:

—Pero no tienes por qué. Tu no le conocías.

—No, afortunadamente no, pero tú demasiado bien. No puedo dejar que vayas sola, así que ahora mismo salgo a buscarte. Sé puntual.

No encontró palabras para agradecersele ni él pareció necesitarlas. Media hora más tarde se presentó con su automóvil frente a la cancela del jardín y permaneció a su lado cuando, ya en el cementerio, Margarita se colgó del cuello de Valeria sollozando.

—Gracias por haber venido —le dijo entre dos hipidos—. No sabes lo que significa para mí tu presencia en estos momentos. Has sido siempre tan fuerte... tan segura... Te voy a necesitar mucho de ahora en adelante para que me ayudes a sobrellevar esta tragedia.

¿Por qué la consideraría tan fuerte?, se preguntó Valeria. Ella era como todo el mundo, con sus miedos y con sus satisfacciones, según el momento y la ocasión. En los últimos tiempos con más miedos que alegrías y la prueba era que la presencia de Dan a su lado en el cementerio le estaba permitiendo afrontar la mirada de los asistentes con la cabeza alta, incluso jactanciosa. Detrás de Margarita, los tres amigos de Ricardo, con traje oscuro y corbata negra, la observaban con algo que se asemejaba mucho a la curiosidad. ¿Se estarían preguntando cual de los tres sería el siguiente? Ojalá les sirviera de escarmiento y no se atrevieran a aproximarsele en el futuro, pensó. A su lado sus parejas, ignorantes por completo de los jueguecitos con los que se entretenían ellos, miraban compungidas a Margarita, que continuaba hipando. Se sonó con un pañuelo que extrajo de su bolso y le preguntó a Valeria con curiosidad:

—¿Viste tú el coche que atropelló a Ricardo?

Se sintió retroceder Valeria a aquella noche en la que llovía como si el firmamento hubiera decidido desplomarse sobre la calle y repiqueteaba al caer al suelo formando charcos sobre la calzada en el instante en que aquel vehículo desconocido había surgido de la oscuridad y le había arrollado, pero negó con la cabeza.

—¿Yo?, no, claro que no.

—Pero sucedió delante de tu casa— insistió la otra como si de pronto hubiera caído en la cuenta del lugar en el que había tenido lugar el accidente—. ¿Qué hacía allí Ricardo?

Enfrentó Valeria la intriga que traslucían sus ojos sin vacilar.

—No tengo la menor idea. Hay en mi calle una academia de kárate. Quizás decidiera que le convenía hacer ejercicio... No lo sé.

Notó que Amadeo, el pelirrojo que tenía el rostro cubierto de pecas, había oído su respuesta y que había intercambiado con sus otros dos amigos una mirada de inteligencia. Óscar, el rubio y el más alto de los otros, analizaba el semblante de Valeria con un nuevo respeto y la expresión de Julián reflejaba cierta consternación. Los tres, seguidos de sus chicas, se alejaron del grupito que formaban Margarita, Dan y Valeria como si temieran que en cualquier instante pudiera ésta última

hacerles blanco de sus iras. Se perdieron entre la multitud y no les volvió a ver ella durante todo el tiempo que duró el sepelio.

Dan la llevó a su casa en su automóvil y se despidió de ella delante de la verja del jardín.

—¿Qué sabes de tu marido?

—Que esta tarde volverá a casa. Ha obtenido la plaza para la que ha opositado, por lo que supongo que empezará a trabajar en breve.

—Y así podrás hacer las reformas que necesita tu caserón —apuntó él con algo de sarcasmo. Desvió luego la mirada hacia lo lejos como si no se decidiera a decirle lo que estaba pensando, pero finalmente la clavó en su rostro.

—Supongo que estarás deseando que regrese. ¿Lo estás deseando?

Se lo preguntó a sí misma Valeria y no acertó con la respuesta. Hubiera querido que volviera inmediatamente el hombre con el que había soñado desde que era una jovencita, pero no estaba segura ya de que ese hombre fuera Horacio.

—Quiero decirte una cosa— siguió Dan sin esperar a la que le contestara—. Puedes contar conmigo siempre, ¿entiendes? Decidas, lo que decidas. No creo que ese hombre te merezca, pero eso es algo que tienes que resolver tú. Llámame cuando hayas reflexionado y sepas lo que quieres.

Se montó en su coche y se perdió calle abajo mientras ella trasponía la cancela y atravesaba el jardín. Los primeros calores que presagiaban el verano se anunciaban ya, pero a esas horas el ambiente era fresco y en el vestíbulo de la casa se respiraba todavía la tristeza del invierno cuando abrió la puerta y entró en esa estancia. De allí pasó al salón y contempló el tiesto de albahaca que se hallaba sobre la mesita delantera del sofá. La planta se había secado. Había vaciado sobre ella el vaso de ginebra que Ricardo le había servido, en el que debía de haberle echado una pastilla con la intención de drogarla y ese había sido el resultado.

Tenía que olvidar ese episodio, se dijo. Tenía que empezar de nuevo y volver a ser la que había sido, segura de sí misma en opinión de todos, optimista en la mayoría de las ocasiones y responsable, sin la menor semejanza con una maestra rancia y ridícula, que era como la habían imaginado Ricardo y sus amigos antes de conocerla. Enterraría a los cinco en algún lugar recóndito de su cerebro o, mejor aún, los condenaría al olvido como si nunca hubieran existido y pensaría en el futuro mirándolo con ojos nuevos.

Horacio se presentó en la casa a media tarde tirando de su maleta y de una abultada bolsa repleta de libros y de papeles. La saludó con un ligero beso en la mejilla e hizo intención seguidamente de dirigirse hacia la escalera, pero Valeria le señaló la puerta del salón y le indicó que pasara dentro de esa estancia. Con el pie en el primer peldaño y aquel gesto de sabio distraído, tan suyo, enarcó él las cejas sorprendido.

—¿Qué quieres? Voy a subir a nuestro dormitorio a dejar la maleta y luego a mi despacho a colocar allí estos libros.

—Quiero que te sientes y hablemos con calma. Tenemos muchas cosas que aclarar.

La obedeció soltando el equipaje en el vestíbulo y la siguió de mala gana para tomar asiento en el sofá. Valeria lo hizo enfrente de él, en una butaca, y le preguntó:

—¿Cómo te ha ido?

Le sonrió él, con expresión de sentirse absolutamente feliz.

—Inmejorablemente bien. He superado los cinco ejercicios con la mayor puntuación y en el último he sido felicitado por el tribunal. En los próximos días se publicará mi nombramiento y me incorporaré a mi puesto en la facultad, así que...

—Lo que te pregunto es si me has echado de menos —le interrumpió—. Si en algún momento has pensado en mí.

Parpadeó desconcertado como si no esperara esa pregunta, como si no formara parte ella de su mundo ni de su futuro inmediato.

—Naturalmente. ¿Cómo no iba a pensar en ti? Me han propuesto dar unas conferencias en Estados Unidos, de modo que tendré que refrescar mi inglés. Me he acordado de que tú dominas ese idioma, así que podrás ayudarme, porque la verdad es que lo tengo un poco olvidado.

Reprimió Valeria un suspiro de exasperación.

—¿Te has acordado de mí porque necesitas que te ayude con esas dichosas conferencias? Lo que te estoy preguntando es si has notado mi falta. Si has deseado en algún momento que estuviera a tu lado.

Volvió a parpadear claramente incómodo.

—Claro que sí, ya te lo he dicho. Supongo que no te importará quedarte aquí sola cuando tome el avión, rumbo a Estados Unidos, a dar esas conferencias, aunque puedes acompañarme si te lo permite tu trabajo. Son importantes para mi curriculum, porque espero que me sirvan para ascender en mi profesión. Quiero también escribir un libro sobre los orígenes del aerópago griego y su posterior evolución. Recuerdas lo que era el aerópago, ¿verdad?

—Claro que sí —refunfuñó irritada—. Era el tribunal ateniense que se reunía en la colina de Ares, cercana a la acrópolis de Atenas, para juzgar a los ciudadanos. Pero no es eso lo que te estoy preguntando. Te estoy preguntando si has pensado en nosotros dos.

—¿En nosotros dos? —repitió en tono interrogante como si fueran dos desconocidos para él—. ¿Qué es lo que tenía que pensar?

—Tenías que pensar si conservamos algo que nos una. Si queremos continuar juntos o sería preferible que nos separáramos y que cada uno viviéramos nuestra vida. Hace tiempo que siento que no me necesitas para nada. Que te basta y te sobra con el aerópago, con Alcibíades y las guerras médicas en las que participé y que te molesta incluso que me inmiscuya en tu vida.

Pareció escandalizarse del lapsus que acababa ella de cometer.

—Alcibíades fue un general de las guerras del Peloponeso, no de las médicas. Deberías saber que...

—No me importa nada ninguna de esas guerras —le interrumpió—. Estoy hablando de nosotros, de nuestras vidas, de lo que esperamos del futuro y de lo que queremos compartir. A mí me tiene sin cuidado lo que pasó en Grecia hace una pila de años. Me importa lo que sucede en el siglo veintiuno y lo que deseo es tener a mi lado a una persona capaz de entenderme y de apoyarme en los malos momentos.

—Capaz de entenderte... repitió Horacio como si esa cuestión fuera una cuestión insoluble—. Bueno... las mujeres sois muy difíciles de entender. Suponía que te alegraría saber el éxito que he obtenido en la oposición que acabo de superar.

—Y me alegro —le aseguró furiosa—. Me alegro de que hayas conseguido lo que has estado tanto tiempo deseando y me alegraría también que en el futuro logres muchos éxitos más. De lo que no estoy tan segura es de que quiera vivir a tu sombra compartiéndolos contigo.

—No estás segura— murmuró contrariado como si no alcanzara a adivinar el motivo—. ¿Qué es lo que necesitas entonces?

—Ya te lo he dicho. Quiero tener a mi lado a un hombre que me quiera, que comparta mis problemas y mis alegrías. Que sepa en cada momento lo que me ocurre y que se ofrezca a ayudarme. No siento el menor placer en contemplar cómo te elevas a esa extraña dimensión en la que te aíslas de mí y del resto de los mortales ni puedo seguirte para vagar por las alturas de la antigüedad.

El semblante de Horacio se oscureció y por primera vez pareció entender de qué le estaba

hablando.

—Ya era así cuando me conociste —le recordó—. Ya era así y no pretendiste que cambiara.

—No, entonces no, pero ahora es diferente.

—¿Qué me estás diciendo? —inquirió él parpadeando desconcertado tras sus gafas de concha

— ¿Me estás pidiendo que me marche?

Le costó a ella pronunciar las palabras y sintió un dolor profundo cuando consiguió articularlas.

—Sí, si para lo único que me necesitas es para que te ayude a refrescar tu inglés y para que escuche como disertas sobre los espartanos y los atenienses.

Se la quedó mirando como si acabara de recibir un golpe y luego se levantó dificultosamente del sofá. Parecía llevar ahora un enorme peso sobre los hombros que le impedía erguirse con normalidad.

—Lo siento Valeria. Soy como soy y no puedo cambiar. Me marcharé a casa de mis padres y... y ya tendré noticias tuyas. No me opondré a lo que decidas.

Cargó con la maleta y con la bolsa de los libros y salió cerrando la puerta de la casa a su espalda sin volver la cabeza para decirle adiós.

El sonido del portazo le repercutió a Valeria en los oídos como si se tratara de un trallazo y miró a su alrededor preguntándose si era posible experimentar una congoja mayor de la que estaba experimentando. Tampoco entendía el motivo por el que había llegado a encontrarse en la situación en la que se hallaba. Había puesto todo de su parte cuando se casó con él. ¿Por qué entonces?

Se levantó del sillón y se acercó a la ventana para mirar fuera, para contemplar los árboles del jardín que empezaban ya a retoñar y la hiedra de la valla, verde y frondosa, que parecía celebrar también la llegada de la nueva estación. Pensó que, en lugar de reverdecer, ajena a la tristeza que sentía, debería llover para que la naturaleza le sirviera de escenario y compartiera la nostalgia por aquel tiempo ya lejano en el que Horacio y ella se habían conocido. Luego intentó animarse. Ella era fuerte, todos lo aseguraban que lo era y se lo demostraría a sí misma. Miraría al futuro sin añorar los años que dejaba atrás y lo afrontaría sin miedo. Ahora sabía lo que quería y estaba en su mano conseguirlo.

Decidida tomó asiento en el sofá junto a la mesa que sostenía el aparato telefónico y marcó el número del despacho de Noelia. La secretaria le pasó la llamada y poco después oyó su voz.

—Valeria, ¿estás bien?

—Sí, sí.

—¿Has ido esta mañana al entierro?

—Sí, pero no te llamo por ese motivo. Eso pertenece al pasado. Te llamo para que te ocupes de presentar la demanda de divorcio de Horacio y mía. Él está de acuerdo.

—EPÍLOGO—

Alex y Noelia salieron de la iglesia de los Jerónimos al compás de la marcha nupcial de Mendelssohn. Lo había decidido así María Luisa y tuvo que reconocer ella que una vez más su madre había acertado. No era la clase de ceremonia que hubiera deseado, pero la que ella hubiera elegido no hubiera sido del agrado de su familia ni de los asistentes, que la hubieran tachado de poco o nada convencional y hasta quizás de extravagante. Los invitados salían ahora del interior del templo detrás de las dos gemelas, que, con sus largos trajes color rosa, seguían a los novios y estaban realmente bonitas como madrinan de la novia.

Una lluvia de pétalos de rosa recibió a los recién casados en lo alto de la escalinata y Noelia le sonrió a los que se los arrojaban y a los fotógrafos que pululaban delante de ellos luchando por inmortalizar ese momento. Notó ella que Alex le oprimía una mano con un gesto con el que parecía querer decirle que tuviera paciencia y que aceptara de buen grado la parafernalia que habían soportado ya y la que les quedaba por sobrellevar.

—Lo importante es que nos hemos casado al fin, ¿no te parece? —le susurró al oído con una sonrisa de oreja a oreja, mientras se protegía con una mano del nuevo aluvión de pétalos que les lanzaban.

—Y que no tendrás que salir a escape en adelante por la puerta de la cocina cuando se presente mi madre en nuestra casa —replicó ella en el mismo tono de chanza, tropezando en el escalón que pretendía bajar al huir del florido aluvión con el que les obsequiaban los invitados

—Sí, la verdad es que me siento liberado y muy feliz, pese a la indumentaria tan incómoda que llevo —insistió él tirando de su brazo.

—Y yo.

—¿Tú también te sientes feliz? —se extrañó él, girando hacia ella la cabeza, con lo que recibió los proyectiles en pleno rostro.

—Sí, porque acabo de casarme contigo y me acabo de dar cuenta de que he pescado a un tipo imponente —bromeó Noelia.

—Pues no sabes lo imponente que es la que he pescado yo —la remedó Alex— ¿Te he dicho que estás preciosa? Deberías ponerse a menudo un traje como el que llevas, largo y blanco. Y también ese tul de la cabeza te queda sensacional.

—Pues en adelante iré así vestida al despacho —replicó con guasa—. Estoy segura de que a Daniela le dará un soponcio cuando me vea y no precisamente por la satisfacción.

Finalmente, no la has invitado—. Afirmó más que preguntó él—. Al menos yo no la he visto.

—No, no la he invitado, aunque mi madre me ha recriminado por lo que ella considera una descortesía. ¿Imaginas lo que hubiera sucedido de haberle hecho caso? Habría aparecido en la iglesia con un cerro de autos y me los hubiera soltado al salir. Y me hubiera apremiado además para que reduyéramos al mínimo nuestro viaje. Y no estoy dispuesta. Voy a olvidarme durante quince días de los problemas de la humanidad. Me refiero a los que la gente viene a encargarme en el despacho para que se los solucione.

—¿De verdad? —se rió él.

—Y tan de verdad. Ya lo comprobarás.

Estaba muy guapo él con el chaqué que había alquilado para la ocasión y no tuvo ella más

remedio que reconocérselo.

—A ti sí que te queda muy bien el traje de pingüino. ¿Has ido con mi madre a elegirlo?

Negó él con la cabeza al oír la pregunta que le hacía.

—No, he ido con mi hermano Héctor, que también está muy ducho en estos eventos. ¿Pero necesitas que te recuerde una cosa?

—¿Qué?

—Que mañana saldremos de viaje bien temprano, rumbo Egipto, y que solo vamos a llevar en la maleta pantalones vaqueros y camisetas. ¿No es estupendo?

—Sí, sí que lo es.

Acababan de llegar al pie de la escalera, donde les aguardaba el automóvil que les llevaría al hotel donde tendría lugar la celebración de la boda con una cena y ya se les acercaban los padres de ella para abrazarles a los dos.

—Enhorabuena, hija —le dijo María Luisa emocionada—. Creí que nunca llegaría este momento y te deseo que seas muy feliz.

Algo parecido le dijo su hermano Honorio, que la abrazó estrujándole el velo que llevaba en la cabeza, así como las dos gemelas, que lloriquearon a dúo, emocionadas. Y después les repitieron algo similar los innumerables invitados, muchos desconocidos para Noelia, que les felicitaron allí mismo y después al término de la cena, en cuanto cortaron la tarta con un cuchillo enorme.

Miriam, que había asistido en compañía de su novio, con el que también se iba a casar en breve, se le acercó y le dio dos besos con unos ojos en los que brillaban unos lagrimones.

—Que seáis muy felices. Y no te preocupes por nada. Diviértete sin acordarte del despacho ni de los asuntos que has dejado pendientes, porque yo me ocuparé de todo. Incluso escucharé en tu nombre las regañinas de Daniela, que con seguridad te echará mucho de menos y buscará a otra víctima para endilgartele sus muertos. O sea, a mí—. Se secó con el dorso de la mano el lagrimón que se empeñaba en rodarle por la mejilla y luego le susurró al oído—: Y, por cierto, tengo que darle la razón a tu madre. Has pescado un marido imponente, así que cuídale mucho.

—Lo haré —le aseguró ella riéndose—. Tu novio tampoco está nada mal.

Adrián se había quedado un tanto apartado para permitirles intercambiar esas confidencias, pero se les aproximó a continuación a felicitarles.

—Nosotros también tenemos intención de casarnos pronto —les comunicó—. En cuanto consiga convencer a mis futuros suegros de que no me gustan las bromas de pueblo y mucho menos las serenatas nocturnas a los novios. Me temo que Genaro está muy apegado a esas tradiciones.

Le propinó Noelia unas palmaditas en la espalda para infundirle ánimos. Conocía sobradamente al aludido y las costumbres del pueblo al que se refería, por lo que pensó que le iba a resultar difícil librarse de esos cánticos la noche en la que se casaran.

Después fue Flor la que se acercó a las dos para desearles lo mejor a los dos. Le presentó a su marido y no pudo evitar embromarla en un aparte.

—Supongo que te llevarás en la maleta los autos de los procedimientos judiciales que tienes pendientes. Te imagino dándole instrucciones a Miriam por el móvil.

Le dedicó Noelia una sonrisa pícaro, a la par que esbozaba un mohín.

—Pues estás equivocada. Nos vamos Alex y yo a Egipto y lo que tengo en perspectiva es trepar por las pirámides y hacerme fotos al pie de la esfinge. No pienso acordarme de vosotras ni del Derecho, ni de los pleitos ni de Daniela. Será un descanso y cuando vuelva no me vas a reconocer.

—¿Porque habrás engordado?

—Porque estaré más guapa y más sedada. Me tomaré el trabajo con más calma.

—Eso lo dudo— gruñó entre dientes la secretaria.

—¿Decías algo?

—Decía que puede que vuelvas más morena, porque en Egipto debe de hacer mucho sol, pero estoy segura de que en cuanto te sientes detrás de la mesa de tu despacho y aparezca el primer cliente recuperarás tus nervios de siempre y nos volverás locos a Miriam y a mí. A doña Daniela no, porque no se dejará.

—Creo que te equivocas en tus premoniciones —replicó ella sarcásticamente—. A pesar de todo, os echaré de menos y os mandaré una postal.

—¿Sólo una?

—Bueno, una desde cada lugar de Egipto que visitemos para ponerlos los dientes largos

Miriam, que seguía a su lado, llamó su atención hacia un grupito de invitados que se había levantado de la mesa en las que habían cenado con la evidente intención de acercárseles.

—Mira, ahí está Valeria, acompañada de Dan Anaya y de su hermano Simeón. Viene este último con una chica y parece otro. No es tan guapo como su hermano, pero casi y ha perdido la expresión avinagrada que le caracterizaba. Hasta diría yo que sonríe cuando mira a su acompañante.

Les observó disimuladamente Noelia y le comentó a la otra:

—Valeria está en trámites de divorciarse de mutuo acuerdo de su marido, que está escribiendo un libro sobre los orígenes de las olimpiadas y al que no parece que la decisión de ella le haya afectado mucho. Estuvieron la otra tarde en el despacho ultimando los detalles del convenio que acordaron y me dio la impresión de que él se sentía liberado. Ha vuelto a casa de sus padres con sus libros y sus papeles—. Debió de recordar algo, porque le dijo preocupada a su amiga—: Y, por cierto, si señala el juzgado el día en el que deben ratificar ese convenio mientras yo esté fuera, tendrás que ir tú.

—Que sí. No seas pesada. Disfruta de tu viaje con Alex y, como te recomienda tu madre, olvídate de tu trabajo hasta que vuelvas.

—Gracias, Miriam. Yo haré lo mismo cuando te cases tú.

Se les acercaban ahora los aludidos y Valeria la abrazó tan emocionada como Miriam instantes antes.

—Gracias por todo, Noelia. Te echaré de menos.

—Pero si solo voy a estar fuera quince días —le recordó ésta riéndose—. No te preocupes. Tu divorcio está en marcha y todo va a salir bien.

—No estoy preocupada —le aseguró ella—. Podría decirte que incluso me siento nuevamente feliz—. Le señaló a Dan que estaba a su lado—. Me entiendes, ¿verdad?

—Naturalmente. Ya ha pasado todo y tienes ahora que mirar adelante con optimismo.

Esbozó Valeria un gesto de asentimiento.

—Sí, pero ¿sabes lo que me digo a veces? Que todavía quedan tres.

—Tres que no se atreverán a acercársete y de los que nos ocuparemos si dan motivo. Sé que Simeón ha comprado “Las Gavillas”.

—Sí, y que ha mandado demoler el granero, lo que para mí ha sido un alivio—. Se volvió para llamar al aludido que se encontraba a su espalda en ese momento con la chica con la que había asistido a la ceremonia—. Ven a felicitar a Noelia.

Se le aproximó Simeón con cierta timidez y la abrazó torpemente. Vestido de etiqueta el parecido con Dan era mayor que cuando llevaba su indumentaria campestre. O quizás fuese la expresión de su rostro, tan distinta a la que traslucía cuando le conoció en “los Abedules” aquella

mañana lo que les asemejaba. Ahora irradiaba algo en su rostro que se asemejaba mucho a la felicidad. Le presentó a la muchacha que estaba con él.

—Ésta es Inés. Vamos a casarnos pronto y queremos que asistáis a la boda.

Disimuladamente la observó Noelia con curiosidad. Era muy menudita con unos grandes ojos castaños y una melenita corta del mismo color, a la que Simeón miraba embobado. La abrazó ella cariñosamente.

—Me alegro de haberte conocido y de que... de que estés bien.

—Gracias— musitó ella en un murmullo—. Simeón me ha hablado mucho de ti y... sí, a mí también me gustaría que no faltaras a nuestra boda. Vamos a vivir en “Los Abedules” y... espero que para entonces haya podido olvidar... que lo haya podido olvidar todo—. Levantó tímidamente los ojos hacia ella antes de decidirse a continuar—. Estoy recibiendo tratamiento psicológico para... para volver a ser la que era. Me han dicho que con el tiempo...

—Claro, claro —le dijo ella sin saber qué más añadir.

La orquesta empezó a tocar un vals y Alex la tomó de la mano para llevarla hacia la pista de baile.

—¿Pero vamos a hacer el indio aquí, los dos solos? —refunfuñó ella mientras empezaban a moverse al compás de la música.

—Qué remedio nos queda —bromeó él a su oído—. Pero en cuanto se descuiden los presentes, saldremos de pira.

Y se largaron poco después. En cuanto la pista se llenó de bailarines y la orquesta atacó unos ritmos latinos, se escabulleron silenciosamente y sorteando las mesas donde habían cenado los invitados, ahora vacías, llegaron al vestíbulo del hotel y salieron a la calle donde les esperaba el coche que habían alquilado y que estaba adornado con flores blancas. Precipitadamente se introdujeron en su interior y le dieron al chofer la dirección de la casa en la que llevaban varios meses viviendo los dos. Les dejó el automóvil frente al portal, en el que afortunadamente ya no estaba el portero ni nadie, dada la hora que era, y en cuanto llegaron al piso y se despojaron de los trajes de ceremonia que habían llevado se abrazaron.

—Libres. Al fin libres— exclamaron a dúo.